

EL COLAPSO
DE LA GLOBALIZACIÓN

La humanidad
frente a la Gran Transición

Observatorio Internacional
de la Crisis

EL COLAPSO DE LA GLOBALIZACIÓN

La humanidad frente
a la Gran Transición

DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones

CONSEJO EDITORIAL

Pablo Richard
Silvia Regina de Lima Silva
Tirsa Ventura
Marysse Brisson
Wilma Paola Hinkelammert
Mario Zúñiga
Anne Stickel
Wim Dierckxsens
Yanet Martínez
Luigi Schiavo

Andrés Piqueras
Wim Dierckxsens
Rémy Herrera
Reinaldo Carcanholo
Paulo Campanario
Antonio Jarquín
Paulo Nakatani

Observatorio Internacional de la Crisis

CORRECCIÓN: Guillermo Meléndez
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: Lucía M. Picado Gamboa
PORTADA: Olman Bolaños

330
D563t

Dierckxsens, Wim
El colapso de la globalización: La humanidad frente
a la gran transición/ Dierckxsens, Wim—
1a ed.-San José, Costa Rica: Editorial DEI, 2011
372 p. ; 14 x21 cm. (Colección Universitaria)

ISBN 978-9977-83-167-1

1. Sociedades militares y finanzas
2. Rebelión mundial
3. Trabajo como sujeto histórico

I. Título

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.

ISBN 978-9977-83-167-1

© Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), de la edición en español, San José, Costa Rica, 2010.

Esta obra ha sido posible publicarla gracias al financiamiento de la
Fondazione G. Piccini de Italia

Impreso en Costa Rica: Lara Segura & Asociados (506) 2256-1664

PARA PEDIDOS O INFORMACIÓN DIRIGIRSE A:

Asociación Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070
SABANILLA
SAN JOSÉ-COSTA RICA
Teléfonos (506) 2253-0229 • 2253-9124
Fax (506) 2280-7561
Dirección electrónica: editorial@dei-cr.org
<http://www.dei-cr.org>

Contenido

Introducción.....	13
Capítulo I Unos apuntes sobre Keynes (y Marx), a propósito del dinero y la crisis	23
Paulo Nakatani y Rémy Herrera	
1. Teoría de la crisis.....	25
2. Dinero, crédito y sistema financiero.....	30
3. Keynes y el desarrollo de la crisis actual.....	36
A manera de conclusión	40
Bibliografía.....	42
Capítulo II Sector de la defensa, sociedades militares privadas y poder de las altas finanzas.....	45
Rémy Herrera	
Introducción.....	45
1. Si, en teoría, la defensa nacional es un “bien público”, ¿por qué se privatiza?	46
2. Origen y desarrollo de las sociedades militares privadas	51

3. Guerra y crisis: las razones profundas de la agresión de los EE. UU. contra Irak	56
4. ¿De Irak, terreno privilegiado del “mercado de la guerra”, à Irán?.....	59
5. Las contradicciones y resistencias dentro del ejército de los EE. UU.	61
Conclusión	65
Algunas referencias bibliográficas del autor sobre el tema	65

Capítulo III

Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares.....	67
Reinaldo Carcanhola	

Introducción.....	67
1. La crisis y la actual etapa capitalista.....	69
1.1. La etapa actual.....	70
2. Riqueza capitalista y trabajo humano	71
3. Una dificultad teórica	76
3.1. La crisis	78
4. Otras interpretaciones	82
4.1. Duménil y Lèvy	83
4.2. François Chesnais	85
4.3. Comentario a la interpretación de Virginia Fontes.....	89
4.4. La interpretación de Michel Husson	95
Bibliografía.....	104

Capítulo IV

La gran crisis del siglo XXI: entre amenazas y oportunidades. ¿Estamos ante una rebelión mundial o ante una nueva Gran Guerra?.....	105
Antonio Jarquín Toledo y Wim Dierckxsens	

1. El capitalismo necesita ser destruido antes de que destruya a la humanidad.....	107
--	-----

2. Capitalismo versus humanidad	109
3. El capital ficticio necesita ser destruido	110
4. Muere la humanidad o se destruye el capitalismo.....	114
5. Levantamientos populares, amenaza para las élites	116
6. Capitalismo: ¿se ha iniciado su destrucción?.....	117
Bibliografía.....	120

Capítulo V

Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?	121
Wim Dierckxsens	

Introducción.....	121
I. La capacidad de reemplazo de la población: los países centrales se tornan inviables	125

Introducción.....	125
1. Impacto de la capacidad de reemplazo generacional en el envejecimiento demográfico.....	126
2. El mito del envejecimiento de la población por la esperanza de vida.....	135
3. El mito de que la migración garantiza la capacidad de reemplazo generacional.....	138

II. La capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo: la base económica del reformismo y la de la revolución	146
---	-----

Introducción.....	146
1. El capitalismo neocolonial en economías con poco desarrollo de mercado.....	149
2. La fase orgiástica del capital: gran capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo	151
3. La base económica del reformismo burgués: límites de la capacidad de reemplazo	154
4. La obsolescencia planificada: la capacidad de reemplazo de los productos.....	160
5. La capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo masculino y femenino	162
6. La migración internacional, último resorte para el reemplazo generacional	165

III. La capacidad de autodestrucción del sistema	167	3.2. El componente transmediato: la infaltable intervención estatal.....	220
1. La incapacidad de reemplazo tecnológico: límite interno de la racionalidad	167	3.2.1. La vertiente policíaco-militar	222
2. La incapacidad de reemplazo de la naturaleza: límite externo de la racionalidad	170	3.2.2. La vertiente ideológico-cultural.....	228
IV. Los movimientos políticos ante un cambio de civilización. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial a partir de 2011?.....	174	4. Dificultades y posibilidades en que se mueve la reconstitución del Trabajo como sujeto histórico en el tardocapitalismo	232
Introducción.....	174	4.1. Algunas tendencias y contratendencias	238
1. Alta velocidad en el cambio de la capacidad de reemplazo: camino al reformismo	175	4.2. Los planos de intervención	247
2. El estancamiento de la capacidad de reemplazo: camino a la revolución	176	4.2.1. Plano vertical.....	247
2.1. África	178	4.2.2. Plano transversal.....	249
2.2. Asia.....	180	4.2.3. Plano espacial	250
2.3. América Latina	182	Bibliografía.....	255
3. El camino invertido: entre el neofascismo y la rebelión	187	Capítulo VII	
Bibliografía.....	190	Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico. Una perspectiva marxista.....	261
Capítulo VI		Andrés Piqueras	
Desafíos del Trabajo como sujeto histórico en el capitalismo tardío declinante	193	1. De lo macroestructural a las explicaciones meso y microestructurales.....	272
Andrés Piqueras		2. Apuntes sobre la inserción de las migraciones en el devenir del sistema capitalista desde la consideración de las formaciones sociales europeas	275
1. Introducción: premisas teóricas	194	3. El cambio de ciclo. Contracción de la acumulación capitalista o fin del ciclo de expansión keynesiano. Se profundiza la necesidad de generar fuerza de trabajo migrante global como fuerza de trabajo excedente universal exogenizada	287
1.1. El Capital	194	4. La economía política de la extranjerización se intensifica y generaliza.....	289
1.2. El Trabajo.....	206	5. Cambios en los patrones de importación de fuerza de trabajo y en la movilidad de la misma. Nuevas características migratorias	292
2. Antecedentes	211		
3. Razones de la debilitación de los sujetos, organizaciones y movimientos del Trabajo en el capitalismo monopolista transnacional	216		
3.1. La “coacción sorda” de los procesos inmediatos y mediatos de reproducción del capital.....	216		

6. Fin del modo liberal degradado (o “neoliberal”) de regulación. Nuevas claves y perspectivas migratorias	300
7. Clandestinización: un paso más en la degradación de la fuerza de trabajo migrante global.....	303
8. Excurso sobre el autonomismo del Trabajo migrante.....	305
Bibliografía.....	312
Capítulo VIII	
Hegemonía del poder social difuso.....	315
Paulo Campanario	
Introducción.....	315
1. El concepto moderno de Estado.....	317
2. Hegel, Marx y la dialéctica	318
3. Política, trabajo e ideología.....	320
4. Gramsci y la hegemonía.....	322
5. Poder concentrado en el Estado	324
6. Ideología hegemónica y Estado	327
7. Ideología potencial y poder difuso	330
Apéndice	335
Anexo I	
Los gastos militares y la transubstanciación de la riqueza.....	337
Anexo II	
Contradicciones sistémicas en el capitalismo tardío y medidas contratendenciales	345
1. Crisis de valorización	345
2. Crisis de realización.....	348
3. Persistencia de los límites	357
4. ¿El capitalismo tardío como capitalismo senil?	360
Anexo III	
¿Fin de la opción reformista?	365
Sobre el Observatorio Internacional de la Crisis	369
Objetivos	369
Comité Organizador.....	371

Introducción

Lo que estamos viviendo desde la crisis financiera de 2007 no es una simple depresión o recesión. Lo que presenciamos bien podría ser el comienzo del fin de la civilización occidental como hasta ahora la hemos conocido, con toda su maquinaria política, económica y de relaciones e intervenciones internacionales blandas o duras, según los intereses o la situación del momento.

La crisis actual no es de los últimos años; ella ha tenido un largo período de gestación. Su origen reside en que la tasa de beneficio descendió en el ámbito real o productivo de la economía. Por tal motivo, la crisis a menudo ha sido caracterizada como una crisis crónica de sobreproducción. Su inicio hemos de buscarlo hacia fines de los años sesenta del siglo pasado, cuando el keynesianismo se agotó. La era neoliberal fue una respuesta a la crisis, que sin embargo no logró solucionarla. Y es que el neoliberalismo se ha distinguido más bien por un parasitismo basado en inversiones especulativas en el ámbito improductivo. Al reducirse la tasa de ganancia en el ámbito productivo de la economía, por tanto, la acumulación de capital se vuelve crecientemente ficticia.

El hecho de que la crisis financiera en los países centrales solo se hizo visible para el público décadas después, con la llamada crisis inmobiliaria de 2007, revela la inmensa capacidad de sostener la acumulación de capital ficticio en la era de la globalización. Hoy, no obstante, al agotarse la capacidad de acumulación de capital ficticio y no vislumbrarse un retorno posible hacia el ámbito productivo, se anuncia una nueva Gran Depresión que amenaza

al mundo entero, pero en primer término a los propios países centrales. Ante la profunda crisis, el credo en el 'libre juego de mercado' se encuentra en discusión. Con ello, el pensamiento de autores como Marx y Keynes se torna nuevamente actual. Es por eso que abrimos el libro con un capítulo de Rémy Herrera y Paulo Nakatani: Unos apuntes sobre Keynes (y Marx), a propósito del dinero y la crisis.

La crisis financiera es pues, el resultado de muchos años de acumulación de capital ficticio. Esta acumulación se inició en 1971, cuando el dólar dejó de poder cambiarse por oro. En Bretton Woods (1944), los estadounidenses impusieron el dólar como moneda internacional. Los EE. UU. pudieron imponer su sello en Bretton Woods gracias a la Segunda Guerra Mundial, durante la cual acumularon grandes reservas de oro, mientras las otras naciones con monedas fuertes, por el contrario, perdieron gran parte de sus reservas durante la guerra. Por eso, desde 1945 los países guardaban sus reservas en dólares, generalmente bonos del Tesoro. Con estos compromisos de pago, los EE. UU. empezaron a vivir del crédito. Las reservas estadounidenses de oro se agotaron de manera progresiva, hasta que en 1971 los EE. UU. abandonaron la convertibilidad del dólar en oro. Desde entonces, esto es, cuatro décadas, la moneda estadounidense ha simbolizado 'confianza' sin otra contrapartida que la otorgada por los bonos del Tesoro.

Con un dólar que rompió su relación con el oro, se abrió el camino hacia la globalización financiera. La primera gran liberalización se produjo con los tipos de cambio frente al dólar. Solo que el tipo de cambio, al ser fluctuante, está sujeto a las fuerzas especulativas del mercado. O sea, con la liberalización de los tipos de cambio se abrió un espacio a los especuladores para atacar monedas frágiles y obtener de este modo beneficios improductivos. Luego, desde los años setenta la especulación contra monedas ha sido una práctica cada vez con más impacto. Así, podemos mencionar México 1994, Asia 1997, Rusia 1998, Brasil 1999, Argentina 2001. La desvinculación del dólar con el patrón oro también abrió espacio para una oferta incontrolada de dólares. Esta oferta encontró una creciente demanda, garantizada de forma artificial mediante la manipulación política y militar de los EE. UU. (Morin, 2010: 36s). Esto se percibió ya con cierta claridad en 1973, cuando gracias a la manipulación artificial del precio del 'oro negro' por primera vez se alcanzó el llamado 'peak oil'. Durante esa crisis petrolera los EE. UU. lograron que el comercio de este recurso energético se realizara en dólares, cuya

demanda aumentó entonces de manera sostenida, y con ello la 'fe' en dicha moneda.

Con el paso de los años, el temor a cualquier eventual intervención militar en Asia central u occidental afecta de inmediato el precio del petróleo, incrementando la demanda efectiva de dólares. En otras palabras, la 'fe' en el dólar se basa cada vez más en el mero poder político y militar estadounidense; la Guerra del Golfo y la posterior invasión de Irak, son buen testimonio de esto. El poder del dólar y la consiguiente hegemonía económica de los EE. UU., por ende, está fundada hoy esencialmente en la militarización, como explica Rémy Herrera en el capítulo segundo, bajo el título Sector de la defensa, sociedades militares privadas y poder de las altas finanzas.

Desde la década de 1980, las políticas neoliberales provocaron la liberalización de los tipos de interés a largo plazo, que comenzaron a funcionar según la ley de la oferta y la demanda. Con las reformas de liberalización de los sistemas bancarios y monetarios, surgieron enormes mercados de obligaciones para financiar los déficit públicos. Con tasas de interés muy variables, las empresas necesitaron 'productos financieros' de cobertura que las asegurasen frente a variaciones en esos tipos de interés (y de cambio). Esto desembocó en un mercado de derivados y, por tanto, en sofisticadas prácticas especulativas. Dichos derivados constituyeron un nuevo impulso para el desarrollo del capital ficticio, ya que su mercado como mecanismos de protección frente a las fluctuaciones de las cotizaciones en la bolsa de valores y la variación de los precios del petróleo, las materias primas, los productos alimenticios y los créditos hipotecarios, se amplió.

En cuestión de años se observó un crecimiento exponencial de los derivados, es decir, del capital ficticio. En efecto, todos los derivados son emisiones de títulos mediante los cuales sus dueños aspiran a participar en la distribución de la ganancia global sin contribuir a la producción de la misma. El riesgo que los derivados pretenden cubrir se transfiere por medio de cadenas, a menudo muy largas, con lo que la pirámide invertida de títulos con reclamos sobre la ganancia en la economía real se torna muy grande. Los derivados son entonces nuevos instrumentos especulativos cuya expansión, como dijimos, ha sido exponencial. Así, las transacciones sobre productos derivados que a principios del decenio de los ochenta representaban menos de un billón de dólares, se han multiplicado por 1 400. Vale decir, se trata de una

gigantesca pirámide invertida (Morin, 2010: 38s) ¹, siendo el peso del capital ficticio en la parte superior de la pirámide totalmente desmesurado en relación con la esfera real o productiva de la economía.

Para entender la crisis actual, la distinción entre capital real y capital ficticio resulta esencial. El capital ficticio procura participar en la acumulación sin relacionarse con el factor trabajo. Esto es, exige remuneración pero no contribuye en nada a la producción del excedente económico, de la plusvalía. La pregunta que se desprende de esta constatación es, ¿y quién produce esa plusvalía? Pero todavía más importante es la pregunta, ¿la producen en volumen suficiente para atender las exigencias del capital ficticio?

Ahora bien, ¿dónde y cuándo se hizo visible la actual crisis en los centros de poder? Ella se hizo visible en los EE. UU. a partir de la crisis inmobiliaria. La concesión de préstamos a hogares de frágil capacidad de pago causó un endeudamiento progresivo y una creciente incapacidad de pago. Los bancos comerciales y las instituciones especializadas en el financiamiento inmobiliario otorgaron créditos con hipotecas (impagables) que transformaron en títulos re-vendibles para crear así nuevos productos derivados, productos que vendieron en el mercado financiero en todo el mundo. Cuando las tasas de interés subieron, estalló la crisis. El resultado fue el desalojamiento masivo de los propietarios de sus viviendas. De este modo, el capital parasitario se apropió de la riqueza social real (las viviendas) dejando a los ciudadanos endeudados en la calle, al no poder cubrir siquiera el monto de la hipoteca, mucho menos el precio de remate.

Esta 'titulación' (o 'securitization') constituye una nueva forma de capital ficticio. Se trata de un montaje puramente financiero, que consiste en emitir títulos ligados a créditos. Al banco le permite conseguir liquidez suplementaria para conceder más crédito hipotecario, por lo general de mayor riesgo. Los títulos 'garantizados' ('Asset Backed Securities') con un activo en la base (el inmueble), estaban compuestos por paquetes de créditos hipotecarios estadounidenses de un monto que oscilaba entre 100 y 500 mil dólares. La idea era repartir riesgos entre quienes los compraran en el mundo. La emisión de títulos y su adquisición

¹ François Morin, "La crisis financiera globalizada y las nuevas orientaciones del sistema", en Samir et al. Crisis financiera, económica y sistémica. Madrid, Ediciones Maia, 2010.

por los fondos de pensiones, transfirió la gestión de riesgo a dichos fondos o a los así llamados fondos de cobertura ('hedge funds'). Los que manejan los fondos de pensiones no tienen real noción del oficio de banquero, y la vocación de los fondos de cobertura es especular.

Luego surgió la posibilidad de efectuar una operación de titulización sintética por oposición a la 'true sale' o cesación perfecta. En la titulización sintética únicamente se transfiere el riesgo en el cual el vendedor de protección se compromete a pagar una cierta suma, en caso que un deudor deje de pagar, al comprador de protección que pagará una prima mientras dure el contrato. Hubo entonces una oferta más amplia de títulos y reclamos de participar en la ganancia que reposaba en una misma riqueza real (el inmueble). De este modo otorgaron nuevas hipotecas de creciente dudosa capacidad de pago, creando una oferta gigantesca de crédito de una pirámide inversa cada vez más grande, ficticia y riesgosa. Para 2008, esos productos derivados (capital ficticio surgido del sistema financiero y especulativo) representaban, según el Banco de Basilea, unas veinte veces el producto bruto mundial (PBM), lo que da una idea de la magnitud del problema (Morin, 2010: 43).

¿Qué hizo estallar la crisis financiera? La crisis estalló a partir de junio de 2004, momento en que las tasas de interés determinadas por la Reserva Federal subieron rápidamente. Así, desde esa fecha hasta junio de 2006 dichas tasas se quintuplicaron, pasando del 1 al 5,25%. Con tal alza de las tasas de interés, era cuestión de tiempo que una masa crítica de deudores enfrentara serias dificultades para reembolsar sus préstamos. Y, en efecto, hacia finales de 2007 la ilusión de que la expansión del capital ficticio en forma de una pirámide invertida cada vez más alta era posible, mostró tener límite.

¿Por qué motivo subieron las tasas de interés? El alza básicamente sirvió para financiar los tremendos gastos relacionados con las guerras en Irak y Afganistán. Como consecuencia de estos gastos militares, se había creado un enorme capital ficticio. Este capital es de características distintas a aquel originado en el incremento de la deuda pública en razón del pago de intereses de deuda anterior, deuda esta que el Estado no consigue pagar por insuficiente superávit primario. El capital ficticio relacionado con el complejo industrial y militar se origina en una riqueza real producida, aunque fue consumida de forma improductiva o incluso destruida. Es un capital ficticio diferente, pero ficticio de

todos modos. Nace de una plusvalía realmente existente en un ciclo productivo y que podría convertirse en capital real, pero que se transforma en ficticio al consumirla de manera improductiva en el ámbito militar. O sea, lo que potencialmente podría ser capital real, se convierte en capital ficticio. Como vimos, sin embargo, la 'fe' en la moneda estadounidense se mantiene con este complejo industrial militar. He ahí el eje del tercer capítulo abordado por Reinaldo A. Carcanholo: Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares.

Para reanudar un ciclo de acumulación de capital en el centro del sistema mundial, la crisis que vivimos debería "destruir" los gigantescos montos de capital ficticio parasitario. Sin embargo, las contradicciones del sistema capitalista mundial son tan profundas y difíciles de resolver, que una devaluación tal podría empujarlo al colapso. El programa de rescate bancario por parte de los Estados mediante la emisión de bonos, es lo mismo que convertir en pública una deuda privada. Actualmente estamos entrando en una crisis generalizada de los bonos estatales. Los Estados ya no pueden cumplir con sus obligaciones y los bancos, en vez de asumir su responsabilidad, la transfieren a la clase trabajadora cobrando ahí la cuenta por pagar. El objetivo de este movimiento es sostener la pirámide invertida de capital ficticio. Subsana el mal llamado capital tóxico, no es sino hacer real el capital ficticio y cobrarlo a la clase trabajadora por medio de impuestos y el desmantelamiento de sus derechos económicos y sociales, entre otros mecanismos.

Mientras, el ámbito productivo se ha trasladado hacia las economías emergentes en general y en particular hacia países como China, donde los salarios son de los más bajos. Las formaciones centrales, en cambio, se han embarcado en profundidad en el ámbito especulativo y no se vislumbra una salida clara. La crisis actual, por lo tanto, se presenta como una crisis sistémica en los propios países centrales, y en primer lugar en su centro hegemónico: los EE. UU. Ante la pérdida de fuerza hegemónica en el ámbito económico, este país procura mantener su posición hegemónica exclusivamente a través de su complejo industrial militar y la guerra. La crisis no es solo de carácter financiero, sino también económico y político-militar. La crisis abarca cada vez más ámbitos de la vida. Por eso, hay crisis petrolera, alimentaria por transformar alimentos en agrocombustibles, de subproducción de recursos naturales, de contaminación ambiental y de los propios "valores occidentales" en general (ideología del

libre mercado, democracia, etc.). En otras palabras, se trata de una crisis 'civilizatoria'. Las formaciones centrales en general y los EE. UU. en primer lugar, buscan 'salvar' esta civilización a toda costa y de modo especial recurriendo a los restos de su hegemonía: la vertiente militar. Esto implica que el mundo se ha vuelto muy inseguro, al punto que incluso la vida misma de la humanidad está en riesgo. A esto se refiere el cuarto capítulo, de Antonio Jarquín y Wim Dierckxsens, sobre La gran crisis del siglo XXI: entre amenazas y oportunidad. ¿Estamos ante una rebelión mundial o ante una nueva gran guerra?

Pareciera que en este 2011 el mundo se halla al comienzo de una nueva era de revoluciones, tal como aconteció en Europa en 1848. Esta vez, con todo, podemos hablar de un despertar político y una toma de conciencia universalizables. Aunque este despertar se materializa en diversos países y regiones bajo circunstancias diferentes, cada vez adquiere un carácter más global. Lo que sucede hoy no es simplemente una rebelión en una u otra formación social (verbigracia Túnez o Egipto) o en una región (Magreb), lo que está en juego es el sistema global en su totalidad y con ello, en última instancia, el poder imperial de Occidente. Desde hace una década se observa un proceso de desconexión de la política neoliberal en América Latina y el Caribe. En 2008-2009 hubo levantamientos populares por hambre en el África subsahariana, pero asimismo en Haití, escenario que podría darse otra vez en 2011 debido a la subida de los precios de los granos básicos desde el año pasado. Además, la crisis económica ha dado pie a levantamientos populares no vistos en muchas décadas en Europa. Lo que parece estar en crisis, pues, es la "civilización occidental" dominada por la racionalidad económica del capital.

Esta racionalidad, además de que tiende a negar la vida de amplias mayorías de la población mundial, destruye la vida natural que nos rodea y tiende a acortar la vida útil de los trabajadores, de los productos y de la propia tecnología utilizada en las empresas, la de los edificios, etc. Al negar la vida en crecientes ámbitos de la vida el capitalismo fomenta la muerte de todo lo que incorpora en su lógica, al mismo tiempo que se asfixia en su propia racionalidad. Es nuestra tesis aquí que al negar la vida y sembrar muerte en tantos ámbitos, el capital tiende a negar, en última instancia, la vida del propio capital como capital. En otras palabras, es un sistema que propicia su autodestrucción.

Partimos del hecho que el ser humano es tanto producto de la historia como creador de ella, y no en último lugar a través

del trabajo. La democracia burguesa no es apenas producto ni exclusivamente proyecto histórico de una clase. Lo mismo puede decirse de los proyectos alternativos, llámense socialismo, cambio de civilización o cualquier otro. La democracia burguesa no puede montarse y sostenerse sobre cualquier base económica, y tampoco permitir un proyecto de cambio de civilización. Las posibilidades de un proyecto político de influir sobre un cambio en la racionalidad económica no dependen con exclusividad de la voluntad de un pueblo, ni son determinadas solo por las llamadas condiciones objetivas. La clave viene dada por el cruce de esa voluntad con los momentos históricos que brindan mayores oportunidades para que se dé un cambio en la racionalidad económica. Consideramos que la Gran Depresión del siglo XXI se caracteriza como una crisis de civilización que ofrece un momento histórico, más allá de las fronteras estatales, para un proyecto político orientado a cambiar la racionalidad económica vigente. Este es el eje central del capítulo quinto de Wim Dierckxsens, Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI, con el sugerente subtítulo: ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?

Durante el siglo XIX y principios del XX, cuando el reformismo político era apenas incipiente, solo había una vía hacia una situación de inseguridad económica y sociopolítica, y desde esta a una situación revolucionaria. Hoy, como consecuencia de la generalización del reformismo en los países centrales —e incluso en muchos países periféricos—, observamos otra vía posible hacia una creciente inseguridad económica y sociopolítica. En efecto, por largo tiempo en la periferia ha predominado una tal situación de elevada inseguridad. A partir de la Gran Depresión del siglo XXI se abre, ahora desde la situación del reformismo político bien instaurado, otra posible vía hacia una inseguridad económica y social debido a la flexibilización en ascenso del mercado de trabajo. La primera situación, que predomina en los países periféricos, podría ser particularmente explosiva en tiempos de crisis.

De cara a la actual crisis del capitalismo, la pregunta central pasa a ser: ¿es posible el paso del reformismo hacia un cambio radical en la racionalidad económica? Por un lado, cuanto más amplia es la penetración del capital en el conjunto de la Vida de los seres humanos, más susceptible a generalizarse (o socializarse) es el antagonismo Capital/Trabajo. La Gran Depresión que se inicia con el siglo XXI apunta a agotar las posibilidades de integración socialdemócrata de este último, y cuanto más tiempo perdure, más se cuestionará la racionalidad del sistema. Pero, por otra parte,

cualquier transformación requiere de una ‘agencialidad’ política, de una personificación de las contradicciones en lucha por una ruptura de las relaciones sociales existentes y la racionalidad económica en ellas implicada. En este sentido es posible que las expresiones más desarrolladas o concienciadas del Trabajo se vuelvan más rupturistas, preparando la posterior agudización de la lucha de clases, que encuentra más nutrientes según se deterioran las condiciones del conjunto del Trabajo, y con ellas, las de legitimidad general del sistema.

El concepto Trabajo que aquí apuntamos es una idea-fuerza con intencionalidad ideológico-política, que se fundamenta en la capacidad transformadora y como tal señala la posibilidad de establecer vías de encuentro de intereses, de coincidir en objetivos y realizar posibles coaliciones identitario-políticas entre la población que tiene a su fuerza de trabajo como principal medio de vida.

Sin embargo, una de las más decisivas cuestiones que quedan pendientes de resolver es saber si la clase que vive de su trabajo ha adquirido suficiente preparación histórica como para asumir la dirección de la sociedad, sin necesidad de auparse al Poder a una nueva clase dirigente. He aquí el eje central del sexto capítulo, de Andrés Piqueras, Desafíos del Trabajo como sujeto histórico en el capitalismo tardío declinante.

De este mismo autor, el capítulo séptimo (Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico: una perspectiva marxista), intenta calibrar los desafíos y las oportunidades del “ejército de reserva migrante global” para semejante empresa transformadora, a partir del análisis de las migraciones de fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista. Este capítulo, y el anterior, se complementan notablemente con el de Dierckxsens en el análisis de las oportunidades y los obstáculos de la ‘agencialidad’ del Trabajo en pro de posibles vías de superación del capitalismo.

Más si el objetivo es construir sistemas políticos que eliminen los dramáticos problemas de las actuales sociedades, aquí se considera insuficiente la llegada pura y simple al poder del Estado, a través de elecciones o cualquier otra vía, sin tener la hegemonía social como un todo. Hay que conseguir esa hegemonía, para posteriormente llegar al Estado con capacidad de cambiarlo en su esencia. Es importante, pero insuficiente, criticar las sociedades actuales o simplemente recomendar algunas acciones amplias para superarlas. Más esencial es saber cómo construir este

camino, lo que conduce, de nuevo, a la discusión del poder y, por consiguiente, del Estado y la democracia.

El Estado es un resultado del poder hegemónico, no la causa de este, y es construido a imagen y semejanza del bloque que detenta ese poder. El hecho de que determinadas formas de producir y de pensar sean hegemónicas y generalizadas en la sociedad, es lo que permite que El Estado represente y defienda estas formas por cualquier medio. Por eso, los que intentan cambiar los fundamentos de la sociedad a través de la llegada al “poder” del Estado, sin tener hegemonía en la sociedad como un todo, lo único que logran a menudo es cambiar las apariencias para nada cambiar. La lucha por una nueva sociedad, por lo tanto, debe ser desplegada en el seno de la misma. Luego, una visión crítica con respecto al Estado significa también que los poderes difusos deben intentar conquistar poco a poco sectores productivos y unificar ideas para generar una verdadera ideología que se contraponga como un todo a la ideología dominante; solo así se tendría la capacidad para cambiar realmente la sociedad. Estas reflexiones constituyen la base del octavo capítulo, de Paulo Campanario, con el título Hegemonía del poder difuso, con el que cerramos este volumen.

Capítulo I

Unos apuntes sobre Keynes (y Marx), a propósito del dinero y la crisis

Paulo Nakatani ¹

Rémy Herrera ²

Las contradicciones de Keynes son las que mejor lo representan. Se conoce que amonestó a los accionistas de su época estando, sin embargo, íntimamente ligado a la oligarquía financiera, desde los departamentos de tesorería o del Banco Central hasta las juntas directivas de las compañías de seguros —además de que ejerció su talento de especulador de valores—. La Teoría general, considerada “moderadamente conservadora” por su propio autor ³ sorprendió de forma contradictoria a sus

¹ Profesor de Economía de la Universidad Federal de Espírito Santo en Vitória (Brasil) y presidente de la Sociedad Brasileña de Economía Política.

² Investigador en economía del CNRS (UMR 8174 Centre d'Économie de la Sorbonne – Université de Paris 1 Panthéon-Sorbonne) y secretario ejecutivo del Foro Mundial de Alternativas.

³ Robinson, 1971: 131.

contemporáneos, pero fue declarada incluso “revolucionaria” por muchos de sus discípulos. Siendo figura política de la proa de izquierda, no ocultó su aversión a las revoluciones: primero, como es lógico la de 1789, acentuando cierta francofobia no exenta de humor ⁴, pero sobre todo, la Revolución de Octubre de 1917, la cual le despertó preocupación y odio ⁵. Este temor por las masas en rebelión, dirigidas hacia el socialismo y amenazando con tirar abajo “la era de la civilización” ⁶, surge en realidad no solamente de un primer Barón (Tilton) en la Cámara de los Lores, sino y sobre todo de una selección de clases: “No puedo permanecer insensible a lo que creo que es la justicia y el sentido común, pero en la lucha de clases defiendiendo a la burguesía ilustrada” ⁷.

Keynes, en ocasiones pudo demostrar valentía, como cuando renunció a la delegación británica encabezada por Lloyd George, a la hora de las negociaciones de paz sobre las reparaciones alemanas en Versalles, en 1919. No obstante, más tarde pudo también reclamar el aumento del presupuesto militar y defender la carrera armamentista. Su desacuerdo con el abandono de Inglaterra del control de su política monetaria en beneficio de la Reserva Federal de los Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial, no le impidió en el momento de la firma de los acuerdos de la deuda británica en 1945, aceptar la sumisión de la soberanía de su país y creer beatíficamente en la “generosidad de los estadounidenses” ⁸. No nos detendremos en lo que entristece muchas veces a los comentaristas. Ubicaremos el debate más bien en el plano teórico —y con relación a Marx—. A pesar de que “sus ideas no siempre fueron claras y coherentes” ⁹, Keynes, gran intelectual, fue evidentemente un economista genial. Ofreceremos en este trabajo algunas notas para una evaluación crítica en torno a los aportes de las teorías keynesianas de la crisis y el dinero —y sus relaciones con Marx, también llenas de contradicciones.

⁴ A él le gustaba decir: “¡Incompetente como un francés!...” Y también: “Los ingleses prefieren privarse de su soberanía que de su cabeza” (Keynes, 1971: 199).

⁵ En el II Congreso Internacional, Lenin, en medio de un elogio a Keynes por haber aconsejado no pagar la deuda, lo calificó de “burgués auténtico... enemigo despiadado [del] movimiento revolucionario”.

⁶ Harrod, 1951: 224.

⁷ Keynes, 1933: 233.

⁸ Ver: “Proposals for an International Currency Union de novembre 1941” (Keynes, 1987: vol. XXV, 42-66).

⁹ Robinson, 1971: 128.

1. Teoría de la crisis

Keynes fingía que ignoraba a Marx; y cuando hablaba de él —lo cual era raro— lo hacía siempre con un desprecio que no le permitía disimular su irritación y agresividad. Según su criterio, Marx fundamentó sus teorías “ilógicas, desfasadas, erróneas desde un punto de vista científico y sin interés o utilidad práctica para el mundo moderno... en la aceptación de las hipótesis clásicas... y no en su abolición” ¹⁰. Después de intentar “leer una vez más a este anticuado Carlos Marx” —en realidad la Correspondencia con Engels— afirmó no haber encontrado más que “debates obsoletos” ¹¹. Incluso se dice que había eliminado toda la bibliografía referente a las obras de Marx sugeridas por colegas de Oxford para recomendar, en cambio, las lecturas de “adversarios” como Marshall y Pigou ¹² a sus estudiantes de la Universidad de Cambridge. Joan Robinson trató de acercarlo al autor de *El capital* en un ensayo publicado en 1942. Keynes le replicó diciendo que era vanidoso “querer darle sentido a lo que no lo tenía” ¹³. En carta fechada el 1° de enero de 1935 y dirigida a Bernard Shaw, escribió sobre la Teoría general del empleo, el interés y el dinero, en la que se enfrentó a dificultades persistentes (resaltando la importancia del valor de capital):

Para entender mi estado de ánimo... usted debe saber que estoy escribiendo un libro sobre la teoría económica que en gran medida va a revolucionar... la forma en la que se piensa en el mundo acerca de los problemas económicos... Habrá un gran cambio y en particular, las bases ricardianas del marxismo serán derrocadas ¹⁴.

A los ojos de Keynes, Marx era un enemigo declarado. O, si se prefiere, nunca lo habría querido como aliado.

No obstante, es evidente que en su intento incluso por radicalizar las críticas en contra de la corriente principal (mainstream)

¹⁰ Keynes, 1926: 48.

¹¹ Citado por Mattick, 1969: 33.

¹² Ver: Bloumine, 1952: 185.

¹³ Robinson (1971: 51) escribió claramente: “La teoría keynesiana elabora una gran cantidad de complicaciones que fueron negadas por Marx... pero encontramos fácilmente la esencia en el análisis de Marx de la inversión como ‘la compra sin venta’ y del ahorro como ‘la venta sin compra’”.

¹⁴ Harrod, 1951: 462.

neoclásica de la época, Keynes fundamentó algunas de sus ideas en una concepción, metodología y teoría comunes a las de Marx. Ambos autores coinciden claramente en un rechazo a la ley de Say ¹⁵. Sin sacar a la luz pública o hacer referencia a la explotación de los trabajadores, Keynes retoma en gran medida la teoría clásica del valor trabajo. Como bien apunta Kicillof:

Para Keynes, el precio normal de cualquier producto es igual al costo de mano de obra, que medido en unidades de salario [ejemplo salario nominal de la unidad de trabajo (wage unit)], permite establecer la cantidad de unidades de trabajo, las cuales posibilitan medir el volumen de empleo o labour unit, es decir, la cantidad de trabajo “neta” requerida para producir cada producto ¹⁶.

En el Tratado sobre el dinero (1930), debió retomar los esquemas de reproducción marxistas del Libro II de El capital, apoyándose en la distinción entre los sectores productores de bienes de capital y bienes de consumo, para abordar el problema de la depresión en términos monetarios —a la manera de gran parte de los teóricos del ciclo de negocios en esa época, y por lo tanto muy diferente a Marx, para quien la importancia radica en la producción, específicamente del capital—. En este análisis concluyó que es la insuficiencia de inversión (y no de ahorro) la que engendra la depresión. Pero Keynes, al igual que Marx, vio la evolución del capitalismo alejada del colapso, cuyas causas son inherentes al funcionamiento del sistema.

Desde un análisis más profundo, la causa última de la depresión identificada por Keynes confirma la esencia de la interpretación marxista: lo que explica la “depresión”, frente a la insuficiente inversión producida por la disminución de la eficiencia marginal del capital (esta misma vinculada a la obsolescencia del capital y aumentada, prácticamente, por un ascenso de las tasas de interés) es en definitiva la “competencia capitalista” —o lo que Marx denomina las contradicciones internas del capitalismo—. Como punto de partida del circuito monetario keynesiano, existe una demanda adicional de dinero que se crea para satisfacer el

¹⁵ Por ejemplo: “Nada más ridículo que el dogma según el cual la circulación implica necesariamente el equilibrio de compras y ventas, puesto que toda venta es una compra, y a la inversa... Estos dos actos son divididos por la circulación... [y] si la división... se acentúa, sus relaciones íntimas se afirman por una crisis” (Marx, 1974: 121s).

¹⁶ Kicillof, 2007: 443.

financiamiento necesario de la inversión de las empresas ¹⁷. La definición de Keynes de la ganancia como ingreso de capital de la empresa (normalmente mayor a la tasa de interés) se acerca más a la de Marx que a la de los neoclásicos. Un concepto clave del esquema keynesiano es que el incentivo para invertir depende de la diferencia (estimada a partir de valores positivos que no sean cero) entre dos variables a partir de mecanismos diferentes: la eficiencia marginal del capital (o rendimiento del capital) y la tasa de interés.

El beneficio anticipado (o los ingresos de los empresarios) controla la demanda efectiva (o demanda total prevista por estos empresarios) y por lo tanto, las expectativas de inversión neta (“la adición neta del valor de los equipos de cualquier naturaleza, teniendo en cuenta los cambios en el valor de los equipos antiguos utilizados en el cálculo del ingreso neto” ¹⁸). Keynes, además, alega que es la demanda efectiva la que determinará el volumen de empleo del trabajo considerado por las empresas, volumen del cual dependerán los ingresos totales —a corto plazo— y se derivará, finalmente, el consumo. En resumen, cuando el beneficio tiende a disminuir, la degradación consiguiente de expectativas conduce a la reducción de la inversión y la economía entra en depresión, caracterizada por un equilibrio “sin pleno empleo” (o de subempleo sostenible) y la ausencia de mecanismos de ajuste espontáneo en el mercado. Paul Mattick estaba en lo cierto al decir:

La teoría keynesiana... adoptando el análisis de Marx sin sus conclusiones... no fue en su esencia más que... una forma de repetir la crítica marxista y un intento de atajar la decadencia del capitalismo, de precaver contra su colapso final ¹⁹.

No encontramos en Keynes una teoría “general” o acabada de la crisis. En cambio, sí hayamos muchos elementos de análisis teóricos, parciales y a veces contradictorios, que incluso, con frecuencia han provocado confusiones o malentendidos a los comentaristas y algunos de sus discípulos —comenzando por el concepto, muy complejo, de “demanda efectiva”— ²⁰. Y es que él

¹⁷ Ver: Poulon, 2000.

¹⁸ Keynes, 1977: 96.

¹⁹ Mattick, 1969: 39.

²⁰ Como lo muestra Marc Lavoie (1985), la “demanda efectiva”, como valor anticipado de las ventas, debe en realidad interpretarse como... una oferta.

muy rara vez se refirió a la crisis por su nombre, prefiriendo hablar de sus manifestaciones, “depresión”, “deflación”, “inflación”, o lo que él consideró como “los aspectos más chocantes del capitalismo”²¹: el desempleo, en primer lugar, y también la desigualdad de ingreso y de riqueza. Sin embargo, la búsqueda de estrategias para poner fin a la crisis, con el objetivo final de “salvaguardar el capitalismo”, o encontrar el secreto de un “capitalismo sin crisis”, o sea “regulado”, ocupa la esencia de su pensamiento, desde sus obras más teóricas hasta sus compromisos prácticos y batallas políticas.

Al igual que Schumpeter, Keynes entendió que el curso de la historia iba del capitalismo hacia el socialismo y tenía plena conciencia de la exacerbación de la lucha de clases en ese momento. Por consiguiente, una de las tareas que emprendió fue profundizar en la teoría con el fin de encontrar formas de asegurar la permanencia, el mayor tiempo posible, de la sociedad capitalista. Para “razonar” mejor las tentaciones anticapitalistas se vio obligado a dirigir la crítica radical de la teoría neoclásica, según la cual no era posible que la crisis fuera inherente al modo de producción capitalista. Por eso, defendió la idea de que la crisis era consecuencia de la insuficiente demanda agregada y propuso como solución la creación de una “demanda efectiva” a través de un factor exógeno, la intervención del Estado mediante el gasto público. Keynes demostró que si el capitalismo no genera de manera automática el equilibrio de pleno empleo, contrariamente a la afirmación general de los neoclásicos, se podía establecer que el Estado estimulara la inversión y por ende, fomentara la creación de nuevos empleos. De esta forma, ello permitía la creación de instituciones y herramientas necesarias para la aplicación de políticas monetarias y fiscales racionalizando la acción del Estado en las fases de expansión y contracción de ciclos de la economía, así como reducir al mínimo los impactos de la crisis en la producción y el empleo.

Aunque el papel atribuido a los factores monetarios cambia en el transcurso de su obra, la importancia del dinero para Keynes es tal, que cometió la imprudencia de aventurarse a explicar, como Pierre Vilar lo señaló en Oro y moneda en la historia, el ascenso y la caída de las grandes civilizaciones del pasado a causa de los flujos de dinero por la entrada o salida de metales preciosos. Keynes escribió así en su *Treatise on Money*:

²¹ Keynes, 1977: 228.

Sería una tarea fascinante la reescritura de la historia económica a la luz de estas ideas desde los orígenes más antiguos. Me pregunto cómo las antiguas civilizaciones de Sumeria y Egipto encontraron sus estimulantes en el oro de Arabia o el cobre de África que siendo canjeables, dejaron tras de sí una estela de beneficios durante su distribución entre el Mediterráneo y Golfo Pérsico... ¿Hasta qué magnitud la grandeza de Atenas dependía del dinero de las minas del Laurion? No fue porque los metales canjeables representaran una riqueza más real que cualquier otra, sino porque su efecto sobre los precios creaba la garantía de la ganancia. ¿Hasta qué punto la dispersión de las reservas de Persia por Alejandro... recuperaciones acumuladas durante muchos siglos anteriores en la tesorería de los sucesivos imperios, es responsable del brillante progreso económico en la cuenca del Mediterráneo, donde Cartago tuvo intentos, y Roma finalmente obtuvo los beneficios? ¿Es casualidad que la decadencia y caída de Roma hayan significado la deflación más prolongada y brutal conocida en la contemporaneidad? ¿Y el largo estancamiento de la Edad Media no fue más inevitablemente causado por sus escasas pertenencias en metales monetarios que por la monarquía o las agitaciones bárbaras?²².

Otros se habían arriesgado mucho antes que Keynes, empezando por eminentes representantes de la Escuela de Salamanca, como Luis Saravia de la Calle y Martín de Azpilcueta —además de haber defendido la propiedad privada, el desgaste y una teoría cuantitativa de la escasez de valor—. En su *Contribución a la crítica de la Economía Política*, de 1859, Marx también criticó a los seguidores empiristas de Hume del siglo XVIII:

Es muy indebido que los discípulos de Hume, como lo hacen frecuentemente, se refieran al aumento de los precios en la antigua Roma posteriormente a la conquista de Macedonia, Egipto y Asia Menor. Una examen detallado de la circulación monetaria requiere, por una parte, una historia cuidadosamente clasificada de los precios de los productos y, por otra parte, las estadísticas oficiales... de la expansión y la contracción del medio de circulación, de la entrada y salida de metales preciosos... documen-

²² Keynes, 1930: tomo 2, 150. Diez años antes, escribió en la teoría *The Economic Consequences of the Peace*: “Se dice que Lenin había declarado que la mejor forma de destruir el capitalismo era alterar su dinero... Lenin tenía mucha razón. No existe manera más sutil y más segura de derrotar el orden existente de la sociedad que alterar su dinero (Keynes, 1920: 219s). Lenin hizo más que decir y hacer como declaró...”

tación que solo comienza a existir... con el pleno desarrollo del sistema bancario²³.

El análisis del dinero depende fundamentalmente de “toda la vida económica” (valores, precios, salarios, población, tiempo de trabajo...) y de “todo el complejo social” al cual pertenece²⁴ y sobre todo, de las contradicciones teóricas de la producción mercantil que Marx revela en *El capital*, capítulo III del libro I, acerca del oro como medida de valor, medio de circulación y dinero, y en la cuarta y quinta secciones del libro III, acerca del proceso histórico de desarrollo del dinero y el sistema de crédito, antes de llegar al concepto de “capital ficticio”²⁵. Sobre la base de una reformulación de la teoría del valor trabajo dirigida hacia la explotación, Marx presenta el dinero como resultado necesario del despliegue de las contradicciones internas de la forma mercancía²⁶; Keynes, lo veremos a continuación, procedió de modo muy distinto.

2. Dinero, crédito y sistema financiero

La teoría del dinero propuesta por J. M. Keynes constituye un importante paso más de avance en la interpretación de las sociedades capitalistas en comparación con el pensamiento neoclásico. Él logró (únicamente en parte)²⁷ salir del mainstream de la época, para el cual el dinero se reduce en esencia a un medio de cambio y lo introdujo en el circuito de reproducción del capital. Por tanto, tenemos que la superación de la visión ortodoxa de un equilibrio automático, que prohíbe en el elemento de la teoría, por defecto, las crisis, se refleja a través de otra visión donde el dinero se desplaza al centro fundamental de la dinámica capitalista y se reformula una teoría del interés que le proporcione a este último un papel principal —pero excesivo como hemos dicho— en la determinación de las inversiones en una economía capitalista. Esta teoría de la moneda alcanzó su clímax en la Teoría general del empleo, el interés y el dinero, localizada en concreto en el capítulo 17

²³ Marx, 1972: 122s.

²⁴ Vilar, 1974: 35.

²⁵ Herrera y Nakatani, 2008; Nakatani y Herrera, 2009.

²⁶ Para más detalles, ver: Nakatani et Gomes, 2010.

²⁷ Lavoie, 1985. Ver igualmente: Barrère, 1979.

del libro IV, titulado “Las propiedades esenciales del interés y el dinero”²⁸.

Desde su primer escrito (*Indian Currency and Finance* (Dinero y finanzas indias), en 1913) hasta su propuesta de reformar el sistema monetario y crear la unión internacional de clearing (durante la Segunda Guerra Mundial), Keynes, casi siempre, criticó el régimen del estándar del oro unido a una “reliquia bárbara”²⁹. En la Teoría general, considera al dinero como papel moneda con un valor fijo o inconvertible. La oferta de dinero es vista como exógena y efectuada por el Banco Central, sin embargo es posible volver a formular la hipótesis de dicho carácter exógeno de la oferta sobre la base de una creación monetaria endógena mediante el sistema bancario, mientras la demanda de dinero es determinada por la tendencia a “atesorar” o la preferencia por la liquidez que varía en función de las tasas de interés. La liquidez se define como la posibilidad de la cual dispone en cualquier momento un agente poseedor de créditos para convertirlos, sin pérdida de capital, en dinero, “liquidez por excelencia”³⁰. Keynes escribió:

Siempre, es obligatorio que una condición necesaria sea cumplida de manera que pueda existir una preferencia por la liquidez como medio de mantener la riqueza. Esta condición necesaria es la existencia de incertidumbres sobre el futuro de la tasa de interés... Si todos los valores futuros de la tasa de interés son conocidos de antemano con certeza, se podrían deducir a partir de los valores presentes de las tasas de interés en diferentes plazos, los cuales se ajustarían a los valores conocidos de las tasas futuras de interés³¹.

Para Keynes, el dinero es un activo absolutamente singular, cuya naturaleza se deriva de su función de reserva de valor³². Al tener la capacidad de retener la riqueza y transferirla en el futuro, puede ser convertido por su titular en cualquier otro activo de capital disponible. No obstante, el dinero tiene que enfrentarse a otros capitales de liquidez que implican rendimientos, como acciones, obligaciones, títulos de deuda... Una de las características

²⁸ Keynes, 1977: 229ss.

²⁹ Keynes, 1971: 198.

³⁰ Keynes, 1977: Cap. 13.

³¹ Keynes, 1977: 179s.

³² Ver: Kicillof, 2007.

esenciales de estos activos es su escasez. ¿De dónde viene precisamente el hecho de que ocasionan rendimiento?

Por lo tanto, la tasa de interés, en cualquier momento, en calidad de recompensa para renunciar a la liquidez, da la medida de la aversión de las personas que poseen el dinero por tener que dejar el poder incondicional de disponer de él. La tasa de interés... es el precio que equilibra el deseo de preservar la riqueza en forma de moneda y la cantidad de dinero disponible ³³.

Así como el dinero, cada riqueza duradera implica “una tasa de interés específica” (own rate of interest); esta se mide en unidades y expresa la diferencia entre su precio actual y futuro. Esa tasa permite definir, en un período de tiempo determinado, el rendimiento total esperado del activo considerado, del cual se debe restar un “costo de conservación” y añadir una “prima de liquidez” (la que es una aproximación al “costo de negociación”).

En la teoría de Keynes, lo que distingue al dinero de otros activos líquidos es una prima de liquidez mayor para este que para aquellos (para los cuales se inclina hacia cero). Además de su rendimiento nulo, pues no implica remuneración ³⁴, la moneda se caracteriza por un costo de conservación muy débil, pero por una prima de liquidez bastante fuerte (la última es mucho mayor que el primero, en el caso del dinero del Estado, mientras ocurre lo contrario para las otras riquezas durables). La tasa de interés específica del dinero sería la más alta de todas, porque

...el tipo de dinero al que estamos acostumbrados presenta algunas características especiales, debido a que su tasa de interés específica, calculada con ella misma como estándar [el texto original dice “own rate of interest in terms of a standard of value”], tiene menos probabilidad de disminuir a medida que aumenta la producción, que la tasa de interés específica de toda riqueza calculada por medio de ella misma ³⁵.

La solución adoptada por Keynes es diferente a la de Marx, para quien el dinero se considera capital monetario.

Según Keynes, las propiedades del dinero serían las siguientes:

³³ Keynes, 1977: 178s.

³⁴ “Salvo en un asilo de locos, ¿quién querría el dinero como reserva de valor?” (Szmreczanyi, 1978).

³⁵ Keynes, 1977: 236s.

1) ...tienen, a corto o largo plazo, una elasticidad de producción igual a cero o al menos muy pequeña... El dinero... no se puede producir con facilidad, la mano de obra no puede ser empleada a discreción por los empresarios para producir cantidades crecientes a medida que su precio se eleve en unidades de salario... 2) La segunda propiedad específica del dinero es que tiene una elasticidad de sustitución igual o casi igual a cero, lo que significa que cuando se eleva su valor de cambio, no aparece ninguna tendencia a sustituirlo... Y 3): Tenemos que examinar... si estas conclusiones no serían invalidadas por el hecho de que, aun cuando sea imposible incrementar la cantidad de dinero con el aumento del trabajo para su producción, no se tiene el derecho de suponer que su cantidad efectiva es... fija ³⁶.

En relación con esta última característica, Keynes sostenía que las variaciones de los salarios (nominales o reales) modificarían por defecto la cantidad de dinero disponible para satisfacer la demanda de liquidez, lo que afectaría la tasa de interés.

Tal vez podríamos aceptar, al menos en teoría, que el dinero, en calidad de dinero-mercancía, presenta una elasticidad de producción igual o cercana a cero en los países que pueden producir este tipo de dinero; pero ese no es el caso cuando hay una moneda estatal inconvertible con un valor establecido —a menos que se considere a este como totalmente independiente del mercado—. Y aunque la oferta monetaria sea exógenamente determinada por el Banco Central, nos enfrentaríamos de todas formas a un problema derivado de la divergencia entre la concepción teórica y el funcionamiento práctico de la creación monetaria. En teoría, la naturaleza del dinero contemporáneo como papel-moneda de valor establecido y liberado de toda atadura a un estándar monetario sobre la base del dinero-mercancía, brinda a los bancos centrales, en la época actual, la posibilidad de crear dinero sin límite. Sabemos sin embargo, que en la práctica, el énfasis de las contradicciones capitalistas, en especial aquellas entre la producción de la riqueza y sus propiedades que se han manifestado durante las últimas décadas del siglo pasado, a través de tensiones inflacionarias que conducen a devaluar estas riquezas en forma monetaria, han llevado a los bancos centrales a tomar el control de una manera mucho más estricta de la oferta monetaria, teniendo en cuenta los dogmas todavía imperantes relativos a la línea cuantitativista.

³⁶ Keynes, 1977: 237s.

Con todo, la creación de la moneda no convertible por el banco central no se efectúa de una sola vez, o incluso con periodicidad, sino de modo permanente en el curso del funcionamiento de los mecanismos del mercado monetario y financiero. Este proceso funciona, de forma continua, por medio de flujos de creación y destrucción del dinero. Propiamente hablando, se trata más bien de una oferta de dinero en flujo y no reservada, incluso si para fines estadísticos es frecuente solo el uso del total de dinero creado, en un momento determinado, aunque sea presentado en “reservas”. Además de este proceso “primario” de incremento de la base monetaria en moneda del banco central, el sistema bancario también puede aumentar la masa monetaria mediante una creación “secundaria” de dinero. El auge del sistema bancario permite la expansión del dinero de crédito —privado—, el cual sustituye el dinero estatal de valor establecido en la mayoría de las operaciones de compra y venta, tanto entre empresas como entre estas y los consumidores, y se anula así, después de haber sido creado, cuando cada contrato expire.

Teniendo en cuenta esa oferta de dinero, para cada tipo de interés se solicita una cantidad de dinero, por lo que es posible trazar una curva de la demanda neta que determinaría la tasa de interés específica del dinero —propiciando el equilibrio oferta-demanda—. La demanda de dinero está determinada por lo que Keynes optó por llamar motivo de ingresos (“subsano el intervalo entre el cobro y el pago de los ingresos”), motivo profesional (“subsano el intervalo entre el momento en el que asumimos gastos profesionales y cobramos el producto de la venta”), motivo de precaución (por ejemplo, para “hacer frente a eventualidades que requieren gastos repentinos...”) y motivo de especulación (mucho más complejo de entender, que consiste en “prever el estado psicológico del mercado financiero”) ³⁷. El autor representa esa demanda con la siguiente ecuación:

$$M = M_1 + M_2 = L_1(R) + L_2(r)$$

$$\text{con } L_1(R) = R/V \text{ y } L_2(r) = M_2,$$

y donde M es la demanda total de dinero, M₁ es la demanda de dinero unida a los motivos de ingresos, profesionales y de precaución, M₂ es la demanda de dinero derivada del motivo de especulación, R es el ingreso y V es la velocidad de transformación

³⁷ Aquí: Keynes, 1977: Capítulo 15, 203ss.

del dinero en ingresos (income velocity of money, tomando el concepto clásico analizado desde la relación entre los ingresos y la cantidad de dinero). Naturalmente, la ecuación de $L_2(r) = M_2$ no es la única para describir la tasa de interés (r), en la medida en la que los ingresos, la demanda de dinero y la tasa de interés están económicamente relacionadas ³⁸. Podemos ver que si Marx determina las tasas de interés tomando como referencia el capital-dinero, Keynes lo hace a partir del dinero: la preferencia por la liquidez, o la propensión a atesorar, determina la tasa de interés.

Keynes afirmó —curiosamente, en una simple pero importante nota— que el dinero se puede definir de la siguiente manera:

...podemos trazar la línea divisoria entre “el dinero” y “los créditos” hasta el punto que mejor se adapte al estudio de cada problema en particular. Por ejemplo, se puede adaptar el dinero directamente a un poder de compra general del cual el titular no se vea desprovisto por un período superior a tres meses y los créditos por un período más largo. En lugar de tres meses, bien podemos elegir un mes, tres días, tres horas o un período cualquiera, o se puede excluir del dinero toda la riqueza que no tenga inmediatamente poder liberal. A menudo es conveniente en la práctica extender el dinero como depósitos a plazo, en los bancos, e incluso, a veces, como ciertos instrumentos de crédito, tales como los bonos del Tesoro ³⁹.

Esto significa, dijo, que lo importante no es la diferencia entre el dinero que no reporta nada y los depósitos o valores pagados, sino más bien la base común que se encuentra en su liquidez ⁴⁰. Los activos en cuestión, depósitos y títulos, podrán ser considerados como dinero, porque los actores económicos tienen confianza en su propiedad fundamental de ser —no como los instrumentos de intercambio universal—, pero de mucha liquidez, es decir, con relativa facilidad de ser convertidos en dinero (sin pérdida de capital). En cualquier caso, en el razonamiento de Keynes, esas son las comparaciones hechas por los capitalistas acerca de las tasas de rendimiento anticipadas a razón de cada riqueza duradera, así como de la tasa de interés específica del dinero en relación con

³⁸ Keynes, 1977: 209.

³⁹ Keynes, 1977: 178.

⁴⁰ Ver: Kicillof (2007), y sobre todo pág.457, donde el autor explica, fielmente, el análisis del dinero de Keynes (presentado en el capítulo 17 de la Teoría general) en su concepción del capital (expuesto antes en el capítulo).

la eficiencia marginal del capital, lo que permitirá determinar las inversiones que serían realizadas, respectivamente, en cada uno de estos activos y, en consecuencia, la inversión agregada. Teniendo en cuenta que el empleo total se determina por la cantidad de inversión total, la “salida de la crisis” a través de la recuperación de la producción y el empleo dependerá, por ende, de una política monetaria que implique la reducción de las tasas de interés y la estimulación de la inversión —con la condición que la economía no esté en un estado tal, que la eficiencia marginal del capital caiga más rápido que la tasa de interés.

3. Keynes y el desarrollo de la crisis actual

Se puede inferir que la política monetaria desarrollada por los principales bancos centrales del mundo tiene cierta aproximación a la teoría monetaria de Keynes. Para hacer frente a la quiebra, los grandes bancos estadounidenses y de otros países, así como para el intento de reanimar la demanda efectiva, la Federal Reserve (FED), el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra y otros bancos centrales, efectuarán una gran cantidad de dinero. La última gran medida de la FED, llamada Quantitative Easing 2, prevé la creación de 600 billones de dólares o más. Esto, junto al resultado fiscal del Tesoro estadounidense, que llegó casi al 10% del PIB en 2009, suscitó profundas preocupaciones y medidas contra la desvalorización del dólar en varias partes del mundo y ocasionó una discusión llamada “guerra del dinero”. El dólar, que se venía desvalorizando hace algún tiempo, retomó esa desvalorización a un ritmo acelerado, en particular después de septiembre de 2010. Ella se manifestó en el mercado internacional de dinero y asimismo en la subida de precios de importantes productos como el petróleo, el trigo, el azúcar, entre otros. Además, varios países adoptaron medidas para intentar evitar o reducir los impactos de esa desvalorización. Entretanto, las medidas “keynesianas” de política monetaria, sobre todo en los EE. UU., terminaron en la conocida “estrategia de la liquidez”, pues fueron incapaces de elevar la eficiencia marginal del capital a través de la disminución de la tasa de interés [esta tenía que haber sido reducida a cero con la negativa de la política de fijación de tasas básicas de interés], transfiriendo el capital monetario de la esfera financiera hacia la productiva.

A finales de 2010 e inicios de 2011, las preocupaciones de los EE. UU. fueron otras. El límite de endeudamiento del Tesoro establecido por el Congreso en cerca de 14 trillones de dólares, llevó al Secretario del Tesoro, Timothy Geithner, a pedir un aumento sobre el riesgo del incremento de la deuda federal en los próximos meses ⁴¹. Además, la deuda de estados y municipios se volvió cada vez más preocupante. El intento de reducción de los déficit subió los impuestos y recortó profundamente los gastos, justo lo contrario de lo que Keynes defendía durante la gran depresión de los años treinta. Según Powell en el New York Times:

Lo que está claro es que en casi todas partes la crisis fiscal de los Estados se ha tornado más aguda. Los fondos para inundaciones se agotan, ciudades y pueblos han despedido más de 200.000 personas, e incluso Arizona ha arrendado su edificio de oficinas estatales. Los ingresos fiscales se han recuperado un poco mientras la economía se recupera, pero por ahora esto es más que compensado por el fin del estímulo de la ayuda federal ⁴².

Con anterioridad a ello, el presidente de la FED, Ben Bernanke, advertía a los congresistas estadounidenses:

En el mediano y largo plazos, sin embargo, la historia es muy distinta. Si se mantiene la actual configuración de la política, y bajo supuestos razonables sobre el crecimiento económico, el presupuesto federal marchará por un camino insostenible en los próximos años, con la proporción de la deuda federal en manos del público respecto a la renta nacional creciendo a un ritmo cada vez mayor ⁴³.

Una interpretación de ese discurso podría ser que Bernanke estaba alertando al Congreso de que la FED no pretende financiar más los déficit del Tesoro, por lo que deben tomarse medidas más duras de ajuste fiscal y los intereses deben subir ⁴⁴. North concluye que “habrá un gran estrategia” y que la FED tendrá que socorrer al Congreso, manteniendo los intereses bajos por medio de una hiperinflación monetaria, para que entonces el Congreso nunca necesite limitar sus cuentas. Por eso, Bernanke dijo al Congreso

⁴¹ Se estima que ese límite del endeudamiento se extinguió a finales del primer semestre de 2011.

⁴² Powell, 19.01.2011.

⁴³ Bernanke, 04.10.2010.

⁴⁴ North, 13.10.2010.

justo lo opuesto: que tendría que limitarse. Pero la estrategia recaerá exactamente sobre la clase trabajadora estadounidense pues, de acuerdo con Bernanke, los dos factores más importantes que pesarán sobre el déficit serán la regeneración de la familia baby-boom y el rápido crecimiento de los costos de servicios esenciales. Esa estrategia no tendrá lugar solo en los EE. UU., donde ya está en curso, sino también en otras partes del mundo, puesto que los países europeos debilitados con la crisis, ya están aplicando de manera amplia las medidas más injustas con los trabajadores.

Una posible alza de la tasa de interés, que provocaría un gigantesco endeudamiento público en los EE. UU., podrá causar otros efectos, primero, sobre el propio déficit fiscal estadounidense, elevando el costo de la deuda; segundo, puede invertir el flujo de capitales especulativos afectando las reservas internacionales de países con elevado capital externo, principalmente aquellos aplicados a títulos de deuda pública interna u otras acciones; tercero, la revalorización del dólar permitiría retomar el ciclo de financiamiento del resto del mundo por medio del consumo hacia los EE. UU. De todas formas, esto no garantiza la rehabilitación del crecimiento de la propia economía estadounidense, sino podría ser catastrófico para los países que están recibiendo enormes flujos de capital especulativo y parasitario. En las condiciones de bajo crecimiento o semiparalización en las que se encuentran hoy las economías de Japón y la Unión Europea, no será resuelto el aumento o reducción de la tasa de interés; al contrario, la mayoría de los gobiernos europeos asumirán las propuestas del Fondo Monetario Internacional (FMI), sobre la base de la ideología neoliberal, efectuando dimisiones de servidores públicos, reduciendo salarios a los servidores, disminuyendo los beneficios de la jubilación mediante el aumento del tiempo de contribución y la edad mínima para jubilarse. Estas medidas de política económica son exactamente lo contrario de lo que Keynes defendía.

Después de la desvalorización del dólar, los mercados internacionales de cambio reflejan en gran parte la enorme creación primaria de dinero producida por la FED desde 2008, al igual que la fijación de la tasa básica de interés próxima a cero. Una parte significativa de esa creación de dinero fue destinada a salvar los grandes bancos estadounidenses y europeos, ya sea a través de inyección directa de dinero, o bien de financiamiento directo a los mayores bancos para reincorporar a los que se encuentran en estado decadente. Además, se permitió que una enorme masa de

derivados hipotecarios desvalorizados por la llamada crisis del subprime, fuera pagada a sus valores, impidiendo de este modo su efectiva desvalorización.

La llamada “guerra del dinero” es consecuencia del desbordamiento de las contradicciones derivadas de las políticas económicas neoliberales adoptadas por los distintos países en el contexto de la liberalización del comercio internacional, del flujo de capitales internacionales y de políticas económicas nacionales. Como es ampliamente conocido, entre la década de 1990 y la primera mitad del año 2010, los países “subdesarrollados”, o del “tercer mundo”, para salir de la crisis de la deuda de 1980, enfrentaron los desafíos del nuevo orden financiero internacional y se protegieron de ataques especulativos para pasar a acumular reservas internacionales. Ningún otro polo que los EE. UU., emisor del dinero mundial desde el acuerdo de Bretton Woods en 1944, continuó aprovechando este contexto donde no había casi ninguna restricción. El resultado fue una acumulación jamás vista de reservas internacionales en un conjunto de pocos países, en particular China, Japón, India, Rusia y Brasil. Esas reservas fueron constituidas por los créditos emitidos, en su mayor parte, por los EE. UU., que los utilizaron para acrecentar el bienestar de consumo de su población a través de la creación de crédito interno. Como consecuencia, ocurrió un endeudamiento de la economía estadounidense en una cifra estimada en cerca de 3 a 4 veces su PIB. Todo esto fue financiado mediante la creación de dólares por la FED, así como por la creación interna e internacional de dólares por el sistema internacional de crédito.

Dado este contexto, las relaciones internacionales se fortalecieron entre los países que tenían reservas y dependían de los EE. UU. y sus aliados. Parece que Martin Wolff tenía razón. Los EE. UU. debían ganar esa “guerra del dinero”.

Para decirlo crudamente, los EE. UU. quieren subir la inflación en el resto del mundo, mientras ellos tratan de bajarla en el propio país. Los EE. UU. deben ganar, ya que posee infinitas municiones: no existe límite para los dólares que la Reserva Federal puede crear. Lo que hay que discutir son los términos de la rendición del mundo: las modificaciones necesarias en los tipos de cambio nominales y en las políticas nacionales en todo el mundo ⁴⁵.

⁴⁵ Wolf, 12.10.2010.

Ganar la “guerra del dinero” significa desvalorizar una parte considerable de las reservas internacionales de los países que mantienen trillones de dólares acumulados, a lo que serán “obligados” en la medida en que adopten las políticas neoliberales. Los EE. UU. no esperan que esa desvalorización del dólar resuelva sus déficit en la balanza comercial, pero sí que actúe como un fuerte estímulo para la producción interna.

De cualquier modo, los movimientos recientes en la política macroeconómica estadounidense y europea no indican que haya un retorno a las ideas propuestas por Keynes. La concepción más general de un Estado interventor y regulador defendida por economistas más heterodoxos, principalmente dirigida hacia el sistema de crédito, tampoco avanzó de forma significativa.

A manera de conclusión

En cualquier caso, como hemos sugerido al lector puntualmente, mediante una comparación retrospectiva de las interpretaciones ofrecidas por Marx hemos confrontado, en la Teoría general de Keynes, importantes dificultades de carácter teórico relativas al tratamiento del dinero en general, y el sistema financiero en particular. Aunque sea posible establecer una analogía en la idea de Keynes de situar una de las causas de la depresión en la insuficiencia de demanda efectiva, recordemos que para Marx, la potencialidad de una crisis de superproducción esta implícita en el ciclo mercancías-dinero-mercancías, donde de manera permanente se expresa y soluciona la contradicción interna de la mercancía como valor de uso y valor, y donde el dinero funciona como medio de circulación; o con más exactitud, y sobre todo, en la separación de este ciclo en dos etapas o “metamorfosis”, abriendo a la posibilidad de que todo vendedor pueda vender sus mercancías sin tener que comprar de inmediato otras ⁴⁶. Además, la propiedad clave del dinero de funcionar como capital, analizada por Marx, no coincide de forma desarrollada, ni incluso clara, con la teoría del dinero formulada por Keynes —y mucho menos, es obvio, con la teoría cuantitativa del dinero—. Ahora bien, la función de medio de pago del dinero —que fundamenta el origen del dinero de crédito— deviene más ideal ⁴⁷ en la medida

⁴⁶ Marx, 1974: Primer libro (tomo 1), 113s.

⁴⁷ Marx, 1974: Primer libro (tomo 1), 140.

que se desarrollan y modernizan los sistemas de financiamiento de las economías.

Por eso, el análisis limitado que se hace del sistema de crédito en la Teoría general, así como la falta de diferenciación entre el dinero estatal y el de crédito ⁴⁸, conducen lógicamente —pero erróneamente— a Keynes a asignar una responsabilidad totalmente excesiva al Estado en la determinación de la tasa de interés, por medio de una creación de dinero exógeno del banco central. Este podría, en efecto, impulsar una disminución de la tasa de interés gracias a la extensión de la oferta de dinero, con el fin de estimular las inversiones en activos de capital donde la eficacia marginal del capital es más elevada. El límite de tal mecanismo se afectaría cuando la acumulación del capital, en todos los sectores de actividad económica, llegue al punto donde la demanda de bienes y servicios de la sociedad alcanzara el máximo y eliminara de modo progresivo lo que Keynes calificara como “aspectos más chocantes del capitalismo” ⁴⁹ —entre los primeros figuran el desempleo y las desigualdades de rentas.

Se sabe, sin embargo, que la política monetaria aplicada en la actualidad por los bancos centrales de los principales países capitalistas invirtió por completo el proceso por el cual el mercado determina la tasa de interés. Teniendo por objetivos prioritarios luchar contra la inflación y estabilizar el dinero, los bancos centrales utilizan en efecto la tasa de interés como instrumento central e independiente del control monetario, en un contexto institucional reinstalado en consecuencia ⁵⁰. En vez de controlar la cantidad ofrecida de dinero, el centro de la política monetaria consiste en la fijación y manipulación de la tasa de interés básica, a partir de la cual se estructura el conjunto de las otras tasas de interés en forma de créditos y madurez, y que permitiría a la vez —según lo que se pretende— distribuir la oferta total de dinero según los distintos “motivos” de demanda monetaria y controlar esta última como variable fundamental en la determinación de los precios. No obstante, sabemos también que este tipo de interés básico del banco central está influenciado por las distintas tasas establecidas por los grandes oligopolios bancarios sobre cada uno de los segmentos de mercados financieros (y en especial en

⁴⁸ Para una discusión detallada de esta cuestión: Macedo e Silva, 2008: 241-265.

⁴⁹ Keynes, 1977: 228.

⁵⁰ Ver sobre esto: Herrera, 2010: Capítulo 6, 127ss, para el caso de la economía francesa.

mercados de productos derivados a largo plazo) sobre los que se imponen desde una posición dominante.

Bibliografía

- Barrère, A. (1979). Déséquilibres économiques et contre-révolution keynésienne. Paris, Economica.
- Bernanke, Ben S. (2010). "At the Annual Meeting of the Rhode Island Public Expenditure Council". Providence, Rhode Island, October 4 — Fiscal Sustainability and Fiscal, en: <http://www.federalreserve.gov/newsevents/speech/bernanke20101004a.htm>
- Bloumine, I. (1952). "L'Économie politique de Keynes", en: La Pensée , Nos. 42-43, págs. 182-186.
- Harrod, R. F. (1951). The Life of John Maynard Keynes. Londres, Macmillan.
- Herrera, R. y P. Nakatani (2008). "La Crise financière: racines, raisons, perspectives", en: La Pensée, No. 353, págs. 109-113.
- Herrera, R. (2010). Un Autre Capitalisme n'est pas possible. Paris, Syllepse.
- Keynes, J. M. (1987). The Collected Writings of John Maynard Keynes. Londres, Cambridge University Press-Macmillan.
- Keynes, J. M. (1977). Théorie générale de l'emploi, de l'intérêt et de la monnaie. Paris, Payot.
- Keynes, J. M. (1971). A Tract on Monetary Reform (1a. ed.: 1923). The Collected Writings of J. M. Keynes, vol. IV. Londres, Macmillan.
- Keynes, J. M. (1933). Essais de persuasion. Paris, Gallimard.
- Keynes, J. M. (1930). Treatise on Money. Londres, Macmillan.
- Keynes, J. M. (1926). Laissez-faire and Communism. New York, New Republic Inc.
- Keynes, J. M. (1920). The Economic Consequences of The Peace. Londres, Macmillan.
- Kicillof, A. (2007). Fundamentos de la Teoría General: las consecuencias teóricas de Lord Keynes. Buenos Aires, Eudeba.
- Macedo e Silva, A. C. (2008). "Do treatise à General Theory: o extravio dos 'detalhes monetários'", en: J. Sicsú et C. Vidotto (dirs.), Economia do Desenvolvimento: Teoria e políticas keynesianas. Rio de Janeiro, Elsevier, págs. 241-265.
- Marx, K. (1974). Le Capital. Critique de l'économie politique. Paris, Éditions sociales.
- Marx, K. (1972). Contribution à la critique de l'économie politique. Paris, Éditions sociales.
- Lavoie, M. (1985). "La Théorie générale et l'inflation de sous-emploi", en: F. Poulon (dir.), Les Écrits de Keynes. Paris, Dunod, págs. 131-152.
- Mattick, P. (1972). Marx et Keynes. Les Limites de l'économie mixte. Paris, Gallimard.
- Nakatani, P. y H. Gomes (2010). "Dinheiro: natureza e funções", mimeo. Vitoria, Université fédérale de Espirito Santo.
- Nakatani, P. y R. Herrera (2009). "Critique des politiques anticrise orthodoxes", en: La Pensée, No. 360, págs. 31-42.
- North, Gary (2010). "O futuro do dólar - uma importante e ignorada declaração de Ben Bernanke", 13 de outubro, en: www.mises.org.br
- Powell, Michael (2011). "Higher Taxes Wouldn't End Some Deficits". New York Times, January 19, en: <http://www.nytimes.com/2011/01/20/business/economy/20tax.html?smid=tw-nytimes>
- Poulon, F. (dir.) (1985). Les Écrits de Keynes. Paris, Dunod.

- Poulon, F. (2000). La Pensée économique de Keynes. Paris, Dunod.
- Robinson, J. (1971). Essai sur l'économie de Marx. Paris, Dunod.
- Szmreczanyi, T. (dir.) (1978). John Maynard Keynes. São Paulo, Ática.
- Schumpeter, J. A. (1951). Ten Great Economists. Londres, George Allen & Unwin Ltd.
- Vilar, P. (1974). Or et monnaie dans l'histoire. Paris, Flammarion.
- Wolf, Martin (2010). Financial Times, October 12, en: <http://www.ft.com/cms/s/0/fe45eeb2-d644-11df-81f0-00144feabdc0.html>

Capítulo II

Sector de la defensa, sociedades militares privadas y poder de las altas finanzas

Rémy Herrera ¹

Introducción

La defensa es considerada una función por excelencia del Estado. Sin embargo, desde hace mucho tiempo en los países del Norte (los EE. UU. y Europa) la mayoría de las empresas del complejo militar-industrial son las firmas privadas productoras de bienes militares para la cuenta de los ejércitos nacionales. De igual forma, son las “sociedades militares privadas” (private military companies o PMCs en el mundo anglosajón) las que cada vez con más frecuencia proporcionan a los Estados, instituciones internacionales, organizaciones no gubernamentales y otras entidades privadas (empresas), servicios técnicos relativos a la defensa para asistir o compensar las fuerzas armadas gubernamentales. Se trata en

¹ Rémy Herrera, economista e investigador en el CNRS (Centro Nacional de la Investigación Científica), UMR 8174 Centro de Economía en Sorbonna, Universidad de Paris (Centre d'Économie de la Sorbonne, Université de Paris) 1 Panthéon-Sorbonne, Paris, Francia.

particular de la construcción y el mantenimiento de instalaciones militares, protección de sitios considerados estratégicos (por ejemplo yacimientos de hidrocarburos), logística y organización de suministro de combustibles, víveres, materiales o municiones, entrenamiento de tropas, simulación de combates y formación, información, relaciones públicas de los gobiernos y/o de las firmas transnacionales... Los servicios privados proporcionados llegan incluso a disponer de personal especializado de seguridad: asesores y consejeros militares, guardaespaldas, interrogadores e intérpretes, y hasta batallones de comandos mercenarios que participan directamente en los combates, como ocurrió en los conflictos de Kosovo y Sierra Leona, o como acontece todavía en Colombia, en la lucha antiinsurreccional contra las guerrillas, pero sobre todo en Irak y Afganistán contra los “rebeldes” que resisten a las tropas de ocupación.

La elite de esas sociedades se afilió a la International Peace Operations Association (IPOA), organización profesional con objetivos no lucrativos creada en abril de 2001, para representar las más grandes compañías de seguridad. En la actualidad ella cuenta con una veintena de miembros, para un sector de varias centenas de firmas en total. Muchos gobiernos, especialmente en África, han destacado que recurren a esas sociedades militares privadas porque sus intervenciones son menos onerosas que aquellas de las fuerzas de interposición de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), además de que serían mucho más eficaces. En el transcurso del último decenio, la utilización del servicio de esas compañías se generalizó. En los EE. UU., los responsables de todos los niveles, fueran republicanos o demócratas, se apresuraron a hacer subcontratar la mayor cantidad posible de tareas por el sector privado. Irak se convirtió en el terreno de acción privilegiado del nuevo “mercado de la guerra por procuración”. El presente artículo propone una reflexión tanto teórica como política sobre las causas, formas y consecuencias del desarrollo actual de esas sociedades militares privadas.

1. Si, en teoría, la defensa nacional es un “bien público”, ¿por qué se privatiza?

La teoría económica es dominada en la actualidad por la corriente llamada “neoclásica”. Su ambición es analizar todos los hechos económicos a partir de los comportamientos individuales.

En ese corpus teórico, la defensa nacional constituye un ejemplo de lo que denominamos “bien público”, cuyas características justifican la intervención del Estado. Los bienes producidos por el mercado son, por definición, para el uso privado. Las interdependencias entre los individuos son entonces de ordinario “mediatizadas” por el sistema de precios. Los bienes públicos se distinguen porque son objetos de un consumo colectivo que no se comparte, pero es igual para todos los individuos y aprovechable al mismo tiempo para todos, sin exclusión de sus accesos debido al precio. Por naturaleza, esos bienes públicos no pueden ser producidos y asignados por el mercado, pues el mecanismo de precios no asegura su racionamiento. La teoría neoclásica admite, por esa razón, que su producción pueda ser confiada al Estado, el cual proporcionará esos bienes a la colectividad a través de un impuesto para financiar el gasto público asociado.

Por consiguiente, la justificación de la producción de esos bienes colectivos proveniente del sector público reside en la incapacidad del mercado para asegurarla. Hay dos explicaciones para ese problema. En primer lugar, si el consumo de esos bienes no es divisible y su precio de mercado es nulo, ninguna compañía extranjera tendrá el interés de producirlos. En segundo lugar, la imposibilidad de exclusión conducirá a los agentes a no revelar sus preferencias reales, con el fin de aminorar sus contribuciones por pagar. Al saber que el Estado impondrá un impuesto para financiar la distribución de esos bienes y que el anuncio de sus necesidades los llevará a gastar aún más, los individuos estarán tentados a comportarse como “pasajeros clandestinos” (free riders) y aprovechar los bienes colectivos revelados, y por supuesto, pagados por ellos mismos. Existe el riesgo de una inclinación hacia la subestimación en la oferta del bien público.

Las características de la defensa nacional pertenecen a la categoría de bienes públicos. La oferta de la defensa es, per se, indivisible, tal como lo es, jurídicamente, la nación a la que esta se aplica. Esta indivisibilidad de la oferta —que nos remite a la noción de rendimientos crecientes, conduciendo a estructuras de mercado monopolísticas y justificando desde un punto de vista neoclásico la intromisión del Estado— se duplica con una indivisibilidad de uso. En efecto, no es posible reservar el uso exclusivo de ese bien a ciertos agentes, en la medida que todo nuevo ciudadano que se beneficia de un libre derecho de acceso no puede verse imposibilitado a contar con esta protección. Cada individuo tiene de manera automática vocación a consumir ese bien, no porque

su distribución surja de su propia decisión, sino porque la defensa está a disposición del conjunto de la colectividad, con obligación de uso. Además, la adición de un agente suplementario no modifica ni el coste de la defensa nacional, ni el consumo de otros, pues todos los ciudadanos consumen la totalidad del bien, sin rivalidad. Los economistas neoclásicos también admiten la intervencióndel Estado en materia militar, por razones que no son tan políticas —que consideren la defensa una función regia— como económicas. En presencia de un bien público que los mercados son incapaces de producir y asignar a través del sistema habitual de precios, solo el Estado estaría en condiciones de asegurar la optimización del equilibrio de mercados para toda la sociedad. Estos son los términos de consenso académico que existe hoy sobre esa cuestión en el seno de la corriente dominante de las ciencias económicas.

Una dificultad mayor de aplicación de la economía pública neoclásica en el campo de la defensa proviene, sin embargo, del hecho de que ella combina varios tipos de imperfecciones de mercados. En efecto, para que el gasto óptimo del Estado para ese bien público corresponda a un nivel que permita a la disposición de pago de los individuos igualar el coste de su suministro, faltaría además que el tamaño y la composición de los presupuestos de las administraciones públicas sean conocidos por los consumidores, en particular, las características técnicas y las cargas presupuestarias asociadas no solo a la defensa, sino también a otros servicios públicos. Ahora bien, es evidente que los agentes se enfrentan a dificultades serias para acceder a las informaciones que les permitirían medir el impacto de los gastos militares, en particular sobre su bienestar individual, o incluso sobre el nivel de seguridad del territorio nacional que determina, entre otros factores, la utilidad social de la defensa. Este problema de “asimetría de la información” es inevitable, ya que al estar mezclado a la naturaleza frecuentemente confidencial de la información relativa a las actividades militares, perturba las opciones públicas y lo procedimientos de asignación intrapresupuestaria de recursos.

Una dificultad suplementaria se deriva del carácter atípico y dicotómico del bien público de defensa: este aumenta la seguridad —y de igual forma la utilidad social— del país que lo instiga; pero, al mismo tiempo, tiene por vocación, a escala internacional, reducir aquella o aquellas de los países extranjeros que desde una óptica no cooperativa representarían enemigos estratégicos potenciales. De ahí entendemos que si la construcción o el mejoramiento de

grandes infraestructuras civiles (transporte, electrificación, telecomunicaciones, irrigación...) en una región particular pueden ser útiles tanto para sus propios habitantes como asimismo, a veces, para regiones vecinas —o sea extranjeras— que se benefician de las opciones externas positivas que esas redes engendran, pasa de otro modo con la defensa. Desde el punto de vista económico, las consecuencias positivas generadas por los gastos militares de un país sobre la seguridad nacional y su utilidad social, pueden ser compensadas de forma global por los efectos externos negativos que ellas provocan para los agentes de países extranjeros.

En oposición a esos múltiples fallos del mercado, enfatizados por la misma teoría neoclásica, la escuela de Elección Pública (Public Choice) no ha cesado de afirmar que el funcionamiento de los mecanismos de mercado, incluso imperfectos, se mantienen, no obstante, sistemáticamente preferibles a los defectos asociados a la intervención del Estado, lo cual disfraza las preferencias individuales en el discurso del interés general. Los efectos perversos denunciados por estos autores —de inspiración ultraliberal— están cada vez más relacionados a prácticas de precios considerados como no óptimos, a la no apropiación privada de beneficios (que afecta la motivación e incitación de los gerentes), ineficiencias de comportamientos de administraciones públicas (que no dispondrían de las informaciones necesarias para controlar con eficacia los monopolios), riesgos de “deriva burocrática” o abusos de posición dominante... Además, esos economistas critican el carácter de bien público de la defensa. Ejemplo: ¿por qué un “consumidor-contribuyente” que vive en Washington D. C. o en Seattle, debe aceptar pagar un impuesto destinado a financiar los medios necesarios para la protección de la frontera de los EE. UU. con México? Según el razonamiento de estos autores, la carga fiscal correspondiente debería recaer nada más sobre los habitantes de los estados federados implicados: Texas, Nuevo México, Arizona y California.

Sobre la base de posiciones antiestatales según los menos radicales, algunos teóricos “liberales”, como David Friedman —hijo de Milton Friedman—, llegaron a recomendar la privatización pura y simple de la defensa nacional. Para ellos, esta debería estar sometida a las leyes de la competencia, como cualquier otro bien privado, en un nuevo mercado donde las empresas ofrecerían los bienes y servicios hasta ese momento suministrados por el poder público, y que los agentes demandantes tendrían para seleccionar “libremente” en función de sus necesidades de seguridad y de las relaciones calidad-precio. Aunque se mantiene muy minoritario en

los debates teóricos actuales —y un número de partidistas, liberales, se oponen a la guerra, con base en el argumento de que todavía es un asunto de Estado—, este análisis es paradójico y provocador, puesto que, de todos modos, ha terminado por tener éxitos en la práctica política.

Es verdad que en la era neoliberal, la reactivación neoclásica de la intervención del Estado tiende con más frecuencia a operar sobre la base de la negación de la naturaleza de bienes públicos que son componentes del patrimonio común de la humanidad, como el conocimiento, la educación o los recursos naturales. Los teóricos de la corriente dominante han escogido formalizarlos en categorías de capital (capital-conocimiento, capital humano, capital medioambiental...), susceptibles de ser apropiados y remunerados de forma privada. En estas condiciones, el Estado solo se moviliza para acelerar su acumulación privada en una lógica exclusiva de beneficio capitalista. La teoría económica neoclásica, absolutamente compatible con el proyecto político neoliberal, comenzó a comercializar los bienes públicos recomendando intervenciones estatales dirigidas a regular los mercados en beneficio de firmas transnacionales contra los servicios públicos. Este es el caso de las teorías del capital humano, del crecimiento económico o del comercio internacional. Frente a las recientes crisis financieras de la globalización, los economistas neoclásicos más lúcidos no reaccionan de otra manera. El execonomista en jefe del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, por ejemplo, ¿no propuso “regular los flujos financieros”, después del especulador G. Soros y del expresidente del Federal Reserve Bank de los EE. UU., A. Greenspan? Los autores neoclásicos soft de nuestro tiempo, como Stiglitz, Sen, North, Krugman..., han triunfado con un malentendido: ellos no hablan de un Estado de bienestar o presente en la estructura de propiedad, sino que se mantiene, a pesar de las “reformas”, sometido siempre a las altas finanzas. El ultraliberalismo, enfrentado sin límites a las funciones del Estado, está reservado para el Sur, no para el Norte —y mucho menos para los EE. UU.—. El último objetivo es asegurarle al capital global dominante el control del juego, protegiendo al sistema capitalista central de los peligros del ultraliberalismo.

Sin llegar a la total extensión de la defensa fuera de las fronteras nacionales —como en algunos países en desarrollo, que han delegado esa función a fuerzas militares extranjeras—, las sociedades militares privadas se han convertido paulatinamente en autores inevitables del sector militar estadounidense. Esto es

posible porque desde los años ochenta, la ola neoliberal de la Reaganomics impulsó sin cesar la privatización de servicios de defensa: consulting, formación, apoyo logístico...

2. Origen y desarrollo de las sociedades militares privadas

Desde los tiempos de la agresión estadounidense en Vietnam, las empresas privadas habían sido integradas al esfuerzo de la guerra imperialista: Pacific Architects and Engineers para obras de infraestructura, Dyn Corp para el transporte de carga, Halliburton y Vinnell para el soporte logístico, Lockheed Martin y General Dynamics para la producción de armas... Pero el peso de las firmas privadas del complejo militar-industrial en la fabricación de materiales en los EE. UU. ya era considerable a finales de la Segunda Guerra Mundial. El presidente D. D. Eisenhower incluso se preocupó por ello al comienzo del decenio de los sesenta, y protegió a sus conciudadanos estadounidenses contra la amenaza a la democracia causada por la colusión de intereses militares del ejército y la industria:

Un elemento vital para mantener la paz es nuestra organización militar... Hasta el último de nuestros conflictos globales, los EE. UU. no tenían industria de armamentos... No podemos seguir corriendo el riesgo de la improvisación en la urgencia de la defensa; hemos estado obligados a crear una industria de armamento de gran envergadura y permanente... Esta unión de un inmenso sector militar y de una gran industria de armamentos es para el país una experiencia nueva... Si admitimos la necesidad imperativa de este desarrollo, no debemos dejar de tener en cuenta las graves implicaciones... debemos vigilar que el complejo militar-industrial no adquiera una influencia que sea ilegítima, ya sea investigada o no. El riesgo de una usurpación de poder con consecuencias desastrosas existe y persistirá. No debemos dejar nunca que el peso de ese complejo ponga en peligro nuestras libertades o procesos democráticos... Solo la unión de los ciudadanos, conscientes y bien informados, es capaz de someter de una manera apropiada, los engranajes de esas máquinas del ejército y las industrias de la defensa a nuestros métodos y objetivos pacíficos, de modo que la seguridad y la libertad puedan prosperar juntas ².

² Cita del discurso de cierre de administración del 7 de enero de 1961.

Al transcurrir el encuentro entre “el ejército y las industrias de la defensa” se constituyeron grupos de presión extremadamente poderosos que reunían altos funcionarios del ejército, congresistas miembros de comisiones de la defensa y dirigentes de empresas de armamento, cuyas interacciones convergen para obtener grandes contratos de agencias gubernamentales. Los principales suministradores del Departamento de Defensa de los EE. UU. son, en el presente, firmas transnacionales que evolucionan en el sector de la construcción aeronáutica, espacial o naval, o en los servicios informáticos, y cuyos contratos con carácter directa o indirectamente militar reportan montos astronómicos que representan una parte por lo general dominante de sus volúmenes de negocios: 19,5 mil millones de dólares de contratos para Lockheed Corporation (en particular con los bombarderos U-2 y los cazadores F-117 Nighthawk), 18,3 mil millones para Boeing Company (la cual suministra al ejército aviones, helicópteros y satélites), 13,5 mil millones para Northrop Grumman Corporation, 10,6 mil millones para General Dynamics (al principio del F-16 Fighting Falcon, fabricado hoy por Lockheed), 9,1 mil millones para Raytheon, sin olvidar BAE Systems, United Technologies Corporation, Computer Sciences Corporation... A escala mundial las ventas totales de Lockheed Corporation se elevan a 34 mil millones de dólares, Boeing a 30 mil millones, Northrop Grumman a 22 mil millones, para citar solo los grupos más importantes.

La historia contemporánea de las sociedades militares privadas se puede remontar a la creación de WatchGuard International, en 1967, por el capitán D. Stirling, antiguo jefe del Special Air Service (SAS) británico, en función durante la Segunda Guerra Mundial con el fin de entrenar los ejércitos de los Estados del golfo Pérsico. Luego, otros oficiales del mismo SAS crearon el Control Risks Group en 1975; y un poco más tarde, Keenie Meenie Services, Saladin Security y Risk Advisory Group, así como Defence Services Limited en los años ochenta para responder a las demandas de formación y consulting militares.

Justo después de la Primera Guerra del Golfo, la sociedad Brown and Root Services, hoy convertida en Kellogg, Brown and Root (KBR), recientemente filial de Halliburton —la cual anunció en febrero de 2007 haber cortado de modo definitivo los lazos con KBR proponiendo a los accionistas el 81% del capital todavía detenido—, obtuvo, gracias a la mediación de Richard B. Cheney, entonces Secretario de Defensa, un contrato del Pentágono de 8,9 mil millones de dólares para reorganizar la integración de

sociedades militares privadas en el seno del dispositivo de guerra estadounidense.

En los años noventa, la aceleración de la extensión de los servicios de defensa bajo el impulso neoliberal y la puesta en marcha de miles de oficiales y soldados con la reducción de efectivos militares consecutivos al final de la Guerra Fría —y del apartheid en Sudáfrica— dieron un impulso considerable a las empresas del sector. En esta época prosperó la firma sudafricana Executive Outcomes, disuelta en 1998 como efecto de excesos cometidos, así como la británica Sandline International, la cual desapareció en 2004 debido a la competencia —y después de escándalos asociados a sus actividades en Sierra Leona y Liberia—. Fundada en Sudáfrica en 1989 por exmiembros de fuerzas especiales del apartheid, Executive Outcomes se impuso en 1992 gracias a una serie de contratos firmados con compañías petroleras (Heritage Oil, Gulf Chevron, Ranger Oil...) y luego con varios Estados africanos, en particular Sierra Leona. En Angola, Executive Outcomes debía también “asegurar” los yacimientos obtenidos por la fuerzas de la UNITA. Sandline International, creada a inicios de la década de los noventa por el antiguo oficial británico T. Spicer, especializado en entrenamiento, apoyo operacional e información, realizó subcontratos con el primer ministro de Papua Nueva Guinea, Julius Chan, durante el conflicto de Bougainville (en 1997), luego en Sierra Leona (en 1998) y en Liberia (en 2003).

Los campos de acción de las sociedades militares privadas se agrandaron con la guerra en la antigua Yugoslavia y los desmembramientos de la federación. Military Professional Resources Inc. (MPRI), por ejemplo, estuvo muy presente movilizándolo hasta 7 000 combatientes privados. De 1994 a 1995, MPRI entrenó el ejército croata y lo apoyó incluso en sus combates frente a las fuerzas serbias de Krajina. Firmó contrato en 1996 para formar el ejército bosnio y asesorarlo en materia de armamento. La sociedad envió 170 expertos que construyeron una escuela militar. En 1998 obtuvo un contrato para reorganizar el ejército macedonio —paralelamente a la venta de armas los EE. UU. a Macedonia—. Desde esa posición de observación estableció relaciones con la UÇK a la cual le entrenaba, en aquel momento, grupos armados. En junio de 2001, la prensa alemana (Hamburger Abendblatt, 25.06.2001) reveló que veteranos estadounidenses, empleados por MPRI, se encontraban entre los miembros de la UÇK atrincherados en el pueblo de Aracinovo —desde donde amenazaron a Skopje— y que las tropas estadounidenses evacuaron. Las armas que estos

últimos recogieron en ese momento provenían muy probablemente de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). MPRI reconoce haber ayudado a la UÇK, sin embargo rechaza, contra toda evidencia, la acusación de conflicto de intereses. La diplomacia estadounidense desmintió la existencia del menor vínculo entre su gobierno y esos hombres. En la época cuando la ayuda de Washington iba disminuyendo, esta firma privada era responsable de ofrecer servicios que antes correspondían nada más al gobierno de los EE. UU.

El ejército estadounidense se convirtió desde entonces en el principal cliente de esas sociedades privadas. El monto total de unos 3 000 contratos de defensa firmados entre 1994 y 2002 con las mayores sociedades militares estadounidenses, supera los 300 mil millones de dólares: además de MPRI, KBR, Control Risks, DynCorp, Vinnell, Pacific Architects and Engineers ya mencionadas, citemos a Blackwater USA, Science Applications International Corp. (SAIC), Custer & Battle, California Analysis Center Inc. (CACI), ArmorGroup, Logicon, Nearest Security Services, SY Coleman, Kroll, Titan...

Pero están también muy presentes en ese mercado, entre otros, los británicos (Erinys y Hart Security), los franceses (Earthwind Holding Corporation (EHC) y Secopex), los sudafricanos (Meteoric Tactical Solutions), así como los israelitas (International Security Consultants, Long Range Avionics Technologies, Silver Shadow Advanced Security Systems, Spearhead, Levdan, Golan Group)... Creado por antiguos oficiales del ejército francés, el grupo EHC tiene su sede en Luxemburgo y está registrado en los EE. UU. La mayoría de esos cuadros son exfuncionarios de los ministerios franceses de Defensa y el Interior. Está activo en África, desde Argelia hasta la Costa de Marfil.

Como vemos son varias centenas de empresas del sector que hoy alcanzan juntas un volumen de negocios anuales superior a 100 mil millones de dólares —de los cuales más de la mitad provienen de contratos solo del Pentágono— y operan en unos cincuenta países, sobre “la zona peligrosa” de conflictos abiertos y lugares estratégicos. Halliburton, a través de los lazos bien estrechos con el antiguo vicepresidente Cheney, contribuye a suministrar la logística para desplazamientos del ejército estadounidense. ¡El volumen de negocios de DynCorp (2,3 mil millones de dólares, para 26 000 empleados en el mundo) alcanzado con el gobierno de los EE. UU., llega al... 98%!

Lo importante es encontrar la mediación de las altas finanzas sobre esas empresas del sector del armamento. Este fenómeno creciente se manifiesta por medio del control de la estructura de propiedad de su capital que ejercen los inversionistas institucionales, aglutinados en los EE. UU. por los principales oligopolios bancarios y financieros. Al inicio de la década del 2000, esta proporción alcanzó el 95,0% del capital de Lockheed Martin, 86,5% de Engineered Support Systems, 85,9% de Stewart & Stevenson Services, 84,7% de L-3 Communications, 82,8% de Northrop Grumman, 76,0% de General Dynamics, 70,0% de Raytheon, 66,0% de Titan, 65,0% de Boeing...

Del mismo modo, a medida que el gobierno estadounidense “externaliza” sus actividades de defensa, una parte todavía más importante de sociedades militares privadas quedan sujetas al control de los oligopolios financieros. Así, DynCorp, readquirida en 2003 por la sociedad de informática Computer Sciences Corp., devino dos años más tarde en propiedad del private equity fund Veritas Capital. Ya en el año 2000, la adquisición de MPRI por L-3 Communications Holdings permitió a los ciudadanos honestos participar —sin saberlo quizás— en el capital de otra sociedad militar privada, cuyas actividades se extienden desde las mercenarias hasta “el interrogatorio” de prisioneros... Su colaboración fue recompensada en el otoño de 2006, cuando el anuncio de un gran contrato firmado por MPRI para el “personal embarcado en el ejército estadounidense” en Irak y Afganistán hizo saltar en la bolsa las acciones de la casa central. Y la firma Vinnell, cuya rentabilidad ha suscitado en los últimos años tantos intereses que cambió varias veces de propietarios, había sido comprada antes por el grupo financiero Carlyle —en aquel momento dirigido por Frank C. Carlucci, antiguo Secretario de Defensa de Ronald Reagan y exdirector adjunto de la CIA—, que contaba entre sus inversionistas otros “ex” célebres: G. H. Bush (el 41° Presidente de los EE. UU.), J. A. Baker (Secretario de Estado), A. Levitt (director del U. S. Securities and Exchange Commission), J. Major (Primer Ministro británico), K. O. Pöhl (presidente de la Deutsche Bundesbank), ¡además de miembros de una familia saudita que se hizo famosa con el nombre... Bin Laden! No fue sino hasta que el asunto empezó a hacer ruido que los dueños de Carlyle se esforzaron por deshacerse de sus acciones... El fondo de inversión de Carlyle Capital Corp. estaba desafortunadamente pronosticado a fracasar en marzo de 2008, después de la crisis de subprimes. ¿Estas pérdidas serán socializadas y achacadas de

manera solidaria a la colectividad, como las de otras instituciones financieras?

3. Guerra y crisis: las razones profundas de la agresión de los EE. UU. contra Irak

Hoy el tema de la guerra es absolutamente fundamental para comprender la gravedad de la crisis del sistema mundial capitalista y la trayectoria que podrían tener en el futuro, tanto el sistema en sí mismo, como las resistencias por un mundo mejor. Los “problemas económicos” de la globalización, los déficit estadounidenses de la deuda externa de los países del Sur, pasando por la liberalización de las transferencias de capitales, las privatizaciones de patrimonios comunes de la humanidad (conocimiento, educación) o la desarticulación de la protección social y las jubilaciones, participan, en su conjunto, dentro de una estrategia global. Lo que llamamos neoliberalismo, es esa estrategia global de las altas finanzas —esto es, las fracciones de las clases dominantes imperantes a escala internacional—, propietarias del capital dominante en el plano mundial y en nuestros días esencial para el estadounidense.

El curso actual del sistema mundial capitalista da una impresión de caos, ampliado por profundas contradicciones: la ausencia de una entidad política supraestatal frente a los mercados globalizados, la ficción de la libre competencia frente a la monopolización de la propiedad privada, o la contradicción entre el discurso dominante de la “libertad individual” y una segmentación internacional de mercados del trabajo, con los muros del Río Grande, Schengen y Cisjordania que han remplazado al de Berlín. Es evidente que esta estrategia no está totalmente controlada —prueba de ello es la caída de las bolsas globales a partir de 2007-2008—, pero, desde el único punto de vista de las altas finanzas, su objetivo es ofrecerles a estas aún más oportunidades de inversiones financieras, en especial especulativas. No se trata de una estrategia capitalista de desarrollo ni de crecimiento, a través de la acumulación acelerada, sino de dominación.

La estrategia neoliberal es la condición clave para mantener el poder de las altas finanzas. Y este poder es mantenido por la fuerza armada. Hoy, su característica esencial es la militarización de la hegemonía estadounidense. El sistema mundial capitalista, con sus saqueos, polarización, “apartheid mundial”, funciona

cada vez más directamente por medio de la guerra —el “puño visible” del ejército de los EE. UU.—. Con todo, en el fondo, la base disimulada de esa violencia radica en los vínculos capitalistas de producción. Sus genocidios organizados de los más pobres del Sur operan a causa de la violencia visible de las guerras imperialistas, y asimismo por la violencia invisible de las relaciones sociales capitalistas. La globalización se define como imperialismo. El problema es que la propia hegemonía de los EE. UU. está en crisis, no solo en los blancos de los ataques imperialistas —el mundo árabe-musulmán, Irak y Afganistán, donde las dificultades devienen insuperables—, sino en el plano global, porque la militarización del neoliberalismo, con su violación de derechos de los pueblos, negación del derecho internacional y menosprecio a la ONU, constituye un callejón sin salida.

¿Cuáles son las causas profundas de esas guerras, en particular la desarrollada contra el pueblo iraquí? La respuesta se encuentra más allá de la propaganda mediática dominante y de sus mentiras a gran escala, y de igual modo más allá de las apariencias. En efecto, el argumento sistemáticamente lanzado es el control del petróleo de la península Arábiga en Asia Central. Esta es una evidencia, sin embargo no se puede perder de vista una realidad más decisiva aún: lo que está en juego, y devuelve a las clases dominantes los EE. UU. sus guerras, por así decirlo “necesarias”, es el poder de las altas finanzas estadounidenses y sus aliados subordinados. No se trata apenas de los “halcones” y “magnates del petróleo”, sino de las finanzas consideradas como clase, con su sistema de explotación y opresión a nivel mundial, y con sus instituciones nacionales e internacionales, incapaces de mantenerse en el poder sino por la violencia y el terrorismo de Estado.

He aquí una de las razones capitales que explican por qué los desacuerdos expresados en el Consejo de Seguridad de la ONU o en el seno de la OTAN entre los países ricos, nunca han provocado rupturas entre las clases dominantes de la “tríada imperialista” del Norte (los EE. UU., la Unión Europea (UE), Japón). Las recurrentes intervenciones militares europeas —en particular aquellas de Francia en África, y hasta la muy reciente en Libia— nos recuerdan que un imperialismo puede esconder a otro... Esto significa que es el capital financiero bajo la hegemonía estadounidense quien ha entrado en guerra contra cualquiera que se resista con vistas a conducir un proyecto de desarrollo autónomo, ya sea nacional o regional. Las altas finanzas, por tanto, tienen vital necesidad de

esta alianza interna dentro del sistema interestatal de la tríada, puesto que se enfrentan, mediante la fuerza militar cuando hace falta, a las múltiples resistencias populares que surgen por todas partes.

¿Podrán los EE. UU. volver a dinamizar, por medio de la guerra imperialista, la acumulación de capital en el centro del sistema mundial capitalista? Es muy probable que no. Las destrucciones de capital (capital constante como variable) causadas por esas guerras, absolutamente considerables para los países del Sur que las sufren, son no obstante “insuficientes” para promover un nuevo ciclo largo de expansión del capital en los EE. UU., como el que ocurrió al final de la Segunda Guerra Mundial con el proceso de reconstrucción. Son también “insuficientes” cuando consideramos los efectos de demanda efectiva asociados a las guerras, que se dan a corto plazo; y de igual forma las repercusiones tecnológicas, que solo son positivas para el sector militar-industrial. Esas destrucciones de capital, por ende, son “insuficientes” para volver a dinamizar aquella acumulación de capital —a menos que esas guerras de las altas finanzas estadounidenses no se conviertan en permanentes y se extiendan hacia el Sur en su conjunto... lo cual desafortunadamente no es imposible—. Hay que escuchar con atención los discursos de los neoliberales acerca de China, la India, y todos los grandes países del Sur que buscan controlar, y que les causan miedo. También les preocupan las voluntades de desarrollo autónomo de países más pequeños, como Venezuela. Pero, sobre todo, temen una alianza estratégica entre aquellos grandes países del Sur (China, India, Brasil, Sudáfrica...), eventualmente extendida hacia el Este (Rusia), alianza que podría cambiar el reparto en el ámbito mundial.

¿Los EE. UU. disponen de recursos para financiar las eventuales nuevas guerras contra el Sur? Los gastos militares estadounidenses, que representan hoy aproximadamente el 4% de su producto interno bruto (PIB), no constituyen una carga insoportable. Estos son un avance bastante considerable en el campo militar con relación a sus rivales, entre los que se encuentra la misma tríada. De todas formas, sabemos también que esa nación conoce desequilibrios muy profundos en materia económica, ampliados por una gestión ortodoxa de la crisis del capital. Debido a su dependencia económica del exterior, los EE. UU. bombean tantos recursos del mundo y bombardean a tantos pueblos, desde su red global de más de un millar de bases militares.

4. ¿De Irak, terreno privilegiado del “mercado de la guerra”, a Irán?

El mejor ejemplo (o el peor) del desarrollo de actividades realizadas por las sociedades militares privadas es la actual guerra de Irak, donde la utilización de esas firmas por el gobierno estadounidense es generalizada. Irak se ha convertido en el terreno de acción privilegiado del nuevo “mercado de la guerra”, y en primer lugar, de los mercenarios responsables de misiones tácticas. Los encontramos por supuesto también en Afganistán, empleados en particular por DynCorp. Los asalariados bien entrenados de MPRI, de Blackwater o de Erinys, son más de 20 000 combatientes privados —las estimaciones pronostican incluso la cifra de 48 000 militares privados activos—, lo que representa el segundo contingente implicado en el conflicto y corresponden al menos a tropas aliadas de los EE. UU. Además, los efectivos armados que participan de forma directa en combates, otros empleados privados, se ocupan de todo: desde la morada y el refugio de los militares estadounidenses hasta el mantenimiento de sistemas de armas sofisticadas, como los últimos aviones furtivos o los navíos más modernos de la flota, así como de la instrucción militar, los interrogatorios y las traducciones... Se estima que hasta el 2006, la razón de los empleados de las sociedades militares privadas con relación a los efectivos de los ejércitos sería de 1 a 10, lo que significa que se habrían más que decuplicado desde la Primera Guerra del Golfo en 1991 (comparativamente, en dicha guerra no había más de 9 200 contratantes).

La marcha forzada de la economía Irak hacia el neoliberalismo, inmediatamente después que el país fuese ocupado por los agresores, suministra el tipo ideal de la combinación de las violencias capitalista e imperialista. Sin el menor derecho sobre Irak y sus recursos, la coalición de ocupación dirigida por los EE. UU. (y Gran Bretaña) privatizó la totalidad de los servicios públicos del país, más de 200 empresas (de agua, electricidad, telefonía, televisión, ferrocarriles, aeropuertos, hospitales...), para entregarlas a las trasnacionales bajo el pretexto de “la reconstrucción”. En el mismo movimiento, una ley prohibió la formación de sindicatos. El administrador civil de la autoridad provisional designado por el presidente Bush, Lewis Paul Bremer, decretó en trece meses de función cien resoluciones (Coalition Provisional Authority Orders), que sustituyeron la ley nacional fuera de todo control democrático.

De esta forma, firmas estadounidenses (y británicas) obtuvieron cerca del 85% de los contratos. La Resolución 17 garantizó inmunidad jurídica a los ocupantes y a sus subcontratistas, apoyada por el Executive Order 13303 que los protegía de toda diligencia en los EE. UU. La Resolución 38 eximió a las firmas de la coalición de impuestos de importación, al mismo tiempo que la Resolución 39 autorizó la participación extranjera hasta el 100% en las propiedades territoriales y sociedades iraquíes, así como la repatriación sin obstáculos de inversiones financieras y ganancias obtenidas en Irak. La Resolución 40 permitió a los extranjeros comprar bancos locales. La Resolución 81 impuso la privatización de los recursos biológicos, la patentación del ser vivo (para las semillas agrícolas) y la liberalización de los OGM. Desde febrero de 2004, Irak devino observador en la Organización Mundial del Comercio (OMC), antes de deponer su candidatura de adhesión, en proceso de urgencia. En pocos meses, pues, la guerra de Irak transformó a ese país en una de las economías más neoliberales del mundo.

Irán dio otra imagen a partir del hecho que las altas finanzas de las armas comenzaron la guerra contra cualquiera que las enfrentara para afirmar una idea y conducir en la práctica un proyecto autónomo de desarrollo, sin importar su naturaleza. Irán no es apenas, como Irak, la cuna de algunas grandes civilizaciones de la humanidad —que lo dotaron de un Estado—. Es también una economía relativamente desarrollada, que dispone de una base industrial (petróleo, siderurgia, automóviles...), infraestructuras y sistema de educación e investigación de alto nivel. Aunque el Estado esté muy presente en la economía, el régimen iraní se integra al sistema capitalista globalizado, y los principios sobre los que él reposa —aquellos del “Islam político”— no son incompatibles con la visión neoliberal. La persistencia del “conflicto”, desde 1979, de Irán contra la hegemonía estadounidense no significa que este país haya puesto (o haya tenido la intención de poner) en cuestionamiento los pilares del capitalismo. Ya no permanece como una nación, y en esta situación, sus componentes —clases dirigentes y clases populares— rechazan el hecho de ver a su país en una posición de dominado dentro del funcionamiento del sistema mundial. Este fuerte nacionalismo explica la opción de modernizar las capacidades tecnológicas, industriales y militares bajo los regímenes sucesivos, sin embargo tan diferentes, del Shah y del khomeynismo. Irán es uno de los raros Estados del Sur que tiene todavía un proyecto nacional “burgués” —lo importante es no desaparecer el asunto de su viabilidad (muy improbable después de todo).

Lo esencial, más allá de las contradicciones entre esas dimensiones de la realidad iraní, son las orientaciones de la política exterior de Teherán que dan prueba de una voluntad de resistir a las dictaduras extranjeras. Los “halcones” de Washington —además del control de la fuente de suministro clave que constituye el petróleo, para ellos y sus aliados (UE, Japón) o sus rivales potenciales (China)— están deseosos de destruir a Irán mediante una “guerra preventiva” por lo que representa: un país del Sur que se inclina hacia una masa crítica capaz de apoyar un proyecto nacional e imponerse en el plano regional como un interlocutor insuperable. Desde entonces, el nudo del conflicto solo se puede situar sobre el terreno de las capacidades nucleares que Irán desarrolla. Los EE. UU. le prohíben el derecho de convertirse en una potencia militar nuclear, así como preparar la era pospetrolera a través del desarrollo del civil nuclear —rechazando totalmente una prohibición general del uso de armas nucleares.

La cuestión de la naturaleza del régimen en Irán y su democratización debe, en consecuencia, ser disociada de la amenaza de guerra, inaceptable, que el imperialismo le achaca al pueblo iraní —de la misma forma que nada puede legitimar la amenaza de guerra de agresión dirigida contra el pueblo iraquí—. Cuando eventualmente los EE. UU. del presidente Obama abandonen la idea de bombardear los sitios nucleares de Irán, sin duda no renunciarán a la idea de exacerbar las contradicciones entre sus clases dirigentes (el poder político-religioso de los ayatollahs) y sus clases dominantes (el poder económico de la burguesía capitalista). Las reivindicaciones de los progresistas no deberían desmarcarse del rechazo a toda guerra preventiva —como la guerra actual contra Libia que no dice su nombre— y la exigencia de un desmantelamiento de las armas de destrucción masiva, el retiro de las bases militares fuera de los territorios nacionales, y la salida de las tropas de ocupación de Irak —invadido en violación del derecho internacional— y de Afganistán —atacado en represalia ciega después del 11 de septiembre de 2001.

5. Las contradicciones y resistencias dentro del ejército de los EE. UU.

El fin del servicio militar obligatorio en los EE. UU. se remonta a los inicios de la década de 1970. La profesionalización del ejército respondió a requisitos técnicos y económicos, y de igual

manera a la tentativa de resolver las contradicciones políticas relacionadas con el riesgo de una pérdida relativa de control del mando militar sobre algunos contingentes de jóvenes reclutas en el contexto histórico agitado de la derrota en Vietnam y las olas de protestas del “año 1968”. El movimiento Resistencia dentro del Ejército (Resistance Inside The Army o RITA), nacido en 1967 por iniciativa de los soldados opuestos a la guerra, tuvo un impacto significativo en el número de reclutas ³. Consideramos que la creciente externalización de las actividades militares, elevó el nivel de tensión de estas contradicciones.

Los efectivos de empresas militares privadas en Irak llegaron a 182 000 agentes en 2008, más que los del ejército de los EE. UU., que oscilaban en esa fecha entre 154 y 162 000 soldados. Ya en la primavera de 2007, el Pentágono reconoció la presencia de más de 125 000 agentes privados en Irak. El 4 de julio de ese año, Los Angeles Times publicó que “más de 180 000 civiles trabajan en Irak bajo contratos norteamericanos”... El número de combatientes paramilitares privados en actividad sería de 50 000 a 75 000 hombres (Houston Chronicle, 28.01.2007), lo que lo convertiría en el segundo contingente involucrado en el conflicto, y más del total de las tropas aliadas de los EE. UU. (23 000 militares). Integrados en la “fuerza total”, son empleados por cerca de 300 empresas privadas: KBR, Blackwater USA, MPRI, Vinnell, DynCorp, Control Risks, Pacific Architects & Engineers, Custer Battle, Titan, ArmorGroup, California Analysis Center... Ellos compartían un botín de más de 100 millones de dólares en negocios anuales. Su principal cliente sigue siendo el Estado estadounidense, que ha convertido a Irak, junto con Afganistán, en terrenos de acción privilegiados de ese “mercado de la guerra” —abierto desde el 11 de septiembre de 2001 y el lanzamiento de la “guerra global contra el terror”—. Los beneficios obtenidos no podían más que atraer a altos funcionarios del Gobierno, del Pentágono, a la CIA, muchos de los cuales han optado por incorporar las instrucciones de las empresas militares privadas más influyentes. El fracaso de esta nueva “asociación público-privada” no es menos completo.

³ Leer: Stapp, A. *Up Against the Brass* (New York, Simon and Schuster, 1970); Perrin, D. G. *I. Register* (Victoria, Trafford Publishing, 2001); Cortright, D. *Soldiers in Revolt: G. I. Resistance during the Vietnam War* (Chicago, Haymarket Books, 1975); Cortright, D. & M. Watts. *Left Face: Soldier Union and Resistance Movements in Modern Armies* (New York, Greenwood Press, 1991), y de ser posible, ver las películas: *Resistance Inside The Army* (1971), *Free The Army* (1972), *Sir No Sir* (2005) y *The Ground Truth* (2006).

Estos cambios han producido nuevas contradicciones, tanto políticas como económicas, incluso más profundas que las que los provocaron. La ineficacia de esta estrategia de “privatización de la seguridad” es cada vez más evidente en Irak —al igual que en Afganistán—. Ineficacia para “minimizar los costos”, sin duda, pero sobre todo para ganar la guerra. Las economías presupuestarias permitidas por el reclutamiento bajo contratos flexibles de mercenarios experimentados (militares u oficiales de la policía retirados provenientes de todo el mundo, de Sudáfrica —exmiembros de escuadrones de la muerte del apartheid—, de Chile —del servicio de seguridad de Pinochet—...), se ven ampliamente recompensadas por el “contribuyente-consumidor” estadounidense debido a los enormes contratos ofrecidos a estas empresas.

Y los escándalos, múltiples, son conocidos: sobrefacturaciones (o cost plus en connivencia con altos funcionarios públicos), ausencia de ofertas bajo pretexto de acuerdos “secretos, apremiantes y urgentes” con el Pentágono o la CIA, doble contabilización o pagos por servicios no realizados..., además de las cohabitaciones dudosas de accionistas que hemos señalado. A esto se suman otros fiascos, políticos, y muy graves: desertiones en masa de las promociones del nuevo “ejército iraquí”, repetición de atrocidades (desde las torturas en la prisión de Abu Ghraib hasta los crímenes impunes de los mercenarios)... Los conflictos han sido igualmente identificados entre los soldados del ejército regular y los mercenarios privados —siendo estos últimos mejor pagados, con mejores “condiciones de trabajo” y sobre todo escapando de las sanciones de la ley (porque, de hecho, son mantenidos en un limbo jurídico).

El estancamiento de la estrategia de guerra es total. No ha podido prevenir el resurgimiento de las protestas y la resistencia dentro del ejército. Las oposiciones a la guerra son hoy organizadas, principalmente, por los Iraq Veterans Against the War. Fue en la Convención de Veterans for Peace (Veteranos por la Paz), celebrada en julio de 2004 en Boston, que este movimiento (IVAW) fue fundado para hacer escuchar las voces de los militares y los veteranos rechazando la guerra de Irak, forzados bajo presión a mantenerse en silencio. El espíritu renovado de los rebeldes de la RITA en contra de la guerra de Vietnam, se evidencia en su manifiesto:

Nosotros, IVAW, estamos contra la guerra en Iraq: 1) basada en la mentira, 2) violando el derecho internacional, 3) dirigida

por las corporaciones transnacionales en busca de ganancias, 4) donde todos los días se mata a un gran número de civiles, 5) negando el derecho de los iraquíes a la libre determinación, 6) robando recursos para ponerlos a nuestra disposición, 7) dañando la salud de los soldados en servicio, 8) imponiendo sacrificios insoportables a nuestras familias, 9) haciendo olvidar que los soldados tienen el derecho de rechazarla... Estamos a favor de la retirada inmediata de nuestras tropas de Irak, porque las razones dadas para la invasión eran fraudulentas... y ya que el cese de la guerra se desea por una gran mayoría de nuestros ciudadanos y de los militares norteamericanos...⁴.

El silencio de los medios de comunicación dominantes en las guerras imperialistas de los tiempos modernos no hará desaparecer los crímenes o los muertos. El poco interés prestado a los sufrimientos de los pueblos atacados, explica la inexactitud de las estadísticas acerca del número de civiles o militares iraquíes muertos: 400 000 según el Iraqi Health Ministry (junio de 2006), 665 000 según Lancet (en la misma fecha), 1 033 000 según Opinion Research Business (agosto de 2007)... En cambio, las estimaciones —por riesgosas, incluyendo la de Joseph Stiglitz (de 3 000 millones de dólares)— del costo financiero de la guerra están muy mediatizadas...

Desde el comienzo de la guerra, más de medio millón de soldados estadounidenses han realizado al menos una misión en Irak. De acuerdo con datos oficiales, entre marzo de 2003 y julio de 2008, 4 124 de ellos habían sido asesinados (para un total de 4 438 muertos entre el conjunto de tropas de la coalición, contando las británicas, italianas, polacas, ucranianas...). No obstante, fuentes alternativas que denuncian las artimañas utilizadas por las autoridades militares para reducir el número de víctimas que se da a conocer al público, exponen cifras mucho más altas. Más de 25 000 muertos, incluyendo los heridos en Irak que murieron durante la evacuación hacia los hospitales militares de las bases estadounidenses en Alemania —base del apoyo médico de la coalición⁵—. Los EE. UU. están perdiendo la guerra en Irak, y el mayor desafío para Barack Obama, quien anunció el retiro (bajo condiciones) de las tropas en 19 meses a partir de febrero de 2009,

⁴ Véase la página web de Veteranos de Irak contra la guerra o IVAW [<http://ivaw.org/>], así como el llamado de los soldados contra la guerra [<http://appealfordress.org/index.php>], y los sitios web de Iraq War Resister y G. I. Special.

⁵ Véase: <http://ivaw.org/>

será amortiguar el impacto en los EE. UU. —tal como ocurrió después de Vietnam—. Esto antes de tener que hacer lo mismo, si es que aún está en la presidencia, en el momento de la igualmente probable derrota estadounidense en Afganistán.

Conclusión

Las dimensiones económicas y militares de la actual crisis del sistema capitalista se imbrican: el saqueo de los recursos mundiales y el uso de la fuerza armada son partes de la misma lógica. La continuidad de la estrategia de “guerra preventiva” —una forma radical de destrucción de capital—, agravará todavía más los desequilibrios de una economía estadounidense en peligro. Se sabe que las crisis son momentos en que las fracciones del capital, en general las menos productivas y/o innovadoras, se incorporan en una estructura de la propiedad capitalista más concentrada. Hasta ahora, cada reorganización de la dominación del capital en la historia ha permitido al sistema dotarse de instituciones e instrumentos macroeconómicos más eficaces para mitigar los efectos más terriblemente devastadores de estas crisis... pero nunca evita la exacerbación de las contradicciones. Para lograr reanudar un ciclo de acumulación de capital en el centro del sistema mundial, la crisis que estamos viviendo debería “destruir” los gigantescos montos de capital ficticio parasitario. Sin embargo, las contradicciones del sistema capitalista mundial se han hecho tan profundas y difíciles de resolver, que una devaluación tal podría empujarlo a colapsar. Por el momento, el empeoramiento de la situación erosiona un poco más la hegemonía unipolar de los EE. UU. ¿Para provecho de quién?

Algunas referencias bibliográficas del autor sobre el tema

- Herrera, R. (2010), *Dépenses publiques et croissance économique – Pour sortir de la science(-fiction) néo-classique*. Paris, L’Harmattan.
- Herrera, R. (2010), *Un Autre Capitalisme n’est pas possible*. Paris, Syllepse.
- Herrera, R. (2010), *Les avancées révolutionnaires en Amérique latine – Des Transitions socialistes au XXI^e siècle?* Lyon, Parangon.
- Herrera, R. (1998), “Dépenses militaires: quels effets sur les finances publiques et la croissance économique?”, en: *Revue d’Économie politique*, Vol. 108, No. 4, págs. 503-530.

Capítulo III

Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares

Reinaldo A. Carcanholo

La contradicción fundamental en el proceso de desarrollo de algo y la esencia del proceso determinado por ella no desaparecerán mientras el proceso no esté completo; sin embargo, en un largo proceso, las condiciones en general se diferencian en cada etapa... Entre las numerosas contradicciones principales y secundarias determinadas o influenciadas por la contradicción fundamental, algunas se tornan más intensas, otras son temporalmente mitigadas o parcialmente resueltas y surgen otras nuevas. Por eso el proceso es marcado por etapas.

Mao Tsé-Tung – Sobre la contradicción

Introducción

La crisis que el sistema capitalista enfrenta en los últimos años ha encontrado diversas interpretaciones y propuestas de

solución, desde las que derivan de la fe religiosa en el mercado hasta las que responden a la fe contraria en el poder absoluto de la intervención del Estado. Sin duda, una serie de preguntas fundamentales dentro de esa temática atormenta la mente de analistas económicos y políticos, además de simples divulgadores de ideas ajenas como la gran mayoría de los periodistas que tratan de esos temas. Entre esas preguntas podemos indicar algunas: ¿cuál es la naturaleza de la crisis económica y financiera de los últimos tiempos?, ¿cuál es su duración e intensidad en los próximos meses o años?, ¿ha terminado o tiende a ser superada rápidamente?, ¿qué consecuencias tendrá para el futuro de los países del Tercer Mundo?, ¿qué pasará con la hegemonía política, militar y económica de los Estados Unidos de América (EE. UU.)?, ¿qué ocurrirá con los países europeos sobreendeudados?, ¿cuál es el futuro del euro y de la Comunidad Europea (CE)?, ¿qué futuro está reservado para el capitalismo, la sociedad y la humanidad?

Es obvio que las interpretaciones sobre el capitalismo y la crisis económica que derivan de la fe, cualquiera que ella sea, pocas respuestas adecuadas pueden aportar, por lo menos para los intereses de las grandes mayorías explotadas y violentadas de nuestra época. Para ello se requiere un análisis que garantice, al mismo tiempo, un real compromiso con los hechos y una sólida base teórica y filosófica crítica. Es cierto que, al contrario de lo que ingenua o hipócritamente sostiene la perspectiva positivista, el elemento subjetivo e ideológico siempre está presente en cualquier análisis científico, pero eso no significa ausencia de compromiso con los verdaderos hechos de la realidad y, así, exige la mayor objetividad posible.

En verdad, más importante incluso que esa dificultad es el hecho de que no basta un simple entendimiento de la superficie de lo real, especialmente cuando se trata de la sociedad, entendimiento ese que, en el mejor de los casos, permite un conocimiento instrumental y manipulador. Es indispensable superar la apariencia de lo real y no porque ella sea engañosa, sino porque solo su superación y el alcance de la esencia permiten verdadera comprensión, es decir, el verdadero conocimiento de la propia apariencia. Todo eso exige, además de una adecuada profundidad teórica, un arduo y penoso esfuerzo de la razón orientada por la perspectiva dialéctica, sin hablar de la necesidad de un amplio y profundo debate con aquellos que pretenden realizar ese esfuerzo (ver Evangelista, 2007).

Así, la visión que trataremos de mostrar aquí sobre la crisis capitalista deriva de un intento de interpretación de la etapa actual del capitalismo con base en la perspectiva dialéctica, y de la confrontación de esa interpretación con el pensamiento de algunos autores relevantes que han tratado del asunto en la actualidad. Esa interpretación y la discusión con los autores, presentada al final, serán seguidas por un anexo cuyo texto discute el papel económico de los gastos militares.

1. La crisis y la actual etapa capitalista

Las diversas interpretaciones que circulan entre nosotros sobre la actual crisis económica corresponden a una cierta variedad de perspectivas ideológicas y políticas, desde la concepción neoclásica y la neoliberal, hasta las visiones que se presentan o se presentaban como las más críticas sobre el carácter especulativo de la actual etapa del sistema económico vigente en el mundo. En verdad, hasta hace poco tiempo, era incluso posible encontrar dificultades para diferenciar las interpretaciones críticas tributarias de la perspectiva keynesiana y las de orientación marxista.

La verdad es que la casi totalidad de las interpretaciones que circulan hoy, incluidas las críticas, responden a un simple procedimiento “metodológico” que consiste en formular una determinada hipótesis explicativa, más o menos coherente con la perspectiva del autor y, en seguida, hallar argumentos racionales y elementos empíricos capaces de sostenerla. Es verdad que la variedad de hipótesis muy creativas y de elegante formulación no es pequeña, y el éxito de una o de otra justamente está relacionado con la elegancia con la que es formulada y la retórica del autor. Algunas, incluso, pueden llegar a aportar elementos sugerentes para un análisis de tipo más científico.

Muchas veces tales hipótesis se transforman en convicciones más o menos firmes, aunque mucho más sostenidas por la fe que resultado estructurado de una formulación con bases teóricas seguras. Ejemplo de convicción resultante de esa creencia casi religiosa es la postura de origen keynesiano de que la crisis fue el resultado exclusivo de la ausencia de regulación estatal sobre el capital “financiero” y de que el Estado, con una política adecuada y bien estructurada, será capaz de solucionar los problemas y superar las contradicciones del funcionamiento del capitalismo dentro de un tiempo mayor o menor. Véase, por ejemplo, la

afirmación que aparece entre los objetivos de la Associação Keynesiana Brasileira:

La 'mano invisible' del mercado no funciona adecuadamente sin el complemento de la mano visible del Estado. En otros términos, la intervención del Estado, en el sentido de complementar los mercados privados, es imprescindible para crear un ambiente institucional favorable a las decisiones de los gastos privados (consumo e inversión) impactando, así, la demanda efectiva ¹.

Para esa particular interpretación, la fe ciega en la capacidad del Estado de solucionar las contradicciones del sistema, es tan fuerte cuanto aquella que se encuentra justo en posición diametralmente opuesta: la convicción religiosa de la perspectiva del neoliberalismo de que el mercado todo lo puede. Cada una de las dos comete pecado similar aunque opuesto: el fundamentalismo religioso de la creencia en una "mano" mágica, todopoderosa (o el mercado, o el Estado). No existe ningún motivo teórico, ninguna justificación trascendental o metafísica suficientes para sostener cualquiera de esas convicciones que no sea un sentimiento religioso, una creencia que puede ser muy profunda o no tanto. Cuando no es tan profunda, en ambos casos, el sistema posee mecanismos para hacer de sus patrocinadores voceros locuaces de la postura referida. ¡El dinero todo lo compra (o casi)! Podríamos incluso llegar a aceptar que la postura neoliberal posee algo más de elementos teóricos para sostener su posición.

Pero, de nuestra parte no nos conformamos con las actitudes de fe y nos preguntamos cómo interpretar la crisis actual del sistema capitalista desde un punto de vista coherente con nuestra convicción filosófica y científica. ¿Cuáles son los presupuestos teóricos para interpretar la presente crisis capitalista desde el punto de vista dialéctico, marxista?

1.1. La etapa actual

En primer lugar, para entender la presente crisis económica del sistema debemos partir de una interpretación teóricamente adecuada de la actual etapa capitalista. Esa interpretación, en

¹ <http://www.ppge.ufrgs.br/akb/dossie-crise-II.pdf> (acceso el 17.02.2011), traducción nuestra.

nuestra opinión, supone el uso adecuado y explícito de la teoría del valor de Marx, la comprensión de la dialéctica del concepto de capital ficticio y la consideración pertinente de la existencia de las ganancias ficticias ². Supone también identificar como la contradicción principal de la actual etapa capitalista especulativa la que existe entre la producción y la apropiación de la riqueza, o de manera más específica del excedente-valor, y aceptar como relevante la ley de la tendencia a la baja de la tasa general de ganancia y que dicha ley puede manifestarse de forma directa o circunstancial como consecuencia de sus contratendencias. Dar relevancia a la contradicción entre producción y apropiación es una obligación directamente derivada de la opción por la mencionada teoría del valor, hecho que normalmente no es entendido por aquellos que la consideran en lo fundamental como una simple teoría de la determinación de los precios.

Por otra parte, en lo que respecta a la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, aquellos que consideran inconsistente la perspectiva de Marx o no lograron una comprensión adecuada de su teoría del valor, muchas veces fijando su atención sobre el valor de uso y no en el valor (es el caso de Sweezy y Baran), o son tributarios, aunque no lo sepan, de una teoría del valor que frecuentemente es de origen ricardiano ³.

¿Qué características tiene, desde el punto de vista estrictamente económico, la presente etapa capitalista, señal de la senilidad y de las profundas contradicciones del sistema?

2. Riqueza capitalista y trabajo humano

Sin duda alguna el capitalismo que conocemos hoy ha cambiado mucho desde las tres o cuatro últimas décadas, y eso ha sido señalado por muchos autores e interpretaciones que sobre ese cambio han aparecido. En nuestra opinión, sin embargo, por más grandes que hayan sido las transformaciones por las que pasó, hay algo que el capitalismo no consiguió inventar todavía: cómo crear riqueza económica, crear excedente y, en particular, crear ganancia a partir de la nada. No ha logrado, y jamás conseguirá,

² Sobre el tema, ver Carcanholo y Sabadini (2008).

³ En el Anexo I del Apéndice incluimos una breve discusión sobre el asunto. Después de una rápida explicación de la ley, discutimos ahí las dos principales objeciones que se hacen a ella.

producir riqueza e igualmente su propia remuneración a partir del humo. La riqueza económica es y será el resultado del trabajo, del trabajo productivo ⁴.

Con todo, no es eso que la observación directa e inmediata de la realidad sugiere. En el capitalismo actual vemos con claridad que los ingresos especulativos surgen como resultado de la propia naturaleza del capital, en verdad, de alguna propiedad milagrosa suya ⁵. El capital especulativo y parasitario (manifestación presente del capital ficticio) es, de hecho, la forma que el sistema ha encontrado como capaz de realizar dicha proeza de manera ampliada y eso, aunque aparente (exclusivamente propio de la dimensión aparental de la realidad), no es una simple ilusión, como podría pensarse.

Se trata, es correcto, de una manifestación de la apariencia y de cierto modo es ilusoria. En verdad, al mismo tiempo, es y no es ilusoria. Y eso es lo curioso del capital especulativo. Él parece ser capaz de generar su propia rentabilidad, y de hecho la genera, pero lo hace como simple parásito. Existe, ahí, una curiosa dialéctica: lo que no es, parece serlo, y en cierto sentido es. Y, al contrario, lo que de hecho es, posee la capacidad de parecer a todos nosotros como si no fuera. Para entender esa dialéctica, hay que apelar a las categorías de capital ficticio y de ganancias ficticias, que en verdad son y no son ficticias a la vez. Y eso no es ni una broma, ni un juego de palabras: es la dialéctica de lo real.

Existe algún acuerdo entre bastantes autores críticos en el sentido de que una de las características básicas de la etapa actual del capitalismo, al lado de otras importantes, es la financiarización, es decir, cierto predominio de las finanzas en comparación con las actividades realmente sustantivas del capital ⁶. Es el caso de François Chesnais, Gerard Duménil, entre muchos otros. Además, algunos autores, no muchos, pasaron a utilizar, con mayor o menor grado de profundidad teórica, la categoría capital ficticio para analizar esa etapa.

⁴ Sobre la categoría trabajo productivo, que en nuestra opinión posee un alcance mucho más amplio del que normalmente se considera en la literatura marxista, véase Carcanholo (2007).

⁵ El pensamiento neoclásico posee incluso un nombre para dicha propiedad milagrosa: productividad marginal del capital. Marx, en el brillante capítulo 48 (La fórmula trinitaria) del tomo III de El capital, discute el asunto.

⁶ Opinión distinta presenta, por ejemplo, el economista marxista Orlando Caputo (2007).

La dificultad en la utilización teóricamente adecuada de la categoría de capital ficticio reside en el hecho de que supone, además de un satisfactorio nivel de conocimiento sobre ella, una apropiada interpretación de la teoría del valor de Marx; una interpretación dialéctica de esa teoría científica. Sin eso, la categoría pierde significado y capacidad de explicar de manera correcta la realidad.

De hecho, el capital ficticio exige remuneración a pesar de que no contribuye en nada a la producción del excedente económico, de plusvalía. Y la pregunta que se desprende de esa constatación es la siguiente: ¿quién produce esa plusvalía en volumen suficiente para atender las exigencias del capital, incluso las del capital ficticio? Dicha pregunta adquiere aún más relevancia si consideramos que lo que se conoce como reestructuración productiva en el capitalismo contemporáneo tendría, según algunos, reducido el papel del trabajo en la producción capitalista, por lo menos en lo que se refiere al trabajo formal y aquel relacionado directa e inmediatamente con las actividades productivas industriales. Con eso, como sugerimos, se llega incluso a negar el papel del trabajo como central en la producción de la riqueza, lo que, es obvio, desde del punto de vista de la teoría marxista del valor carece de sentido.

De este modo, tomando en consideración una adecuada interpretación de la referida teoría, la característica básica de la actual etapa del capitalismo, en nuestra opinión y como ya hemos mencionado aquí, es la contradicción, que se agudiza cada vez más, entre la producción y la apropiación del excedente económico mercantil, de la plusvalía en sus diferentes formas. Es por eso que la categoría trabajo productivo (entendida como aquel que produce plusvalía o excedente en la forma mercantil y apropiable por el capital) gana relevancia en la actualidad.

Es verdad que algunos autores, aun próximos a la teoría de Marx, pese a considerar la financiarización como característica esencial de la actual etapa capitalista, identifican como su contradicción principal la que existiría entre la propiedad y la gestión del capital; contradicción entre aquellas fracciones de clase poseedoras de las distintas formas de títulos de propiedad sobre el capital sustantivo ⁷ y otra que sería la encargada de la gestión profesional de las empresas. Es el caso específico de Duménil y

⁷ Entendemos por capital sustantivo el conjunto formado por el capital productivo y el capital comercio de mercancías.

Lévy. Junto al hecho de que la identificación de intereses contradictorios entre esas fracciones propietarias y gerenciales del capital sustantivo, como contradicción principal del sistema, lleva, por lo menos en algunos casos, a la posibilidad de perspectivas de salidas reformistas para las dificultades del capitalismo vigente, ella puede ser resultado del desconocimiento o desprecio por la teoría marxista del valor.

Resumiendo nuestra interpretación acerca de la actual etapa del capitalismo, que denominamos especulativa y parasitaria, presentada en otros textos, podemos decir que en los años setenta y hasta el comienzo de los ochenta la tendencia a la baja de la tasa de ganancia ha presentado una aguda manifestación, en particular en los EE. UU. y Europa. Así, las nuevas inversiones sustantivas mostraban perspectiva de reducida remuneración y los capitales, en parte considerable, por esa razón, han pasado a buscar la especulación como salida.

Desde finales de los setenta, la acumulación real ha tenido un crecimiento mediocre y precario, pero el sector financiero ha crecido extraordinariamente en términos de empleo, beneficios y tamaño de las instituciones y los mercados (Lapavistas, 2009: 34).

Esa tendencia fue sancionada por las políticas neoliberales (expresión de los intereses del capital especulativo) y ha tenido como contraparte indispensable la inestabilidad cambiaria y el crecimiento de la deuda pública de los países (del Primer Mundo y de los periféricos). El capital pasó a creer haber encontrado su paraíso: rentabilidad sin necesidad de "ensuciarse las manos con la producción". Y eso, de hecho, fue lo que ocurrió; lamentablemente, para él, por poco tiempo.

Las remuneraciones del capital, a partir del inicio del decenio de los ochenta, tendieron a crecer. Entonces, ¿cómo fue posible eso? ¿Por lógica no podría haber ocurrido! Si por una parte el ritmo de la acumulación sustantiva, en el conjunto del mundo capitalista, se redujo y, al mismo tiempo, si ha llegado a ampliarse asustadoramente la tasa de crecimiento de la masa de capital ficticio, especulativo y parasitario, ¿cómo fue posible el crecimiento de las tasas de remuneración de los capitales, tanto la de los sustantivos, cuanto la de los parasitarios? Lo lógico, mantenidas las otras circunstancias, sería la reducción de esas tasas. O algo hay de equivocado en nuestra interpretación o tenemos que explicar de manera adecuada lo sucedido.

La explicación de ese fenómeno, para ser coherente con la teoría marxista del valor, solo puede ser encontrada en el incremento de la explotación del trabajo. Y aquí debemos preocuparnos específicamente por la explotación del trabajo productivo. Es verdad que, siguiendo a Marx, también podemos hablar de explotación del trabajo improductivo y ella, aunque no permite elevar el excedente o la plusvalía producidos, amplía el margen destinado a la remuneración del capital al reducir la parcela relativa apropiada por los trabajadores.

Así, para nosotros, la explicación estaría en la elevación, en niveles sin precedentes, de la explotación del trabajo, sea por intermedio de la plusvalía relativa, de la plusvalía absoluta (extensión de la jornada, múltiples jornadas, intensificación del trabajo), sea de la superexplotación de los trabajadores asalariados y no asalariados. Sin duda, las políticas neoliberales del período constituyeron el factor principal para que se lograra la elevación de la explotación del trabajo.

Contribuyeron asimismo a la elevación de la masa de sobretrabajo disponible, un poco más tarde, la apertura de nuevos espacios en el mundo para la explotación capitalista (China y la restauración capitalista en la Europa oriental fueron significativos). Además, para el aumento de la tasa de ganancia no podemos menospreciar lo que significó el crecimiento en el ritmo de rotación de los capitales sustantivos, productivos y comerciales.

La elevación sin precedentes en el nivel de la explotación, sumada a esos otros factores, aunque indispensable para el sistema, no es posible que haya sido suficiente para explicar el crecimiento de la tasa de remuneración del capital a partir del inicio de los años ochenta. Nuestra comprensión es la de que, al mismo tiempo que se ha ampliado exageradamente la explotación del trabajo, se ha expandido lo que denominamos ganancias ficticias. Ellas surgen como consecuencia de la valorización especulativa de activos tanto reales como fiduciarios, y asimismo del crecimiento del déficit público de los países, en especial los destinados al pago de interés de la deuda o a los gastos militares.

Sin embargo, aun cuando las ganancias ficticias hayan cumplido, en el período, un importante papel en el crecimiento de la rentabilidad general del gran capital y funcionen en efecto como un real factor de contratendencia en relación a la baja de la tasa general de ganancia, presentan un gran problema. Ellas pueden solucionar circunstancialmente la dificultad encontrada de baja rentabilidad de las inversiones, pero solo lo pueden hacer

ampliando la contradicción principal (producción/apropiación), al significar un ulterior aumento del capital especulativo. Las ganancias ficticias de hoy no pueden, de ningún modo, convertirse mañana en inversión de capital sustantivo y ni aun en consumo adicional de los rentistas como suelen algunos acreditar. Ya hemos demostrado en otras oportunidades ese hecho: las ganancias ficticias de un determinado año constituyen de inmediato incremento del volumen total de capital ficticio, en verdad, de capital ficticio del tipo 2 ⁸ que, en el año siguiente, exigirá ganancias adicionales.

Es interesante destacar que, así y por eso, las ganancias ficticias sirven como poderoso factor contrarrestante de la tendencia a la reducción de la tasa general de ganancia, aunque por tiempo limitado y, a la vez, intensifican las contradicciones del sistema ⁹.

3. Una dificultad teórica

En nuestra explicación para la actual etapa del capitalismo hay una dificultad teórica de la que nuestros críticos (y también aquellos que, aunque no se hayan manifestado de forma explícita, la ven con reticencias) no se habían dado cuenta. Y eso tal vez por su incipiente conocimiento de la teoría dialéctica del valor. Esa dificultad, hasta ahora, apenas la hemos explicitado de manera muy rápida y más recientemente. El problema es la cuestión de la conversión de lo real en ficticio. Veamos con un poco más de detalle el asunto.

Como ya explicitamos, el punto de partida en nuestra interpretación se encuentra en el hecho de que, desde los años setenta, buena parte de las nuevas inversiones de capital, particularmente en las grandes economías, no se destina al sector sustantivo y se dirige a la especulación; se convierte en capital ficticio. En particular, se transforma en capital ficticio de tipo 2.

⁸ Este tipo de capital no tiene detrás de sí ni un átomo de sustancia real, de verdadera riqueza, por ejemplo la valorización especulativa de los activos, el crecimiento de la deuda pública en razón del pago de intereses. Por otra parte, el capital ficticio de tipo 1 existe cuando una riqueza real aparece doblemente, como es el caso de las acciones de una empresa con su valor original del título financiero.

⁹ La objeción a la noción de ganancias ficticias de que lo que gana uno es pérdida de otros no se sostiene, toda vez que pensemos en el crecimiento de la deuda pública y, por otra parte, cuando nos damos cuenta de que una cosa es la divergencia precio/valor entre bienes utilizables, y otra esa divergencia en lo que se refiere a los bienes patrimoniales.

Eso significa que una parte notable de las ganancias capitalistas, ganancias esas sustantivas, resultado de la plusvalía, la explotación de trabajadores asalariados productivos, y también del excedente valor resultado de la explotación de trabajadores no asalariados, se transforma en capital sin sustancia, en capital ficticio. Riqueza real y sustantiva se convierte en puro humo.

¿Cómo eso es y fue posible?

Ya hemos tenido la oportunidad de mostrar que el capital ficticio no puede jamás, desde el punto de vista global, transformarse en capital sustantivo, aunque esa transformación pueda ocurrir para cada capital individual (Carcanholo y Sabadini, 2008). En ese caso, la conversión en un sentido, por parte de un agente, implica simultáneamente la conversión en sentido contrario por parte de otro, de manera que no se reduce la magnitud total de ese tipo de capital.

No obstante, ¿es posible la conversión inversa? En otras palabras, ¿se observa, en el funcionamiento concreto del capitalismo, la conversión de capital sustantivo en capital ficticio de tipo 2? Mejor aún: ¿es posible la conversión de riqueza real (valor realmente producido) en ficticia? ¿Cómo se puede explicar esa transubstanciación? ¿Posee o ha poseído esa conversión algún significado relevante en el periodo de existencia de la etapa especulativa y parasitaria del capitalismo?

Sin duda, esa posibilidad existe desde el punto de vista del acto individual. Cualquier empresario puede, habiéndose apropiado de plusvalía, convertir esa su ganancia real en aplicación de capital ficticio. Pero, del mismo modo que lo explicado antes, solo que ahora de forma inversa, su conversión de riqueza real en ficticia posee la contraparte de la transformación, en la misma magnitud, de capital ficticio de otro en riqueza real. No hay aquí ninguna transubstanciación verdadera; solo aparente. Así, la grandeza total de lo que de hecho es real, esto es, producto del trabajo productivo, se mantiene igual, ni crece ni disminuye. El monto total de capital ficticio, en esas condiciones, también se mantiene.

El problema teórico que nos interesa y es relevante para nuestra interpretación del capitalismo contemporáneo es la mencionada conversión desde el punto de vista global, del sistema como un todo: lo que nos interesa es la verdadera transubstanciación de la riqueza.

Sobre eso, hemos incluido en el anexo una discusión algo más detallada en torno a los gastos militares. Nuestra conclusión es que ese tipo de gastos, cuando son financiados con el incremento

del déficit público y atendido con elevación de la deuda de los Estados, cumple realmente esa función. Y aquí estamos pensando en particular en los gastos militares de los EE. UU., pero de igual modo de otras potencias como Inglaterra.

Hemos concluido que, a pesar de que el trabajo en la producción de equipos militares es trabajo productivo y produce plusvalía, no solamente el monto de ésta sino todo el valor bruto producido por el sector se convierte en capital ficticio en forma de títulos de deuda pública circulando en el mercado, si los gastos implican déficit público. Los equipos se terminan destruyendo, pero los títulos sobreviven y exigen el pago posterior de intereses.

Es distinto de lo que ocurre con los gastos improductivos de la burguesía. Ellos son financiados con las ganancias, fruto de la plusvalía producida. Con el consumo, la riqueza desaparece y no queda nada en las manos burguesas que no sea la sensación de disfrute y de que son diferentes de los demás, de los pobres. Con los gastos militares, la riqueza se destruye (armas, municiones, etc.) y la burguesía queda con la sensación, nada despreciable, de que su poder se sostiene y, además, incorpora en su patrimonio, ficticio es verdad, el monto correspondiente en títulos públicos.

Con seguridad habrá otros mecanismos que permitan la transubstanciación. Uno de ellos, que podría ser explotado y tuvo —y tiene— relevancia más recientemente, fue la construcción de inmuebles destinados a los que no poseen condiciones de pagar. Esa riqueza producida fue convertida, para las manos del capital y por el mecanismo de las hipotecas, en títulos de amplia circulación en el mercado financiero internacional. En la medida en que las hipotecas no hayan sido “honradas” y los inmuebles retomados se deterioren, y en la medida en que los títulos se mantengan en el mercado con sus valores originales, constituyen de hecho un mecanismo de transubstanciación. Como sabemos, eso ocurrió de manera generalizada en el salvataje del sistema financiero por parte de los Estados, a partir del 2008, por medio del crecimiento de la deuda pública. Con todo, ese mecanismo, y otros que puedan existir, no fueron aún estudiados adecuadamente por nosotros.

3.1. La crisis

Para nosotros, es indudable que el sistema capitalista vive hoy una crisis sistémica y estructural. Desde la crisis financiera iniciada con los problemas de las hipotecas sub-prime en los EE.

UU. a partir de 2007 o incluso antes, desde las quiebras financieras y las fuertes intervenciones estatales a partir del año siguiente, las dificultades de Grecia y a partir de ahí los problemas en el área del euro y de la CE, es indiscutible que ingresamos en un período de grandes dificultades para el sistema capitalista, que constituye lo que llamamos la Gran Depresión del siglo XXI.

La actual crisis económica mundial, que tuvo su fase más aguda en 2008, debe ser vista, en verdad, como resultado de haberse alcanzado el límite del proceso por medio del cual el capital obtenía parte importante de su rentabilidad de las ganancias ficticias. La contradicción producción/apropiación llegó a tal nivel que el sistema no podría seguir con normalidad. La crisis financiera que explotó en los EE. UU. fue, verdaderamente, la manifestación explosiva de la imposibilidad de que las ganancias ficticias se continuaran ampliando de manera indefinida.

Para nuestra interpretación, la crisis económica y financiera mundial de los dos últimos años marca el inicio del proceso de colapso de la etapa especulativa y parasitaria del capitalismo. En ella, el sistema se sostuvo, como hemos visto, sobre la base de una elevación de la explotación de los trabajadores de todo el mundo, un proceso de incremento de la rotación del capital, complementado por una masa creciente de ganancias ficticias, además de su expansión hacia nuevas áreas de operación (antigua Unión Soviética, China).

Lo que ocurre es que la solución de las dificultades del nivel de rentabilidad del capital mediante el crecimiento de las ganancias ficticias, como ya debe haber quedado claro, presenta la consecuencia de intensificar la contradicción para los periodos inmediatos siguientes, presentándose como si fuera una bola de nieve. Las ganancias ficticias, mecanismo de solución del problema en este año, como vimos, eleva la masa de capital ficticio. En algún momento del transcurso del tiempo el mecanismo no se sostiene y se inicia la crisis. La forma como se desencadena depende de muchas circunstancias concretas. En nuestro caso particular, ella se inició con la aparición de una crisis financiera en el sector inmobiliario estadounidense a partir de 2007. La bola de nieve creada por las ganancias ficticias lleva, necesariamente, el sistema al desastre.

Por otra parte, la fuerte y dramática intervención de los Estados buscando salvar el sistema financiero a nivel internacional ha, sin duda, atenuado las drásticas consecuencias que normalmente derivarían del estallido y las quiebras sucesivas de 2008. Es por

eso que algunos apresurados analistas llegaron a creer que la crisis habría terminado o que, por lo menos, su fase más aguda había concluido de manera que podría restablecerse la normalidad del sistema. El caso de Grecia y las dificultades del euro y de la CE vinieron a desmentir esa perspectiva. Las enormes dificultades del sistema continúan, y eso se debe al hecho de que la salvación del sistema financiero fundamentalmente se basó en un mecanismo simple: sustituir el capital ficticio que desapareció de las manos de capital especulativo, por otro ahora respaldado y, más que eso, generado, por los Estados en forma de crecimiento de la deuda pública. La desaparición se dio de la siguiente manera: los títulos continuaban en manos del capital, solo que perdieron todo su valor en el mercado y fueron sustituidos por los títulos públicos.

Hay que entender que las crisis del sistema no son en sí mismas una enfermedad. Al contrario, constituyen el mecanismo privilegiado que él utiliza para sobrevivir frente a sus contradicciones. La crisis de estos años debería tener como función la destrucción significativa del capital ficticio para intentar restablecer un relativo equilibrio con el capital sustantivo. La acción del Estado en general tiene como propósito reducir las pérdidas del capital, en especial del más grande, e imponer el mayor peso de la crisis a los trabajadores y al pueblo en general. Fue lo que ocurrió, pero en lo que se refiere a la salvación del gran capital, eso se dio por la sustitución de una forma de capital ficticio por otra, de modo que los problemas fueron atenuados y lanzados hacia adelante.

La contradicción producción/apropiación y su contraparte, la que existe entre el capital ficticio de tipo 2 y el capital sustantivo, no se ha superado, persiste. Es cierto que la crisis, pese a la acción estatal, ha destruido parte de la riqueza ilusoria, imponiendo algún grado de pérdida al gran capital y sobre todo a los pequeños especuladores; eso ha implicado una ligera atenuación de la contradicción.

Otro hecho que permitió una ligera atenuación de la contradicción, y dio un pequeño respiro al sistema, consistió en el hecho de que los títulos públicos, ahora en manos del sector especulativo, garantizan menor remuneración que la expectativa que había con los títulos privados anteriores. Es esa una fuerte razón para la atenuación de la fase más aguda de la crisis, pero ella no está superada y no lo será fácilmente.

Y no nos engañemos. El gran capital encuentra, de hecho encontró, los medios para recuperar su alta rentabilidad. Escan-

daloso, en ese sentido, es lo que ocurre en Europa, y sigue ocurriendo, donde los Estados vinculados al euro, y endeudados, no pueden obtener créditos directamente del Banco Central europeo. Entregan títulos a los bancos privados, con altas tasas de interés, y esos bancos obtienen los fondos necesarios de los mismos Estados europeos a bajo costo, vía el Banco Central. Grecia es el ejemplo más conocido. En igual sentido opera la monetización recién impuesta por el gobierno estadounidense, al emitir una elevada cantidad de dólares, ponerlos a disposición de los grandes bancos y permitirles que sigan con la especulación altamente rentable.

Las manifestaciones más aparentes de las contradicciones pueden haber sido circunstancialmente atenuadas, no obstante ellas continúan actuando y siguen en trayectoria ascendente.

La crisis sistémica del capitalismo en su presente etapa, marca definitivamente su senilidad. Los dos grandes estallidos observados (los EE. UU. y Europa) no fueron ni serán suficientes para restaurar las condiciones necesarias para retomar la acumulación capitalista en niveles significativos. El período crítico para el régimen social capitalista sigue y, con seguridad, seguirá presentando manifestaciones coyunturales agudas (crisis financieras o de cualquier tipo) más o menos frecuentes, menos o más profundas y generalizadas.

Estamos seguros de que el sistema capitalista no desaparecerá mañana. Continuará existiendo y dominando la economía mundial; no se destruirá en el corto plazo, e incluso en el mediano. A pesar del período profundamente crítico por el que pasa, y de que sea de gran osadía hacer previsiones sobre el futuro que no sea más o menos próximo, es realista no sostener ilusiones.

Ésa es nuestra convicción derivada del análisis científico estructurado sobre una perspectiva teórica y filosófica que tiene como pilar central la teoría dialéctica del valor. Esa perspectiva nos asegura científicamente que el sistema capitalista es auto-contradictorio y que de modo progresivo va construyendo el camino para su destrucción. Él jamás llegará a la autodestrucción, aun así, de manera progresiva (aunque no lineal) va creando condiciones para ser destruido por sus víctimas.

La historia del capitalismo demuestra que posee gran vitalidad, tanto económica como política e ideológica, y consigue recomponerse; tiene la sorprendente capacidad de recomponerse a pesar de sus momentos más críticos y dramáticos. Así, insistamos en eso, estamos lejos de pensar que el sistema está a punto de

desaparecer, o que eso ocurrirá a mediano plazo. Sin embargo, nuestra perspectiva teórica nos asegura que el capitalismo de mañana será necesariamente peor que el de hoy. De ahí que si la humanidad ya vive una tragedia, por lo menos una parte considerable de ella (masas de miserables y hambrientos en el mundo entero), el futuro le reserva una tragedia cada vez más grande y de mayor alcance. Cuanto más sobreviva el capitalismo, más grande y generalizada será la tragedia de la humanidad¹⁰.

Por eso, podemos decir que el capitalismo teóricamente está muerto, muerto para la humanidad; pero hay que matarlo históricamente. Y eso no es fácil, aunque sí posible.

Finalmente, y teniendo lo anterior en consideración, nuestra conclusión es que, aun cuando esa etapa especulativa pueda sobrevivir más tiempo, ella tenderá a desaparecer. Solo podrá sobrevivir por cierto tiempo incrementando la explotación del trabajo, lo que no es simple ni trivial. Una eventual sustitución de esa etapa especulativa por una nueva, reconstruyéndose el predominio del capital sustantivo, supondrá niveles insospechables de explotación. Por tanto, no hay posibilidad de un retorno a un capitalismo menos violento del que sufrimos hoy. Sostener lo contrario es vivir en un mundo de ilusiones.

4. Otras interpretaciones

A partir de ahora presentaremos críticamente las ideas de algunos autores que consideramos importantes sobre la etapa capitalista actual. Poseen la característica de tomar explícitamente en consideración la teoría marxista del valor o, por lo menos, de no negarla en sus textos. Son Gerard Duménil y Dominique Lèvy, además de François Chesnais, Michel Husson y Virginia Fontes.

Duménil y Lèvy han realizado notables investigaciones acerca del capitalismo contemporáneo, en particular son significativos sus aportes en términos de datos empíricos. Tal vez la parte menos estimulante en sus trabajos, desde el punto de vista marxista, sean las conclusiones a que llegan. Es posible que ellas

¹⁰ No es propósito de este texto analizar otras dimensiones de los problemas producidos por el capitalismo (verbigracia la cuestión ambiental) que no sean los de la dimensión estrictamente económica. Sobre las cuestiones ambientales, autores como Bellamy Foster, Chesnay, Guillermo Foladory, Mario Giuliani, Michel Lowy, entre otros, son relevantes.

sean inevitables en razón del realce que dan, como si fuera la contradicción central de la presente etapa, a la oposición entre gestores y propietarios del capital. Si bien admiten la eventualidad de que las contraposiciones del capitalismo actual impliquen una gran crisis, creen en la posibilidad de una especie de retorno a un capitalismo que permita ciertas concesiones a los trabajadores: un regreso a los años de oro, a un capitalismo más humano, si es que eso de hecho en algún momento existió.

Chesnais sostiene que el capitalismo de hoy se caracteriza por el predominio de la "finanza" sobre la "industria". En nuestra opinión, su perspectiva representa, desde el punto de vista marxista, un aporte muy significativo para la comprensión del capitalismo actual y eso porque privilegia la lucha entre las clases fundamentales del sistema, mantiene una visión dialéctica de la totalidad y utiliza la teoría del valor-trabajo. Es, sin duda, la mejor interpretación en nuestros días y marca el inicio de una perspectiva que tiende a encontrar un número creciente de seguidores. La utilización, en ciertos momentos, de un lenguaje regulacionista y su aproximación a aspectos teóricos keynesianos, no llegan a comprometer seriamente su análisis.

Las dos últimas interpretaciones (de Virginia Fontes y de Michel Husson) tienen el gran mérito de poseer como base la teoría marxista del valor. Son perspectivas significativas en más de un aspecto. Presentan la dificultad de no tomar en consideración la existencia verdadera y real, aunque eso pueda parecer un contrasentido, de las ganancias ficticias y las implicaciones derivadas de esa categoría teórica. La interpretación de Husson exhibe además el pecado de defender, a lo que parece, una interpretación subconsumista.

4.1. Duménil y Lèvy

Las principales ideas derivadas de las relevantes investigaciones de Duménil y Lèvy sobre el capitalismo, realizadas desde hace algún tiempo, aparecen de cierta forma resumidas en el artículo en que basamos nuestras consideraciones (Duménil y Lèvy, 2003). Estos autores sostienen que el período iniciado después de la crisis de la década de los setenta e inicios de la de los ochenta (que en otro lugar ellos llaman más incisivamente "período neoliberal"), se caracteriza por la reanudación de la hegemonía de la propiedad del capital sobre su gestión. El período

anterior, que entrara en crisis y llamado por ellos de “compromiso keynesiano”, habría durado apenas algunos decenios.

La actual etapa del capitalismo, de recuperación de la hegemonía de lo que llaman “finanza” (la financiarización), supuso una modificación en la forma de la propiedad sobre el capital, con su transferencia hacia grandes instituciones financieras, administradas por profesionales especialistas. Destacan los autores que el control de la producción, así como las propias decisiones acerca de la asignación de los capitales, tienden a quedar cada vez más bajo la responsabilidad de gestores profesionales. Así, el período actual se caracterizaría por la recuperación, mediante el sistema financiero, de la hegemonía de la propiedad, hegemonía esta que se habría perdido durante el “compromiso keynesiano”.

El trabajo empírico y el análisis de los mencionados autores son de gran significación e indispensables para entender varios aspectos importantes de la presente etapa del capitalismo. Sin embargo, pese a que de manera explícita se proponen realizar una interpretación marxista, pocos de los conceptos y las categorías de esa teoría son efectivamente utilizados, excepto los más generales de fuerzas productivas y relaciones de producción.

En su análisis, cuando la lucha de clases es llamada a cumplir algún papel se restringe a la contraposición entre propietarios y gestores del capital que, aun cuando tiene algún significado para una comprensión concreta de la historia de capitalismo desde el inicio del siglo XX, no puede, desde el punto de vista marxista, ser considerada principal o fundamental. Existe, así, una sobrestimación de esa contradicción y, por otro lado, el papel de los trabajadores, en especial de los productivos, aunque recordado en algunos momentos del texto, recibe tratamiento genérico y sin mayor relevancia para lo esencial de la interpretación.

Si la lucha de clases aparece en el texto de forma poco adecuada, la teoría del valor, núcleo central de la interpretación de Marx sobre el capitalismo, no es mencionada explícitamente. Sus categorías de valor, plusvalía, plusvalía extraordinaria, explotación, su concepto de transferencia de valor, no son mencionados una sola vez. Es verdad que el término capital aparece de manera recurrente, pero sin que se exprese su real contenido y menos aún su movimiento dialéctico.

Estas consideraciones críticas respecto a la manifiesta orientación marxista de la interpretación de Duménil y Lévy, no pueden reducir la relevancia del análisis de dichos autores para nuestra comprensión del capitalismo de hoy.

Es cierto que su trabajo no contribuye a eliminar las influencias eclécticas, ni a eliminar dudas planteadas por la crítica burguesa y pequeño-burguesa a la teoría de Marx. Pero ese jamás fue el propósito de su texto y, así, ellos no pueden ser criticados por eso. Dentro de los objetivos que se propusieron, contribuyen al pensamiento contemporáneo sobre el capitalismo; su osadía al optar de modo explícito por la perspectiva de Marx desafía a los jóvenes, al igual que a los demás, a conocer más profundamente la teoría marxista. Y eso ya es un gran mérito.

Por fin, como hemos dicho en la introducción, quizá la parte menos estimulante del texto, desde el punto de vista marxista, sea la de sus conclusiones. Tal vez sean inevitables, teniendo en cuenta la opción preferencial en su análisis por la contradicción entre gestores y propietarios del capital. Admiten que las contraposiciones del capitalismo puedan llegar a ser resueltas por una gran crisis económica en el centro del sistema, y manifiestan la creencia en la posibilidad de que algunas de las características “evolutivas” del sistema, surgidas a partir de la hegemonía financiera y de la política neoliberal, puedan sobrevivir a partir de una extinción gradual de esa hegemonía y de esa política. Sostienen la posibilidad de que el capitalismo llegue a reestructurarse y a tener la posibilidad incluso de hacer ciertas concesiones a los trabajadores. De este modo, podríamos volver a un capitalismo menos salvaje.

Se trata, por ende, de una visión muy optimista sobre el futuro y, a nuestro entender, absolutamente irreal. Es posible que, con el desarrollo de las implicaciones posteriores a la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias en el mundo entero, además de la actual situación de los países de la CE, asuman una posición menos optimista.

Sostener la creencia de que el sistema actual pueda superar sus contradicciones, por lo menos en parte sustantiva y de manera que pudiera llegar a ofrecer alguna perspectiva de mejor futuro para la humanidad es, definitivamente, predicar ilusiones.

4.2. François Chesnais

El texto de Chesnais retoma su conocida y consagrada tesis de que el actual período capitalista se caracteriza (de forma similar, en ese aspecto, al texto de los autores mencionados antes) por el dominio de la “finanza” sobre la “industria” o, en términos

más adecuados para nosotros, del capital especulativo sobre el productivo, como resultado de la política de desregulación y liberalización promovida por los EE. UU. e Inglaterra desde el final de los años setenta e inicio de los ochenta. Aunque también sobresalga en su análisis la contradicción existente entre, por un lado, gestores de fondos de inversión, que configurarían el interés propio del capital especulativo y, por otro, los dirigentes de las empresas productivas (la gestión productiva), no deja de privilegiar los efectos de ello:

- a) sobre la forma de organización de la producción, más exigida en lo que se refiere a la rentabilidad (esta idea está igualmente presente en Duménil y Lévy); y
- b) sobre el conjunto de los trabajadores, en lo que significa un aumento en el nivel de la explotación.

Así, en su interpretación, el conflicto de clases, especialmente el fundamental entre la burguesía y los trabajadores, no queda ausente; al contrario, es aspecto central.

El mencionado artículo de Chesnais avanza al esclarecer su perspectiva acerca de la “mundialización”, aspecto que, según sus propias palabras, no quedara claro en anteriores escritos suyos. Es aquí, justamente, donde se configura uno de los dos puntos más altos de su texto: su perspectiva es tributaria de una visión dialéctica de la totalidad y, en ella, aunque no siempre de modo explícito, están presentes los elementos esenciales de una adecuada teoría del valor que le permite entender, con profundidad, el mundo capitalista de hoy. El otro punto positivo lo constituye su interpretación, como resultado de su tesis general, de las razones del crecimiento experimentado por los EE. UU. durante la segunda mitad de la década de 1990, de las limitaciones de ese crecimiento y de la imposibilidad de imaginar el mismo fenómeno para otros países. Una vez más, la perspectiva de la totalidad y la teoría del valor son los pilares que confieren relevancia y garantizan lo adecuado del pensamiento de Chesnais.

Punto débil de su texto, en nuestra opinión, es su apego a la llamada “teoría de la regulación”. El formalismo de la terminología regulacionista, lejos de permitir una mayor profundidad en su tesis, dificulta la comprensión de sus lectores. El autor, ciertamente, no llega a afirmar de manera tajante la relevancia de la concepción regulacionista, quedándose a medio camino cuando declara que ella constituiría un serio y enriquecedor

desafío al “marxismo momificado”. Parecería quedar sugerida la necesidad de apelar a ese tipo de teoría. Si de hecho ese era el recado, nos parece impropio. Para superar las limitaciones del pensamiento marxista contemporáneo es mejor, sin duda, un retorno sustancial y apropiado al viejo maestro: a Marx. Por otra parte, es conveniente afirmar que Chesnais adquirió suficiente prestigio internacional para no necesitar de ninguna adhesión al regulacionismo y aparecer en la época contemporánea, con toda la originalidad que le es propia. Además, el keynesianismo que transpira su pensamiento no llega a perjudicar la profundidad de su análisis y si, por ventura, fuera abandonado, implicaría un avance en su relevancia.

Por otro lado, se observa en determinada medida un tratamiento no en profundidad de categorías claves como capital, capital-dinero, capital ficticio. Aunque utilizadas con alguna propiedad en muchos momentos, no llegan a ser explicitadas con claridad y, con eso, se pierde algo de su poder explicativo. Tal vez eso sea resultado de la concisión del texto, y en verdad no compromete de manera importante la argumentación. Menos aceptable es la utilización de nociones imprecisas (por lo menos si no consideramos el pensamiento neoclásico) de productividad del capital o productividad de factores. No tendríamos nada contra la utilización de esas imprecisas nociones como simples indicadores empíricos de ciertos fenómenos, pero sería indispensable una explícita mención a eso y una referencia teórica, aunque breve, a su limitación. Duménil y Lévy tampoco están exentos del pecado de la utilización de las mismas.

En resumen, en nuestra opinión, desprovisto de su terminología regulacionista, el artículo de Chesnais representa un aporte muy significativo, dentro de una perspectiva marxista, para la comprensión del capitalismo de hoy. De hecho, fue el punto de partida para que llegásemos a elaborar nuestra interpretación sobre la actual etapa capitalista, que denominamos especulativa y parasitaria, así como sobre la crisis por la que pasa el sistema.

En trabajos posteriores, Chesnais (2006) ha avanzado todavía más en el uso de la teoría de Marx para sostener su interpretación e incluso llega a aceptar la categoría, al parecer por primera vez, de ganancias ficticias (Chesnais, 2008) ¹¹. Aunque sin toda la significación teórica que nosotros le damos a ella, él muestra, con

¹¹ En ese trabajo no aparece la utilización de la terminología regulacionista.

algunas informaciones, la amplitud que tal categoría llega a tener. Así, refiriéndose a las ganancias ficticias, afirma:

Un artículo de *The Economist* atestigua la importancia de las sumas provenientes de las especulaciones y las comisiones por la gestión de las sociedades financieras así como de su inclusión [en los EE. UU.] en las contabilidades bajo la rúbrica “ganancias”. También son incluidos por las sociedades con acciones en Bolsa en sus ganancias operacionales (*operating earnings*) y además están incluidas en las ganancias registradas en la contabilidad nacional. Las “ganancias” sacadas de las colocaciones y las especulaciones financieras representan el 27% de las ganancias de las 500 sociedades del índice *Standard & Poors* y una tercera parte del crecimiento de las ganancias de las sociedades norteamericanas en la última década se debería a las sociedades financieras [todas las cifras provienen del artículo de *The Economist*] (Chesnais, 2008).

En este último trabajo mencionado, si bien muestra como preocupación especial el tema de la producción de la plusvalía, o sea, de quién produce esa riqueza necesaria para la remuneración del capital, consideramos que comete un pequeño equívoco teórico. El autor afirma que es justamente en los países más avanzados, en particular en los EE. UU., donde la tasa de plusvalía es la más elevada en el mundo. Véase cómo argumenta:

Por supuesto, siguen siendo los países capitalistas avanzados (y sobre todo los Estados Unidos) los lugares en donde la tasa de plusvalía, entendida como diferencia entre el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y el tiempo efectivamente trabajado, es la más elevada del mundo. La productividad del trabajo es muy alta y el tiempo de trabajo necesario muy bajo, y una de las razones de esto es la importación masiva de muy baratos “bienes salarios” (los que entran en el costo de reproducción de la fuerza de trabajo). Pero si consideramos el cuadro en términos de masa y no de tasa, la mayor parte de la plusvalía que permite la reproducción del capital ahora proviene de Asia y sobre todo de China (Chesnais, 2008).

Para él, por tanto, la tasa de plusvalía más elevada del mundo se encuentra en los países capitalistas “más avanzados” y una de las razones para ello es justo la importación de los bienes de consumo de los trabajadores a precios muy reducidos. ¿Eso significa que los precios de esos bienes son inferiores a los correspondientes a los valores? Pero, entonces, lo que ocurre no

es que la tasa de plusvalía en aquellos países sea la más elevada, significa que ellos reciben masas de valor transferidas desde los países exportadores de aquellos bienes, que son especialmente los países “menos avanzados”.

Sin duda, los trabajos de Chesnais constituyen el mejor esfuerzo para la comprensión del capitalismo actual, de su crisis y la recesión por la que estamos pasando y que seguiremos sufriendo por buen tiempo. Su explícita reivindicación de la teoría de Marx representa una alerta a las jóvenes generaciones de economistas para no despreciar los aportes marxistas. Su contribución intelectual resulta inestimable para orientar la práctica de los movimientos sociales que hoy contestan el sistema económico y social.

4.3. Comentario a la interpretación de Virginia Fontes

El trabajo de Virginia Fontes denominado “Marx, expropiaciones e capital monetario – notas para o estudio do imperialismo tardío” (2008)¹², principalmente en su última parte, es importante para entender la actual etapa del capitalismo, en particular en lo que se refiere a la relación que existe entre el capital especulativo y el sustantivo. Su lectura permite también tener presentes algunos equívocos de interpretaciones contemporáneas que, o no guardan ninguna relación con la teoría económica de Marx o, pretendiendo aceptarla, no entienden lo fundamental de la teoría del valor de este autor.

La autora muestra una particular preocupación: destaca que el énfasis atribuido por intérpretes contemporáneos del capitalismo al predominio de la especulación, lleva a que se tienda a olvidar las relaciones sociales capitales que están en la base de la organización capitalista. Dichas relaciones se sostienen sobre las distintas formas de explotación del trabajo.

Así, el artículo de la autora pone énfasis en la cuestión de la expropiación y de la apropiación de la plusvalía como base para la existencia del capitalismo, en cualquier momento de su existencia. Insiste en un aspecto que es primordial: la plusvalía, extraída de la explotación directa del trabajo, es la fuente originaria de

¹² La traducción de las citas (VF) es nuestra.

cualquier remuneración del capital (incluyéndose el interés y las rentas especulativas). Podríamos agregar aquí, a modo de complementación, que es de esa explotación, y por consiguiente de la plusvalía (agregándose a ella el excedente mercantil no salarial) que deriva también la remuneración y, adicionalmente, los gastos del trabajo improductivo, de las actividades improductivas, sean ellas realizadas por el sector privado o por el público.

La mencionada autora no toma en consideración nuestra categoría de ganancias ficticias y, sobre todo, por ende, no considera sus implicaciones para las perspectivas futuras del capitalismo. Tal vez, por eso, su artículo no discuta esa cuestión, absolutamente relevante desde del punto de vista teórico y, en especial, desde el político. Con todo, criticar el artículo por desconocer la citada categoría sería un despropósito, toda vez que la generalidad de los autores que estudian el asunto, o no lo conocen, o están en desacuerdo con él (con alguna excepción ¹³).

En el artículo de Fontes, el capital a interés es llamado capital monetario. Eso puede llevar a cierta dificultad, pues por éste puede entenderse tanto el capital a interés cuanto el ficticio. Más que eso: el capital monetario puede referirse, asimismo, en un nivel más elevado de abstracción, a la simple forma funcional del capital industrial (en la terminología de Marx), forma ésa que es el punto de partida del ciclo del capital dinero (véanse los primeros capítulos del libro II de El capital). Esta última confusión, entre el capital dinero como forma funcional y el capital a interés como forma autonomizada, no es muy problemática para un eventual análisis concreto, porque las categorías se sitúan en diferentes niveles de abstracción. Sin embargo, la dificultad mayor reside en la posibilidad de identificación y confusión entre lo que es, de hecho, el capital a interés y el ficticio.

La distinción entre esas dos categorías, en especial si consideramos las dos modalidades del capital ficticio (I y II), es fundamental en nuestro entendimiento para comprender la lógica de funcionamiento de la actual etapa del capitalismo. Y es justo a partir de allí que emerge una cuestión que nos parece importante lógica e históricamente: una cosa es la existencia del capital a interés prestado a una empresa, sea ella productiva o comercial; otra es el capital ficticio controlando el sustantivo. En el primer caso, el capital a interés es un aspecto dominado del capital

¹³ Una excepción, como ya dijimos, es Chesnais, quien acepta el concepto en sentido más restringido que nosotros.

industrial, constituyendo parte de él; en el segundo, se opone al capital industrial, aquél como polo dominante. Esas situaciones constituyen, incluso, etapas distintas del capitalismo y la transición entre ellas necesita explicación histórica y teórica.

La interpretación de Virginia Fontes, por más que tenga como referencial sustantivo la teoría marxista del valor, presenta un punto de vista diferente del que utilizamos para entender la actual etapa del capitalismo. Aunque nos parece que, mucho más que perspectivas alternativas, se trata de enfoques complementarios. Y eso, por una razón muy simple: por tener como base la misma teoría del valor.

¿Si estamos frente a enfoques complementarios o no alternativos, en qué sentido la perspectiva de la autora avanza y contribuye a nuestra comprensión de la sociedad de hoy, en el mismo sentido de la visión que tenemos sobre el asunto?

En primer lugar, la lectura de su trabajo permite entender que el predominio del capital “monetario” en escala mundial exacerba la centralización del capital, pero al mismo tiempo impulsa la extensión del espacio de las relaciones capitalistas y, por lo tanto, de la extracción de la plusvalía. Concentra y centraliza, pero al mismo tiempo permite una amplia dispersión del capital que de manera directa extrae plusvalía y se responsabiliza por la explotación. Ella afirma que tal predominio “estimula simultáneamente la concentración y la dispersión del capital en funciones” (VF).

El control ejercido mundialmente por el “capital monetario” permite y alienta la existencia de una multiplicidad de formas de explotación del trabajo, tarea dejada en manos del capital sustantivo de tamaños variados. El capital especulativo controla el funcionamiento y la lógica de la economía mundial, se apropia con voracidad del fruto de la explotación, sin embargo no se ensucia directamente con ella:

Innumerables actividades, aparentemente distantes de los grandes monopolios y dispersas en una miríada de ‘emprendimientos’, se articulan con el capital monetario bajo diversificados vínculos de financiamiento. En ese ámbito, la actividad extractora de plusvalía es instada a realizarse a partir de emprendimientos de portes variados. Su extrema diversificación atraviesa toda la trama social, renovando expropiaciones, profundizando la división vertical del trabajo e imponiendo nuevas formas de subordinación del trabajo al capital. A esto lo podríamos denominar difusión de relaciones sociales capitalistas en todos los niveles de la vida social, imponiendo formas de extracción de

plusvalía muchas veces bajo condiciones extremas a trabajadores tendencialmente desprovistos de derechos. Al mismo tiempo, la gran propiedad se concentra, por medio de la intensificación de fusiones y adquisiciones empresariales, concentrándose en algunos propietarios monopólicos internacionales gigantescas masas de capitales (VF).

Eso permite que la explotación de los trabajadores alcance un elevado nivel, en particular por la plusvalía absoluta, sea por la extensión de la jornada muchas veces alcanzada por la imposición de más de un empleo al trabajador, sea por la intensificación del trabajo (que también significa elevación de la plusvalía absoluta). Permite igualmente el surgimiento o resurgimiento de modalidades de explotación extremas, en apariencia no capitalistas o aún no salariales, propias de formas intermedias de subordinación y distantes de las formas real y formal. Y aquí tenemos que recordar el concepto de superexplotación desarrollado por Ruy Mauro Marini.

...la autonomización del capital monetario en el plano internacional permite profundizar su actuación como impulsor de actividades operantes, imponiendo la extracción de sobretrabajo (plusvalía) bajo diversificadas formas jurídicas de salario (VF).

Y aquí añadiríamos que esa extracción de sobretrabajo, al alcanzar también formas no salariales o en apariencia no salariales, resulta no exactamente en plusvalía, sino en excedente mercantil, un excedente-valor apropiable por el capital bajo la forma de ganancia, ganancia comercial, interés, renta de la tierra o cualquier otra de las formas de apropiación del excedente.

Así, las tareas de extracción directa de plusvalía o excedente mercantil quedan bajo la responsabilidad no solo de empresas capitalistas grandes o medianas, sino asimismo de pequeños empresarios, muchas veces con características aparentemente no capitalistas.

La función de realizar directamente la explotación:

...se distribuye entre un amalgama de pequeñas empresas (aunque activamente operantes), diseminándolas como vasos comunicantes. La actuación del capital-mercancía se extiende hacia el conjunto de las actividades de subsistencia en la vida social. Transforma así igualmente grandes y pequeños empresarios en "capital operante", en extractores de plusvalía (VF).

El artículo de Virginia Fontes permite entender que la relación entre las mencionadas formas del capital se encuentra muy lejos de constituir una contradicción fundamental, y menos todavía antagónica, entre la propiedad y la gestión del capital; entre el capital en acción y los rentistas. La contradicción central continúa siendo entre capital y trabajo. Los agentes del capital sustantivo, sus gestores, propietarios o no de parcelas mayores de ese tipo de capital, también se benefician de la especulación y son beneficiarios del rentismo y de la especulación.

...la contradicción entre los diferentes tipos de capital ha sido hasta aquí diluida a través de la incorporación selectiva de grandes y medianos capitalistas actuantes a la propiedad genérica del capital monetario, aunque fuera de manera subalterna (VF).

El hecho es que aun los pequeños productores, al igual que los asalariados medios, llegan a beneficiarse de forma aunque marginal, por lo menos en las coyunturas más favorables, de las rentas especulativas.

Fontes contribuye además en otro aspecto, al aclarar que el dominio a escala mundial del capital especulativo crea o reafirma aspectos significativos de la apariencia del sistema:

El predominio actual del capital monetario en escala internacional significa la generalización de dos mitos, ambos resultantes de una percepción unilateral: el de que es en la actividad de gestión intelectual (sobre todo en la compleja gerencia de riesgos y de tasas, en la gestión internacionalizada del capital monetario) que se producen las ganancias y, el segundo mito, su complemento, el de que el trabajo vivo no tendría más función en la vida social (VF).

De hecho, para los megapropietarios del capital monetario y para sus agentes, el trabajo ha dejado de cumplir el papel central, toda vez que están distanciados física e intelectualmente (VF).

El trabajo aparece ahora como factor que no constituye la fuente originaria del excedente, función que es transferida al conocimiento, a la tecnología. El trabajo manual aparece como algo en extinción y como sin mayor importancia para la producción de riqueza. La ganancia aparece como resultado de la capacidad de gestión intelectual. Esa apariencia adquiere contornos de realidad absoluta e indiscutible. La información se convierte en nuevo fetiche

de la sociedad capitalista, al lado de todos los demás, especialmente al lado de la “santísima trinidad”: los fetiches mercancía, dinero y capital (siendo este último el padre de todos).

El relativo distanciamiento producido por la autonomización del capital monetario frente a la multiplicidad exponencial de actividades concretas de trabajo que fomenta y de las cuales se nutre, aparece como el total despegue entre la riqueza y el trabajo, como el fin del trabajo... Una extrema valoración del trabajo intelectual (o cognitivo) se disemina, oscureciendo los procesos reales... (VF).

¡“Trabajo cognitivo”! Bella expresión cargada de contenido ideológico, expresión de prejuicio e incompreensión del papel del trabajo manual. ¡“Capitalismo informático”! ¡¿What?! Los trabajadores manuales ya no son más necesarios en el mundo capitalista o, por lo menos, casi ya no son necesarios. Eso es lo que Virginia Fontes desmitifica, mostrando claramente el origen de la fuerza de esa apariencia.

El capital ha encontrado su paraíso. Ya no es necesario ensuciarse las manos de carbón como en el siglo XIX, o sentir el olor de la gasolina o del diesel, como en el siglo pasado. El capital logra producir ganancias distante de la producción, del sudor, del olor y de las callosas manos del obrero industrial o del trabajador del campo.

El capital monetario se presenta socialmente como un capital superior a los demás, que no ensucia sus manos en el proceso productivo, tarea que impone a los agentes operantes, sean ellos propietarios directos o no de los medios de producción (VF).

La “limpieza” deriva del hecho de que, al distanciarse de la producción directa, no se envuelve en las formas brutales de extracción de valor que intensifica (VF).

Fontes privilegia sí, en su análisis, la contradicción entre propiedad y gestión del capital, y subestima, aun cuando la tenga presente, la existente entre producción y apropiación de plusvalía y excedente mercantil. No obstante, evita las añagazas del reformismo presente en otras interpretaciones que resaltan aquella contradicción, aunque no brinden conclusiones, por lo menos de modo explícito y justificadas por su enfoque, acerca de las potencialidades futuras del capitalismo. Si bien la contradicción

que aparece en su interpretación es la que existe entre propiedad y gestión, la autora tiene claro que la contradicción esencial en el capitalismo continúa siendo hoy entre capital y trabajo, y ésta su idea deriva de la fortaleza de su convicción en la teoría marxista del valor.

4.4. La interpretación de Michel Husson

En el artículo titulado “Finance, hyper-concurrence et reproduction du capital”¹⁴, Michel Husson discute el papel del proceso de financiarización de la economía capitalista actual y en su interpretación presenta un gráfico muy interesante. Constata que desde el inicio de los años ochenta, dentro del dominio neoliberal, en los principales países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el crecimiento de la tasa de ganancia, o mejor, la recuperación de niveles elevados de esa tasa, no ha sido acompañada en la misma medida por el ritmo de la acumulación de capital. La distancia entre ellos es particularmente significativa. Su gráfico muestra además que el total de los salarios baja en relación a los ingresos financieros, mientras, en promedio, la inversión mantiene su proporción más o menos constante en la renta nacional.

Si se hace abstracción de las fluctuaciones cíclicas, la nueva fase se caracteriza, por tanto, de la siguiente manera: recuperación de la tasa de ganancia sin efectos sobre la acumulación, crecimiento mediocre y débil progreso de la productividad (MH, pág. 252).

Y concluye:

Es legítimo llamar “financiarización” a esa brecha entre ganancia y acumulación, porque la ganancia no acumulada corresponde principalmente a la distribución de los ingresos financieros. Pero es mucho más discutible partir de esa comprobación para proponer una periodización del capitalismo que se asiente sólo sobre el modo de financiamiento de la acumulación (Ídem).

¹⁴ Disponible en <http://hussonet.free.fr/finamarx.pdf>. Acceso el 14.02.2008. También publicado como capítulo del libro de Suzanne de Brunhoff, François Chesnais, Gerard Duménil, Michel Husson et Dominique Lévy (2006). La versión en español fue publicada por Herramienta: Chesnais, F., Brunhoff, S y otros (2009). Las citas que siguen son de esa edición.

Aparentemente, en esta cita habría una crítica a la idea de privilegiar en el análisis la contradicción propiedad/gestión del capital, al menos como criterio de periodización de capitalismo. Con todo, su interpretación del proceso que él llama financiarización es muy diferente de la nuestra.

En el artículo, él está particularmente preocupado en destacar el hecho, con el cual concordamos por entero, de que el valor solo puede ser creado en la producción y no por el sector financiero, especulativo. Cuando se refiere a una de las interpretaciones existente en nuestros días sobre el capitalismo, él afirma:

La euforia bursátil y las ilusiones creadas por la “nueva economía” dieron la impresión de que se podía “enriquecerse” mientras se dormía, que las finanzas se habían convertido en una fuente autónoma de valor. La tesis de la selección de cartera postula que los capitales tienen en forma permanente la opción de invertirse en la esfera productiva o de colocarse en los mercados financieros especulativos, y que arbitran, en función de los rendimientos relativos que se esperan. Este abordaje puede tener virtudes significativas pero también el defecto de sugerir que existen dos modos alternativos de crear valor. En realidad no se puede enriquecer en la Bolsa más que sobre la base de una punición operada sobre la plusvalía, de manera que los mecanismos tienen límites —los de la explotación— y el movimiento de valorización bursátil no puede autoalimentarse indefinidamente (MH, págs. 256s).

Husson tiene toda la razón cuando afirma que únicamente existe un modo de crear valor: en la producción y, aún más, por intermedio del trabajo productivo ¹⁵. Sin embargo, el autor no reconoce la categoría ganancias ficticias y, por eso, no podemos concordar con su idea de que no es posible enriquecerse en la bolsa bajo otras bases que no sean la apropiación de la plusvalía.

La apariencia de las operaciones en las bolsas de valores no deja ninguna duda. Sí es posible enriquecerse en la bolsa bajo bases especulativas, sin que por detrás exista plusvalía, por puro movimiento especulativo del precio de los activos. Si el precio de conjunto de las acciones se eleva, todos se sienten más ricos que antes. Además, algunos se pueden enriquecer por

¹⁵ Es cierto que cualquier propietario de capital puede elegir entre una inversión productiva o una aplicación financiera. Con todo, eso es verdad apenas cuando se refiere a un capital aislado, o mejor, a cada capital aisladamente. Si el asunto se traslada al nivel global, la cosa cambia por completo.

apropiación de capital ficticio propiedad de terceros. Eso ocurre cuando, por ejemplo, por movimientos especulativos, pierden los pequeños inversionistas poco informados y ganan los grandes especuladores, los verdaderos capitalistas financieros. Ésa es una situación muy frecuente.

Si exceptuamos este último caso, es claro que algunos podrían objetar que se trata de pura apariencia de enriquecimiento. Y eso es indiscutible. Sin embargo, ¿quién puede afirmar que la apariencia no es una dimensión de la realidad y que se trataría, por ende, de pura ilusión? En verdad, la apariencia es real y la apropiación especulativa también lo es, aunque alguna precisión tendremos que hacer al respecto.

Husson tiene razón cuando sostiene que el mecanismo de enriquecimiento de los especuladores muestra límites, pero ese límite no se reduce a la grandeza de la plusvalía. Si no fuera así, el volumen del capital ficticio especulativo que circula en el mercado mundial no habría alcanzado una magnitud tan elevada como en la actualidad. Ese límite es mucho más flexible y se encuentra en la disposición del mercado a aceptar el crecimiento del capital por la vía de la expansión del capital ficticio, vale decir, por la aceptación (apropiación) de las ganancias ficticias. Es obvio que eso no significa pensar que la solución para ese tipo de ganancias (que, al mismo tiempo y dialécticamente es ilusorio y real) no presente límites ni problemas. Al contrario, la remuneración del capital por medio de las ganancias ficticias solo es complementaria, exige grados adicionales de explotación del trabajo. Por otra parte y además, el verdadero problema que se configura es el hecho de que dicha solución implica de manera automática crecimiento ulterior del capital ficticio (en el caso, especulativo y parasitario), lo que agrava la contradicción producción/apropiación. En esto se configura un creciente problema y una dificultad del sistema.

Admitir la existencia de remuneración del capital por medio de las ganancias ficticias, desligadas de la producción de plusvalía, no significa tan poco, de nuestra parte, abandonar la teoría marxista del valor, teoría ésta, con razón, reivindicada con fuerza por Husson. Al contrario, dicha teoría se encuentra solidamente configurada como base para la comprensión de que la contradicción principal de la actual etapa del capitalismo está constituida por la oposición entre producción y apropiación de riqueza mercantil, de plus-trabajo. En nuestra comprensión, utilizar la teoría de Marx para entender tal etapa capitalista implica necesariamente poner esa contradicción en el centro del

análisis. En otras ocasiones, y desde hace tiempo, hemos afirmado que las preguntas capitales de la teoría marxista del valor son: quién produce, quién se apropia y cómo se transfiere el valor. Los conceptos fundamentales de esa teoría son, por consiguiente: producción, apropiación y transferencia de valor.

El desconocimiento de la categoría de ganancias ficticias por parte de Husson queda claro en la siguiente cita del mismo artículo:

Salvo que se sostenga la ficción de las ganancias virtuales, el crecimiento de la esfera financiera —y de los ingresos reales que puede proveer— no es posible más que en proporción al aumento de la plusvalía no acumulada, y tanto uno como la otra tienen límites que ya se han alcanzado (MH, pág. 257) ¹⁶.

Considerada la interpretación de Husson sobre la “financiarización”, ¿qué implicaciones o qué efectos sobre el capitalismo de hoy presenta, en su opinión, la expansión del capital especulativo?

En primer lugar, el autor destaca que la expansión de la actividad financiera ha ampliado los espacios de acumulación de capital, creando un mercado verdaderamente mundial, justificando hasta cierto punto expresiones como globalización o mundialización. A la vez, considera que ha facilitado el proceso de igualación de las tasas de ganancia. En dos pequeñas citas de su texto esas opiniones quedan muy claras:

La función principal de la finanza es abolir, tanto cuanto se pueda, las delimitaciones de espacios de valorización: en este sentido contribuye a la constitución de un mercado mundial (MH, pág. 262).

De modo más general, la financiarización tuvo el efecto de debilitar los límites sectoriales y geográficos de la perecuación de las tasas de ganancia... La financiarización es lo que permite la movilidad de los capitales (MH, pág. 262).

¹⁶ Husson enfrenta aquí una dificultad para él insuperable. Se trata de lo siguiente: 1. la magnitud de la plusvalía no acumulada global corresponde necesariamente a una masa de mercancías producidas; 2. el valor correspondiente no se transformaría en demanda de mercancías, pero incrementaría la esfera financiera; 3. sin demanda, ¿cómo habría sido posible producir esas mercancías y que surgiera así esa plusvalía? No es posible que esa masa constituya al mismo tiempo consumo de mercancías e incremento de la esfera financiera. Una observación adicional: en ningún momento el autor hace referencia en su texto al concepto capital ficticio.

Se observa, entonces, que Husson ve en la financiarización un mecanismo de fortalecimiento del movimiento del capital y de la competencia, y es por eso que ese proceso, lejos de constituir una dificultad adicional para el futuro del capitalismo, parece resultar para él en algo favorable.

Las finanzas son el medio de endurecer las leyes de la competencia haciendo más fluidos los desplazamientos del capital: es la función esencial que ejerce...

La característica principal del capitalismo contemporáneo no reside pues en la oposición entre un capital financiero y un capital industrial, sino en la activación de la competencia (hyper-competencia) entre capitales que permite la financiarización (MH, págs. 262s).

Curiosamente, en su análisis, aunque la reivindicación de la teoría marxista del valor sea una constante, ninguna referencia a la ley de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia está presente y mucho menos cumple algún papel en la interpretación del capitalismo actual.

Él complementa su análisis cuando considera que todo ese proceso generaliza igualmente la competencia entre trabajadores de mundo entero, sugiriendo eso como mecanismo capaz de haber producido —y seguir produciendo— una elevación de la tasa de explotación en todo el planeta, aspecto en el cual tiene toda la razón:

La mundialización capitalista consiste fundamentalmente en poner en competencia a los trabajadores en todo el planeta, a través del movimiento de capitales. Decir que el espacio de valorización se extiende al conjunto de la economía mundial implica que las normas de explotación tienden también a universalizarse... Este resultado puede parecer evidente: la búsqueda de la tasa de ganancia máxima implica la de una tasa de explotación lo más alta posible (MH, pág. 263).

En lo que se refiere al efecto de la financiarización sobre la explotación del trabajo, existe una proximidad entre esa perspectiva y la de Virginia Fontes.

Así, la conclusión de Husson es que la financiarización ha cumplido y sigue cumpliendo un papel positivo para el funcionamiento del capital.

[Las finanzas] No son un obstáculo al funcionamiento “normal” del capital, sino el instrumento de su retorno a un funcionamiento “puro”, desembarazado de una serie de reglas y de limitaciones que le habían sido impuestas a este sistema durante décadas (MH, pág. 249).

...las finanzas no es un obstáculo al funcionamiento actual del capitalismo, sino por el contrario, uno de sus engranajes esenciales... Desde este punto de vista, el capitalismo contemporáneo no se aleja del modo de operar analizado por Marx... No se puede considerar que haya sido “pervertido” por las finanzas, toda vez que ella es precisamente uno de los mecanismos que permiten que el capitalismo se identifique cada vez más con su propio concepto (MH, pág. 270).

Pero su interpretación acerca del papel positivo de la financiarización (y, por lo tanto, de la especulación) no termina aquí. Es complementada con una visión subconsumista sobre el capitalismo. Véase por ejemplo:

Este fenómeno conduce en el fondo a una contradicción esencial... que consiste para el capital en rechazar la satisfacción de una parte creciente de las necesidades sociales, porque éstas evolucionan de un modo que se aleja cada vez más de sus criterios de selección y eficacia. La financiarización es, entonces, una manifestación asociada a esta configuración, cuya base objetiva reside en la existencia de una masa creciente de plusvalía que no encuentra oportunidades de invertirse de manera “productiva” y produce, por lo tanto, la financiarización como medio de reciclar esas masas de valor hacia el consumo de los rentistas (MH, pág. 276).

¿La remuneración especulativa del capital tiene entonces como consecuencia el favorecimiento de la realización de la plusvalía por medio del consumo suntuario de los rentistas? ¿Es ésa realmente la idea de Husson? Esto es absolutamente inaceptable. Los rentistas, aun cuando destinen algo de sus ingresos al consumo, ese algo está muy lejos de ser una parte considerable de ellos. El destino principal lo constituye el incremento de la inversión especulativa, el aumento del capital ficticio. Dicha idea del autor no responde a

un error teórico; significa nada menos que una ausencia de rigor en la observación de la realidad.

Además, posiciones como esa nos recuerdan la reaccionaria interpretación de Malthus, tan valiosa para los keynesianos, cuando ese autor justifica el derecho de apropiación, por parte de los grandes propietarios, de la renta de la tierra, y cuando señala las ventajas que esa apropiación implica para la humanidad, por representar un importante papel en la constitución de la “demanda efectiva”.

La ausencia de comprensión de la categoría ganancias ficticias y la constatación del desfase entre la masa de ganancia del capital y el volumen de la acumulación real llevan el autor a grave error, al creer que los ingresos del capital, si no se destinan a la acumulación productiva, deben necesariamente ser destinados al consumo.

Lo que se que requiere entender en la interpretación de Husson es el hecho de que, por detrás de la ganancia especulativa no existe en absoluto nada de plusvalía, nada de excedente real que deba o pueda ser consumido o acumulado de alguna manera, sea por el capital productivo, sea por el capital mercantil. Esas ganancias ficticias, y eso no es fácil de entender, solo pueden tener como destino la elevación de la magnitud del capital ficticio, del capital especulativo parasitario. La dificultad proviene de que, en apariencia, cada poseedor de capital ficticio o receptor de ganancias ficticias puede convertir su propiedad en un capital de otro tipo. Esa apariencia genera la ilusión de que se trata de una remuneración que o es acumulada sustantivamente o debe ser consumida.

El error de Husson parece quedar reforzado en otro momento:

...habría que explicar por qué los beneficiarios de ingresos financieros no los reciclan en la acumulación o, al contrario, deciden consumirlos.

A menos que se considere que la esfera financiera constituye una especie de tercera sección ¹⁷, junto con las de bienes de producción y de consumo, las sumas recibidas por los “rentistas” son reinyectadas en el circuito y no pueden cerrar el ciclo del capital más que de dos maneras: consumo o acumulación de capital... Basta, sin embargo, con resaltar un resultado importante: los

¹⁷ Husson, con certeza, se refiere aquí a los esquemas de reproducción de Marx, del libro II de El capital.

ingresos financieros (intereses y dividendos) no tienen otro destino final que el consumo o el ahorro... Es importante recordar este resultado elemental, porque significa que no existe, junto a la acumulación y el consumo, un tercer uso de los ingresos que, por ejemplo, se debiera bautizar “especulación financiera” (MH, pág. 271).

Husson complementa su raciocinio mostrando que el mecanismo para el consumo necesario de la plusvalía son justamente los ingresos especulativos:

...para que los capitalistas puedan consumir la plusvalía, es necesario que les haya sido distribuida. Ahora bien, esta distribución se hace (con la excepción del consumo de los pequeños empresarios individuales) bajo la forma de ingresos financieros. Hay por lo tanto un vínculo directo entre la distribución de ingresos financieros y el consumo de la plusvalía (MH, pág. 273)

A pesar de las limitaciones de la interpretación de Husson y de los errores que lo llevan a ella, una de sus conclusiones es plenamente satisfactoria:

...reencontramos, entonces, la idea de que nos es posible disociar los fenómenos de la explotación y de la financiarización, que aparecen como componentes de una misma realidad. El capitalismo contemporáneo es ante todo un capitalismo sobreexplotador: el aumento de la tasa de explotación permite la recuperación de la tasa de ganancia sin crear nuevos lugares de la acumulación en la misma proporción... En el conjunto de este esquema, la financiarización cumple una doble función: establece una competencia exacerbada, necesaria para mantener la presión al alta de la explotación... La historia concreta da además algunas indicaciones sobre el orden de los factores: el viraje neoliberal es, en primer lugar, una derrota infringida por el capital al trabajo, donde las finanzas han sido una palanca, más que un factor autónomo. El desarrollo posterior de la finanza fue después un medio de consolidar esta nueva relación de fuerzas, mediante la intensificación de la competencia, y de satisfacer —por lo menos provisionalmente— las exigencias de la reproducción (MH, pág. 275).

Otra conclusión de Husson nos parece muy acertada. Hablando de lo que él llama ganancias excedentarias y “escasez de oportunidades de inversión rentables” en el capitalismo de nuestros días, afirma:

Las finanzas son a la vez un medio de llenar (parcialmente) esta brecha y uno de los principales instrumentos que han permitido establecer esta nueva configuración de conjunto. No es, por lo tanto, una enfermedad que vendría a “gangrenar” un cuerpo sano, sino el síntoma de una crisis que hace a los principios esenciales del capitalismo (MH, pág. 277).

En otras palabras, es la misma tesis que defendemos. La explosión especulativa, con la ampliación sin precedentes del capital ficticio, constituyó —y sigue constituyendo— una solución para las dificultades del sistema, pero por tiempo limitado. La crisis en curso, financiera y económica, y sus derivaciones, son la prueba de esto. Esa solución temporal solo marca la nueva etapa capitalista (especulativa y parasitaria), con contradicciones aún más profundas que las anteriores. La solución temporal solo profundiza aún más las contradicciones antagónicas del sistema. Ahora bien, para defender una tesis similar a la de Husson en esa cita, no hemos necesitado apelar a una perspectiva subconsumista. Bastó para ello una actitud de coherencia con la teoría dialéctica del valor, aceptando la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y utilizando adecuadamente los conceptos de capital y ganancias ficticias.

No podemos concordar, sin embargo, con la aseveración ya citada anteriormente de que las finanzas sean, para el capitalismo,

...el instrumento de su retorno a un funcionamiento “puro”, desembarazado de una serie de reglas y de limitaciones que le habían sido impuestas a este sistema durante décadas (MH, pág. 249).

La especulación y las ganancias ficticias sí vinieron a llenar la insuficiente rentabilidad del capital y la escasez de oportunidades de inversión sustantiva. En ese sentido funcionan, o funcionaron, como una verdadera medicina. Pero solucionan la dificultad de forma temporal. Dosis cada vez más altas son necesarias y llegan, de este modo, a transformarse en algo totalmente tóxico. Si no matan, producen, en algún momento, efectos devastadores. La crisis actual es apenas una pequeña muestra de lo que nos deparan esos efectos en el futuro.

Así, en conclusión y para finalizar, los dos últimos enfoques, el de Virginia Fontes y el de Michel Husson, poseen el mérito de sostener la teoría marxista del valor, no obstante cojean porque no

toman en consideración la existencia real de las ganancias ficticias y las implicaciones que se derivan de esa categoría teórica. El artículo Husson, además, peca de presentar una interpretación basada en una perspectiva subconsumista.

Bibliografía

- Caputo, Orlando (2007). "El capital productivo y el capital financiero en la economía mundial y en América Latina", en Gambina, Julio y Estay, Jaime, ¿Hacia dónde va el Sistema Mundial? Impactos y alternativas para América Latina y el Caribe. Buenos Aires, FISyP.
- Carcanholo, Reinaldo (2007). "A categoria marxista de trabalho produtivo", en XII Encontro Nacional de Economia Política, 2007, São Paulo. Anais do São Paulo: SEP. <http://carcanholo.com.br>.
- Carcanholo, Reinaldo y Sabadini, M. S. (2008). "Capital ficticio y ganancias ficticias", en Herramienta (Buenos Aires) No. 37, págs. 59-79. <http://carcanholo.com.br/temasMarx.html>
- Chesnais, François. A nova economia: uma conjuntura própria à potência econômica estadunidense.
- Chesnais, François (2006) "La prééminence de la finance au sein du 'capital en general', le capital fictice y le mouvement contemporain de mondialization du capital", en Bunhoff, S. et al. La Finance Capitaliste. Paris, Presse Universitaires de France.
- Chesnais, François (2008). "El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera", en Herramienta No. 37 (www.herramienta.com.ar, acceso el 25.10.2010).
- De Brunhoff, Suzanne, Chesnais, François, Gerard, Duménil, Husson, Michel y Lévy, Dominique (2006). La finance capitalista. Séminaire d'Études Marxistes. Presses Universitaires de France. Versión en español en Herramienta, Chesnais, F., Brunhoff, S y otros. Las finanzas capitalistas. Buenos Aires. 2009.
- Duményl y Lévy (2003). "Superação da crise, ameaça de crises e novo capitalismo", en François Chesnais, Gérard Duménil, Dominique Lévy e Immanuel Wallerstein, Uma nova fase do capitalismo?. São Paulo e Campinas, Editora Xamã e Centro de Estudos Marxistas (Cemarx) da Unicamp.
- Evangelista, João Manuel (2007). Teoria Social Pós-Moderna – Introdução crítica. Porto Alegre, Editora Sulina, especialmente el capítulo 2.
- Fontes, Virginia (2008). "Marx, expropiaciones e capital monetario – notas para o estudo do imperialismo tardío", en O Comuneiro No. 7 (http://www.ocomuneiro.com/ii_index.htm).
- Lapavistas, Costas (2009). El capitalismo financiarizado. Expansión y crisis. Madrid, Maia Ediciones.

Capítulo IV

La gran crisis del siglo XXI: entre amenazas y oportunidades. ¿Estamos ante una próxima Gran Guerra?

Antonio Jarquín Toledo
Wim Dierckxsens

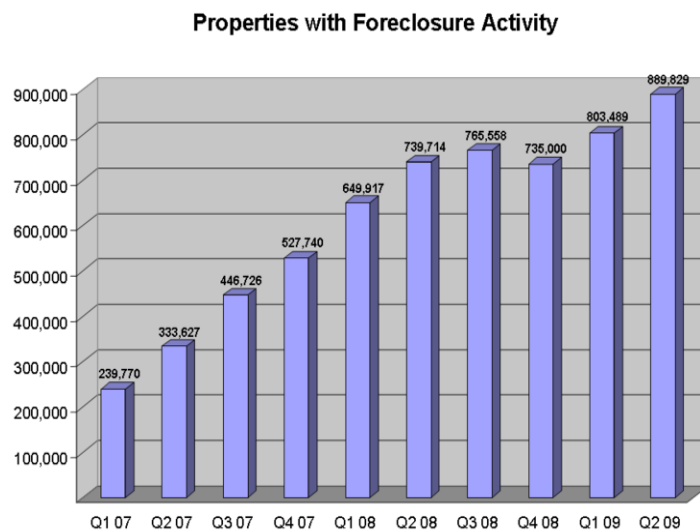
Nos encontramos hoy en una gran crisis global sin precedentes. Hay situaciones de crisis en distintos niveles con diversa profundidad y extensión. El conjunto encierra el potencial de una bomba de tiempo. Estamos comenzando la gran depresión del siglo XXI que podría arrastrar al colapso del capitalismo y a un cambio de la civilización de la forma como la hemos conocido hasta ahora. Los pueblos han sido tomados por sorpresa y aparecen, por un lado, desarmados ante tan compleja situación, aunque, por otro lado, observamos rebeliones espontáneas en cada vez más países periféricos (África del Norte, Medio Oriente) e incluso en los países centrales (Grecia, Italia, Francia, Irlanda, España), sin excluir a los Estados Unidos (EE. UU.), muchos de

cuyos estados se hallan en bancarrota y tratan de pasar la cuenta a la clase trabajadora.

Los orígenes más profundos de la crisis se localizan décadas atrás, y son abordamos en otros capítulos de este libro. Los países centrales la viven de manera intensa apenas en los últimos años, pudiendo distinguir varias fases interconectadas. La primera fase aparece como crisis del sistema financiero, que a los ojos del público ha explotado desde julio de 2007. La segunda fase se presenta como caída de la economía real con una consecuente recesión internacional, lo que se hizo evidente a partir de 2008 con las notorias alzas en las tasas de desempleo. Además de claras señales de desempleo ascendente sin perspectiva de salida (ver capítulo V), hay asimismo una impresionante quiebra de empresas, como puede observarse en el gráfico No. 1. Con esta caída la crisis se convierte en recesión prolongada e internacional, y con ello adquiere carácter de una nueva Gran Depresión.

Gráfico No. 1

Quiebras o cierre de empresas en 2009 en los EE. UU.



Source Data: RealtyTrac Press Releases of "U.S. Foreclosure Market Report"

Una tercera fase aún por producirse en todas sus dimensiones, es el estallido de una crisis generalizada de credibilidad provocada por el colapso del sistema financiero y monetario internacional. Con ello quedarían en entredicho las ideas concernientes a nuestra actual forma globalizada y "occidental" de vida. Ante semejante amenaza hay, sin embargo, una cuarta fase que podría incluso adelantarse. Esta fase se inscribe en un contexto de una nueva Gran Guerra. ¿Es posible una nueva Gran Guerra en el siglo XXI?

1. El capitalismo necesita ser destruido antes de que destruya a la humanidad

El gasto militar de las principales potencias ha ascendido en el último decenio de modo notorio, como se observa en el gráfico No. 2. En los EE. UU. dicho gasto aumentó en un 67%; como producto de ello el 44% del presupuesto de 2009 del gobierno federal se destinó a tal gasto, para colmo a crédito sin contar los aportes indirectos. En Rusia el gasto militar creció más que en los EE. UU., con un 81%, y en China ese gasto se disparó hasta un 194%. La diferencia, no obstante, radica en que la economía china crece anualmente al 10%, mientras la estadounidense entró en recesión. En otras palabras, el creciente armamentismo de los EE. UU. decrece o se mantiene dependiendo del crédito internacional que consiga. Más adelante veremos que, como sujeto de crédito, este país se encuentra en problemas serios, y con ello el financiamiento mismo de una Gran Guerra.

El actual armamentismo en las principales potencias se da en un mundo en el que, en contraste con las épocas de la primera y segunda guerras mundiales, los arsenales militares están repletos de bombas de plutonio radioactivo. La vida media de degradación de este material bélico sobrepasa los 25 mil años. Además de estas armas nucleares, hay un desarrollo simultáneo de otras armas de destrucción masiva. Existen las convencionales, nucleares, químicas y bacteriológicas capaces de acabar con la vida en el planeta o de producir envenenamientos y contaminación, así como pandemias o epidemias de gran poder destructivo a escala global.

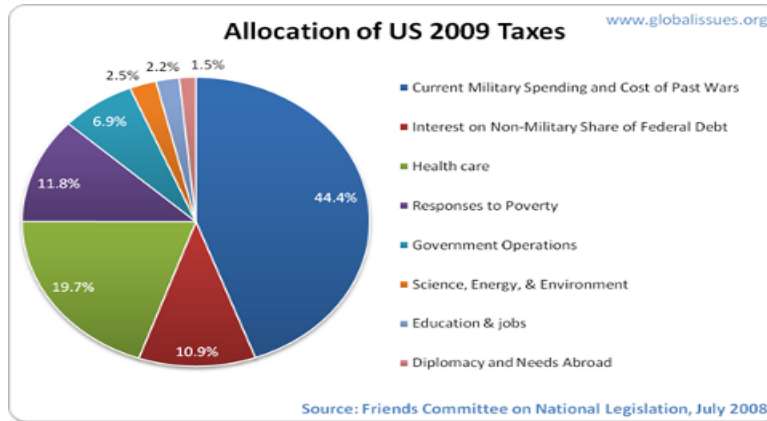
Gráfico No. 2

Gastos militares en países seleccionados 1999-2008



Gráfico No. 3

EE. UU.: distribución de impuestos por destino (2009)



La presente crisis, además de ser sistémica y estructural, aparece como la primera gran crisis de la “civilización occidental” en su conjunto. No es la decadencia de un país, como ocurrió cuando se hundió el imperio británico. Hoy está en juego la propia civilización occidental, y esto no tiene precedentes en la historia moderna. Además de la crisis financiera y de la economía real, hay una creciente pérdida de credibilidad en las instituciones, crisis de los Estados, de gobernabilidad, crisis determinada por confrontaciones ideológicas, de culturas, de fundamentalismos, xenofobia y racismo, crisis ecológica, de recursos energéticos fósiles y otros minerales, crisis alimentaria con el desarrollo de los agrocombustibles, pánico en el actual sistema en un contexto de calentamiento global y cambio climático que amenaza con rediseñar la geografía física y la historia humana en el ámbito mundial. A todo esto no solo se agregan las crisis militares, sino que ellas se derivan en buena medida del cuadro anterior.

No podemos, por tanto, limitarnos a las dimensiones financieras de la crisis, hemos de tomar posición política frente a la crisis en sus múltiples dimensiones, en especial frente a sus implicaciones militares. Esto demanda reconocer y manifestar una convicción: que debemos y podemos transformar el curso de la historia. Es decir, se precisa una posición revolucionaria ante la racionalidad económica basada en las relaciones sociales existentes. En el marco internacional, sin embargo, suele predominar en primera instancia la posición política del “sálvese quien pueda”, la cual tiende a desembocar en la guerra. Hoy, una nueva gran guerra constituye una amenaza cada vez más real.

2. Capitalismo versus humanidad

Ante la eventual crisis y hundimiento de la “civilización occidental”, su élite dominante buscará salvarse a toda costa. Para ello intentará dividir los a pueblos en general y a la clase trabajadora en particular mediante el racismo, la xenofobia, la religión, las ideologías, y otras formas de división. Con eso procurarán apelar al ‘sálvese quien pueda’ en sus pueblos, indicando que unos, de cierta “raza”, nacionalidad, cultura, género, tienen más derecho de estar en este mundo y de salvarse de la crisis vigente, que otros. Sobre todo en los países centrales occidentales se fomenta la ideología de que sus ciudadanos han logrado en el transcurso de la historia más derechos de estar en

este mundo que pueblos enteros en la periferia. En el capítulo V se presenta más en detalle la génesis de este proceso histórico. En los países centrales estas fuerzas reaccionarias se manifiestan hoy en el plano popular a través del resurgimiento del neofascismo. Sobre esta base popular del neofascismo podrá montarse el “sálvese quien pueda” de la élite occidental, la cual se alimenta de él para impulsar actividades bélicas por medio de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), como en Irak o Afganistán en el pasado reciente. La coyuntura de una Gran Depresión podrá escalar eventualmente en una nueva Gran Guerra.

El neofascismo de la élite se alimenta pues del neofascismo popular en los países centrales, pero dicha élite no tiene ningún compromiso siquiera con sus propios ciudadanos. La élite banquera en general y la anglosajona en particular, está dispuesta a salvarse incluso a costa de las grandes mayorías en su propia tierra. De ahí que para saldar las deudas privadas y públicas adquiridas por y/o para la élite en el poder, se estén desmantelando los derechos económicos y sociales históricamente obtenidos por la clase trabajadora. La actual lucha de esta clase para defender dichos derechos a capa y espada en Europa, aunque asimismo en los EE. UU., es testimonio de ello. Con todo, llevará tiempo el que la clase trabajadora de las formaciones centrales deje de creer en la racionalidad económica vigente y la cuestione en sus raíces.

En la periferia, el ‘sálvese quien pueda’ no tiene las mismas posibilidades de imponerse. Allí, para poder sobrevivir, las fuerzas de solidaridad e integración de la clase trabajadora y de ciudadanos de diferentes estratos sociales tienden a ser más grandes. La lucha de los pueblos periféricos está mucho más directamente en función de la sobrevivencia que en los países centrales. No extraña, entonces, que el proceso de desconexión del proceso de globalización y la búsqueda de alternativas soberanas y autocentradas esté ocurriendo primero que todo en los países periféricos. Es un camino en la búsqueda de otra racionalidad económica fundada en otras relaciones sociales.

3. El capital ficticio necesita ser destruido

Durante la globalización neoliberal hemos presenciado una sin precedentes masiva transferencia de riqueza desde los pobres a los ricos, en todas las naciones, y desde los países pobres del Sur hacia los países ricos del Norte. Estos subsidios masivos no han

sido suficientes —ni lo serán— para compensar la especulación y el derroche improductivo de las élites dominantes de las grandes potencias. La deuda privada y pública asciende a niveles sin precedente alguno en la historia del capitalismo, y no en último lugar debido a sus exorbitantes gastos militares. Estos gastos representan la mitad del endeudamiento actual de los EE. UU. por todos los conceptos. Este endeudamiento forma parte del corazón de la presente crisis, tanto en los EE. UU. como en el plano global.

Ya en 1955, el gasto por deuda de los EE. UU. duplicaba sus ingresos por todos los conceptos. Esta brecha entre deudas e ingresos ascendió a 5,7 veces en 2008, año en el cual el total de su deuda alcanzó los 57 billones de dólares. Estas cifras astronómicas escapan a nuestra comprensión. Para tener una idea de la magnitud de un billón de dólares (un millón de millones), presentamos una figura abajo. Otra forma de entender qué cosa es un billón de dólares es unir mentalmente billetes de un dólar en una larga cinta: ésta cubriría un trayecto de la Tierra a la Luna ida y regreso por 200 veces, o lo que es lo mismo, la distancia entre la Tierra y el Sol. Convertidos esos billetes en un rollo, a un jet militar volando a la velocidad del sonido le tomaría catorce años desenrollarlo (véase, Kiviat, 2009). Si ese rollo se construyera con los 57 billones de la deuda estadounidense total acumulada hasta 2008, el avión necesitaría 798 años para desenrollarlo. Tenemos así una idea de la magnitud de la deuda de este país, problema que se exporta a los demás países y que forma parte del corazón de la actual crisis.

Esto significa que la transferencia de valor ya no alcanza hoy, ni alcanzará mañana, para hacer reales las ganancias ficticias de las élites en el poder. Los subsidios de los países pobres a los ricos que se realizan de varias maneras, ya no dan abasto. Una vía histórica que en tiempos recientes se está acabando de modo paulatino es el intercambio desigual. En esencia se trata de una imposición de precios bajos a los productos y las materias primas comprados a los países del Sur, al tiempo que venden a precio de monopolio los productos industriales y la tecnología manufacturados en el Norte. Al tornarse cada vez más escasos los recursos naturales, surge una mejor posición de negociación del lado de la oferta de los mismos, es decir, en beneficio del Sur. Con ello, esta fuente de transferencia de valor está perdiendo peso. Es más, en un futuro no tan lejano, cuando la escasez de recursos se vuelva más evidente, ella podría incluso invertirse.

Figura:

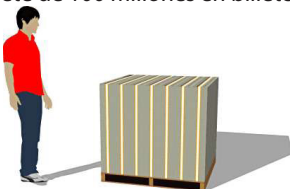
10000 US dólares es un paquete de 100 billetes de 100 US que caben en la bolsa del pantalón



El siguiente es un paquete de 1 millón de dólares en billetes de 100



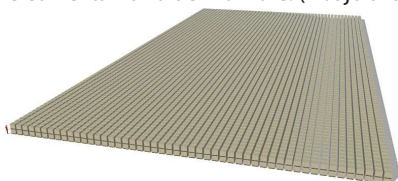
El siguiente es un paquete de 100 millones en billetes de a 100 US



El siguiente es mil millones de dólares



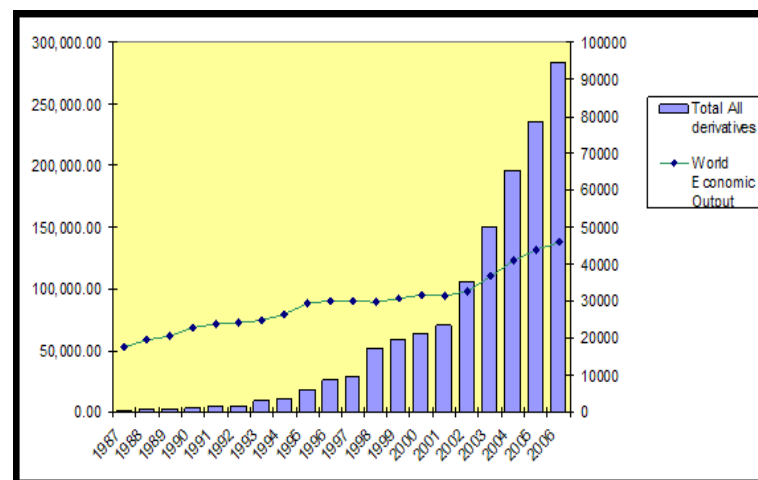
Y el siguiente es 1 billón (millón de millones) de dólares en billetes de 100. Compare con el tamaño del hombre. (Abajo a la izquierda)



Las políticas de ajuste estructural son un segundo mecanismo de transferencia de valor a través de una supeditación más expresa de la clase trabajadora. Se trata de imposiciones desarrolladas históricamente para supeditar a esta clase en los países del Sur y recientemente, desde la crisis financiera, en los mismos países del Norte. La tercera vía, desplegada sobre todo desde los años setenta del siglo pasado, es la agresiva manipulación del precio del petróleo. En dichos años, los EE. UU. lograron imponer que el petróleo se pagase en el ámbito internacional en dólares. A partir de entonces, cada crisis de encarecimiento del petróleo ha implicado un aumento en la demanda efectiva de dólares más allá de la realidad de la economía estadounidense. O sea, una subida del precio de petróleo genera una sustracción de riqueza desde todos los países consumidores hacia las grandes corporaciones petroleras asentadas en los países ricos, y sobre todo en los EE. UU. Los países productores de petróleo, por último, invierten los ingresos obtenidos en dólares en Bonos del Tesoro de los EE. UU., brindando así crédito a ese país. Todo ello en beneficio del dólar. Las guerras, y en especial las del Medio Oriente, conllevan un incremento del precio del petróleo y, por ende, una demanda mayor de dólares. Las guerras han sido —y seguirán siéndolo— el mecanismo por excelencia para sostener la 'fe' en el dólar.

Gráfico No. 4

Explosión de productos derivados



Recapitulando tenemos que con el desarrollo del capital especulativo y ficticio en la era neoliberal y sobre todo en la última década, el endeudamiento ha adquirido dimensiones tan grandes que no hay cómo hacer real ese capital ficticio, ni con todos los mecanismos de transferencia de valor juntos. Según el Banco de Basilea (banco privado considerado el banco central de los demás bancos), el capital ficticio, que consiste en productos derivados, papeles, pagarés, obligaciones, acciones, deudas públicas, entre otros, sumaba en 2008 unos 1 000 billones de dólares, monto equivalente a veinte veces el producto bruto mundial (PBM), que sería de unos 55 billones de dólares (Beinstein, 2008). Esto significa que 19 de cada 20 dólares, euros, o de cualquier otra moneda que circule en el mundo no tenían ningún valor real. Su valor, en otras palabras, es ficticio, creado de la nada en las operaciones financieras y especulativas en los mercados financieros mundiales.

4. Muere la humanidad o se destruye el capitalismo

La crisis del capital ficticio no solo revela la mayor estafa en la historia de la humanidad hoy colocada sobre los hombros de los pueblos y las futuras generaciones que de alguna manera deberán pagar por esto. Revela también la imposibilidad de hacer real ese capital, pues ello implicaría una transferencia del 95% de la riqueza real mundial a manos de los grandes banqueros. Y semejante concentración de la riqueza no es imaginable sin una política de exterminio de la población a escala mundial. Luego, dicha élite no tiene otra alternativa que un holocausto sin precedentes o el colapso total de su sistema financiero. Una nueva Gran Guerra y la eliminación de parte significativa de la población mundial, ha sido una de los temas discutidos por el Club Bilderberg, grupo que controla y dirige los hilos del mundo occidental y se reúne en secreto desde 1954. Se trata de un influyente grupo elitista compuesto por grandes banqueros y representantes de las mayores transnacionales de "occidente", así como por miembros de la realeza europea, políticos y expolíticos. Su objetivo es controlar la economía y la política del mundo "occidental". El Club habla de una inmensa sobrepoblación en el mundo; su eliminación, sería condición inevitable para lograr el desarrollo sostenible. Para el Club, desarrollo sostenible significa sostener la lógica de acumulación del capital, lo que requiere un

gobierno mundial bajo hegemonía de Occidente, y éste no es posible sin una nueva Gran Guerra.

El fenómeno Barak Obama es una opción cuidadosamente diseñada por la elite financiera de Wall Street y la Reserva Federal (que es privada), que representan los intereses de esta elite mundial. Por eso, Obama ha sido enaltecido como el salvador, en un intento de engañar a los estadounidenses y al mundo para que acepten los nuevos planes de dicha elite: instaurar a toda costa un gobierno global. Así, su actual asesor de ciencia y tecnología, John Holdern, publicó un extenso y detallado estudio denominado "Ecoscience". En él aboga por la formación de un "régimen planetario", que utilice una "policía mundial" para la ejecución de medidas totalitarias para el control de la población, incluidos los abortos forzados y programas de esterilización en masa a través de los alimentos y el abastecimiento de agua, así como implantes corporales obligatorios que impidan a parejas tener hijos; en fin, reducir la población mundial utilizando alimentos, vacunas y medicamentos tóxicos (ver, Botero Pérez, 2010).

Considerando la actual amenaza, es obvia la necesidad de realizar acciones concertadas de emergencia basadas en la ética y práctica de una solidaridad para la sobrevivencia más allá de diferencias de color, idioma, nacionalidad, religión o ideología, que prioricen la seguridad común de los habitantes del planeta. Esto es vital para enfrentar los peligros que se aproximan. Históricamente, sin embargo, solo en medio de una gran crisis de civilización, de una gran guerra, del miedo por la sobrevivencia colectiva, vale decir cuando el mundo se vuelve inviable, se ha adquirido la comprensión adecuada de la magnitud de los problemas enfrentados y han emergido la unidad humana y la solidaridad necesarias. Desde el punto de vista político de la izquierda, es importante aprender de la historia y evitar tener que pasar por otra tragedia humana para cambiar el curso de aquélla. Es urgente una acción política contestataria antes de que sea tarde. Pero nos preguntamos si, sin una nueva Gran Guerra, surgirá la ética solidaria imprescindible para construir las fuerzas políticas necesarias para impulsar la transición hacia una sociedad poscapitalista más justa, reconstruida sobre los errores y aciertos del pasado.

La historia nos enseña que el camino hacia otra racionalidad económica y un mundo alternativo no va como sobre alfombra rosas, ya que al inicio de toda gran crisis los grupos sociales y países tratan de salvarse a costa de otros. Esto ocurre de modo

particular, aunque no exclusivo, en los países centrales. Se trata de síntomas de una ideología de ciudadanos que creen tener más derechos que otros de estar en este mundo. Es nuestro temor que la ética de salvarse a costa de todo y todos no salvará a nadie, ni a la élite financiera, y podría implicar un sufrimiento insoportable para las amplias mayorías en muchos países del mundo. En medio de este dolor insoportable y compartido, de ese 'Mal Común', es de esperar que nazca y se desarrolle la resistencia mundial con la ética solidaria necesaria. Sin ella no será posible romper con el 'sálvese quien pueda' y reivindicar la ética del Bien Común.

5. Levantamientos populares, amenaza para las élites

La mayoría de los regímenes que están siendo sacudidos por la ola revolucionaria desde Marruecos hasta el golfo de Adén, muestran una marcada inestabilidad económica y social desde varias décadas atrás. Por eso, en los países árabes los manifestantes reclaman la caída del gobierno o del régimen político debido a la profunda y prolongada inseguridad socioeconómica. Se trata de regímenes corruptos y antidemocráticos, estrechos aliados de los EE. UU., y furiosos enemigos de la Libia de Kadhafi. Los sucesos políticos que se iniciaron en Túnez y Egipto han renovado el temor en la élite occidental a que rebeliones populares, como efecto dominó, se den en otros países e incluso continentes, abriendo camino a una rebelión a escala mundial.

Ahora bien, las movilizaciones en Egipto y Túnez no eran todavía tan intranquilizadoras, por cuanto el pueblo se movilizaba, pero con un ejército que se mantenía detrás, a modo de garantía relativa de los intereses occidentales. De mayor preocupación para las élites en Occidente ha sido la rebelión popular en Bahrein, donde tiene su asiento la quinta flota estadounidense, principal fuerza naval en el Medio Oriente. La movilización popular ha sido aquí ahogada en sangre con la intervención de las fuerzas armadas saudíes, en una verdadera ocupación militar con tanques en las calles. Bahrein es una pequeña isla ubicada en un punto estratégico del golfo Pérsico, y unida a Arabia Saudí por un puente de 24 kilómetros de largo (Emmerich, 2011).

La insurgencia en Libia es asunto aparte. Los insurgentes libios no eran ni pacíficos ni estaban desarmados, no tenían plataformas políticas tan transparentes como en Egipto o Túnez y más bien

estaban en alguna medida patrocinados por servicios secretos de varios países y por el propio Consejo del Golfo, que ha enviado tanques a Bahrein para reprimir al pueblo. Una eventual invasión a Libia podría ser el antecedente para una nueva Gran Guerra a escala internacional. Además del objetivo político, existe un fin económico claro: el acceso directo al petróleo y gas libios. Estos se localizan en más del 90% en el oriente del país. Una balcanización de Libia podría estar en la mira. Con la actual crisis atómica en Japón la demanda petrolera se ha disparado, y con ello su precio. Por tanto, la ocupación neocolonial de la parte estratégica de Libia se torna una gran tentación para Occidente (ver Wong Maestre, 2011; Guerra, 2011). Cabe preguntarse, con toda razón, si mañana le tocará a Venezuela.

6. Capitalismo: ¿se ha iniciado su destrucción?

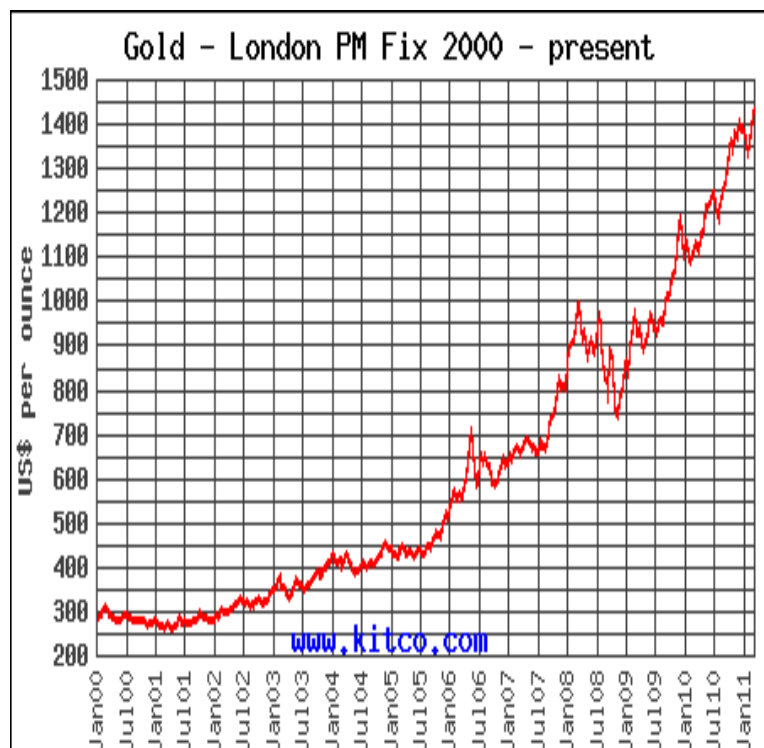
En verdad el capitalismo ha demostrado enorme habilidad y adaptabilidad para superar sus crisis, siempre con grandes costos, incluso bélicos, para los pueblos. No obstante ésta es una crisis distinta a las demás, porque es global y muestra características de ser una enfermedad terminal sistémica, combinada con senilidad por envejecimiento de un ente que pierde sus posibilidades de regeneración. Los banqueros y el sistema financiero del Primer Mundo, es decir los que se creen únicos ciudadanos con plenos derechos en este mundo al revés, han creado una economía ficticia de tal magnitud que ese capital ficticio no podrá hacerse real. Este gigantesco fraude contra la humanidad entera no es posible solucionarlo siquiera con una Gran Guerra, pues ella demandaría inmensas sumas de dinero que ya no se logran conseguir. El resultado final será entonces una gran catástrofe financiera, económica, y por ende sociopolítica y militar.

Veamos por qué los EE. UU. en particular no tiene más posibilidades de financiar una nueva Gran Guerra para salvar a Occidente. Como vimos, el dólar ha mantenido su estatus de dinero por excelencia con base en un dogma de fe y confianza en la economía estadounidense. Esta fe, sin embargo, en verdad funcionó hasta fines de los años sesenta del siglo pasado. Pero la realidad en los últimos cincuenta años ha sido otra, toda vez que la 'fe' en el dólar se ha fundado siempre más en el poderío militar de los EE. UU. Después de la crisis financiera de 2007 el "sueño americano" se ha convertido en "pesadilla", ya que el peligro

de que el dólar colapse está cada vez más cercano. De suceder esto podría arrastrar en su caída a las demás monedas y divisas del mundo, lo que provocaría el colapso del sistema monetario internacional. Debido a esta amenaza, los otros países han aceptado dicha estafa por largo tiempo. Aun así, en los últimos años los llamados países emergentes y las otras potencias han buscado sustituir al dólar. Una consecuencia ha sido el refugio en el oro, cuyo precio se ha disparado en los últimos cinco o seis años como puede verse en el gráfico No. 5.

Gráfico No. 5

Precio de la onza de oro en dólares 2000-2011



Fuente: Global Europe Anticipation Bulletin No. 53.

Por tanto, el crédito que daban los países al invertir sus reservas internacionales en dólares, en los últimos años tiende a agotarse. Así por ejemplo, hasta el 2010 China financió el 20% del total de la deuda oficial estadounidense, pues poseía el 20% de los Bonos del Tesoro de los EE. UU., que en diciembre de ese año alcanzó la cifra de 4,4 billones de dólares. No obstante, ya desde 2008 este país oriental se ha vuelto mucho más cauto para invertir en la deuda pública estadounidense. Como respuesta, los EE. UU. imprimieron en estos años enormes cantidades de dólares sin respaldo. La desvalorización progresiva del dólar ante las otras monedas ha sido la consecuencia.

Hoy, la situación se ha agravado todavía más. Japón y los países del golfo Pérsico financiaban otro 25% de la deuda total gubernamental estadounidense. Como resultado de la actual crisis política en África del Norte y Medio Oriente, el informe No 53 del Global Europe Anticipation Bulletin (GEAB 53) plantea que los países del Golfo dejarán de comprar masivamente Bonos del Tesoro de los EE. UU. Agregamos a ello que Japón se verá obligado a vender una parte sustancial de esos bonos, debido al enorme golpe que ha recibido su economía con el histórico terremoto y maremoto. Si sumamos a ello el desastre nuclear sufrido por el país, queda claro que Japón necesitará vender sus Bonos del Tesoro para financiar la estabilización y reconstrucción de su economía.

Solo que con la venta intensiva de tales bonos, su mercado podría colapsar. Las inyecciones masivas de liquidez por parte del Banco de Japón a la economía del país, implicarían el alza inmediata de las tasas de interés a escala mundial. Y si esto ocurre, la economía internacional se desestabilizaría. El citado informe GEAB 53 pronostica que el colapso del mercado de los Bonos del Tesoro de los EE. UU. y la inestabilidad monetaria ocurrirán durante el segundo semestre de este 2011. En otras palabras, una debacle financiera y monetaria global parece estar a la vista. Cuanto más tiempo perdure la situación de caos que ello implicaría, más generalizada será la lucha sociopolítica por un cambio radical, pero mayor también el peligro de una Gran Guerra.

De reducirse sus posibilidades de crédito, se entiende que a partir de 2011, los EE. UU. se verían obligados a recurrir a severas políticas de austeridad. Dicha políticas se darían tanto en el gasto público federal como en los presupuestos de los estados. Pero, además, con la pérdida de opciones de crédito, el poderío militar estadounidense se vería limitado. El informe GEAB 53 señala que Washington se está transformando en una suerte de 'Nave de

locos', sacudida de manera creciente por nuevos acontecimientos y sin una estrategia, sin voluntad ni capacidad de acción. Vale acotar que en la historia moderna, Hitler logró precisamente ser capitán de semejante 'Nave de locos'. Por consiguiente, podemos concluir que nos encontramos en una era sumamente peligrosa.

Bibliografía

- Kiviat, Barbara (2009). "What Gets Lost When Our Finances Go Paperless", en: Time, 23.11.2009.
- Beinstein Jorge. "Más allá de la recesión. En el comienzo de la segunda etapa de la crisis global", en: www.rcci.net/globalización
- Botero Pérez, Darío (2010). ¿Agenda de despoblación?, 2 de agosto.
- Emmerich, Norberto (2011). "La revolución árabe país por país", en: Ojos del Mundo, 3 de marzo.
- Guaglianone Miguel (2011). "La barbarie ataca a Libia", en: Barómetro Internacional, 24 de marzo.
- Guerra Cabrera, Ángel (2011). "Libia: El trío de la muerte", en: Rebelión, 24 de marzo.
- LEAP (2011). Global Europe Anticipation Bulletin (GEAB) No. 53, 11 de marzo.
- Wong Maestre, Ernesto (2011). "La IV Guerra Púnica en territorio de Libia", en: Barómetro Internacional, 24 de marzo.

Capítulo V

Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?

Wim Dierckxsens

Introducción

Pareciera que el mundo está al comienzo de una nueva era de revoluciones tal como ocurrió en Europa en 1848. Esta vez, sin embargo, podemos hablar de un despertar político y una toma de conciencia a nivel global. Si bien este despertar se está materializando en diferentes países y regiones del mundo y bajo circunstancias diversas, el carácter que adquiere es cada vez más global. Por todas partes, incluidos los Estados Unidos (EE. UU.), el sistema se encuentra en crisis. Y por todas partes, la clase dominante está tratando de poner todo el peso de la crisis

de su sistema sobre los hombros de las capas trabajadoras de la sociedad. El argumento de "aquí no puede suceder" carece de base científica o racional, aunque sí creemos que las condiciones objetivas proclives a una situación revolucionaria se hallan más en unos países que en otros. He aquí el eje central de este ensayo. El factor decisivo es que las masas han adquirido conciencia de su fuerza colectiva y están perdiendo el miedo. En unas naciones ocurren rebeliones por el hambre debido al alza de los precios de los granos básicos. En otras, las generaciones más jóvenes, enérgicas y decididas muestran un estado de ánimo desafiante que se transmite a la población de más edad, más cauta e inerte. Habrá altibajos, problemas y retrocesos, con todo, la rebelión globalizada en marcha no podrá ser controlada o cooptada tan fácilmente (Gavin Marshall, 2011).

Pareciera que la era neoliberal no solo ha llegado a sus límites, sino podría ser que estemos presenciando el inicio de un cambio civilizatorio. Lo que hoy sucede no es simplemente una rebelión en una u otra nación (como Túnez o Egipto) o en una región del mundo (Magreb), lo que está en juego es el sistema global en su totalidad y con ello, en última instancia, el poder imperial de Occidente. Desde hace una década, en América Latina y el Caribe se observa un proceso de desconexión de la política neoliberal. En 2008-2009 hubo levantamientos populares por el hambre en el África subsahariana, pero también en Haití. En este 2011 podría darse de nuevo este escenario, toda vez que los precios de los granos básicos subieron durante todo el año pasado. Además, la crisis económica en Europa ha dado pie a levantamientos populares no vistos en muchas décadas. Por eso, lo que parece estar en crisis es la civilización occidental bajo la racionalidad económica del capital. De ahí que Zbigniew Brzezinski, uno de los principales arquitectos de la política exterior estadounidense, advierta de un despertar político a nivel global. Él está consciente de la amenaza que ello significa para el actual orden establecido bajo hegemonía de los EE. UU.

La crisis puede verse como amenaza para las clases dominantes, pero de igual modo como oportunidad, en primer lugar para las clases populares en los países periféricos. Si bien una crisis económica y financiera no lleva necesariamente, por sí sola, a un proceso político que cambie la racionalidad económica en su raíz, sí crea condiciones propicias para generar conciencia de que dentro de las actuales relaciones sociales no existen perspectivas

de mejora. Lo anterior se traduce eventualmente en acción política para demandar un cambio en los fundamentos mismos del sistema. En trabajos anteriores (Dierckxsens, 2008) hemos subrayado que no nos encontramos ante una crisis económica más del sistema. No se trata apenas del fin del neoliberalismo, sino de una crisis del propio sistema capitalista y su posible transición hacia el poscapitalismo. A la crisis económica actual se la compara de manera creciente con la Gran Depresión del siglo XX y pronto observaremos que se considerará que la superará con creces en términos de magnitud y escala internacional, fruto del proceso de globalización neoliberal.

Desde el surgimiento del capitalismo hubo crisis cíclicas o periódicas, de menor o mayor intensidad, extensión o duración. Esta vez, sin embargo, se trata de una crisis nueva, con características distintas. Es una crisis, además de extensa y profunda, multidimensional y de carácter global. Por tanto, más que a otra crisis cíclica del capitalismo, nos referimos a una gran crisis estructural en el marco de una crisis de civilización con el potencial para rediseñar la historia planetaria. Se trata de un encadenamiento de múltiples crisis producto de la conjugación de múltiples contradicciones. Con la crisis financiera y económica convergen muchas otras: la energética, la de los recursos naturales, la ecológica, la alimentaria, la social, la política y militar, la ética, etc. La crisis financiera y económica es solo el comienzo de una gran crisis de civilización que se vislumbra, como hemos abordado en otros trabajos (Observatorio Internacional de la Crisis, 2010).

La racionalidad económica del capitalismo no tiende únicamente a negar la vida de amplias mayorías de la población mundial, sino a destruir la vida natural que nos rodea, a acortar la vida útil de los y las trabajadores, la vida útil de los productos que se crean, la vida útil de la misma tecnología utilizada en las empresas, de los edificios, etc. Al negar la vida en cada vez más ámbitos de la vida, el capitalismo, a la vez que fomenta la muerte de todo lo que incorpora en su lógica, se asfixia en su propia racionalidad. Es nuestra tesis aquí, que al negar la vida y sembrar muerte en tantos ámbitos, el capital tiende a negar, en última instancia, la vida del propio capital como capital. En otras palabras, es un sistema que favorece su propia autodestrucción.

El capital procura siempre acortar la vida útil de la fuerza de trabajo desgastada o más cara y sustituirla por otra nueva y más barata, en vez de garantizar su reproducción durante la vida

de los trabajadores y a través de las generaciones. El capital, en efecto, busca acortar la vida útil de los trabajadores y aumentar su capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Ahora bien, la historia del capitalismo en los países centrales muestra que esa capacidad de reemplazo ha descendido, y con ello los trabajadores han obtenido mayor seguridad económica y social. Sobre esta base pudo instaurarse el reformismo político. Tras la incorporación generalizada de la fuerza de trabajo masculina, y sobre todo al tornarse esta menos sustituible y por ende más costosa, se dio la incorporación masiva de la fuerza de trabajo femenina. Pero la posterior universalización de tal incorporación disminuyó también su capacidad de reemplazo con el consecuente incremento de su costo. Además, como veremos, con la universalización del trabajo femenino el promedio de hijos por mujer se situó por debajo de la capacidad de reemplazo generacional. Fue entonces cuando el capital en esos países recurrió a la migración como último recurso para garantizar dicha capacidad de reemplazo generacional y con ello, en definitiva, la de la fuerza de trabajo.

Así pues, al acortar la vida útil de todo, el capital impulsa la capacidad de reemplazo en lugar de garantizar la reproducción. Por eso, cuando agota un recurso natural lo sustituye por otro, no garantiza su sostenibilidad a través de las generaciones. El capital acorta la vida media útil de los productos, tornándolos siempre más desechables; de esta manera declara la muerte prematura de todo lo que se produce y, con ella, la muerte de los recursos naturales y el medio ambiente. Más aún, acorta la vida media útil de los edificios y las maquinarias que emplea en las empresas a tal extremo que la renovación tecnológica se vuelve cada vez más impagable. Cuando una tecnología no puede ser reemplazada por otra en razón de su altísimo costo, el capital busca entonces sustituir mano de obra más cara en los países centrales por otra más barata procedente de los países periféricos. Para eso recurre a migrantes y/o el capital migra hacia las zonas de mayor capacidad de reemplazo. Es más, ante el aumento del costo de la mano de obra el capital huye de la economía real y se refugia en el ámbito especulativo, procurando con ello sostener la acumulación sin tener que contratar fuerza de trabajo alguna. De esta forma el capital favoreció la actual crisis financiera. La crisis mundial que ella implica provoca inseguridad económica y social globalizada sin vida digna, y esta vez incluso en los propios países centrales.

I. La capacidad de reemplazo de la población: los países centrales se tornan inviables

Introducción

Las categorías “vida media” y “capacidad de reemplazo” se derivan de la demografía. La transición demográfica (el paso de una situación de altas tasas de mortalidad y natalidad a una situación de tasas bajas) que ha tenido lugar durante la historia del capitalismo, ha desembocado en una incapacidad de reemplazo generacional. Esta incapacidad no solo se da en los países centrales, sino también en las exrepúblicas soviéticas y socialistas en general, acontece de manera acelerada en ‘países emergentes’ como China y los Tigres Asiáticos, e incluso ocurre ya en cada vez más países periféricos. Esto significa que la misma racionalidad económica no garantiza más el reemplazo de una generación vieja por otra nueva. A mediano plazo esto pondrá en peligro la propia sobrevivencia de ciertas sociedades. Aquellas sin capacidad de reemplazo generacional, en primer término se envejecen. A mediano plazo, tienden a mostrar tasas de mortalidad superiores a las de natalidad. Las migraciones desde los países periféricos hacia los centrales son una forma de reemplazo de generaciones mediante la sustitución de la reproducción por migración. Y las migraciones pueden, ciertamente, sustituir el recambio generacional por un tiempo.

Con la actual crisis económica, sin embargo, la migración internacional tiende a frenarse al igual que sucedió en los años treinta del siglo XX. Esto complicará efectivamente la capacidad de reemplazo generacional y obligará a orientarse a la reproducción de la vida misma, como veremos en esta parte del trabajo. Con todo, el Club Bilderberg, constituido de multimillonarios muy influyentes en la política, se ha reunido en secreto y ha llegado al consenso de que los países periféricos constituyen una amenaza tanto para el medio ambiente como para la economía de Occidente. A raíz de ello han reunido parte de sus fortunas para frenar el potencial de crecimiento de esos países (Harlow, 2009).

Hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial la principal preocupación demográfica fue la pérdida de vidas. Al descender luego la mortalidad de manera más o menos generalizada en los países periféricos, la preocupación fue el fuerte crecimiento de la población en estos países. Con el descenso en las últimas décadas

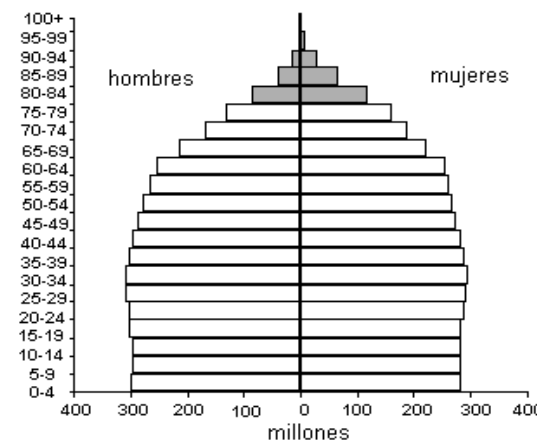
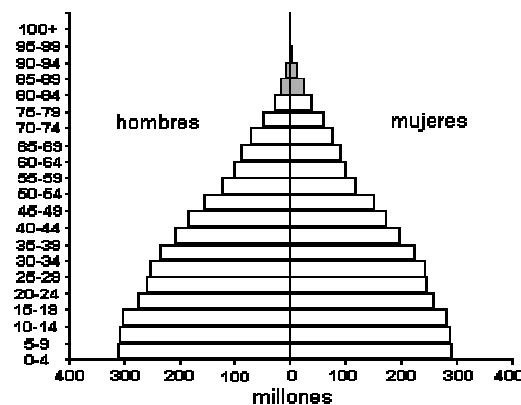
de la fecundidad, también de manera más o menos generalizada, tarde o temprano la incapacidad de reemplazo de las generaciones a través del tiempo se convertirá en la preocupación fundamental. Cuando las tasas de mortalidad superen a las de la natalidad, se acrecentará la preocupación por el envejecimiento de la población. Hoy, la culpa por el envejecimiento recae en el aumento de la esperanza de vida y, como la solución, se busca posponer la edad de pensionarse. A corto plazo, esto podrá solucionar la disminución relativa de la población en edad activa, pero a mediano plazo, en vez de brindar una solución la medida agravará la incapacidad de reemplazo generacional. Porque son los adultos jóvenes en edad reproductiva que suelen tener cada vez menos hijos los que generan la incapacidad de reemplazo generacional, no las generaciones mayores y su creciente expectativa de vida que causan el envejecimiento de la población. No pasará mucho tiempo para que los países centrales más envejecidos sean considerados países inviables.

1. Impacto de la capacidad de reemplazo generacional en el envejecimiento demográfico

La población mundial alcanza en 2011 los siete mil millones de habitantes. En 2050, según la proyección (media y más probable) de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), superará los nueve mil millones, un crecimiento de casi el 30% en cuarenta años. La tasa global de fecundidad, que en 2010 fue de 2,56 hijos por mujer, en este mismo horizonte será en 2050 de 2,05 hijos por mujer. Esto significa que la capacidad de reemplazo generacional a escala mundial ya no estará garantizada a partir de entonces, e incluso ya antes de esa fecha. En efecto, para garantizar la capacidad de reemplazo generacional es preciso que, en promedio, las mujeres de una generación tengan 1,05 hijas durante su vida reproductiva para poder ser reemplazadas como generación, esto bajo el supuesto de un patrón de mortalidad baja. Un promedio de al menos 2,1 hijos por mujer es el mínimo necesario para garantizar una capacidad de reemplazo generacional de ambos sexos. Sin dicha capacidad de reemplazo, será cuestión de tiempo para observar un crecimiento negativo de la población. Con un promedio de 2,2 hijos por mujer la estructura poblacional ya no tendrá la forma de una pirámide como antes, sino se asemejará a un cilindro, como puede verse en las figuras de abajo.

Gráfico No. 1

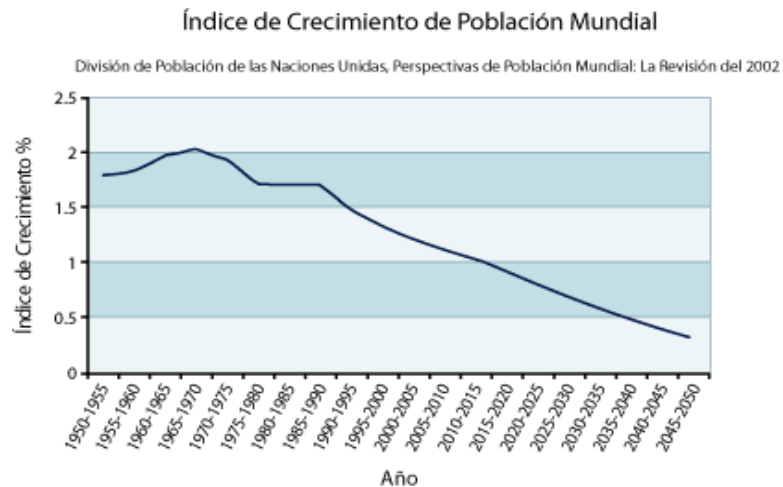
Pirámide de la población mundial en 1998 y 2050



Para lograr el reemplazo generacional, la tasa global de fecundidad o tasa bruta de reproducción tendrá que ascender regionalmente hasta 3,4 hijos por mujer en aquellos países (subsaharianos, por ejemplo) donde la mortalidad alcanza aún niveles relativamente elevados. Por otra parte, una situación de incapacidad de reemplazo generacional no implica un inmediato

crecimiento natural o vegetativo negativo de la población. Esto debido al efecto de la estructura por edad y sexo existente. Una pirámide de población refleja, básicamente, la historia pasada de una fecundidad más alta. Una tasa global de fecundidad inferior a 2,1 hijos por mujer podrá ser compensada mientras las generaciones en edad fértil se encuentren relativamente sobrerrepresentadas en la pirámide poblacional. Esta representación puede ser promovida de manera artificial, verbigracia mediante flujos inmigratorios. Con una estructura poblacional rejuvenecida por tales flujos, el número de nacimientos por mil habitantes, o sea, la tasa bruta de natalidad, resulta relativamente elevada. En todo caso, a mediados de este siglo el crecimiento mundial de la población tenderá a cero, lo que implicará una incapacidad de reemplazo generacional a escala global.

Gráfico No. 2

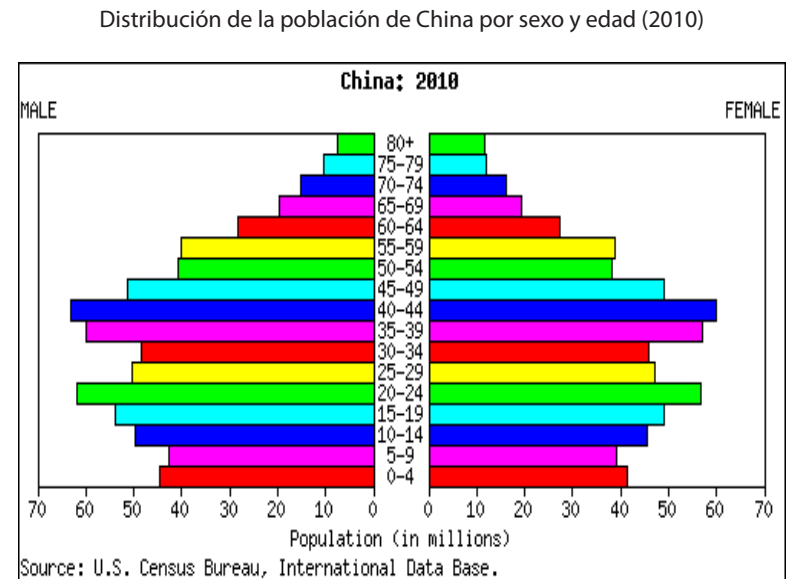


Hoy, de los 225 países y regiones registrados 114, es decir, más de la mitad, muestran tasas globales de fecundidad inferiores a 2,2 hijos por mujer. Ninguno de los países centrales tiene más de 2,2 hijos por mujer; tampoco el gigante China. Esto significa que ningún país central tiene capacidad de reemplazo generacional. Y si consideramos un promedio necesario de 2,5 hijos por mujer para garantizar la capacidad de reemplazo en los países periféricos,

observamos que 137 países de un total de 225 en el mundo (61%) ya tampoco alcanzan la capacidad de reemplazo generacional. En otras palabras, aquella idea de los años setenta del siglo XX de la amenaza de una población galopante, pronto se convertirá en una preocupación por poblaciones que más bien tienden a desaparecer.

En ausencia de interferencias en el sexo de los nacimientos, se observa que en promedio nacen de 104 a 105 varones por cada 100 mujeres en la población humana. No obstante, las políticas de población de nuestros tiempos (como la política china de tener un solo hijo y la preferencia popular de tener al menos un varón) han cambiado este ritmo natural de modo dramático. Así, en China, ya el censo de población de 1982 mostró un promedio de 109 varones sobre cada 100 niñas nacidas. En 1995 este índice era de 116, en el año 2000 de 120 y en 2004 esta cifra, en muchas regiones, ya estaba más cerca de 130 (Eberstadt, 2004).

Gráfico No. 3



El desbalance por género en China, que se puede observar en el gráfico No. 3, además de alterar el 'mercado matrimonial' en

estos momentos, complica de manera particular la capacidad de reemplazo generacional. Para garantizar esta capacidad, el número promedio de hijos requerido por cada mujer (en minoría) sería de 2,7. Pero en la práctica, según estima The World Factbook, en 2010 nacieron apenas 1,54 hijos por mujer en China. La consecuencia es que el proceso de envejecimiento chino carece de precedente en la historia moderna. Por eso, cabe esperar allí un singular decrecimiento poblacional en un futuro no tan lejano. La ONU, en efecto, proyecta que entre 2045 y 2050 la población de China decrecerá, en términos absolutos, casi 26 millones de habitantes al año.

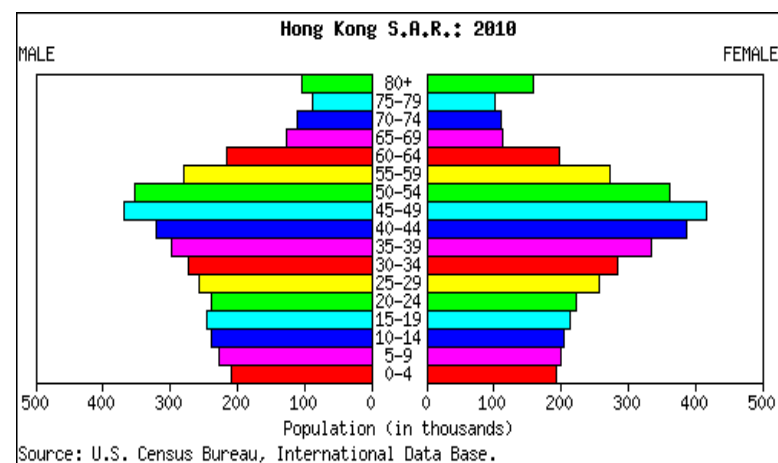
En Vietnam se reproduce el patrón observado en China. El control de la natalidad se ejerce aquí de modo más férreo a partir de 1982. En este país nacen 1,89 hijos por mujer, cifra que no garantiza el reemplazo generacional con 104 niños nacidos sobre cada 100 niñas. El índice de masculinidad de los nacimientos alcanzó 120 en 2005, hecho que agrava todavía más la situación. Ahora bien, en algunos países donde no existe el control de la natalidad como política de Estado, se observan de igual modo ascensos notables en el índice de masculinidad de los nacimientos. Es el caso de la India, donde este índice alcanza 113 varones por cada 100 niñas nacidas. Para garantizar el reemplazo intergeneracional, las indias deberán tener 2,55 hijos en promedio, cifra que apenas se alcanzó en 2010. Como China e India juntas representan más del 35% de la población mundial, su creciente incapacidad de reemplazo generacional pesará más en el futuro que la de todo Occidente en su conjunto. Por lo demás, hay que mencionar que en países como Taiwán, Singapur y Bangladesh se observa asimismo un marcado sesgo masculino en los nacimientos. El número promedio de hijos por mujer en Singapur es de apenas 1,1; en Taiwán, 1,15; y en Bangladesh, 2,05, cifras por debajo de la capacidad del reemplazo generacional, incluso sin ese sesgo. Por tanto, la reproducción humana en el Lejano Oriente se halla cada vez más lejos de la capacidad de reemplazo generacional (Guilmoto, 2009).

Con todo, donde más rápidamente ha descendido el número promedio de hijos por mujer es en Japón y las economías emergentes: Macao cuenta con 0,91 hijos por mujer, Hong Kong con 1,04, Singapur con 1,10, Taiwán con 1,15, Japón con 1,20 y Corea del Sur con 1,22. En las exrepúblicas soviéticas se observan bajas tasas brutas de reproducción: Lituania (1,24), Bielorrusia y la República Checa (1,25), Ucrania (1,27), Rumania (1,27), Polonia y Eslovenia (1,29) y Letonia (1,31). Rusia, con 1,42 hijos por mujer,

está levemente por encima de esta tendencia señalada. En Europa Occidental las cifras más bajas son en Italia (1,32), Grecia (1,37), Austria (1,39), Alemania (1,42), Suiza (1,46) y España (1,47). El número promedio de hijos por mujer es algo superior en los países anglosajones, aunque siempre por debajo de la capacidad de reemplazo generacional: Australia (1,78), Reino Unido (1,92), los EE. UU. (2,06) y Nueva Zelanda (2,09).

Gráfico No. 4

Hong Kong, pirámide poblacional con 1,04 hijos por mujer



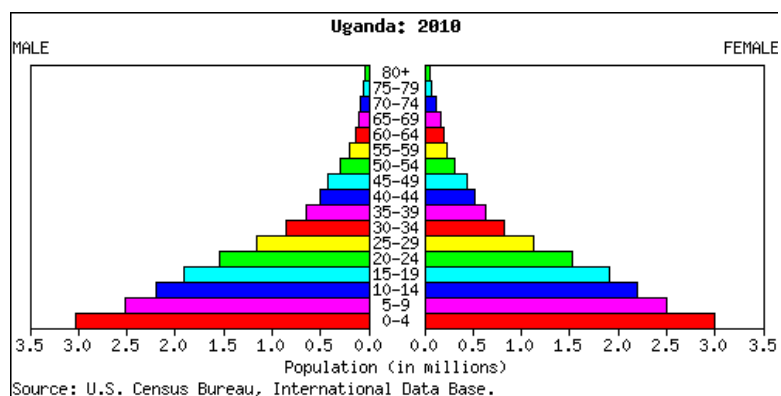
Entre los países caribeños, Cuba muestra la menor capacidad de reemplazo generacional con 1,61 hijos por mujer, seguido por Puerto Rico (1,62), Barbados (1,68), San Martín (1,70), Trinidad y Tobago (1,72) y Saint Kitts (1,79). En el continente tenemos a Uruguay con 1,89 hijos por mujer, Chile (1,90), Costa Rica (1,93), El Salvador (2,12), Paraguay (2,16), Colombia (2,18) y Brasil (2,19), todos países que ya perdieron su capacidad de reemplazo generacional. Países latinoamericanos con menos de 2,5 hijos por mujer son además, en su orden, México, Perú, Argentina, Venezuela, Ecuador, República Dominicana y Panamá (CIA, 2010).

Un promedio de hijos relativamente elevado se da sobre todo en los países subsaharianos. A la cabeza aquí están Burundi

(6,25), Somalia (6,44), Malí (6,54), Uganda (6,73) y Níger con una descendencia de 7,6 hijos por mujer. En la actualidad, ningún Estado en el mundo presenta tasas de mortalidad tan altas como en la primera mitad del siglo XX. Esto es, todos los países se encuentran en un estado determinado de la transición demográfica. Uganda, por ejemplo, presenta un elevado nivel de fecundidad con una mortalidad en descenso, por eso muestra una pirámide de población cónica clásica que se caracteriza por una población extremadamente joven. Los países latinoamericanos con la mayor tasa global de fecundidad son Bolivia (3,07), Honduras (3,17), Haití (3,17), Belice (3,26) y Guatemala (3,36). Estos países exhiben un patrón de mortalidad relativamente bajo y, además, están a la mitad de la transición de la fecundidad.

Gráfico No. 5

Pirámide de población de Uganda 2010 con 6,73 hijos por mujer



Aunque en más de la mitad de los países del mundo la capacidad de reemplazo generacional ya no está garantizada, esto no implica un crecimiento negativo inmediato. Debido a la elevada fecundidad histórica, las generaciones en edad reproductiva se encuentran relativamente sobrerrepresentadas. Este fenómeno podemos observarlo en la pirámide poblacional de Brasil (gráfico No. 6). El crecimiento vegetativo de Cuba (0,4%), Uruguay (0,5%), Chile (0,9%) y Costa Rica (1,4%) se atribuye de manera exclusiva al efecto de la composición por edad de la población. En Colombia, en cambio, el crecimiento natural se atribuye en un 84% a dicho

efecto estructural; en México, en un 79%; en Argentina, en un 69%; y en Brasil, en un 66%. Cuba ya finalizó su proceso de transición demográfica y pronto tendrá tasas de crecimiento negativo. Uruguay, Chile y Costa Rica, por su parte, se hallan en un estado avanzado de la transición demográfica (CELADE, 2008).

Gráfico No. 6

Pirámide de población de Brasil con 2,19 hijos por mujer

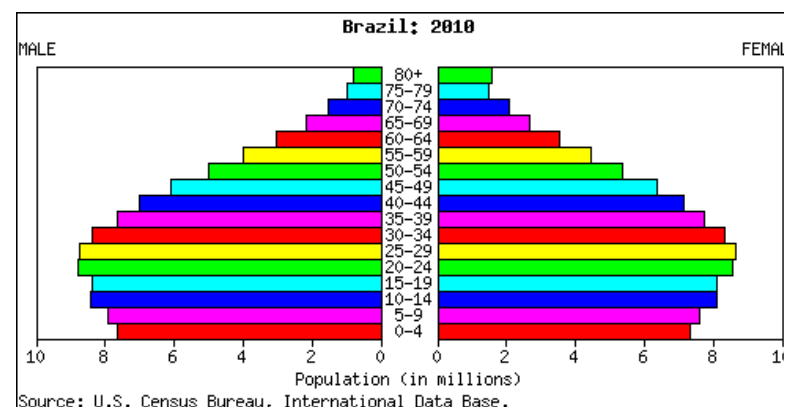
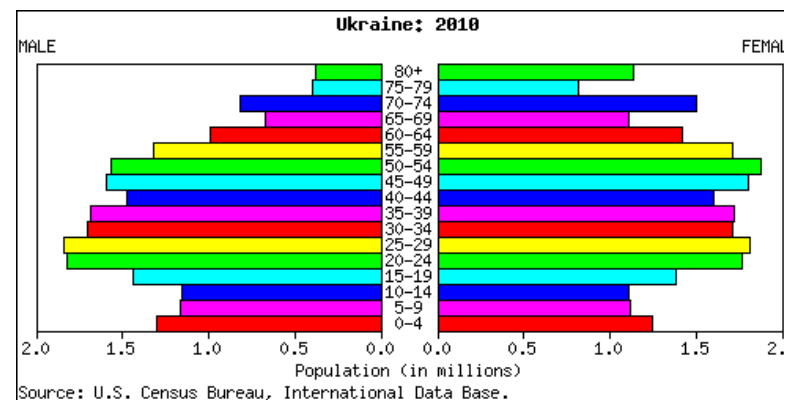


Gráfico No. 7

Pirámide de población de Ucrania 2010 con 1,27 hijos por mujer



La División de Población de la ONU señala en su documento *World Population Prospects (2007)* que en veinte países en el mundo el número reducido de hijos por mujer es un fenómeno de más tiempo. Como veremos más adelante, son países donde la participación de la mujer en la actividad económica es generalizada y de más antigua fecha. Los países europeos y Japón, presentan hoy un mayor crecimiento negativo de la población. Los diez países europeos con mayor crecimiento negativo son: Moldavia (-0.90), Georgia (-0.79), Ucrania (-0,76%), Bulgaria (-0.72%), Bielorrusia (-0.72%), Lituania (-0.53%), Letonia (-0.52%), Rusia (-0,51%), Rumania (-0,45%) y Estonia (-0.35%). Japón tenía un crecimiento negativo de -0.20%. Países con un crecimiento cero y una proyección de crecimiento negativo en 2010-2015 son: Alemania, Polonia, Eslovaquia, Italia, Eslovenia y Grecia. De aquí al año 2050, se proyecta que Bulgaria perderá el 34% de su población, Guyana 35%, Georgia 29%, Bielorrusia 28% y Rumania 26%. Más atrás en la lista están Japón con 20%, Alemania el 10%, Italia el 7%, Portugal 6%, etc. Este proceso podría acelerarse con la actual Gran Depresión, que tiende a detener el flujo migratorio. Luego, las proyecciones anteriores subestiman el crecimiento negativo de los países centrales, ya que al disminuir la capacidad de reemplazo generacional debido a la reducción de los flujos migratorios de jóvenes, el crecimiento negativo en Occidente se adelantará.

La racionalidad económica vigente que incorpora de forma generalizada hombres y mujeres a la actividad económica, sin preocuparse colectivamente del cuidado de los menores constituye, como veremos adelante, el motivo fundamental de la baja de la fecundidad. Esta ha sido la tónica en el capitalismo avanzado en las últimas décadas, y en las exrepúblicas soviéticas y otras repúblicas socialistas, incluso por más tiempo. Una incapacidad de reemplazo generacional durante años conlleva un crecimiento negativo y sostenido de la población, lo cual amenaza a la sociedad con su extinción. Está el temor de fondo de Occidente frente a los países periféricos. Su política propuesta es contraria a la vida. Por un lado, buscan responsabilizar a los adultos mayores (cuya esperanza de vida creció) del envejecimiento en los países centrales, cuando en realidad lo son los adultos en edad reproductiva por tener menos hijos. Por otro lado, consideran que el crecimiento de la población en los países periféricos representa una amenaza para el planeta, cuando en realidad el 20% de la población mundial, concentrado en los países centrales, consume más del 80% de los

recursos naturales. Lo que en realidad se necesita es un cambio de racionalidad económica que oriente la sociedad hacia la vida misma. Eso implica, entre otras cosas, garantizar el reemplazo generacional mediante la vida reproductiva.

2. El mito del envejecimiento de la población por la esperanza de vida

El envejecimiento relativo de la población es determinado básicamente por la incapacidad de reemplazo generacional, resultado de un reducido número de hijos por mujer. Al contrario de lo que suele afirmarse, no cabe atribuir tal envejecimiento al aumento de la esperanza de vida al nacer, gracias a la baja de la mortalidad y sobre todo la infantil, lo que ha sido notorio en las últimas décadas incluso en los países periféricos. De acuerdo con el cuadro 3^a acerca de la expectativa de vida al nacer publicado por la División Estadística de la ONU actualizado a diciembre de 2010, la esperanza de vida más alta en el ámbito mundial corresponde a las mujeres japonesas con 87 años, seguidas por las de Hong Kong con 86 años y luego, con 85 años, en orden alfabético por las españolas, francesas, italianas y suizas. Para la población masculina, la expectativa más elevada al nacer la ostenta Islandia con 81 años seguida por Australia, Hong Kong, Japón, Suiza y Suecia, con 80 años.

Ahora bien, este cuadro contrasta agudamente con la expectativa de vida en Angola con 38 años, seguida por Suazilandia con 39,6 años, vale decir, menos de la mitad de la esperanza de vida en los países más longevos. Los países subsaharianos como Angola, Mozambique, Zambia, Sierra Leona y Basutolandia, poseen una esperanza de vida al nacer inferior a los 43 años, o sea, menos de la mitad de la expectativa de vida al nacer de las mujeres japonesas¹.

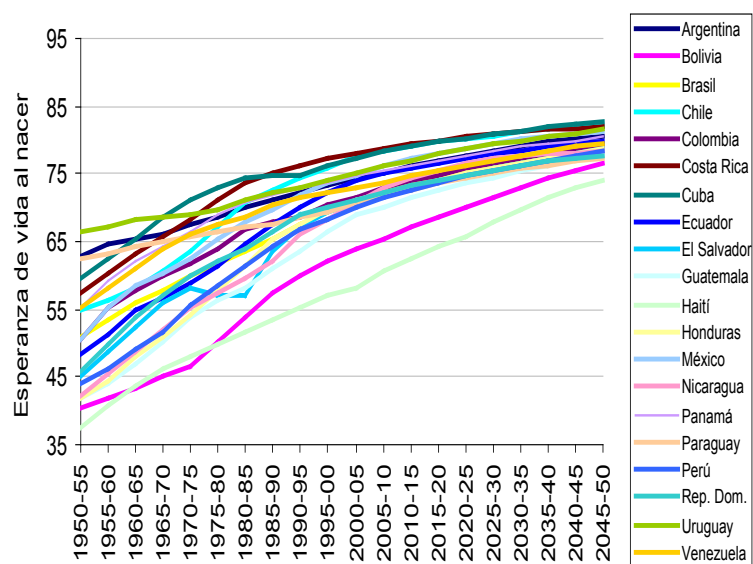
La esperanza de vida al nacer es en realidad la edad media al fallecer de una población en ausencia de efectos de la estructura poblacional, y la tasa de mortalidad infantil pesa mucho en esa edad media. La mortalidad infantil más elevada se presenta en Angola con una tasa de 180 por mil nacidos vivos, siendo la responsable, en buena medida, de la baja esperanza de vida al nacer de apenas 38 años en ese país. La mortalidad infantil en

¹ wikipedia.org, "List of lifeexpectancy by the United Nations (2005-2010)".

Sierra Leona es de 154 por mil, Afganistán (152), Liberia (138), Níger (117), Somalia (109), Mozambique (106), Malí (102) y Zambia (101). En todos estos países fallecen aún hoy más de 10 niños antes de cumplir un año de edad, sobre cada cien recién nacidos, y la esperanza de vida al nacer se encuentra por debajo de los 45 años. Al otro extremo tenemos que en Singapur mueren nada más 2,3 niños antes de cumplir el año, sobre cada mil recién nacidos, esto es, una situación noventa veces más favorable que en Angola. Después de Singapur siguen Bermudas (2,46), Suecia (2,75), Japón (2,79) y Hong Kong (2,92). La esperanza de vida al nacer en estos países está por encima de los 80 años (CIA, 2009). A continuación presentamos la tendencia en la expectativa de vida de los países latinoamericanos.

Gráfico No. 8

América Latina: esperanza de vida al nacer por países, 1950-2050



Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) – División de Población de la CEPAL, Estimaciones y proyecciones de las poblaciones de América Latina y el Caribe. Santiago de Chile, julio de 2007, en: www.eclac.cl/celade_proyecciones/basedatos_BD.htm

Al controlarse la mortalidad infantil, la expectativa de vida suele progresar con rapidez. Ella es relativamente elevada al principio de un proceso de transición demográfica. La mortalidad infantil no es tan difícil de controlar, en cambio, reducir la mortalidad en edades más avanzadas cuesta mucho más. En 1900, la esperanza de vida de los hombres al nacer en los EE. UU. era de 47,9 años (el nivel de Nigeria y Somalia en la actualidad) y pasó a 75,6 años en 1997, ocupando el lugar 36 en el mundo después de Cuba (76,2) y Costa Rica (76,5). Esto supone una ganancia de un poco menos de 60% durante un siglo. En el Reino Unido, por su parte, el índice de mortalidad infantil en 1970 era de 17,4 por cada mil recién nacidos, frente a apenas 4,7 en el período 2005-20010, es decir, casi la cuarta parte de lo que fue unos 35 años antes; la esperanza de vida (de los hombres), sin embargo, creció un 10%, de 69,0 a 75,2 años. Las posibilidades de aumentar la esperanza de vida de manera notoria, por tanto, ya no son las mismas.

La mayor esperanza de vida una vez cumplidos los 60 años de edad es una mejor medida de la prolongación de la vida de los adultos mayores. De acuerdo con el cuadro 3^a acerca de la expectativa de vida a los 60 años de edad publicado por la División Estadística de las ONU actualizado a diciembre de 2010, los países donde los varones mayores alcanzan una expectativa de vida de 23 años, son: Islandia, Hong Kong, Suiza, Japón, Australia e Israel, seguidos con 22 años en orden alfabético por Canadá, Costa Rica, España, los EE. UU., Francia, Italia, Mónaco y Nueva Zelanda. Los hombres en estos diez países cumplirán, en promedio, más de 82 años una vez que hayan cumplido los sesenta años de edad. Las adultas mayores de Japón tienen una expectativa de vida de 29 años una vez que hayan cumplido los sesenta años de edad, seguidas por las adultas mayores de Hong Kong, Francia y Suiza con 27 años. Con una expectativa de 26 años siguen, en orden alfabético, Australia, Bélgica, Canadá, España, Guadalupe, Islandia, Italia, Martinica, Puerto Rico y San Marino. Las mujeres de estos países suelen cumplir en promedio entre 86 y 89 años de edad, una vez cumplidos los sesenta (véase también Brandon, 2009).

Lo anterior evidencia que un incremento de la expectativa de vida al nacer no implica que los adultos mayores viven tantísimos años más. Esta es una idea a menudo transmitida por los medios de comunicación dominantes. Así, en el año 1900 a los estadounidenses que cumplían 65 años les quedaba una esperanza de vida de otros 11,5 años. Estos varones

mayores fallecieron así, en promedio, a los 76,5 años de edad y las mujeres mayores a los 77,2 años. En 1997, la edad al fallecer los hombres estadounidenses, tras cumplir los 65 años de edad, era 80,9 años y para las mujeres 84,2 años. Por ende, la expectativa de vida de los varones mayores, una vez cumplidos los 65 años de edad, aumentó en menos de 6% durante todo el siglo XX y la de las mujeres en menos de 10% (CDC, 2010).

En 1928 la esperanza de vida de los hombres en Dinamarca, una vez cumplidos los 65 años, era de 11,5 años y para las mujeres, 13,3 años; vale decir, en dicho año los varones mayores fallecieron en promedio al cumplir 76,5 años y las mujeres 78,3 años. En el año 2002, los hombres daneses, luego de cumplir los 65 años, tenían una expectativa de vida de 16,0 años —fallecieron en promedio al cumplir 81 años— y las mujeres 19.0 — fallecieron en promedio a los 84 años de edad—; o sea, una ganancia inferior al 6% durante un período de 80 años para los hombres e inferior al 8% en el caso de las mujeres.

Quedará claro, a partir de los datos anteriores, lo reducido del impacto de la baja de mortalidad en los adultos mayores sobre el envejecimiento de la población. El envejecimiento de una población no se debe a que los adultos mayores se vuelven cada vez más viejos (e inútiles para el sistema), sino a que los adultos en edad reproductiva han dejado de tener hijos. Por consiguiente, no tiene mayor sentido posponer la edad de pensionarse para prolongar la vida activa. Tal recorte del gasto disminuirá momentáneamente la población dependiente de la población activa, sin embargo, en tanto la fecundidad siga bajando, la situación empeorará. Solamente una política orientada de manera colectiva y solidaria a cuidar de la vida misma, y con ello de la vida de las próximas generaciones, surtirá efecto.

3. El mito de que la migración garantiza la capacidad de reemplazo generacional

Estará claro, pues, que la incapacidad de reemplazo generacional es el factor responsable del progresivo envejecimiento de la población. En el año 2000 el 10% de la población mundial tenía 60 o más años de edad, nivel que alcanzará África, el continente más joven, apenas en el año 2050. Para este mismo año se proyecta que el 21% de la población mundial tendrá 60 años o más edad, el nivel que alcanzaba Europa a principios de este

milenio. En 2050, más del 37% de la población europea superará esa edad; en Norteamérica, el 27%; en América Latina y el Caribe, Asia y Oceanía, el 23% (UN DESA-CEPAL/CELADE, 2008).

Con un envejecimiento progresivo y una incapacidad de reemplazo generacional sostenida, la tasa de natalidad alcanza mínimos históricos. Así, en Hong Kong y Japón, que además de estructuras de población relativamente viejas poseen una tasa global de fecundidad muy baja, nacen solo 7,5 niños al año por cada mil habitantes, la tasa bruta de natalidad más baja del mundo. Otros países con tasas de natalidad inferiores a 9 por mil, son: Italia (8,2), Alemania (8,2), Austria (8,7), Singapur (8,8), República Checa (8,8) y Corea del Sur (8,9). Países con una tasa bruta de natalidad de 9 a 10 por mil son: Eslovenia, Taiwán, Letonia, Grecia, Bulgaria, Hungría, Suiza, Ucrania, Croacia, Bielorrusia y España. Los países con una estructura de población relativamente vieja y con tasas de natalidad por debajo de 9 por mil, suelen mostrar tasas de crecimiento natural negativas. De ahí que constatemos tasas de crecimiento vegetativo negativo de 2,2% en Alemania, 1,41% en Italia, 1,27% en Eslovenia, 1,30% en Lituania y 0,89% en Austria (CIA, 2005).

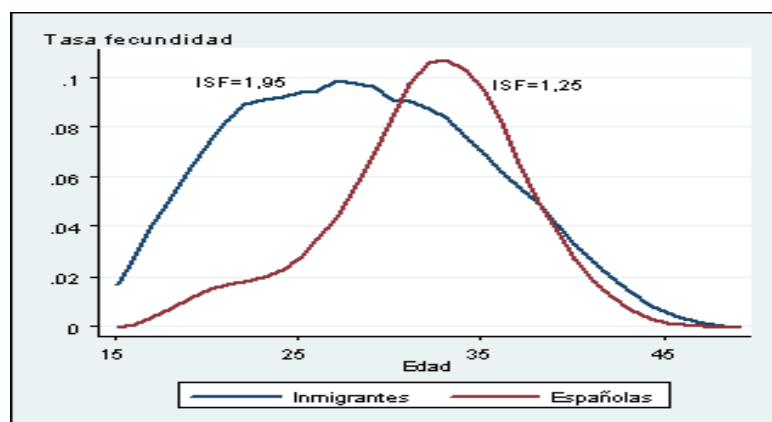
Un factor que hasta la actual crisis contrarrestó el negativo crecimiento natural de la población fue la migración. De este modo, entre 2005 y 2010 la migración neta positiva fue más del doble de dicho crecimiento natural en Bélgica, Canadá, España, Hong Kong, Luxemburgo, Singapur, Suecia y Suiza. La población de la Unión Europea (UE) está llegando a una situación estacionaria. El 1 de enero de 2010 ella sobrepasó la barrera simbólica de 500 millones al alcanzar 501,1 millones de habitantes. En comparación con los 499,7 millones de un año antes, el crecimiento fue de 1,4 millones, esto es, un 2,7 por mil. Solo que la inmigración fue el contribuyente directo de tal incremento, pues se contabilizó un saldo positivo de 0,9 millones de inmigrantes; es decir, el 60% del alza poblacional, mientras el 'aumento natural' apenas representó medio millón de nuevos nacidos. Así pues, el crecimiento natural de la población europea está inflado ya que no toma en cuenta la contribución de los inmigrantes al proceso de reproducción (Laronche, 2010).

La inmigración contribuye de dos formas a la reproducción natural. Así por ejemplo, sin la presencia de las mujeres inmigrantes el índice sintético de fecundidad (ISF) de España durante el periodo 2004-2006 habría sido de 1,25 hijos por mujer en lugar de 1,34. En este país, la fecundidad de las mujeres inmigrantes

es mayor que la de las nativas, como se muestra en el gráfico No. 9. Dentro de la población extranjera existe, por supuesto, heterogeneidad; los inmigrantes africanos sobrepasan el umbral de reemplazo generacional con 3,5 hijos por mujer. Pero aunque el nivel de reproducción de los inmigrantes en general supera el de la población española, el ISF no alcanza el nivel necesario para asegurar la reposición generacional de los propios inmigrantes.

Gráfico No. 9

Tasas de fecundidad por edad e ISF de las mujeres inmigrantes y españolas, 2004-2006



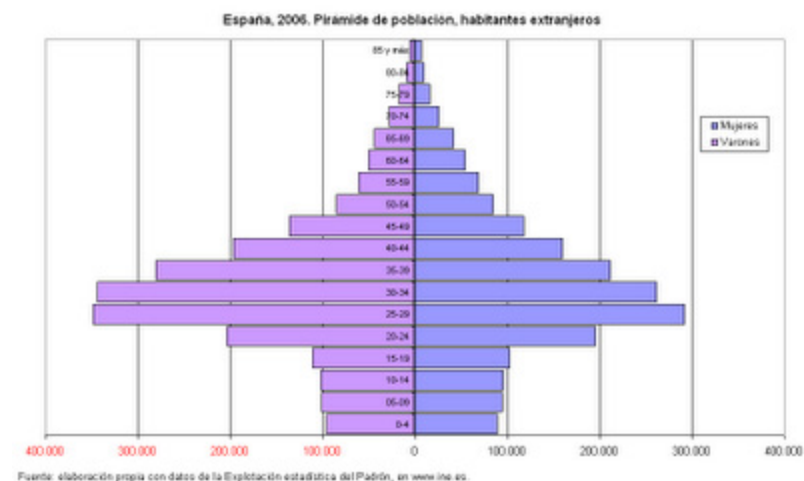
Fuentes: INE, Movimiento natural de la población. Padrón continuo y Encuesta Nacional de Inmigrantes, 2007.

En Suiza, país que cuenta con una inmigración muy fuerte (el 25% de la población total nació en el extranjero), el promedio de hijos por mujer migrante fue de 1,86 frente a un 1,33 entre las propias suizas. A pesar de la diferencia, sin embargo, la tasa global de fecundidad de las inmigrantes no garantiza su propio reemplazo generacional y, por lo tanto, tampoco frenará realmente el proceso de envejecimiento de la población suiza. A partir de estos dos casos podemos concluir, entonces, que tampoco la inmigración frenará por mucho tiempo el envejecimiento de la población total².

² INE, Movimiento natural de la población. Padrón continuo y Encuesta Nacional de Inmigrantes, 2007.

Gráfico No. 10

España: Pirámide de la población inmigrante, 2006



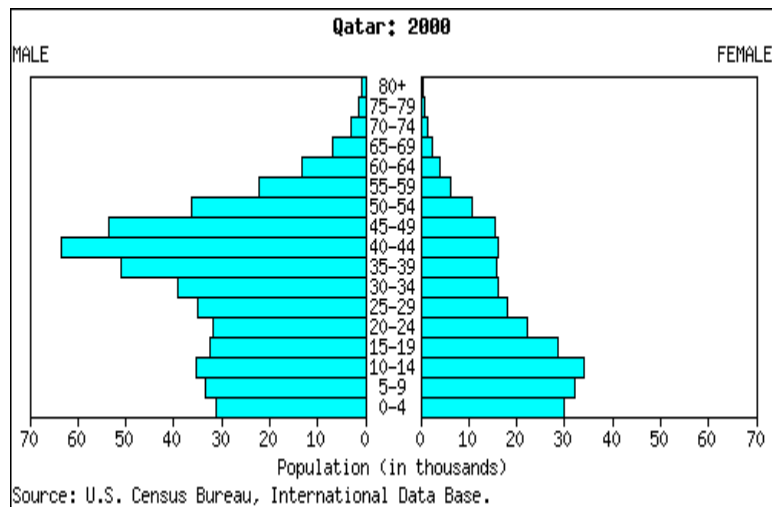
Fuente: elaboración propia con datos de la Explotación estadística del Padrón, en www.ine.es

La inmigración no podrá contribuir realmente a garantizar el reemplazo generacional, pero debido a la composición de la población relativamente joven, concentrada en edades reproductivas, la inmigración sí contribuye al crecimiento temporal de la natalidad. Así, el 24% de los nacimientos en los EE. UU. se atribuyen a mujeres inmigrantes, aunque esta población apenas representa el 12,5% de la total. En el Reino Unido, los nacimientos atribuibles a la inmigración son el 24% y en España el 25%, cada uno de estos países con 11% de población inmigrante. En otras palabras, una población que representa entre el 11 y el 12,5% de la población total de estos países, es responsable de la cuarta parte de todos los nacimientos. Lo anterior no es porque los inmigrantes se reproduzcan de manera muy diferenciada de la población no migrante, básicamente se debe a la composición joven de la población inmigrante. En los Países Bajos (según el CBS), el 30% de todos los nacimientos se atribuyen a la población inmigrante que representa el 20% de la población total. Luxemburgo cuenta con una población inmigrante del 37% de su población total. No extraña, entonces, que su tasa bruta de natalidad se encuentre claramente por encima de la media de la UE: 11,73 frente a 9,9 por mil.

La inmigración no necesariamente tiene un efecto positivo sobre la tasa de natalidad; ello depende también del índice de masculinidad de los inmigrantes. Cuando hay un marcado predominio varonil en la composición de la población inmigrante, el impacto de la migración sobre la natalidad es negativo, y es lo que sucede, por ejemplo, en los casos de las inmigraciones procedentes de Qatar, los Emiratos Árabes Unidos y Kuwait. El gráfico No. 11 muestra la estructura de la población de Qatar, la cual presenta un fuerte predominio masculino, sobre todo entre los 25 y 49 años de edad, o sea, en las edades más reproductivas. Este efecto inmigratorio complica de manera particular la capacidad de reemplazo generacional.

Gráfico No. 11

Estructura de la población de Qatar por sexo y edad en 2000



Una inmigración con un claro sesgo femenino, en cambio, tendrá el resultado opuesto. Esta situación inversa ocurre en España, donde claramente inmigran más mujeres que varones. Un índice de masculinidad inferior a 100 implica un mayor aporte de la migración a la tasa de natalidad. La población inmigrante brasileña en España, por ejemplo, presenta tal sesgo femenino favorable para efectos reproductivos, como se observa en el gráfico No. 12. La población marroquí en España, por el contrario,

supone el fenómeno opuesto, como puede apreciarse en el gráfico No. 13.

Gráfico No. 12

España: Pirámide de la población inmigrante brasileña, 2006

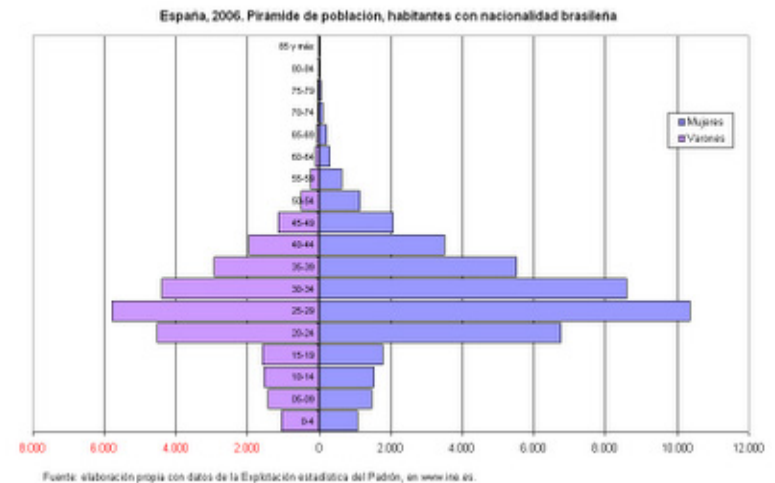
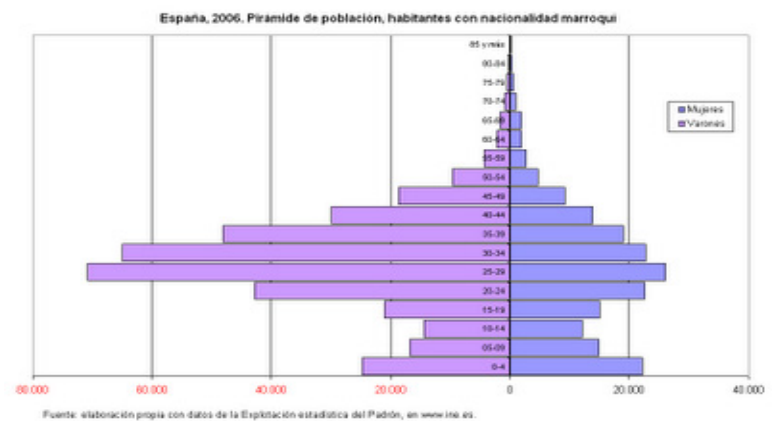


Gráfico No. 13

España: Pirámide de la población inmigrante marroquí, 2006



La subida del desempleo y la creciente xenofobia que la acompaña, contribuyen a frenar la inmigración en tiempos de crisis. Por eso, en los últimos años de la actual crisis económica ha disminuido la llegada de inmigrantes. En 2009, Luxemburgo, Suecia, Eslovenia, Italia y Bélgica registraron los saldos migratorios más positivos, mientras Irlanda registró el más negativo. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el retroceso en los flujos inmigratorios de vocación permanente entre 2007 y 2008 fue muy marcado en España, Irlanda, Italia y la República Checa (-25% o más) y en Dinamarca (hasta -40%). En 2010, la inmigración a la UE descendió a la mitad en relación a 2007, de acuerdo con Cristina Arhigo, portavoz para el empleo y los asuntos sociales de la Comisión Europea (CE). Con la crisis en España, la demanda de trabajo de los empleadores pasó de 200 mil en 2007 a menos de 16 mil en 2009, es decir, apenas el 8% de lo que fue dos años antes (Laronche, 2010). Con la baja de la inmigración, sin embargo, la capacidad de reemplazo generacional empeorará, pues la tasa bruta de natalidad descenderá más rápidamente. El resultado final tiende, por tanto, a tasas negativas de crecimiento poblacional.

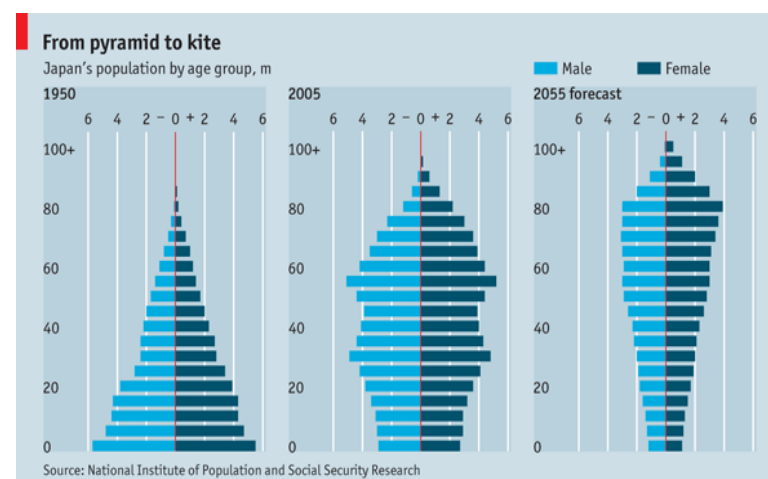
Hay, por otro lado, países o regiones con fuertes tasas de emigración. Entre los países o regiones con una tasa de emigración superior al 10% están Micronesia (21,04%), Cabo Verde (11,74%), Grenada (11,23%) y Trinidad y Tobago (11,20%). Con una tasa superior al 5%: Samoa, Ecuador, San Vicente, Guyana, Samoa oriental (estadounidense), Arabia Saudí, Groenlandia, Malí, Jamaica, Islas Vírgenes, Islas Marshall, Dominica y Seychelles. Llama la atención la fuerte presencia de las islas caribeñas en este contexto. Saldos netos de emigración se observan para casi toda América Latina. Países que muestran flujos emigratorios relativamente acentuados son México (3,84 por mil), El Salvador (3,4), Guatemala (2,26), Honduras (1,33), Nicaragua (1,12) y Haití (0,61). Los únicos países con un saldo migratorio positivo son Costa Rica y, en menor medida, Chile y Panamá. Bolivia, Brasil y Argentina se encuentran prácticamente en una situación de equilibrio. La tasa de natalidad disminuirá con mayor rapidez en los países con un marcado saldo emigratorio.

Sin los cambios recientes en los flujos migratorios, la ONU proyectaba que entre 2045 y 2050 habría 82 países de 191 (43%) con un crecimiento demográfico negativo (ONU, 2008: 132). Entre los años 2000 y 2005 había 24 países con un crecimiento poblacional negativo. Decrecieron en más de medio por ciento al

año: Montenegro, Bulgaria, Guyana, Ucrania, Estonia y Lituania; y en más de un cuarto por ciento: Serbia, Rusia, Bielorrusia, San Vicente, Georgia, Letonia y Hungría. Decrecieron también: Japón, Eslovenia, Rumania, Trinidad y Tobago, República Checa, Moldavia, Alemania, Croacia, Polonia e Italia. Esta lista se alargará con los actuales cambios en los flujos migratorios. La proyección de la población de Japón (que no tiene saldos migratorios positivos) de 1950 a 2055, nos ilustra el futuro de Occidente en general y de Europa en particular.

Gráfico No. 14

Japón: pirámide de población, 1950-2055



De acuerdo con Teresa Castro Martín, la mayoría de los estudios de la CE recomiendan un abanico de políticas a largo plazo dirigidas a incrementar la fecundidad. Quizá por ello, en los últimos tiempos se perciben algunas políticas de corte reformista respecto al envejecimiento de la población. Así, Francia ha emprendido esfuerzos en términos de subsidios familiares para acrecentar la fecundidad, cuyo importe aumenta por cada hijo nacido. Se reconoce un subsidio diario de presencia parental, y existe un complemento por la libre elección de la modalidad de cuidado de los hijos que se abona a la familia o a la persona que emplea directamente a una cuidadora acreditada o a una cuidadora

a domicilio de un niño menor de 6 años. Cuando un titular de pensión de vejez tiene o ha tenido hijos, el importe de la pensión suele subir. Hay un subsidio de estudios, supeditado al nivel de renta, por cada hijo en edad escolar, así como uno de vivienda destinado a cubrir, parcialmente, los gastos de vivienda de las familias con hijos. Si bien la tasa global francesa de fecundidad ascendió durante los últimos años a 1,97 hijos por mujer, aún no garantiza el reemplazo generacional.

Con todo, la tendencia del capital en la actualidad es a no invertir en la solidaridad intergeneracional y más bien fugarse hacia países periféricos en busca de mano de obra barata, abundante y en crecimiento. Por eso, el empleo en Occidente está en peligro, y aquellos países centrales con un crecimiento negativo sostenido se transforman en naciones inviables. La reacción conservadora apunta hoy a frenar la inmigración y promover el retorno a la familia patriarcal, pero lo cierto es que de no invertir en la solidaridad intergeneracional, garantizando así el relevo generacional, el panorama mundial será de un crecimiento negativo generalizado, y en primer lugar en Europa y Japón. Garantizar ese reemplazo generacional más allá del ámbito familiar, vale decir a nivel comunal y de la sociedad en su conjunto, constituye la verdadera solución. De cara al escenario de una sociedad sin capacidad de reemplazo generacional, y por ende insostenible, es preciso otorgar otro valor al trabajo hoy no pagado en los hogares privados y socializarlo. Sin un cuidado intergeneracional asumido por la comunidad de base y la sociedad en su conjunto, las naciones occidentales se tornarán inviables.

II. La capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo: la base económica del reformismo y la de la revolución

Introducción

Luego de esta primera parte demográfica, nos concentraremos en la lógica de la reproducción y sustitución de la fuerza de trabajo. Como dijimos, el capital busca siempre acortar la vida útil de los trabajadores y por eso trata de acrecentar su capacidad de reemplazo. La historia del capitalismo enseña que esta capacidad de reemplazo ha descendido en los países centrales.

Sobre esta base se instauró el reformismo político, que permitió a los trabajadores obtener mayor seguridad económica y social. Ahora bien, después de la incorporación generalizada de la fuerza de trabajo masculina en dichos países, que tornó a esta menos sustituible y por tanto más costosa, vino la incorporación masiva de la fuerza de trabajo femenina. La posterior universalización de esta incorporación, disminuyó igualmente su capacidad de reemplazo con la consecuente alza de su costo. Bajo la racionalidad económica actual, con tal universalización disminuye también el promedio de hijos por mujer y con ello, como ya vimos, baja la capacidad de reemplazo generacional. Es entonces que el capital recurre a la migración hacia esos países como último recurso para garantizar dicha capacidad de reemplazo y, en última instancia, la de la fuerza de trabajo.

La historia del capitalismo enseña asimismo que en los países periféricos, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo ha sido y en general sigue siendo elevada. La división de trabajo entre centro y periferia obligó a estos países a producir materias primas y productos agrícolas cuya vida media no podía acortarse, como veremos adelante. Solo la protección frente a las importaciones provenientes de los países centrales, permitió la aparición de nuevos países emergentes con su desarrollo industrial y tecnológico. En tiempos recientes este ha sido el caso, por ejemplo, de los llamados Tigres Asiáticos y China. A partir de la segunda posguerra, sin embargo, la mayoría de los países periféricos importan productos cada vez menos duraderos del Norte, vale decir, con una vida útil decreciente, y exportan productos cuya vida media no se puede acortar. Por esta razón, los términos de intercambio empeoraron desde entonces ya que la rotación de capital en los países periféricos fue muy baja al tiempo que en los centrales aumentó de manera incesante.

La falta de dinamismo en la expansión del capital, impidió la generalización de las relaciones asalariadas en muchos países de la periferia, y no en último lugar en América Latina y el Caribe. De ahí que por décadas, la capacidad sustitutiva de su fuerza de trabajo se ha mantenido elevada. Una elevada capacidad sustitutiva durante mucho tiempo, conlleva una absoluta falta de estabilidad económica y social que desemboca en inestabilidad política. Una menor capacidad sustitutiva, en cambio, implica una vida media útil relativamente larga de la fuerza de trabajo y, con ello, mayor estabilidad económica y social. Sobre esta base sí es posible lograr mayor estabilidad política; por el contrario, cuanto

más tiempo perdure un país sin instaurar estabilidad económica y social y sin perspectiva de salida, más explosiva se vuelve la situación política. Por eso, los países con alta capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo durante décadas son, en nuestra opinión, una bomba de tiempo. Luego, el potencial revolucionario más grande se encuentra en aquellos países de la periferia donde el capital ha penetrado bastante, pero no lo suficiente como para que se instaure una política reformista. Son, por ejemplo, los casos de Egipto y Túnez.

Para el capitalismo, todo lo sustituible le es beneficioso, incluida la tecnología. Desde la segunda posguerra, justamente la aceleración de la innovación y sustitución tecnológicas ha sido el motor de la acumulación capitalista. Hoy, sin embargo, la capacidad de reemplazo tecnológico resulta siempre más costosa, pues al disminuir la vida útil de la nueva tecnología su costo se dispara. Este fenómeno solo puede ser compensado mediante la búsqueda de mano de obra barata fuera de los países centrales. La consecuencia es una tendencia migratoria desde los países periféricos, con una elevada capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo, hacia los centrales, con una capacidad sustitutiva baja. El capital a la vez, migra hacia aquellos países periféricos donde dicha capacidad de reemplazo es mayor. De este modo, la capacidad de reemplazo aumenta de manera simultánea en el centro y la periferia.

Durante el siglo XIX y principios del XX, momento en que el reformismo político era incipiente, había una única vía que conducía hacia una situación revolucionaria. Hoy, en cambio, como consecuencia de la generalización del reformismo en los países centrales y muchos periféricos, hay dos vías que conducen hacia una creciente inseguridad económica y social. En efecto, a partir de la Gran Depresión del presente siglo se ha abierto otra posible vía desde una situación de reformismo político hacia una inseguridad económica y social, debido a la creciente capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo que predomina en la periferia. La primera situación podría ser particularmente explosiva en tiempos de crisis, mientras la segunda vía podría desembocar en primera instancia en un neofascismo, para más tarde, al perdurar la situación por largo tiempo, abrir un espacio hacia situaciones más revolucionarias. He aquí el objetivo central de esta parte del trabajo.

1. El capitalismo neocolonial en economías con poco desarrollo de mercado

Históricamente, la producción capitalista nace y se desarrolla en un medio no capitalista y a costa de este. Como resultado, en un inicio las relaciones no salariales (comunidades indígenas, pequeños campesinos, artesanos, vendedores) predominan todavía sobre el trabajo asalariado. Hoy, no son tantos los países donde la relación salarial sea muy incipiente (por debajo del 20%). Tenemos que señalar, no obstante, que son también los países con menos registros estadísticos. Esos países con menos de 20% de asalariados en su población económicamente activa (PEA) se concentran, aunque no con exclusividad, en el África Subsahariana. Mencionemos a Burkina Faso, Camerún, Chad, Madagascar, Malí, Malawi, Ruanda, Senegal, Sudán, Tanzania y Uganda. En América Latina y el Caribe nada más hallamos el caso de Haití. En Asia, podemos nombrar países como Afganistán, Bangladesh, Camboya o Laos.

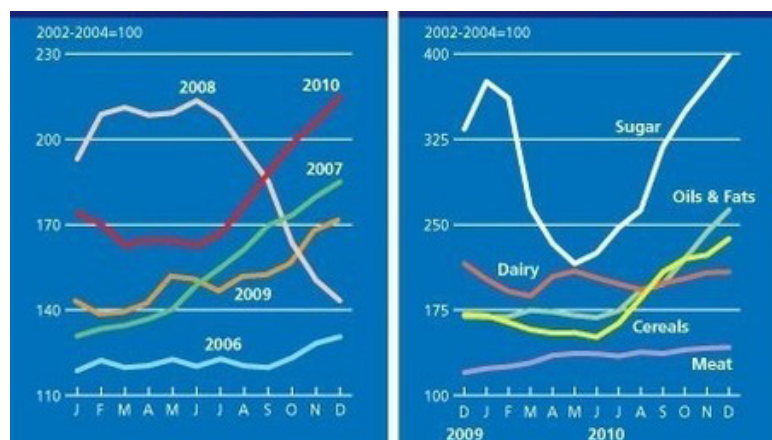
Se trata de economías sin mayor desarrollo del mercado. En una economía no monetizada y básicamente comunitaria, el trabajo no pago no se distingue del pagado. Tanto hombres como mujeres realizan, en esencia, trabajo no pago. La categoría de trabajo doméstico aparece como una forma más de trabajo no pago, no contrasta aún con el trabajo pagado. Trabajo doméstico, entonces, es una categoría que recién se desarrolla con la monetización de las relaciones sociales. En Burkina Faso, Malawi, Ruanda y Camboya, el porcentaje de asalariados es inferior al 12%, o sea, son economías sin una real presencia de mercado (OIT, 2000). Es interesante señalar que en estos países las tasas de actividad de hombres y mujeres distan muy poco entre sí. En efecto, hasta los 60 años de edad, ellas giran alrededor del 90% para las mujeres y las de los varones están levemente por encima del 95%. El trabajo infantil, en estos casos, es más un asunto de formación y socialización en la economía local. Alrededor de 1990, la OIT registró que en Burkina Faso trabajaba el 60% de los menores entre 10 y 14 años de edad, en Uganda el 45%, en Ruanda el 42%, en Madagascar el 33% y en Bangladesh el 31%.

Estamos hablando primordialmente de economías comunitarias donde la relación salarial en realidad no ha penetrado, con una incipiente economía de mercado y relaciones monetizadas apenas desarrolladas. Los subsidios a la producción de granos básicos en el Norte originan sobreproducción y exportación de

estos hacia los países periféricos, aunque sea en el marco de la cooperación. En tanto estos países empiezan a depender de esas importaciones, cualquier subida en el precio de los granos básicos a nivel internacional, debido a la especulación o la creciente demanda de agrocombustibles, provoca hambrunas. La consecuencia son revueltas y enfrentamientos populares como los vistos en 2008 en países subsaharianos, asiáticos y en Haití. Los precios subieron de nuevo en 2010, como se aprecia en el gráfico No. 15, y no es de extrañar que a partir de este 2011 haya otras explosiones sociales.

Gráfico No. 15

Índice de precios de alimentos y de las 'commodities', 2006-2010



Fuente: GEAB No. 52.

El neocolonialismo en el África subsahariana está sobre el tapete, en particular en aquellos países donde la relación salarial menos ha penetrado. A esto agregamos que los países con más desarrollo del mercado de trabajo y del capital, pero sin llegar a consolidar el reformismo, son los más propensos a un proceso paulatino de desconexión, como los que se han dado en América Latina y el Caribe, África y Asia. Aun así, se trata de naciones frágiles y víctimas relativamente fáciles de intentos neocoloniales,

como hemos visto con la reciente ocupación de Haití o los intentos de partir al Sudan en dos. Las luchas de estos países, por tanto, podrían acontecer de nuevo en el marco de la descolonización.

2. La fase orgiástica del capital: gran capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo

Diferente es el caso de aquellos países periféricos donde la relación del mercado y el capital han penetrado más en sus respectivas economías, pues ello supone una mayor disolución del nexo no capitalista y la consecuente liberación de fuerza de trabajo para incorporarla al nexo capitalista. Podemos afirmar que en aquellos países donde la PEA cuenta con un porcentaje de asalariados de entre 20 y 50%, el capital opera y domina de manera muy visible y las relaciones de intercambio están bastante monetizadas. En estos países, pues, el capital ha penetrado y domina aun cuando las relaciones asalariadas todavía no predominan. Los países con información estadística disponible cuya PEA cuenta entre 20 y 39% de asalariados son, en África: Cabo Verde, Guinea Ecuatorial, Lesoto y Zimbabue; en Asia: Bután, Malasia, Indonesia, Mongolia, Nepal, Pakistán y Vietnam. Los países cuya PEA incluye del 40 al 50% de asalariados, se encuentran en un estado de desarrollo algo mayor del capital. En África son: Etiopía, Gabón y Marruecos; en Asia: Siria, Yemen y Tailandia; y en América Latina: Bolivia, Paraguay y Honduras.

La existencia de un nexo no capitalista aún mayoritario, ofrece a los capitalistas la posibilidad de reemplazar o sustituir la fuerza de trabajo deteriorada por otra proveniente del nexo no capitalista en disolución progresiva. En tal caso, los capitalistas están en condiciones objetivas de pagar salarios que no permiten la subsistencia del trabajador, y mucho menos la de una familia. Esto condena a los trabajadores a vivir en condiciones inhumanas, sin ninguna estabilidad laboral ni seguridad económica o social. Por consiguiente, la vida media útil de la fuerza de trabajo es muy reducida debido, entre otras causas, a las insalubres condiciones de trabajo, la mala nutrición y las pésimas condiciones de vivienda.

Cuando las relaciones sociales se monetizan, el trabajo doméstico aparece cada vez más como trabajo no pago frente a otras actividades remuneradas. Esto se traduce en la percepción social de que el trabajo no pago en torno al hogar, deja de ser visto

como trabajo; con esta percepción siempre más socializada, la participación de las mujeres en la actividad económica desciende. Esta percepción es más fuerte, por ejemplo, en países musulmanes que en el África subsahariana, donde las economías comunales y las culturas autóctonas muestran mayor resistencia ante el avance de la economía de mercado. Así, en Pakistán, donde el 37% de la PEA es asalariada, la actividad económica de las mujeres en edades entre los 20 y 60 años oscila apenas entre el 15 y el 20%. En Paraguay, en cambio, donde la PEA comprende un 48% de asalariados, la participación femenina en la PEA oscila entre 20 y 30%; y en Honduras, con un 49,9% de asalariados, las tasas de actividad de las mujeres varían entre 30 y 45%.

El cuadro anterior contrasta con la situación en países donde la economía comunitaria y local no se ha desintegrado tanto. Así, en Bolivia, donde la PEA cuenta con un 33% de asalariados, las tasas de actividad de las bolivianas en las edades más productivas fluctúan entre 45 y 55%; y en Zambia, cuya PEA incluye un 30% de asalariados, las tasas de actividad de las mujeres alternan entre 50 y 75%; mientras en Indonesia, con una PEA con el 34% de asalariados, las tasas de actividad de las indonesias oscilan entre 50 y 60%. Aunque no podemos entrar en explicaciones de casos, sí podemos afirmar que la desintegración de la economía comunitaria en Zambia y Bolivia ha sido más difícil que la disolución las relaciones no capitalistas en Honduras, Paraguay y probablemente Pakistán, por ejemplo. En Zambia y Bolivia, el nexa no capitalista es más resistente al avance del capital pues la economía comunitaria perdura, y por eso la distinción entre trabajo no pago y trabajo pagado es menos fuerte. Al mantenerse relativamente integradas las relaciones comunales, también la participación femenina en la PEA se mantiene elevada. En cambio, en países como Paraguay y Honduras, las relaciones sociales más individuales muestran menos resistencia a la lógica del mercado.

Como ya se dijo, cuando una minoría de la PEA se encuentra bajo relación asalariada, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo es muy elevada, y más elevada todavía cuanto más desintegradas sean las relaciones en el nexa no capitalista. Esta elevada capacidad de reemplazo se traduce en sobreexplotación de la fuerza de trabajo, la cual se expresa en jornadas largas y extenuantes, salarios miserables que obligan a vivir en hogares insalubres, aceptar trabajos inestables que impiden entablar relaciones familiares sostenibles, etc. A menudo, los hogares suelen desintegrarse por migraciones en busca de trabajo. Estos

hogares, además, suelen ser extendidos con presencia de otros familiares y no familiares. Todo ello en el marco de una lucha por la sobrevivencia.

En medio de esto es frecuente el trabajo infantil, ya como forma de explotación. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha realizado estimaciones para medir este tipo de trabajo (OIT, 2000). En Bután (cuya PEA comprende un 40% de asalariados), el 58% de niños y niñas entre 10 y 14 años trabaja; en Tailandia (con 44% de asalariados), el 70% de menores entre 10 y 19 años trabaja; en Nepal (con 25% de asalariados), el 60% de niñas y niños entre 10 y 14 años trabaja; en Etiopía (con 46% de asalariados), el 45% de los menores trabaja. En América Latina, el trabajo infantil registrado es menos generalizado. Así por ejemplo, en El Salvador y Colombia (ambos con 54% de asalariados), el 35% de los niños y las niñas de 10 a 14 años de edad trabaja; y en Guatemala (con 50% de asalariados), el 28%.

Un elevado índice de trabajo infantil en países con 35% o más de asalariados en la PEA revela, sin duda, situaciones de sobreexplotación. Esta permite a los capitalistas reemplazar permanentemente la fuerza de trabajo desgastada, por lo general de más edad, por otra más productiva y muy joven. Cuanto más joven, menor el pago y mayor la sobreexplotación. La nueva mano de obra que reemplaza a los destituidos, además de ser reclutada entre los hijos de los asalariados, más a menudo proviene de los trabajadores independientes en el nexa no capitalista en disolución. Esto suele ser acompañado de procesos migratorios del campo a ciudad. Toda esta fuerza laboral potencial en movimiento busca su suerte en el nexa capitalista, y constituye un ejército de reserva que ejerce una presión constante sobre los trabajadores activos en el mercado capitalista de trabajo.

Cuando la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo es muy elevada, con frecuencia los trabajadores son despedidos a edades relativamente jóvenes; por ende, su expectativa de vida útil para el capital es relativamente corta. En el caso de Honduras (con 49% de asalariados), por ejemplo, la edad mediana de la vida útil de los trabajadores asalariados está por debajo de 30 años de edad (véase Dierckxsens, 2000). Al abandonar el nexa capitalista, los trabajadores despedidos han de buscar su refugio en algún trabajo por cuenta propia para poder sobrevivir en condiciones aún más precarias. Sin embargo, en el nexa no capitalista hay trabajadores de todas las edades que, en conjunto, ejercen una presión continua sobre el mercado de trabajo en todas las edades. En medio de esta

inseguridad económica y social, la clase trabajadora se reproduce como clase frente al capital, a pesar de que los trabajadores no pueden reproducir sus condiciones mínimas de vida. Tampoco lo logran los amplios sectores del nexo no capitalista, debido al proceso permanente de su destrucción.

Al vivir en condiciones muy precarias y consciente de su perenne inestabilidad económica y social, al obrero le parece que no le pagan por su trabajo, ni aun por su fuerza de trabajo, y tiende a rebelarse. Con todo, sus reivindicaciones no encuentran oídos en la clase burguesa. La posibilidad de sustituir la fuerza de trabajo rebelde, con o sin represión, opera como quebrantahuelgas y constituye un freno para la efectiva organización. Los capitalistas están en condiciones de masacrar a la población, si fuere necesario, para imponer sus intereses a expensas de la clase trabajadora. Es la era de la dictadura del capital o la llamada fase orgiástica del capital, tal como Marx la describió al analizar la condición de la clase trabajadora en la Inglaterra de principios del siglo XIX. Es también la fase siempre más añorada por la burguesía, hoy incluso a escala mundial.

3. La base económica del reformismo burgués: límites de la capacidad de reemplazo

En la medida en que el capital penetra en más sectores y zonas de un país, más avanza la desaparición de las formas no capitalistas de producción. La consecuencia de este proceso es la transformación progresiva de la clase trabajadora en un ejército de asalariados. La tendencia a la desaparición de las relaciones no asalariadas disminuye las posibilidades de sustitución o reemplazo de la fuerza de trabajo deteriorada en el nexo capitalista por otra reclutada fuera de este. Una proporción cada vez mayor de trabajadores depende, para reproducir su fuerza de trabajo, de la venta de esa única mercancía que poseen. Actualmente son bastantes los países periféricos donde la relación salarial sobrepasa el 50% de la PEA, pero sin alcanzar las dos terceras partes de dicha PEA. El análisis de esta situación, con mayor potencial revolucionario, lo dejamos para un momento posterior en este trabajo.

Hoy, en muchos países más de dos terceras partes de la PEA son asalariadas. En primer lugar tenemos ahí todos los países

Europeos, incluyendo a Rusia y los países de Europa Oriental. Luego están los EE. UU., Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón, todos con más del 80% de asalariados y en algunos casos más del 90%. Sin embargo, bastantes países periféricos se hallan también en esta situación. En América Latina tenemos a Surinam (80%), Argentina (75%), Costa Rica (73%), Chile (72%), Uruguay (70%) y Panamá (69%). En el Caribe hay muchas pequeñas islas con más del 66% de asalariados en la PEA; entre ellas, Antigua, Aruba, Bahamas, Barbados, Cuba, Islas Caimán, Saint Kits, San Vicente y Trinidad y Tobago, todas superan el 80%. En Asia tenemos a Qatar (99%), Emiratos Árabes Unidos (97%), Brunei (95%), Macao (China) (91%), Hong Kong (89%), Omán (88%), Israel (87%), Singapur (85%), Taiwán (75%), Malasia (74%) y Corea del Sur (68%). En África mencionamos a África del Sur (82%), Seychelles (81%), Mauricio (79%), Suazilandia (76%), Botsuana y Namibia (73%), y Santo Tomé y Príncipe (71%).

La disminución del nexo no capitalista a menos de un tercio de la PEA, limita la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Los capitalistas, como clase, se ven obligados entonces a prolongar la vida media útil del trabajador. Para mantener la productividad del trabajo a través de un período productivo cada vez más dilatado es preciso conservar la fuerza de trabajo, porque solo de esta forma se preserva esta fuente de ganancia. Históricamente, la primera seguridad social se introdujo en el último cuarto de siglo XIX en Alemania y luego se difundió a otras naciones europeas. En América Latina el seguro social se instauró primero en Chile (1923) y pronto se introdujo en Uruguay y Argentina. En Costa Rica se estableció en 1948, cuando dos terceras partes de su PEA se encontraban bajo relación salarial. En 1985 los países latinoamericanos con más del 70% de la PEA asegurada eran Argentina, Chile, Uruguay, Costa Rica, y las mencionadas islas caribeñas como Trinidad y Tobago. En Cuba, había una cobertura universal.

La prolongación de la vida media útil de los trabajadores como asalariados desplaza la edad media hacia edades superiores. Verbigracia, la edad mediana de los trabajadores bajo relación salarial en Costa Rica tiende hacia los 45 años frente a menos de 30 en Honduras. Luego, para mantener los mismos niveles de productividad se requiere siempre más conservar la fuerza de trabajo, vale decir, seguridad social. Ahora, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo en el nexo capitalista exige de manera creciente el reemplazo generacional. Y la capacidad de

reemplazo intergeneracional se garantiza básicamente mediante la reproducción de la fuerza de trabajo en el plano familiar. A partir de entonces, la preservación y reproducción de la fuerza de trabajo en el ámbito familiar se vuelve una condición necesaria para la reproducción del capital. Este solo se puede reproducir como capital en tanto la reproducción de la fuerza de trabajo esté garantizada a este nivel, esto es, garantizando la capacidad de reemplazo intergeneracional. La importancia de la familia nuclear adquiere desde ese momento dimensiones históricas. En esta época, la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo es relativamente reducida.

No podemos entrar en cada caso y tenemos que conformarnos con ciertos ejemplos. En los años ochenta y noventa del siglo XX, más del 60% de los hogares costarricenses estaban constituidos por parejas solas y parejas con hijos solteros. Los hogares más extendidos (la familia nuclear con hijo casado o con pariente solo) representaban un 20% del total. Es una herencia de tiempos pasados. Los hogares monoparentales en Costa Rica no pasan del 10% y los unipersonales son apenas el 5%. Las dos modalidades juntas no sobrepasan el 15% de los hogares (véase, Reuben, 1986: 16; Kuhlmann y Soto, 1995: 96). En cambio, esas últimas dos formas juntas representan hoy el 60% de todos los hogares en Alemania y el 67% en Suecia y Dinamarca. En estos países, como veremos más adelante, la reproducción de la fuerza de trabajo ya no ocurre más en el plano familiar.

En Costa Rica, el seguro social comenzó con la cobertura del asegurado directo, esto es, asegurando nada más al propio trabajador. La conservación de la fuerza de trabajo solo adquirió carácter familiar a lo largo de los años, cuando se evidenció la necesidad del reemplazo intergeneracional. Así por ejemplo, en 1954 el 24% de la PEA (los asegurados directos) se encontraba bajo cobertura, frente a apenas el 7% de la población total. Fue a partir de la segunda mitad de los años setenta, cuando más del 70% de la PEA del país trabajaba como asalariado, que el asegurado familiar empezó a tener mayor cobertura, de ahí que en 1980 el seguro social cubría el 74% de la población total contra el 67% de la PEA. Como resultado, el país tiene hoy una expectativa de vida de 79 años, la más alta de América Latina y solo levemente inferior a la de Alemania (Miranda, 1994: 122-24; Memoria CCSS, 1995: 7).

A medida que se generaliza la relación salarial, desde el punto de vista de la burguesía se hace necesaria la mejor reproducción y conservación de la fuerza de trabajo, y se fortalece la posición

de fuerza de la clase trabajadora para exigírsela. En otras palabras, al mismo tiempo que desaparece el nexo no capitalista y disminuye la capacidad de reemplazo de los trabajadores, se fortalece la capacidad reivindicativa de estos. En segundo lugar, con la generalización de las relaciones salariales en más sectores y grandes empresas, crece objetivamente la capacidad organizativa de los trabajadores. Como consecuencia, los salarios tienden al alza y la jornada laboral a la baja. Por eso, un mismo trabajo en un país con baja capacidad de reemplazo es mejor pagado que en una nación con una capacidad sustitutiva más elevada. De ahí también, que los flujos migratorios suelen ser de estos últimos países hacia aquellos con mayor estabilidad económica y social.

En el momento que objetivamente la capacidad combativa de la clase trabajadora sube, la burguesía, como clase, comienza a ser parte interesada en materia de una mejor reproducción y conservación de la fuerza laboral. De igual modo, a partir de ese momento histórico las luchas en materia salarial y condiciones de trabajo tienden cada vez menos a llevar a las partes al campo de batalla y más a la mesa de negociación. Los sindicatos suelen adquirir entonces carácter institucional legal. Todo esto empieza a tener la apariencia de una relación pacífica entre dos clases antagónicas. Y el Estado, antes esencialmente un poder represor, adquiere ahora forma democrática. Es la era de la democracia burguesa y el principio del llamado Estado de Bienestar.

Los aumentos salariales, las restricciones al trabajo infantil y femenino, la necesidad del seguro social, entre otros, limitan la fuente de plusvalía absoluta y complican la posición de competencia de la burguesía frente a las de otros países donde la relación salarial no está generalizada. Para garantizar su posición competitiva, a la burguesía no le queda otra alternativa que incrementar la productividad del trabajo. Esto demanda mayor desarrollo tecnológico, que a su vez requiere un proceso de educación generalizado y más desarrollado. Surge entonces la fuerza de trabajo calificada, distinta de la no calificada. El desarrollo cuantitativo de la relación salarial lleva, pues, a su desarrollo cualitativo: la fuerza de trabajo comienza a diferenciarse cualitativamente.

Cuanto más especializada sea la fuerza de trabajo, menos abundantes suelen ser los centros para su formación (reproducción). Y cuanto menos centros de formación haya para reproducir determinada fuerza de trabajo calificada (mediante la constitución de gremios profesionales), tanto menor su capacidad

de reemplazo, tanto mayor su posibilidad de ejercer influencia sobre su oferta en el mercado de trabajo y, por ende, tanto mayor tenderá a ser su salario en el mercado (Dierckxsens, 2000: 52). Ahora, cuanto mayor sea el costo de reproducción de la fuerza de trabajo, mayor importancia adquiere su conservación. De ahí, por ejemplo, que en 1963 el seguro social de Costa Rica cubría el 70% de los profesionales (menos sustituibles) contra el 32% de los obreros (más sustituibles) y únicamente el 1,3% de los campesinos del nexo no capitalista. En 1991, en cambio, el 71% de los obreros (cada vez menos sustituibles) estaba asegurado, e incluso el 30% de los campesinos independientes algo más acomodados (con capacidad de pago) contaba con seguro voluntario³.

Conforme hay un mayor desarrollo tecnológico, mayor también la demanda de fuerza de trabajo calificado. Pero como las familias con más educación tienden a tener menos hijos que aquellas con escasa formación, dicha demanda resulta mayor que su oferta. Y es que la fuerza de trabajo no calificada recibe un salario para reproducirse como no calificada y no según las aspiraciones que tenga para con sus hijos. Los trabajadores con familias más pequeñas que la media social, por su parte, pueden utilizar los recursos y la energía que de otro modo dedicarían a criar más hijos, para el ascenso social de menos hijos que la media social. En efecto, al tener menos hijos que el promedio social, los gastos de reproducción de la fuerza de trabajo (familiar) son menores. Este ahorro puede utilizarse para el ascenso social, vale decir, para acrecentar las posibilidades de obtener un mejor ingreso para sus hijos. Aquí el Estado tiene un papel en la construcción y el manejo de escuelas y colegios públicos. Con todo, lo cumplirá fundamentalmente en tiempos de expansión, y mucho menos en épocas de contracción como la que se vive en la actualidad; es decir, solo lo hace acorde con la demanda del capital.

Para lograr la movilidad social ascendente, la unidad familiar se transforma en una unidad estratégica con tal fin. Así, el promedio de hijos por familia desciende de modo paulatino según la fracción de clase. En 1985, por ejemplo, la tasa global de fecundidad de las mujeres costarricenses con ingresos altos era de 2,2 frente a 5,1 entre mujeres con ingresos más bajos. Parte de los costos del ascenso social, por tanto, es cubierta por la propia clase trabajadora. Debido a la gran energía y el esfuerzo que implica este ascenso social, el capital, además, recluta la fuerza

³ Véanse, Censos de población de Costa Rica 1963, 1973, 1984, 1994.

de trabajo calificada mejor motivada. Finalmente, la movilidad social ascendente, por un lado, hace aparecer a la sociedad como si estuviera estratificada y, por otro lado, como dependiendo de la voluntad del propio individuo qué posición ocupa dentro de ella. Esto da pie a una ideología pequeñoburguesa con una concepción reformista.

Cuanto mayor sea el grado de formación de la población, más elevadas las tasas de participación en la PEA. La baja capacidad sustitutiva de la fuerza de trabajo calificada masculina, suscita la necesidad de incorporar a las mujeres calificadas al mercado de trabajo. Por eso, las tasas de participación de personas calificadas son altas y no muy diferentes entre varones y mujeres. Esto es válido para todos los países sin importar la capacidad de reemplazo a nivel de la sociedad en su conjunto, como hemos mostrado empíricamente en el estudio *Del neoliberalismo al poscapitalismo*. Para que el movimiento de ascenso social de generación en generación tenga continuidad, se debe reducir también la fecundidad de una generación a otra. Luego, el promedio de hijos por mujer desciende de manera constante hasta llegar, finalmente, al extremo de no garantizar más el reemplazo generacional, situación que acontece hoy en todos los países centrales y más allá de ellos.

El capitalismo no solo exige fuerza de trabajo calificada en bruto, la exige además con experiencia. Una parte de la formación de la fuerza de trabajo calificada se recibe entonces a través de la experiencia. Y la fuerza de trabajo con experiencia suele ser menos reemplazable que la que carece de ella y, por lo tanto, suele ser mejor pagada. La acelerada innovación tecnológica, sin embargo, torna rápidamente obsoleta la experiencia obtenida con anterioridad; por eso, los adultos mayores se convierten en obstáculo para acrecentar o incluso mantener la productividad del trabajo. Las generaciones mayores (incluso las muy calificadas) se vuelven, en fin, más reemplazables y tienden a ser un estorbo para el capital y los capitalistas, como clase, se ven obligados a reemplazar esta fuerza de trabajo por otra más joven y actualizada. Solo que con la contracción del nexo no capitalista, se agota asimismo la posibilidad de expulsar fuerza de trabajo hacia él; de ahí la necesidad histórica del retiro de tal fuerza de trabajo mediante el seguro de vejez. Primero se introduce este seguro para la fuerza laboral más calificada y más tarde, cuando su capacidad de reemplazo también se limita, a la menos calificada.

4. La obsolescencia planificada: la capacidad de reemplazo de los productos

El constante desarrollo de las fuerzas productivas implica una reducción del trabajo necesario para producir la misma masa de productos o valores de uso. Dicho de otro modo, una misma masa de trabajo es capaz de generar un creciente volumen de productos y valores de uso, sin aumentar la masa de valor. La consecuencia es una economía de escala. La masificación de la producción desplaza el centro de gravedad de los problemas de la producción hacia los de la reproducción. De esta forma, aparentemente, se agudiza la contradicción entre las capacidades productivas ilimitadas y los límites de la demanda efectiva en el mercado. He aquí la esencia de toda crisis capitalista. La realización de los productos y valores de uso condiciona a su vez la realización de los medios de producción, ya que sin la venta de los primeros, se vuelven superfluos los últimos.

En realidad, la sociedad capitalista produce de manera creciente productos y servicios dispensables y hasta destructivos, esto es, que no reafirman la vida de la colectividad. Las 'necesidades' individualizadas, de las que hablan los economistas neoclásicos, parecen ilimitadas. No satisfacen las necesidades reales de la vida de la colectividad, pero permiten la reproducción del capital. He aquí la esencia de la racionalidad vigente. Igualmente, se hacen productos más desechables. Cuando se planifica un incremento del desgaste físico o moral (por la moda) de los productos, crece la llamada propensión al consumo. Lo mismo sucede cuando se generan productos y servicios dispensables o incluso destructivos.

Al acortarse la vida media de los productos, el trabajo 'necesario' para reproducir la fuerza de trabajo reducida por el desarrollo tecnológico, ha de repetirse por haberse acortado la vida media de los productos como valores de uso. La riqueza en valor producida aumenta a costa de su permanencia como valor de uso. La reducción de la vida media de los valores de uso, entonces, opera como si se hubiese invertido trabajo superfluo para producir la misma riqueza presente. Desde la óptica de los valores de uso o de contenido de la riqueza, la productividad del trabajo ha disminuido. Sin embargo, al acortarse la vida media de los valores de uso, se acorta el ciclo de reproducción del capital y

de la realización de valores y ganancia. Desde la óptica del valor y la ganancia, la productividad del trabajo aumentó. Esta es la esencia de la racionalidad vigente.

Durante la era keynesiana, las fronteras nacionales constituían el espacio económico por excelencia dentro del cual se reproducían el capital y la fuerza de trabajo. La economía de escala y el consumo en masa con políticas más liberales, solo son posibles en países con una población numerosa como los EE. UU. La introducción de una economía de escala demanda otras políticas de reproducción de la fuerza de trabajo en naciones con una población relativamente pequeña como Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda o Canadá. Una mayor nivelación del ingreso facilita la demanda efectiva en los países centrales más pequeños. Una distribución niveladora y más equitativa de la masa salarial, permite que la economía de escala funcione aun en naciones pequeñas. He ahí la tierra más fértil para la socialdemocracia y el Estado de Bienestar.

En los países centrales con menor población, las reivindicaciones de la clase trabajadora suelen coincidir en mayor grado con los intereses del gran capital. Estas sociedades se nos aparecen como siendo capaces de satisfacer necesidades ilimitadas para la colectividad. Aparecen como sociedades de bienestar para las grandes mayorías, donde hay un mayor grado de igualdad de derechos económicos y sociales. Pero, en esencia no se trata del paraíso en tierra, sino de un consumo bien repartido para incrementar la demanda efectiva y así garantizar mejor la reproducción del capital. El reformismo y la alienación adquieren aquí su expresión máxima.

Ahora bien, conviene aclarar que no es posible acortar por igual la vida media de todos los productos. Es más difícil manipular la vida media de las materias primas y los productos agrícolas que la de los bienes de consumo duradero o los medios de producción. Los países periféricos se han especializado en la producción y exportación de materias primas y productos agropecuarios, debido a la división mundial de trabajo entre centro y periferia y sus relaciones de poder. Y la vida media de estos productos no se puede manipular con tanta facilidad. Apenas recientemente, empresas como Monsanto han conseguido manipular genéticamente las semillas, obligando a volver a comprarlas después de cada cosecha. Los países centrales, en cambio, se especializaban en bienes de consumo duradero y maquinaria, cuya vida media se puede acortar de manera planificada. Con ello se abre la era de la obsolescencia planificada y crece la demanda efectiva de los

productos de los países centrales, pero no así de los productos de la mayoría de los países periféricos.

Mientras los países periféricos no protejan su proceso de industrialización, han de importar productos de una vida media cada vez más corta. Y para poder comprar esos productos siempre más desechables, se ven obligados a ofrecer más cantidad de sus productos cuya vida media no es manipulable. El resultado: una sobreoferta internacional de estos productos con una demanda efectiva mucho menos elástica, cuyos precios de exportación tienden entonces a la baja, lo contrario de lo que sucede con sus importaciones. Con el transcurso del tiempo los términos de intercambio de los países periféricos empeoran, es decir, su poder de compra disminuye. Para poder sostener la demanda efectiva sin capacidad de pago, ellos se han endeudado con los países centrales.

Entre 1970 y 1982, por ejemplo, el poder de compra de los países latinoamericanos (no exportadores de petróleo) se redujo a dos tercios de lo que fue en 1970. La deuda externa alcanzó en 1982 el 33% del producto interno bruto, unas tres veces el valor de las exportaciones (CEPAL, 1984: 50, 63s). Desde entonces, las políticas neoliberales estrangulan a todos aquellos países periféricos que se encuentran en la misma situación. La consecuencia es un estancamiento en el desarrollo de la relación salarial por décadas, como veremos más adelante.

5. La capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo masculino y femenino

En los países centrales el cuadro es exactamente al revés. Con la reducción de la vida media de los productos la rotación del capital aumenta sin cesar, elevando la tasa de ganancia. En la época de la segunda posguerra —la era keynesiana— se produjo en los países centrales un crecimiento sostenido del capital, lo que implicó una acelerada generalización de la relación salarial. Esta incorporación generalizada de la fuerza de trabajo supuso, en primer lugar, la absorción de toda fuerza de trabajo masculina disponible en un país. Así, en 1970, más del 87% de la PEA masculina en Suecia, Canadá y los EE. UU., estaba asalariada; en Suiza, Alemania, Holanda y el Reino Unido, más del 85%. En Australia, Nueva Zelanda, Noruega, Luxemburgo, Dinamarca y Francia, el 80% o

más. Más atrás venían países como España (73%), Japón (70%) o Portugal (66%), (OIT, 1990).

Desde entonces, la capacidad de reemplazo de la mano de obra masculina se redujo mucho y tendió a presionar sobre el alza salarial. No extraña que en este contexto, a partir de los años setenta se promocionara la incorporación masiva de las mujeres a la actividad económica. En Suecia, por ejemplo, entre 1970 y 1991 la participación de las mujeres con edades de 30 a 60 años aumentó por encima del 75%. En 1991, la participación femenina era levemente más baja (5% en promedio) que la masculina en esas edades. Durante el mismo período, en España y Portugal la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo masculina aún era elevada. La participación de las mujeres entre los 30 y 60 años, por consiguiente, era todavía relativamente baja en la década de los setenta (inferior al 15%). Entre 1971 y 1992, también en España la participación femenina se incrementó de forma sustancial; no obstante, los niveles de participación de las mujeres españolas en 1992 eran aún más bajos que los observados en Suecia veinte años antes.

Un efecto de la generalización de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, fue la menor capacidad de reemplazo de esta fuerza de trabajo. En 1991, más del 90% de los hombres y las mujeres suecos con edades de 50 a 54 años trabajaban, y más del 80% entre 55 y 59 años de edad. Esto revela una muy limitada capacidad de reemplazo de ambos sexos, con lo cual los salarios tienden a nivelarse. En 1974, por ejemplo, en un 55,5% de los casos las mujeres estadounidenses ganaban menos del 75% del salario medio, cifra que veinte años después, en 1994, se redujo a 42,5%. En el Reino Unido este cambio fue de 17%, pasando de 64,3% a 53,3% entre 1974 y 1986.

Como consecuencia de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo creció la capacidad de reemplazo de los varones, lo que rebajó la presión sobre el alza salarial. Así, el porcentaje de varones estadounidenses que ganaba menos del 75% del salario medio pasó del 18,4 al 27,3% entre 1974 y 1994. En el Reino Unido, ese porcentaje subió de 11,2% en 1974 a 22,1% en 1986, un alza del 97% en doce años. Aunque se mantienen claras diferencias salariales por género, la tendencia a la nivelación se da, por ende, por dos vías: una tendencia a la baja del salario de los varones y otra al alza del de las mujeres (OIT, s. f.: 72s).

Bajo estas nuevas condiciones, la división familiar del trabajo ha de permitir que el hombre no se dedique con exclusividad a la

producción de ganancia. Las mujeres dejan de ser amas de casa con dedicación exclusiva. En otras palabras, la división familiar del trabajo existente no permite que las mujeres se dediquen de forma óptima a lo esencial: estar al servicio del capital. Se precisa, pues, un cambio en dicha división para que ambos, varones y mujeres, estén al servicio del capital. En el pasado, cuando las mujeres profesionales participaban en el mercado laboral casi con la misma intensidad que sus iguales varoniles, se solía contratar personas con menos formación para las tareas domésticas. Con la generalización de la participación femenina en el mercado de trabajo, esta posibilidad de reemplazo se agota. Es a partir de aquí que la lucha femenina por los mismos derechos económicos, sociales y políticos, despegaba realmente.

Con todo, la generalización del trabajo asalariado entre las mujeres no significa que ellas dejen de estar subordinadas en la sociedad como un todo. En lugar de dedicarse a toda clase de trabajos al servicio de sus maridos y familia, o sea, de estar subordinadas al trabajo pagado de sus parejas, ahora suelen ser contratadas en trabajos al servicio de los demás en la sociedad y en roles de subordinación. Al respecto, los puestos directivos y gerenciales muestran un sesgo masculino muy acentuado. Por tanto, la subordinación del trabajo no pagado al pagado, funcional para la acumulación más eficiente del capital en tiempos pasados, es sustituido ahora por trabajos femeninos mal pagados y en roles de subordinación a trabajos directivos y gerenciales masculinos en la sociedad como un todo.

En apariencia, esta situación se nos presenta como de subordinación de la mujer al hombre. Pero en esencia, el capital explota los diferentes recursos humanos según la productividad esperada en los diversos trabajos. En otras palabras, los empresarios esperan un mejor rendimiento de las mujeres en papeles de subordinación que de los hombres. Esta situación tiende a cambiar con el tiempo merced a las luchas de mujeres, sin embargo ello podría abarcar generaciones, al igual que sucede con la división del trabajo en el hogar. En tanto esta situación se reproduce en el tiempo, conlleva una relativa segregación de los mercados de trabajo por género, tal como sucede a partir del racismo.

Con la generalización del trabajo femenino en el mercado laboral, la unidad familiar se vuelve cada vez más superflua como unidad de reproducción de la fuerza de trabajo. Las mujeres ya no necesitan del matrimonio para poder reproducir su fuerza de trabajo, pues lo pueden hacer de manera individual. Así, la

'emancipación' de la mujer durante el capitalismo, supone la 'emancipación' del individuo. Este proceso de emancipación aparece como si cada individuo viviera para sí y se realizara para sí, cuando, en esencia, viven y trabajan para el capital. Para poder hacer carrera individual es imposible tener hijos a tempranas edades. Con un solo salario, difícilmente se tengan más hijos. De ahí que en Suecia, Dinamarca y Holanda, los hogares unipersonales son el doble de frecuentes que los hogares monoparentales. Ellos juntos representan más de dos tercios de la totalidad de hogares en Suecia y Dinamarca, el 60% en Alemania y más del 50% en Holanda y Canadá. La tasa global de fecundidad de todos y cada uno de estos países, por consiguiente, se halla muy por debajo de la capacidad de reemplazo generacional. En 2010, la tasa global de fecundidad para Alemania era de 1,42 hijos por mujer, en Canadá 1,58, en Holanda 1,66, en Suecia 1,67 y en Dinamarca 1,74.

6. La migración internacional, último resorte para el reemplazo generacional

Cuando el trabajo femenino se generaliza, la masiva inmigración a los países centrales permite, al menos en el corto plazo, una mayor capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo no-migrante que disminuye la presión sobre el alza de los salarios, tanto de hombres como mujeres. La migración suele darse desde los países periféricos hacia los centrales. En el siguiente análisis dejamos de un lado la migración entre los países del antiguo bloque soviético. Distinguimos, en primer lugar, unos corredores de migración desde la periferia hacia el centro. Los principales corredores son: México-EE. UU., con 11,6 millones de migrantes; Turquía-Alemania, con 2,7 millones; China-EE. UU., con 1,7 millones; y Filipinas-EE. UU., también con 1,7 millones.

Los principales receptores de migrantes son los EE. UU. con 42,8 millones, Alemania con 10,8 millones, Canadá con 7,2, el Reino Unido con 7,0, España con 6,9, Francia con 6,7 y Australia con 5,5 millones. Los principales países de emigración son México y la India con 11,9 y 11,4 millones de migrantes, respectivamente. Pero aunque México ocupa el primer lugar en términos absolutos, en términos relativos la migración internacional evidencia un verdadero éxodo en determinados países de la periferia. De Guyana ya emigró el 56,8% de su población, de Albania el 45,4%, de Surinam el 39%, de Jamaica el 36,1%, de Trinidad y Tobago

el 26,7%, de Portugal el 20,8% y de El Salvador el 20,5% (World Bank, 2011).

Nos preguntamos hasta cuándo la migración internacional constituirá un resorte para sostener la capacidad sustitutiva de la fuerza de trabajo. Ya vimos en la primera parte que a mediano plazo la inmigración no garantiza la capacidad de reemplazo generacional, por lo el envejecimiento progresivo de la población es inevitable. Vimos también que las mujeres migrantes suelen tener patrones de reproducción cada vez más parecidos a los de los países receptores. Por tanto, fuertes olas migratorias pueden frenar el envejecimiento de la población en los países centrales, sin embargo este proceso continuará si la tasa global de fecundidad no garantiza el reemplazo generacional. Más aún, al retardarse la inmigración, como acontece en este período de crisis, dicho envejecimiento se acentuará.

Las actuales políticas de corte neoliberal apuntan a recortar el gasto para la tercera edad subiendo, entre otras cosas, la edad para pensionarse. Alrededor del año 2000, en países con un envejecimiento más avanzado como Japón, la edad media para pensionarse era de 68,5 años para los varones y 64,7 para las mujeres, y las tasas de actividad entre los 60 y 64 años eran de 76% para los varones y 37% para las mujeres. En los EE. UU., la edad de pensionarse era 64,6 años para los varones y 63,4 para las mujeres, y la tasa de actividad de los varones entre 60 y 65 años era de 55% y la de las mujeres 35%. En el Reino Unido y Canadá, la edad de pensionarse era 62,5 para los varones y 60,5 para las mujeres. Las tasas de actividad entre 60 y 65 años en Canadá eran de 48% para los hombres y 25% para las mujeres y en el Reino Unido 57% para los varones y 22% para las mujeres. En Holanda y Alemania, la edad para pensionarse era de 60,4 para los varones y 60 para las mujeres. Las tasas de actividad entre 60 y 64 años en Alemania eran 31% para los varones y 10% para las mujeres y en Holanda 22% para los varones y 8% para las mujeres. La cifra anterior corresponde aproximadamente a la cuarta parte de lo observado en Japón.

De los datos anteriores resulta claro que posponer la edad de jubilarse implica posponer la única decisión por tomarse: fomentar la vida de las nuevas generaciones. De no resolverse este dilema bajo la racionalidad vigente, lo que es difícil de esperar, los países centrales pronto podrán considerarse como naciones inviables pues se quedarán sin población en la base, como ya señalamos en la primera parte de este estudio.

III. La capacidad de autodestrucción del sistema

1. La incapacidad de reemplazo tecnológico: límite interno de la racionalidad

En los años cincuenta del siglo pasado, además del automóvil popular, llegaron al mercado toda clase de electrodomésticos. Tal vez el invento que más ha logrado acortar el tiempo de trabajo no pago en el hogar ha sido la lavadora. Para algunos autores este invento ha sido más revolucionario que Internet. Electrodomésticos como la refrigeradora, la aspiradora y la mayor movilización popular contribuyeron también a ello. Desde su introducción, sin embargo, la vida media de todo producto de consumo duradero se ha acortado de modo paulatino. Es la era de la destrucción creativa en pleno ascenso. La vida media de todos los productos de consumo duradero tiende a la baja, y en muchos casos la expectativa de vida se acerca a cero al no usar los valores de uso adquiridos. Un creciente número de productos lanzados al mercado son dispensables, superfluos e incluso destructivos. La rotación de capital aumenta conforme se acorte la vida media útil de los productos y con ello aumenta la masa y, por ende, la tasa de beneficio, amén de la racionalidad vigente.

La obsolescencia planificada no solo se da en el caso de los productos de consumo duradero. También dentro de las empresas se constata una reducción programada de la vida media útil del capital fijo, es decir de los edificios y las maquinas utilizadas en ellas, mismas que son reemplazadas con velocidad creciente a pesar de que tecnológicamente estén todavía en perfecto estado. Al hacerlo, acceden con más rapidez a la tecnología de punta para triunfar en la competencia, toda vez que las empresas que deprecian contablemente el capital fijo a mayor velocidad que la media, obtienen una ganancia extraordinaria. Este proceso, que se ha dado de manera gradual desde la Segunda Guerra Mundial, acelera el incremento en la composición orgánica del capital en el sector de bienes de consumo.

Ahora bien, el costo del reemplazo de una tecnología por otra más sofisticada debe transferirse al producto final. Este costo anual aumenta conforme disminuye la vida media útil de la tecnología utilizada por las empresas. Cuando esa vida media se acerca a cero, el costo de la renovación tecnológica tiende al infinito. Hasta

finis de la década de 1960, el proceso de sustitución tecnológica fue un factor clave para acrecentar la competitividad del capital productivo. En los años veinte del siglo XX, la vida media útil de las edificaciones era de 50 años para las fábricas y de 100 para las granjas, mientras la de la maquinaria era de unos 30 años. En 1965, la vida media de las edificaciones de las fábricas había bajado a 30 años y la de la maquinaria a 17. Y entre 1987 y 1999, la vida media del capital fijo (incluyendo la informática y la comunicación, además de las edificaciones y la maquinaria pesada), se acortó de 14 a 7 años en los EE. UU. y de 11 a 5 en Japón (Dierckxsens, 1997: 104s).

Como se dijo, el sustituir una empresa la tecnología empleada en la producción por otra más sofisticada y haciéndolo con más rapidez que la competencia, le proporcionaba una ganancia extraordinaria. Esta tasa de ganancia tendía efectivamente al alza, siempre y cuando el incremento del costo del reemplazo tecnológico fuese compensado de sobra por el ahorro obtenido en planilla con la introducción de la nueva tecnología. El ahorro en la fuerza de trabajo se debía al aumento de la productividad del trabajo obtenido con la nueva tecnología. Este aumento permanente en la composición orgánica del capital parecía un mecanismo infinito. Aumentar la tasa de beneficio extraordinario parecía carecer de límites.

Hacia fines del decenio de 1960 se evidenciaron los primeros límites de la renovación tecnológica; se percibió, en efecto, una tendencia a la baja de la tasa de beneficio entre las empresas líderes en el ámbito productivo. Lo que sucedió fue que el mismo proceso de destrucción creativa había acortado a tal extremo la vida media de la tecnología, que el costo de reemplazo tecnológico tendía al infinito. Debido a la acelerada depreciación, el aumento del costo de tal reemplazo ya no podía ser compensado por una rebaja del costo de la fuerza de trabajo una vez introducida la nueva tecnología. Dicho de otra forma, cuando el tiempo útil de la tecnología utilizada se reduce al extremo, la productividad del trabajo (en términos de valor) disminuye al usar dicha nueva tecnología. La obsolescencia planificada pudo ser retomada en la década de 1990, cuando la informática y la comunicación permitieron ir más lejos en esa materia que con la maquinaria pesada y los edificios. No obstante, a principios de este milenio también este espacio se agotó.

Con el agotamiento de su fuente de beneficio, el proceso de destrucción creativa encuentra su límite y el capital productivo

entra en una crisis estructural. El neoliberalismo, con todo, no reconoce que la renovación tecnológica se ha tornado impagable, lo que hace es culpar a los altos salarios y cuestionar la inflexibilidad laboral. Por eso, al limitarse la posibilidad de una extracción de plusvalía relativa, con el neoliberalismo asistimos a un retorno a toda costa a la extracción de plusvalía en forma absoluta. Explora para ello todas las modalidades habidas y por haber en la historia de la humanidad. Ella se busca no solo mediante la absorción de mano de obra migrante más barata en los países centrales, sino asimismo a partir de la fuga de las inversiones de capital productivo hacia países con una sobrepoblación relativa mayor.

En este sentido, China es la nación con la mayor capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo, y lo será por décadas en vista del volumen de su población. En efecto, con una población superior a 1,3 mil millones de seres humanos y un inigualable nexo no capitalista, China cuenta con una capacidad de reemplazo espectacular y ofrece salarios competitivos para rato. En otras palabras, China es un 'El Dorado' para la inversión extranjera. No extraña, por tanto, que casi un tercio de las inversiones extranjeras directas hacia los países periféricos se dirijan a China (incluyendo Hong Kong), lo que en términos absolutos es más de lo que recibió América Latina en su conjunto. China (incluyendo Hong Kong) se transformó en los años noventa en el principal exportador de productos manufactureros procedentes de países periféricos. El país tuvo una participación relativa de casi el doble que México y Brasil juntos (Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, 2004: 29, 31). Esta tendencia implica un desplazamiento del ámbito productivo hacia los países periféricos. Ya a principios de los años noventa, la parte del empleo industrial mundial correspondiente a los países periféricos alcanzaba el 53% (Freeman, 1994). En 2005, la participación en el comercio internacional de las 500 mayores corporaciones mundiales ubicadas en estos países alcanzó casi un tercio de todo el comercio mundial (Berger, 2005).

Por otro lado, con la exportación de capital productivo hacia naciones periféricas sube la capacidad de reemplazo en los países centrales. Esto se refleja en la flexibilización laboral, a saber, una menor estabilidad laboral, salarios más bajos, en fin, el desmantelamiento de la seguridad social, del propio Estado de Bienestar, en los centros de poder. Ya desde 1973 aumentaron las tasas de desempleo en los países centrales, sobre todo en la fuerza de trabajo menos calificada. Según la OIT, a principios de los años

noventa la tasa de desempleo de la cuartilla menos calificada en Alemania era de 11% frente a 3,6% una década antes; en el Reino Unido, 11,6% frente a 5,9%; en Francia, 8,9% frente a 3,9%. En los EE. UU. y Canadá, el alza del desempleo empezó antes. Por eso el contraste en los EE. UU. es menor: 8,1% de desempleo en la cuartilla menos calificada en 1990 frente a 6,4% una década antes, y en Canadá, 9,3% frente a 6,7% diez años atrás.

Entre los trabajadores más calificados el desempleo crece levemente y siempre con cifras mucho menores. De este modo, si a principios del decenio de 1990 el desempleo entre los trabajadores menos calificados de Alemania era del 11,0%, en la cuartilla más calificada alcanzaba apenas el 4,2% frente a 1,7% diez años antes. En Francia 8,9% frente a 3,1%, con un ligero ascenso desde 2,6% diez años atrás; en los EE. UU. 8,1% frente a 2,3%, levemente superior al 1,8% de una década antes; y en Canadá 9,3% frente a 3,5%, también ligeramente superior al 2,6% un decenio antes. Con el aumento de la capacidad de reemplazo de la mano de obra no calificada, tiende a disminuir su capacidad de negociación, reforzando la tendencia anterior.

Durante la era neoliberal, la principal fuga del capital fue desde el ámbito productivo hacia el sector financiero y especulativo en los propios países centrales, lo que precisamente condujo a la gran crisis de hoy. No entraremos ahora en este tema, pues ya lo hicimos en otros textos. Lo que aquí importa señalar es que, en los países centrales, ya no hay posibilidades de retorno al ámbito productivo. La competencia ya no puede darse a partir de la nueva tecnología, sino de la mano de obra más barata con la tecnología existente. En Occidente, el capital productivo no retornará a los niveles anteriores. Con ello la crisis actual perdurará en los países centrales, lo que a largo plazo significa cuestionar el sistema en sus raíces.

2. La incapacidad de reemplazo de la naturaleza: límite externo de la racionalidad

El acortamiento de la vida media de todo lo que se produce ha llevado a una más agresiva explotación de los recursos naturales y la progresiva contaminación ambiental. Con esta llamada destrucción creativa el capitalismo revela hoy su propia capacidad destructiva. El pensamiento económico actual prevé un con-

sumo exponencial de recursos minerales y fósiles, sin embargo, la madre tierra ya no da más. Incluso el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático o el Consejo Mundial de la Energía con sus modelos y proyecciones críticas solo consideran diferentes escenarios de demanda de energía para alarmarnos sobre el calentamiento global, pero no contemplan la capacidad de su oferta. Es decir, implícitamente suponen una capacidad ilimitada del planeta para suministrarla. La realidad, con todo, es que los recursos naturales no renovables están llegando al límite de su extracción. Y la concentración de los recursos naturales escasos y estratégicos en los países periféricos, es otra desventaja objetiva para el futuro económico de los países centrales que sin duda preocupa al Club Bilderberg.

Mientras perdure la civilización occidental basada en la racionalidad económica vigente de un 20% de la población mundial, el crecimiento económico sostenido es un supuesto. Mientras el ritmo de crecimiento continúe de manera exponencial, la demanda de recursos naturales también lo hará de esa forma. En la actualidad, anualmente, más del 80% de estos recursos se dedica a satisfacer la demanda del 20% de la población mundial. El 40% de la población más pobre muy probablemente demande menos del 5% de dichos recursos. Por eso, un decrecimiento de la población de los países centrales del medio por ciento, bajaría la demanda de recursos en un 2%. Por tanto, si esto se lograra como plan quinquenal, a mediados de siglo, la demanda anual bajaría a escala mundial un 16%. Este cambio aliviaría más al ambiente que el crecimiento de la población en los países periféricos más pobres. En efecto, un aumento de la población en los países más pobres de un 30% (que la ONU proyecta de aquí al 2050), incrementaría la demanda anual de recursos para ese año en apenas 1,5%. Queda claro que la tesis de los ecologistas occidentales neomaltusianos que predica el control natal particularmente en los países más pobres, carece de fundamento. Lo que hay que cuestionar es el modo irracional de consumo y de producción en Occidente y su proceso de mundialización.

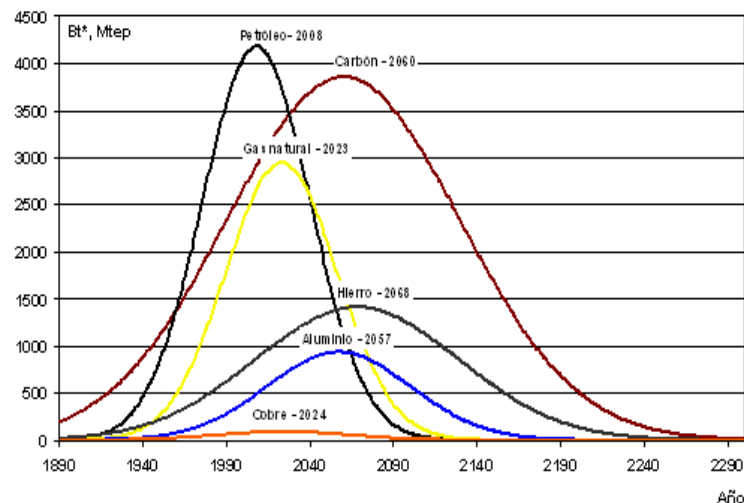
Veamos lo que sucede con la oferta de tales recursos. Una vez alcanzado el pico de su explotación, la curva se irá reduciendo y adquirirá con el tiempo forma de campana. Alcanzar el pico de producción de un determinado recurso natural supone que desde ese momento, la tasa de extracción (oferta) disminuirá por la limitación física de dicho recurso. Si la demanda sigue aumentando a pesar de una oferta en caída, los precios tienden

a dispararse. Esto sucedió ya en el año 2008 con los recursos energéticos no renovables. Las fuentes de energía constituyen el motor del crecimiento económico a nivel mundial y, por ende, de la propia racionalidad capitalista. El agotamiento de tales fuentes pone en peligro el carácter sostenible de ese crecimiento. Es una contradicción en la racionalidad capitalista con difícil solución.

El pico del petróleo fue alcanzado en 2008 y el del gas natural será alcanzado a principios de la próxima década (2023). Frente a la creciente escasez de fuentes de energía no renovables, no existe una real alternativa a la vista. El esperado pico del cobre en 2024 no dejará mucho futuro al carro eléctrico ni mayores posibilidades de almacenamiento de la energía eólica o de transporte de la solar. El terremoto en Japón mostró al mundo los peligros de la energía atómica. Y dependiendo de cuánto aumente la producción de uranio y de la cantidad de este que los EE. UU. y la antigua URSS coloquen en el mercado, se podrían presentar problemas de escasez de uranio en cualquier momento durante los próximos quince años. El pico definitivo comenzará a más tardar en 2040. (Valero, 2010).

Gráfico No. 16

Cuenta regresiva de los minerales más extraídos en el siglo XX



Fuente: Antonio Valero, A prediction of the exergy loss of world's mineral reserves Fuente in the 21st century.

Son pocos los pronósticos acerca del estado de las reservas minerales futuras. El caso de los minerales no energéticos es menos conocido, pero más preocupante que el de los combustibles fósiles. Ello se debe a que existe mayor capacidad de reemplazo de las fuentes energéticas. Los recursos energéticos no renovables como el gas y el petróleo podrán ser sustituidos, hasta cierto punto, por otros tipos de fuentes energéticas como los renovables o la energía nuclear. La capacidad de reemplazo de los metales, sin embargo, es más difícil y no siempre posible. En el largo plazo, cuando haya escasez generalizada de estos materiales, no habrá opción viable.

El posible fin mineral del planeta Tierra constituye una relativa novedad científica internacional de alarmantes consecuencias. Antes de enfrentar una crisis energética, la humanidad enfrentará una crisis de escasez generalizada de minerales. En pocas décadas, nuestra civilización habrá consumido los combustibles fósiles y dispersado los mejores materiales por el planeta sin posibilidad real de recuperación. El colapso sistémico es cada vez más evidente, a menos que se gestione de forma radicalmente distinta el recurso mineral. El proceso de reciclado podrá posponer el pico pero no lo evitará. De los 57 minerales existentes, 11 (casi el 20%) ya llegaron a su máximo de extracción: mercurio (1962), telurio (1984), plomo (1986), cadmio (1989), potasio (1989), fosfato (1989), talio (1995), selenio (1994), zirconio (1994), renio (1998) y galio (2002). Y más de la mitad de los minerales llegarán a su punto máximo de extracción en los próximos treinta años (IHS, 2003).

En síntesis, de no alargar la vida de todo lo que producimos como seres humanos, y/o de no dar utilidad colectiva a todo ello, pronto se acabarán los recursos naturales estratégicos. En tal caso entraríamos en una contradicción sistémica que asfixiaría la racionalidad económica vigente, y se pondría en peligro la vida de la especie humana. Solamente una economía que dé vida a lo que producimos podrá devolver la vida a la naturaleza, y por ende y sobre todo a la propia población humana. El único punto es que al dar vida a lo que producimos, se condena a muerte la racionalidad económica de la civilización occidental. Dicha racionalidad está basada en el crecimiento sostenido en términos de valor a costa de sus valores de uso e incluso de la propia vida. De ahí lo inevitable de un cambio de civilización, tema que hemos abordado antes (Observatorio Internacional de la Crisis, 2010).

IV. Los movimientos políticos ante un cambio de civilización. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial a partir de 2011?

Introducción

Partimos del hecho que el ser humano es a la vez producto de la historia y creador de esta, y no en último lugar a través del trabajo. La democracia burguesa no es únicamente producto ni proyecto histórico exclusivo de una clase. Lo mismo puede decirse de un proyecto alternativo de humanidad, llámese socialismo o cambio de civilización. La democracia burguesa no puede montarse y sostenerse sobre cualquier base económica, ni tampoco un proyecto de cambio de civilización. Las posibilidades de un proyecto político de influir sobre un cambio en la racionalidad económica no dependen nada más de la voluntad de un pueblo, ni son determinadas solo por las llamadas condiciones objetivas. La dificultad estriba en saber encontrar los momentos históricos que brindan mayores oportunidades para que se produzca un cambio en la racionalidad económica. Consideramos que la Gran Depresión del siglo XXI constituye una crisis de civilización y ofrece un momento histórico para un proyecto político más allá de las fronteras, que cambie la racionalidad económica vigente.

Lo anterior nos permite ver la necesidad objetiva de una ruptura en la racionalidad económica vigente. Cada vez es más patente la necesidad de una racionalidad económica que reafirme la vida de la naturaleza, de las propias creaciones de los seres humanos, y no en último lugar, de la propia población humana. Ahora bien, ¿cuál es la base económica donde tienden a darse mejores condiciones subjetivas para forzar una ruptura en la racionalidad económica vigente? Hace treinta años abordamos este tema históricamente (Dierckxsens, 1981). La situación donde se generan mejores condiciones subjetivas para romper dicha racionalidad, ha sido en aquellos momentos cuando la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo se mantiene elevada por largo tiempo y sin mayores perspectivas de una mejora a pesar de la lucha social a menudo reprimida. La situación crítica se encuentra, entonces, cuando esa capacidad de reemplazo impide instaurar las condiciones objetivas para el reformismo y, al mismo tiempo, existen condiciones objetivas para que una base social amplia se incorpore a la lucha social y política. Para llegar a esta situación hay dos vías. Una sociedad puede partir

de una situación donde nunca existieron condiciones objetivas para el reformismo ni hay perspectiva de alcanzarlo a partir de un estancamiento de décadas; o más bien una sociedad recorre el camino invertido desde un estado reformista hacia una situación económica objetiva de una creciente capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Analizaremos a continuación ambas vías y sus perspectivas políticas.

1. Alta velocidad en el cambio de la capacidad de reemplazo: camino al reformismo

Una es la situación política de una transición acelerada hacia el reformismo burgués, y otra totalmente distinta es el estancamiento durante años en la misma situación sin llegar al momento donde las condiciones objetivas para el reformismo estén dadas. Una transición relativamente veloz desde una capacidad de reemplazo elevada hacia una capacidad sustitutiva reducida origina perspectivas de mejora, así como las condiciones objetivas para el reformismo burgués. Este ha sido el caso de la mayoría de los países centrales de Occidente desde fines del siglo XIX y principios del XX, como Alemania, Inglaterra, los EE. UU. o los países escandinavos. Veamos brevemente este momento histórico.

El capitalismo en Inglaterra se desarrolló a comienzos del siglo XIX sobre la base de una capacidad sustitutiva elevada, caracterizada por las largas jornadas, trabajo infantil y femenino, bajos salarios y miserables condiciones de trabajo. El segundo cuarto del siglo ya se caracterizó por la gradual introducción de la legislación social, la democratización burguesa, la legalización sindical y la mejor posición de la clase trabajadora para organizarse. Cuando se llega al año de la revolución burguesa de 1848, ya se han asentado las bases económicas para el reformismo en Inglaterra. La población asalariada alcanzaba en ese momento el 80% de la PEA (Semjenov, 1973: 184).

A pesar de su arranque relativamente tardío, el capitalismo alemán tenía en 1882 con una población trabajadora asalariada equivalente a dos tercios de la PEA. Alemania conoció asimismo la ola general de levantamientos obreros que experimentara Inglaterra décadas antes y que por lo general se conoce como "La Revolución de 1848". En 1869 nació en Alemania el Partido Demócrata Social de los Trabajadores, cuyo carácter fue neta-

mente marxista. En 1890 se sustituyó a Bismarck, cuando estaban sentadas las bases económicas del reformismo alemán. Desde 1891 el Partido, con su programa de Erfurt, operó como un partido reformista. El desarrollo del capitalismo en los EE. UU., se ubica aproximadamente en el mismo período de Alemania. La rápida transición hacia la generalización de la relación salarial instauró, de manera relativamente acelerada, la base económica para un reformismo.

El tamaño de una población es un factor importante para una transición acelerada. Una transición rápida podemos observarla durante el siglo XX en Japón y los Tigres Asiáticos. La PEA japonesa comprendía en 1950 alrededor de un 35% de asalariados; en 1970, un 63%; en 1980, un 74%; y en 2007, 86%. Se trata de un caso de transición muy veloz en la segunda parte del siglo, tomando en cuenta su volumen demográfico. En Singapur, en 1970 casi un 60% de la PEA trabajaba como asalariada, y desde 1986 más del 84%. Corea del Sur es un caso más reciente y aún no plenamente concluido. La PEA de este país abarcaba en 1980 apenas un 47% de asalariados, en 1990 era ya el 60,5% y en 2007 más del 68%.

La velocidad con que se produzca una transición hacia una base económica para el reformismo, es más fácil que se desarrolle con una población menos numerosa. Así, con relativamente muy poca inversión, la PEA en muchas islas caribeñas alcanzó un elevado porcentaje de asalariados a principios del siglo XXI: Antigua (80%), Aruba (90%), Bahamas (84%), Barbados (84%), Islas Caimán (92%), Trinidad y Tobago (80%). En África mencionamos, por ejemplo, a Sao Tomé y Seychelles, cuya PEA cuenta con 71 y 81% de asalariados, respectivamente. Otro tanto se observa en los pequeños países petroleros del Medio Oriente. En 1965 Kuwait tenía ya una PEA con más de 80% de asalariados. En 2004, Emiratos Árabes Unidos tenía una PEA con un 97% de asalariados y Qatar un 99%, un verdadero récord mundial. La esperanza de vida en Qatar y Emiratos en la actualidad es de 76 y 79 años respectivamente, testimonio de una mayor seguridad social.

2. El estancamiento de la capacidad de reemplazo: camino a la revolución

La transición de una situación de alta capacidad sustitutiva a otra situación con una capacidad de reemplazo reducida, también puede estancarse. Es nuestra tesis que cuanto más lenta

y estancada sea esa transición, tanto más favorables serán las condiciones para que maduren las fuerzas contestatarias que podrían desembocar en revolucionarias. Esto es cierto sobre todo para aquellos países donde la economía de mercado y el capital han penetrado bastante, pero no lo suficiente para que se instaure el reformismo. En términos concretos, estamos hablando de sociedades donde la relación salarial está muy avanzada (entre 50 y 65% de la PEA), a la vez que permanece estancada por décadas. Es la situación de muchos países periféricos africanos y asiáticos durante la segunda mitad del siglo XX, aunque en particular de América Latina.

Hoy, hay una serie de países con una PEA donde la relación asalariada oscila entre el 50 y el 66%. Creemos que en el futuro cercano hemos de prestar mucha atención a estos países en materia política. Por no disponer de información estadística de todos los países, no podemos ser exhaustivos. En África podemos mencionar a Argelia con 60% de asalariados, Egipto con 62%, Namibia con 62% y Túnez con 66%. En Asia tenemos a Fiji (59%), Irán (51%), Filipinas (51%), Sri Lanka (59%) y Turquía (59%). En América Latina y el Caribe tenemos a Brasil (64%), Colombia (54%), República Dominicana (54%), Ecuador (60%), Guatemala (50%), Guyana (52%), Jamaica 61%, México (66%), Nicaragua (51%), Perú (54%) y Venezuela (59%), es decir, la mayor parte del continente es una bomba de tiempo.

La historia política, entendida como historia de las condiciones económicas para que se dé una ruptura en la racionalidad económica, no la tenemos que buscar en aquellos países donde el capitalismo se expande con más rapidez, sino allí donde tiende a mostrar una situación estancada y prolongada. Además de una situación en general de estancamiento, es importante un estancamiento que impida la transición al reformismo burgués. En la historia del capitalismo, esta situación no la encontramos en la Inglaterra ni en la Alemania del siglo XIX, ni en los EE. UU., sino en Francia con la revolución de 1848 y la Comuna de París, y más tarde en Rusia con la Revolución Bolchevique. Este tema lo hemos abordado en un estudio del pasado (Dierckxsens, 1981). Aquí queremos analizar la situación actual con miras hacia el futuro.

En un país con una dimensión demográfica relativamente grande, se requiere una inversión mayor para lograr la generalización de las relaciones asalariadas que en países más pequeños. Esto no quiere decir que el factor demográfico sea determinante

para el desarrollo estancado de la relación salarial, pero una vez que se da este proceso, la magnitud demográfica de un país desempeña un rol que no podemos subestimar. No es de esperar que en China o la India, con poblaciones de más de mil millones de habitantes, ocurra un proceso de transición muy rápido, aun cuando se observa un crecimiento elevado y sostenido de la economía. No obtuvimos información estadística reciente de la OIT sobre el porcentaje de asalariados en la PEA de estos dos países, pero en 1980 la PEA de la India contaba apenas con un 16% de asalariados. En 1990, el 70% de la población de China todavía trabajaba en la agricultura, y de este solo una minoría como asalariados. Obviamente, un cambio sustancial de esta situación demanda tiempo. El hecho de que India y sobre todo China muestran tasas de crecimiento muy elevadas, no implica aún que dentro de estos países no podría presentarse una gran inestabilidad política.

De los casos que presentamos de África y Asia, tenemos datos de dos países para poder trazar una rápida transición (Argelia y Turquía) y cuatro claramente estancados (Túnez, Egipto, Irán y Sri Lanka). La PEA de Argelia contaba en 1964 con 37% de asalariados, en 1977 con 47% y en 2004 con 59,8%. Se trata de una transición bastante rápida aunque no concluida. La PEA de Turquía comprendía en 1965 un 22% de asalariados, en 1975 un 31%, en 1988 un 40% y en 2008 un 58,9%. Constituye una transición todavía más acelerada, pero no concluida. El panorama objetivo en ambos países es que las nuevas oportunidades de trabajo están a la vista, si bien la capacidad de reemplazo y la consecuente inestabilidad económica y social se mantienen elevadas. Sin una base económica objetiva para el reformismo, estos países permanecen en una situación de frágil estabilidad política, y en especial en tiempos de crisis. Un simple cambio en el panorama internacional, como la rebelión en Túnez y en Egipto en enero de 2011, podría encender el fuego en toda la región y eventualmente más allá de ella. No sería de extrañarse, entonces, que en este 2011 se abra un período de revueltas populares como la acontecida en Europa en 1848.

2.1. África

En Túnez y Egipto la relación asalariada alcanzaba ya en 1966 los niveles que Argelia y Turquía recién mostraron en este siglo.

Con todo, no completaron la base económica para que se establezca el reformismo burgués. Más aún, en los últimos cuarenta años ha sido muy notorio su estancamiento. En efecto, la PEA de Túnez que en 1966 incluía un 62% de asalariados, en 1984 había bajado al 58% y en 2002 era poco más del 66%. La PEA egipcia contaba en 1966 con 53% de asalariados, en 1976 con 60% y en 2006, treinta años después, con apenas 61,8%. Se trata por ende de una transición bastante estancada durante los últimos tres decenios, y no en último lugar por las políticas neoliberales impuestas. Este estancamiento suele estar acompañado de regímenes autoritarios sin relevo político y con gran inestabilidad política e irrupción de lucha popular potencial; en fin, de un sistema de opresión y corrupción. Aunque en Marruecos la relación salarial se halla menos generalizada, la situación revela igualmente un estancamiento notorio. Así, en 2007 su PEA abarcaba un 44,8% de asalariados, cifra ya casi alcanzada 25 años atrás, en 1982 (40,5%). Pese a que no disponemos de estadísticas en serie, habría que prestar atención también a Etiopía y Gabón. Etiopía registró en 2006 una PEA con 46% de asalariados, y Gabón 45% a mediados de los años noventa del siglo pasado.

Como ninguna rebelión cae del cielo, señalamos que la revuelta en África estaba en el ambiente durante los últimos años. En 2008, hubo dos “miniintifadas” en Túnez. En Egipto, desde diciembre de 2006 se suscitaron fuertes movimientos huelguísticos, con epicentro en la industria textil de la ciudad de Mahalla en el Delta del Nilo. Como consecuencia de esta oleada de huelgas se formaron dos sindicatos independientes del régimen con un total de 70 mil afiliados. A principios de 2011 hubo en Túnez una revuelta de la dignidad, por la democracia popular y el bienestar de las mayorías. A los pocos días la revuelta popular se dio en Egipto, y después grandes manifestaciones en Yemen y Jordania. El detonante podemos buscarlo, en nuestra opinión, en otro factor demográfico. Si en el pasado las migraciones constituyeron una fuga de escape para la sobrepoblación, desde 2008, con la crisis de la economía financiera y la real, estos flujos migratorios son frenados por los países centrales, como ya vimos.

Esto implica que en particular los jóvenes han de buscar su destino en tierra propia. Sin embargo, como las migraciones han ocurrido precisamente por la falta de oportunidades de empleo, el resultado es un creciente ejército de desempleados jóvenes, a menudo bien calificados. Estos jóvenes preparados suelen ser los ‘arquitectos’ de la economía nacional, los guardianes del bienestar

comunitario y aspiran a su propio desarrollo, pero ante la falta de oportunidades de empleo en tierra propia y sin fugas escapatorias individuales hacia países con mejores posibilidades, se sienten desilusionados a la vez que movidos a la rebeldía (véase, Abdul Ilah Albayaty, 2011). Lo cierto es que la imposibilidad de cumplir la reivindicación de poder vivir con dignidad, ha llevado a la politización de estos jóvenes y por ende a la rebelión. Y en esta lucha no se encuentran solos. Así por ejemplo, Egipto, la cuna histórica del trigo, se ha transformado con el neoliberalismo en el principal importador de trigo transgénico. Como los precios del trigo en el mercado internacional subieron en 2010 alcanzando hoy nuevos récords, la masa popular no tardó en juntarse a la rebelión.

2.2. Asia

El dictador cayó en Túnez, en Egipto cayó, y la situación política arde en Yemen, Libia e incluso Irán. Pronto Arabia Saudí, el régimen más reaccionario de la región, se encontrará solo. Medio Oriente podría estar en pleno proceso de transformación geopolítica. Por eso coincidimos con Immanuel Wallerstein en que vivimos la segunda rebelión árabe (la primera fue en 1916 para independizarse del Imperio Otomano). Y Washington es el gran perdedor en esta región, aunque no solamente. Todo Occidente, y muy en particular la UE, que recibe el petróleo a través del Canal de Suez, verán cómo su influencia se desvanece en las calles y plazas árabes. El gran ganador geopolítico pareciera ser Irán (Zibechi, 2011).

Como se deduce a partir de la actual situación política, separar el análisis de África y Asia es muy artificial. En Asia disponemos de información estadística más o menos reciente de la PEA de ciertos países. Un porcentaje de asalariados de la PEA que oscila entre 50 y 66% se observa en Fiji (59%), Irán (51%), Filipinas (51%), Sri Lanka (59%), Siria (50%) y Turquía (59%). Falta información estadística de países como Arabia Saudí, Irak, Jordania o Líbano, entre otros. En el caso de unos países tenemos información reciente sin series en el tiempo, y apenas disponemos de series estadísticas a través del tiempo para Sri Lanka e Irán para mostrar empíricamente casos de estancamiento prolongado. Esto no implica que los otros países no enfrenten un proceso de estancamiento.

La PEA de Sri Lanka contaba en 1963 con 57% de asalariados, en 1981 con 55% y en 2007 con 56,5%. Se trata pues de una

transición totalmente estancada, que conlleva una situación de gran inestabilidad económica y social y por tanto también política, la que refleja bien su historia reciente. El proceso de marginación de la población tamil por parte del Gobierno, integrado tras la descolonización en 1948 sobre todo por las elites cingalesas, llevó al grupo armado de oposición independentista tamil LTTE a reclamar la creación de un Estado tamil independiente. Dicho grupo inició en 1983 un conflicto que duró tres décadas, hasta mayo de 2009 cuando las Fuerzas Armadas lo vencieron y recuperaron la totalidad del territorio. Pero desde entonces persiste una situación de tensión como consecuencia de la militarización del país. De ahí la aparición de un nuevo grupo armado de oposición tamil marxista, People's Liberation Army (PLA), que reivindica la creación de un Estado tamil independiente. Una situación no tan diferente se observa en América Latina, en Colombia.

Otro caso en Asia es Irán. Su PEA incluía en 1956 un 44% de asalariados, en 1966 un 45%, en 1976 un 48%, en 1986 un 50% y en 2007 un 51,4%. Se trata de nuevo de una transición bastante estancada durante medio siglo. A pesar de que Irán es un productor de petróleo importante y posee reservas de gas enormes, debido a su magnitud demográfica la economía del país apenas ha incorporado la mitad de la población al mercado de trabajo. Ello representa una situación de inseguridad económica y social prolongada y, por consiguiente, una situación política potencialmente explosiva. No extraña que en este contexto, en 1979 se diese la revolución islámica con el derrocamiento del Sha. Desde entonces Irán ha mantenido una clara independencia de la política y dominación de los EE. UU. en la región. Por eso, los EE. UU. consideran a Irán una amenaza para los intereses del imperio y su aliado directo regional: Israel.

El sistema iraní en su totalidad es controlado por una administración teocrática y no precisamente democrática. A raíz del colapso de la Unión Soviética esta modalidad constituyó la base para tomar un rumbo político más independiente de Occidente, e inspiró a otras repúblicas de Asia Central. Se trata de una especie de desconexión fundamentalista y autoritaria. Geopolíticamente, los EE. UU. ya perdieron a Turquía, luego a Túnez y ahora parece perder a Egipto. El gran ganador es Irán. Por curioso que parezca, al derribar a Saddam Hussein los EE. UU. le sirvieron en bandeja de plata un papel destacado a Teherán en el Medio Oriente, porque el líder iraquí había sido "el enemigo más feroz y más eficaz de Irán" (Zibechi, 2011). Pese a lo anterior, la base económica interna

iraní impide una estabilidad socioeconómica y política del país. No extraña tampoco que Occidente, y en primer lugar los EE. UU., vean con buenos ojos las rebeliones en Irán y Libia, pero con gran preocupación las de Egipto por ejemplo, y ni hablar si Arabia Saudí entra al tapete.

2.3. América Latina

América Latina nos presenta el cuadro de un subcontinente con una base económica objetiva de una transición paralizada. Es, además, la región con mejores registros estadísticos con series de tiempo. Los casos más claros de una transición estancada son: Colombia, Nicaragua, El Salvador, Perú y Venezuela. Alrededor de 2005 había en la PEA de Colombia 54% de asalariados frente a 57% en 1950; en Nicaragua, 51% frente a 55% en 1950; en El Salvador, 55% frente a 54% en 1950; en el Perú, 54% frente a 48% en 1960; y en Venezuela, 59% frente a 57% en 1950. Son países que durante medio siglo han mostrado un estancamiento muy marcado. Otros dos países los siguen a no mucha distancia: Guatemala y Honduras. La PEA de Guatemala comprendía en 1973 un 48% de asalariados y en 2000 un 50,4%, mientras la hondureña contaba en 1974 con 44% de asalariados y en 2005 con 49,9%, un estancamiento de unos treinta años.

No resulta extraño observar una guerra de guerrillas en Colombia, que en Nicaragua se diese un proceso y triunfo revolucionario en 1979, que en El Salvador y en menor medida en Guatemala hubiese una guerra de guerrillas de gran conciencia política, y que en Venezuela haya surgido el primer proceso de desconexión del neoliberalismo en América Latina después de la caída del Muro de Berlín. En 1979 triunfó la Revolución Sandinista contra la dictadura Somoza. No fue así el desenlace del proceso salvadoreño, a pesar de que existían una conciencia y organización de clase mucho mayor que en Nicaragua. No obstante, el hecho de luchar contra una dictadura por generaciones hacía aquí más aparente el enemigo principal. En semejante contexto, es más fácil también establecer alianzas políticas internacionales y hasta con un segmento de la propia burguesía para derrocar al dictador. Aunque en El Salvador había una represión militar de larga trayectoria, el enemigo principal no era igual de visible. La misma situación demandaba una conciencia y organización revolucionaria de mayor nivel. Es un proceso más lento y estuvieron cerca en los

años ochenta, al igual que en Guatemala. El colapso del bloque socialista puso fin al proceso revolucionario en el istmo.

En la actualidad, las condiciones objetivas para un estallido siempre están ahí presentes. Las condiciones económicas para una estabilidad económica y social más bien empeoraron, sin embargo no se ven nuevas rebeliones o levantamientos populares. Hay, con todo, una diferencia importante. En las últimas décadas los países centroamericanos han experimentado una fuerte emigración, sobre todo hacia los EE. UU. Dicha migración ha funcionado como verdadera válvula de escape individual o familiar para buscar una mejor salida socioeconómica, pero esta válvula de escape individualizada no ha contribuido mucho a la conciencia política colectiva. Ahora bien, como la contracción de la migración internacional en medio de la crisis actual es un fenómeno más o menos global, esa migración se ha tornado más difícil desde 2008. Ello obliga a buscar oportunidades dentro de El Salvador e implica un proyecto más colectivo, o sea, un proyecto político para reivindicar una vida más digna en tierra propia. Es nuestra interpretación que el candidato a presidente postulado por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, Mauricio Funes, ganó las elecciones contra la conservadora Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) justamente en este contexto, al igual que rebeliones como las de Túnez y Egipto podrían estallar en cualquier momento en otro lugar. En fin, que podríamos estar en un momento histórico que nos lleva de las revueltas populares europeas de 1848 a la rebelión mundial en 2011.

En este contexto, no extraña entonces que el subcontinente se percibiera durante la década recién pasada como la región con más cambios políticos hacia una alternativa. Hoy, cuando el modelo neoliberal está en crisis y se vislumbra la Gran Depresión del siglo XXI, vuelve a darse la desconexión de los intereses de la metrópoli ya observada en los años treinta del siglo pasado. Primero ocurrieron los procesos de Venezuela, Ecuador y Bolivia, y luego las elecciones en Paraguay y Uruguay. El proceso de desconexión parecía pasar también a Centroamérica, con las elecciones en El Salvador y el alineamiento del presidente Zelaya de Honduras con el proceso de desconexión en marcha en América del Sur. Con el fin de parar la reacción en cadena de procesos de desconexión, retornó a escena el golpe de Estado, otra vez manejado desde los EE. UU. Ahora le tocó a Honduras.

Honduras es otro país donde la base económica ha impedido durante decenios cualquier tipo de reforma, ni hay perspectiva

de que pronto la habrá. Esta perspectiva se ha reducido aún más con el golpe militar. No obstante, a lo largo de más de un año de resistencia organizada, el mismo golpe de Estado ha desarrollado una conciencia popular. Estas son condiciones objetivas ideales para una situación prerrevolucionaria, pues gran parte del pueblo está claro de que las recientes 'elecciones' fueron una farsa. La Resistencia de Honduras representa en la actualidad, probablemente el caso más nítido de una conciencia revolucionaria en el continente.

Ahora bien, no es posible generalizar la situación de estancamiento en América Latina; debemos introducir algunos matices. Hay casos de estancamiento muy cercanos a la base objetiva de un reformismo burgués, verbigracia Brasil y México. Aun así, llama la atención un cierto retroceso durante el período neoliberal en ambos países, ya que las políticas neoliberales aumentaron la flexibilización del mercado de trabajo. De este modo, en 1960 la PEA brasileña comprendía un 48% de asalariados, en 1970 un 55%, que en 1986 saltó a un 65%. Alcanzado este punto, hubo una situación cercana a la instauración del reformismo, sin embargo, con las políticas neoliberales el proceso se estancó e incluso retrocedió, de ahí que en 2006 la PEA contaba con 63,6% de asalariados. Justo en el período de ese retroceso, emergió la figura de Lula da Silva como presidente. De acuerdo con datos de la OPS, Brasil dispone de un programa de salud familiar que entre 2003 y 2006 tenía una cobertura de 68,4% y una esperanza de vida de 72,4 años. Esto es, una expectativa de vida inferior a la de Nicaragua (72,9 años) y que, por tanto, no revela una cobertura efectiva de la seguridad social. A pesar de ciertos programas sociales de corte reformista como 'hambre cero', la base objetiva de Brasil no escapa a lo interno a una subterránea inestabilidad política.

México es también un país con una base económica cercana al reformismo, pero sin lograrlo. La ambivalencia en la base económica hace que su política interna oscile entre la represión y la reforma. Desde los años sesenta del siglo pasado el país ha colindado con una base económica propicia para el establecimiento del reformismo burgués, sin llegar a alcanzarlo. Así, en 1960 su PEA abarcaba un 64% de asalariados, en 1970 un 62%, en 1990 un 68% y en 2007 retrocedió a 65,5%. Por otro lado, aunque entre 2002 y 2006 el Instituto Mexicano de Seguro Social tenía una cobertura modesta de 58,2%, la esperanza de vida era relativamente elevada en comparación con Brasil: 76,2 años. México disponía de recursos extraordinarios (el petróleo)

para trazar políticas de corte reformista, con todo, a diferencia de Brasil o Venezuela, se dejó anexar a la economía estadounidense mediante un tratado de libre comercio. El petróleo mexicano fue sobreexplotado en beneficio de los EE. UU., y por eso el 'peak oil' de México ya pasó; es más, este recurso natural se está acabando. Hoy, la inestabilidad política de México es relativamente grande y la democracia formal sin real contenido solo ha podido sostenerse con el recurso al fraude electoral. Cualquier detonante podría desestabilizar el país. Uno de estos detonantes podría ser la caída del 'Muro del Dólar', la cual se espera para este año 2011 (véase, GEAB 51).

El caso de Bolivia —y en menor grado Ecuador— amerita asimismo atención especial. La PEA boliviana incluía en 1950 un 36,2% de asalariados, en 1970 no más de 34,1% y en 2002 apenas 33,3%. Aquí surge una nueva pregunta: ¿En qué medida la resistencia centenaria de la economía indígena y comunitaria ha obstaculizado la profundización de las relaciones asalariadas en el país? Y otra pregunta es: ¿En qué medida influye la modalidad de la resistencia en el proyecto político actual? Durante centurias, las comunidades indígenas se han resistido a la penetración de la cultura occidental en general y del capitalismo en particular. Hoy, al haberse desconectado de alguna forma el país de las políticas neoliberales y reivindicar un rumbo político más independiente de los intereses imperiales, las comunidades indígenas se resisten a la explotación de sus tierras y de sus recursos naturales, sea quien sea que quiera explotarlas.

Es interesante notar que esto sucede en el preciso momento que la capacidad sustitutiva de dichos recursos naturales disminuye, e incluso tienden a agotarse. Dada la escasez de los recursos, los precios de las materias primas no han dejado de subir en los últimos años. Países emergentes como China, India o Brasil, disputan con los países centrales el acceso a tales recursos cada vez más escasos. Ello conlleva hasta la ocupación física de territorios por las potencias. De ser necesario, estas potencias buscan fraccionar o balcanizar países como están haciendo en el África subsahariana. La balcanización de Sudán, es un claro ejemplo al respecto. En este contexto, no resulta extraño que los EE. UU. aumenten sus bases militares en la cercanía de grandes reservas de recursos naturales.

En vista de la escasez creciente de recursos naturales, los países periféricos están en mejores condiciones de crear monopolios de venta al estilo de la Organización de Países Exportadores

de Petróleo (OPEP). Retener estos recursos o condicionar su entrega para que las empresas transnacionales instalen sus fábricas en el país cerca de dichos recursos, comienza ya a ser parte de la política internacional. China por ejemplo, tiene el 97% de la producción mundial de 'tierras raras' o REE, minerales ampliamente utilizados en la tecnología verde como las turbinas de viento y los coches híbridos, al igual que en bienes de consumo de alta tecnología como teléfonos móviles e 'iPads'. Además, son minerales con aplicaciones militares sofisticadas, como misiles, rayos láser, sistemas de radar y equipos de visión nocturna. Las REE son recursos estratégicos para la seguridad nacional de los EE. UU. y la fabricación de la tecnología verde.

En los últimos tres años China ha reducido sus exportaciones de REE. En el segundo semestre de 2010, el Ministerio de Comercio de ese país limitó esas exportaciones en un 72%. Lo que directa o indirectamente nos están diciendo los chinos con ello, es que si Occidente quiere tener acceso a 'tierras raras' tiene que invertir en China, pues este país quiere obtener el 'know how' y la maquinaria mientras Occidente procura proteger su tecnología (Dempsey, 2010). Es claro que Bolivia u otro país peritérico que no sea una potencia emergente no está en la misma posición negociadora de China. Aun cuando posee buena cantidad de las reservas mundiales del litio, Bolivia no está en la misma posición de poder que China para negociar contratos de instalación de fábricas de autos eléctricos en su territorio. Además, a lo interno, ciertamente el presidente Evo Morales tendría muchas dificultades para negociar una explotación más endógena.

A lo que queremos llegar es que con el agotamiento progresivo de los minerales, sea por los países centrales, sea por los de la periferia, en última instancia las posibilidades del crecimiento sostenido se están agotando. Con ello se agotarán las posibilidades de acumulación, tanto en la periferia como en el centro. La actual crisis económica del capitalismo se encontrará, en resumidas cuentas, simultáneamente con otras crisis como la energética, la del agotamiento de los recursos naturales, la social, la política e incluso la militar. Juntos, estos hechos agotarán la lógica de la muerte del capitalismo. Crecerá entonces la lucha social y política reivindicando una racionalidad que reafirme la vida: la de los productos, la natural y, por último pero no en último lugar, la propia vida humana. En otras palabras, estamos hablando de que la base objetiva de demandar un cambio de civilización se encuentra en el horizonte.

3. El camino invertido: entre el neofascismo y la rebelión

Para llegar hoy a una situación revolucionaria, hay dos vías. Una sociedad puede llegar a luchar por un cambio a partir de una situación donde nunca existieron condiciones objetivas para el reformismo. Asimismo, una sociedad puede recorrer el 'camino inverso' a partir de un retroceso en la estabilidad socioeconómica y política. Esto ocurre cuando en países donde está instaurado el reformismo, se da un incremento considerable de la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. La primera vía ya la hemos analizado. Analizaremos ahora el camino inverso.

El mundo del siglo XXI es distinto a los de los siglos XIX y XX. En el siglo XIX y las primeras décadas del XX, la única vía posible era la primera ya que el reformismo apenas estaba instalándose. En la segunda mitad del siglo XX solo conocemos un ejemplo concreto del paso del reformismo en retroceso hacia la búsqueda del socialismo vía elecciones, a saber, el caso chileno. El capitalismo del siglo XXI es completamente otro. Hay muchos países con una larga trayectoria reformista y, a diferencia del siglo XX, ya no tenemos el socialismo realmente existente como referente, como ocurría todavía con el caso de Chile. Por consiguiente, de cara a la actual crisis del capitalismo la pregunta clave es: ¿Es posible el paso del reformismo hacia un cambio radical de la racionalidad económica? Este 'camino inverso' se caracteriza por un proceso que parte de una fase reformista más o menos consolidada, pero que tiende a deteriorarse bastante por una crisis prolongada.

Desde fines del siglo XX, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo en los países centrales creció de manera duradera. La flexibilización del empleo en los países centrales comenzó con el proceso simultáneo de 'outsourcing' y las políticas de inmigración, proceso que se profundizó con la actual depresión económica. Hasta 1980 hubo una relativa autonomía de las economías nacionales respecto al mercado mundial de productos y servicios. Por eso, el mercado de trabajo operaba sobre todo dentro de los límites de las fronteras nacionales. Entre 1980 y 2010, la población de la economía mundial globalizada, es decir aquella disponible para los intereses del gran capital, más que se duplicó. La globalización del mercado mundial de trabajo se expresa a través de flujos migratorios desde la periferia hacia el centro y de flujos de capital desde el centro hacia la periferia.

Desde mediados de los años ochenta, la población de la economía mundial globalizada pasó de 2,5 mil millones a 6 mil millones de seres humanos. Según un estudio de la OIT, la clase trabajadora potencialmente disponible para la explotación del capital transnacional se duplicó al pasar de una PEA de 1,46 mil millones en 1985 a casi 2,93 mil millones en el año 2000 (Goldstein Fred, 2009: 4s). En esencia, pues, la globalización del mercado mundial de trabajo significa una mayor capacidad sustitutiva de la fuerza laboral en el mundo entero. Esto conlleva una tendencia mundial —o sea, tanto en el centro como en la periferia— a la baja salarial, aumento de la jornada de trabajo y empeoramiento de las condiciones laborales.

Desde el año 2008 se anuncia una nueva Depresión Mundial con fuertes alzas de las tasas de desempleo lo que agrava aún más la inestabilidad económica y social, y en primer lugar en los países centrales. Así, en España y los EE. UU. se observan tasas reales de desempleo general del 20%, si bien las tasas de desempleo juvenil (entre los 16 y 24 años) en ambos países están por encima del 50%. Calza en este contexto plantearse la pregunta acerca de un posible cuestionamiento popular de la racionalidad económica vigente en los países centrales. Con una crisis prolongada retroceden muchas de las conquistas obtenidas, cuyo resultado será una crisis de legitimidad de las relaciones sociales existentes. De este modo, se abre de nuevo en los mismos países centrales el espacio político para partidos de una izquierda que cuestione la racionalidad económica en su esencia.

No obstante, bajo el reformismo se instauró y consolidó la fe en la vía pacífica hacia un mayor bienestar, y esta fe no se destruye de un día para otro. Por eso, en un primer momento las masas populares siguen creyendo firmemente en las relaciones sociales existentes. La defensa del statu quo a toda costa y a todo precio, aunque sea a costa de otros, encuentra tierra fértil. Y la legitimación de la defensa de las sagradas relaciones capitalistas en su crisis de legitimidad lleva la política, en última instancia, hacia la ultraderecha. Esta proclama el derecho imaginado de poder salvar su nación, su cultura, su raza, etc., a costa de otras. De ahí la discriminación creciente hacia los migrantes, los pueblos foráneos, otras razas, otro género, otra generación. Es la ideología del 'sálvese quien pueda', la cual suele darse cuando el 'barco económico' corre peligro de hundirse. Los pasajeros de primera clase, los países centrales, se apropian del derecho de ser los 'elegidos' para salvarse cuando el barco (¿'Titanic?'), vale

decir la economía mundial, se hunde. Esto implica una ideología de ultraderecha que tiende al (neo)-fascismo, o en todo caso a regímenes autoritarios. Este fenómeno lo observamos en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX en Argentina y Uruguay, aunque en la misma época se dio el proceso chileno bajo el presidente Salvador Allende (véase, Dierckxsens, 1981).

¿Es posible que el camino inverso no solamente haga resurgir el neofascismo, sino que desemboque en un cuestionamiento generalizado de las actuales relaciones sociales de producción? De cara a la Gran Depresión del siglo XXI observamos dos tendencias. En los países nórdicos, donde con mayor profundidad y durante más tiempo se desarrolló el reformismo, es donde la capacidad de reemplazo era menor. Para alcanzar competitividad internacional precisan entonces introducir drásticas políticas de flexibilización laboral. Es decir, para que el capital en estos países encuentre la suficiente capacidad competitiva en materia del costo del trabajo, el retroceso de las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora es mayor. En países como Suecia, Dinamarca u Holanda, es donde la fe en la vía democrática, pacífica, solidaria y tolerante más se cultivó en el pasado. En un primer momento de la crisis, las masas populares reafirman su fe en las sagradas relaciones de producción existentes y recuerdan con nostalgia los tiempos pasados. A partir de aquí, reivindican con fuerza el retorno a los buenos tiempos a costa de no importa qué ni cómo.

Sin embargo, la defensa a ultranza del statu quo a costa de todo, esto es de la tolerancia y de cualquier clase de solidaridad, desemboca en una xenofobia y un racismo siempre más radicales. Constituye una aparente contradicción que justo en aquellos países donde históricamente se cultivaron la solidaridad y tolerancia, en la actualidad muchos consideran tener más derechos que otros pueblos, otras religiones o razas para estar en este mundo con los privilegios de antes. De ahí que precisamente en Suecia, Dinamarca y Holanda, la coalición de partidos para formar gobierno muestra claros rasgos neofascistas. Es obvio que la defensa a ultranza y con todos los medios a su disposición, incluyendo los militares, podemos esperararla del país que hoy pierde su hegemonía de manera definitiva: los EE. UU. Por eso, como se destaca en el libro *El mundo en la encrucijada de la Gran Depresión* (Observatorio Internacional de la Crisis, 2010), la amenaza de una nueva gran guerra no está en absoluto fuera de las posibilidades. Una nueva gran guerra, en efecto, es una posibilidad real, pues es un hecho que las primeras guerras mundiales ocurrieron a partir de

anteriores depresiones internacionales. Aunque también es cierto que, históricamente, la ruptura con la racionalidad vigente se tornó más viable en medio de las propias guerras mundiales.

No pretendemos afirmar que la tendencia al neofascismo esté ausente en los países del sur de Europa ni en aquellos periféricos donde el reformismo es de más reciente data, y ni hablar de aquellos países donde existen democracias de forma pero sin contenido. Ciertamente, en muchos países el reformismo no ha sido profundo ni duradero, y en otros casos ha sido pura forma. En América Latina, por ejemplo, durante la era neoliberal muchas dictaduras han sido sustituidas por democracias de forma sin contenido. Con todo, en más de una de estas democracias formales sin contenido, la vía electoral ha abierto escenarios de desconexión, procesos que bajo una dictadura quizá solo se habrían conseguido con una revolución. La vía electoral hacia una alternativa ha ganado, por tanto, actualidad política.

En este contexto tampoco ha de sorprender que en el sur de Europa, la clase trabajadora se haya tirado a las calles en los últimos tiempos, y podrían hacerlo todavía con más fuerza en el futuro. En los países centrales en el corto plazo, la tendencia al conservadurismo parece tener más posibilidades que el surgimiento de una izquierda renovada que cuestione la racionalidad misma del sistema en su esencia. Sin embargo, cuanto más tiempo esos países permanezcan en un estado de crisis prolongada con escasas perspectivas de mejora, más se radicalizará el panorama político. En este contexto, en el futuro cercano será interesante observar el caso piloto de Japón, país que lleva ya más de tres décadas de recesión sin ninguna perspectiva de mejora en el corto o mediano plazo. El desastre nuclear a partir del terremoto solo acentuará esta crisis.

Bibliografía

- Abdul Ilah Albayaty, Hana Al Bayati e Ian Douglas, "Le printemps de la démocratie árabe", Palestine.net, 26.01.2011.
- Andrew Gavin Marshall, "Are we witnessing the start of a global revolution?: North Africa and the global political awakening", Global Research, 27.01.2011.
- Antonio Valero, "A prediction of the energy loss of world's mineral reserves in the 21st Century", 5ª Conferencia sobre Desarrollo Sostenible en Energía, mayo 2010.
- CDC, National Vital Statistics System, USA. Junio 2010.
- Central Intelligence Agency (CIA), The world Factbook: Country comparison total fertility rate, 2010.
- Central Intelligence Agency (CIA), World Fact Book, 2009
- Central Intelligence Agency (CIA), World Factbook, 2005.
- Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Estimaciones y proyecciones de población. Santiago de Chile, 2008.
- CEPAL, Estudio económico de América Latina 1982. Santiago de Chile, 1984
- Christophe Z. Guilamoto, "El aborto selectivo contra las niñas asiáticas", en Le Monde, 21.05.2009.
- Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, Por una globalización justa, 2004.
- División de Población de la ONU, World Population Prospects, 2007.
- Emily Brandon, "Countries with the longest life expectancy", en Planning to Retire, marzo 2009.
- Freeman, Richard. International labor standards and world trade, 1994, Global Europe Anticipation Bulletin, Informe GEAP 51, enero 2011.
- Goldstein Fred, "Low wage capitalismo", World View Forum, Nueva York, 2009.
- Guido Miranda, Memorias institucionales de la CCSS. San José, 1994.
- IHS, 'Industry database', 2003, tomado de Wikipedia Free Encyclopedia, "Peak Oil", www.en.wikipedia.org
- John Harlow, "Billionaire club in bid to curb overpopulation, America's richest people meet to discuss ways of tackling a 'disastrous' environmental, social and industrial treta", en The Times (Los Ángeles), 24.05.2009.
- Judy Dempsey, "U.S. and Europe Urged to Join Forces on Rare Earth Metals", en The New York Times, 28.10.2010.
- Kuhlmann y Soto, 1995: 96, Los hogares costarricenses 1988, 1990 y 1992, citado por Barquero B., Jorge A. y Trejos S., Juan Diego, Types of Household. Family Life Cycle and Poverty in Costa Rica. Universidad de California, Los Ángeles, 2005.
- Martine Laronche, "Es ineluctable la declinación demográfica en Europa?", en Le Monde, 02.09.2010.
- Memoria CCSS. San José, 1995.
- Nicholas Eberstadt, "Four surprises in global demography", Watch on the West, Foreign Policy Research Institute, volumen 5 número 5, julio 2004.
- Observatorio Internacional de la Crisis, El mundo en la encrucijada de la Gran Depresión. San José, DEI, 2010.
- Observatorio Internacional de la Crisis, Siglo XXI: Crisis de una civilización: ¿Fin de la historia o el comienzo de una nueva historia? San José, DEI, 2010.
- OIT, Anuario de estadísticas del trabajo 1945-1989. Ginebra, 1990.
- OIT, El empleo en el mundo 1996/97. Ginebra, s. f.
- OIT, Fuentes y métodos de estadísticas de trabajo, Volumen 10: Evaluaciones y proyecciones de la población económicamente activa 1950-2010. Ginebra, 2000.

ONU, División de Población, "World Population Prospects", The 2008 Revision Population Database, <http://esa.un.org/unpp/>.

Raúl Zibechi, "La revuelta árabe y el pensamiento estratégico", en ALAI, 04.02.2011.

Semjenov, Kapitalismus und Klassen. Colonia, Editorial Pahl-Rugenstein, 1973.

Sergio Reuben, "Política social y familia", en Contrapunto (San José, Sinart) No. 8 (1986).

Susan Berger, How we compete, Amazon, 2005.

UN DESA/CEPAL/CELADE, Reunión de seguimiento de la declaración de Brasilia. Santiago de Chile, setiembre 2008.

Wim Dierckxsens, Del neoliberalismo al poscapitalismo. San José, DEI, 2000.

Wim Dierckxsens, La crisis mundial del siglo XXI. Bogotá, Editorial Desde Abajo, 2008.

Wim Dierckxsens, El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada. La Paz, Bolivia, 1997; San José, DEI, 2010.

Wim Dierckxsens, Política y población. San José, EDUCA, 1981.

World Bank, The migration and Remittances Fact Book, 2011.

Capítulo VI

Desafíos del Trabajo como sujeto histórico en el capitalismo tardío declinante

Andrés Piqueras*

Curioso Sistema el capitalista, en el que el “derecho de propiedad” se convierte en apropiación de la propiedad ajena, el “cambio de mercancías” en explotación y la “igualdad” no es sino el dominio de una clase por otra
Rose Luxemburg, La acumulación del capital

Las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo desde el principio; se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos; parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas; retroceden constantemente aterradas ante la ilimitada inmensidad de sus propios fines, hasta que se crea una

* Universidad de Castellón, España.

situación que no permite volverse atrás, y las circunstancias mismas gritan: Hic Rhodus, hic salta! [¡Este es el momento, hacedlo ya!]
Karl Marx. El 18 Brumario de Luis Bonaparte.
Capítulo primero

El fruto real de las batallas radica no en el resultado inmediato, sino en la expansión continua de la organización y la unión de los trabajadores...
Manifiesto comunista

1. Introducción: premisas teóricas

1.1. El Capital

El capital es un factor que parece dotado de vida propia, pues es capaz de reproducirse a sí mismo, como valor en proceso. Y en ese propio proceso crea unas:

A. Condiciones de reproducción inmediatas, tanto materiales como personales (medios de producción y fuerza de trabajo) que necesita para generar su plusvalor; pero también produce las condiciones sociales (o relaciones de producción) que garantizan la perpetuación de aquellos elementos. Es decir, que las condiciones de su dinámica de acumulación son al tiempo resultados de ella misma.

Su reproducción ampliada deviene un modo de producción: conjunción de un determinado desarrollo de fuerzas productivas (medios de producción y seres humanos que los trabajan) con unas relaciones sociales de producción (las cuales, en el caso del capitalismo, implican la apropiación privada por parte de una exigua minoría de los medios de vida del conjunto de la sociedad; así como las disposiciones jurídico-políticas que hacen que los seres humanos sean "libres" de contratarse como mercancía que se compra y vende, esto es, como fuerza de trabajo).

Ahora bien, el movimiento económico del capital no es suficiente por sí mismo para establecer ese conjunto de factores y procesos que se articulan como modo de producción. Precisa del concurso de unas:

B. Condiciones de reproducción mediatas [o exteriores al propio movimiento de reproducción del capital], macro y microsociales.

Son las que se sitúan más allá del movimiento del capital como valor en proceso (vale decir, no son el resultado inmediato de la valorización del capital). Representan la garantía de valorización de los capitales individuales como "capital social" en conjunto y ponen en juego la totalidad de los aspectos y elementos de la realidad social, de la praxis social ¹.

B.1. Macrosociales

Pueden ser los medios socializados de producción (infraestructuras colectivas, avances científicos...); aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo no directamente asegurados por la circulación mercantil (instauración de un determinado tipo de relaciones familiares, de género e intergeneracionales coherentes con esa reproducción; producción y reproducción del espacio-tiempo doméstico; sistema educativo; sistemas colectivos de cohesión social, etc.); el espacio social que requiere la circulación del capital (las redes de transporte y comunicaciones, los procesos de urbanización, la particular disposición del territorio para facilitar en lo posible la movilidad tanto del capital social como del trabajo social, de una rama de producción a otra, de una región a otra; etc.); las normas jurídicas para garantizar la plusvalía y la ganancia (derecho; derecho mercantil, penal...) y las instituciones encargadas de velar por su aplicación; la unificación político-administrativa del territorio y homogeneización de las condiciones de vida (normas sociales y culturales) al interior de una formación socioespacial.

B.2. Microsociales

La producción de productores en libertad desposeída (sin atadura personal a nadie pero sin medios de producción para subsistir), por tanto individuos que no pueden ser soberanos (su capacidad de decisión está estructuralmente condicionada por su alteridad), sino dependientes de quienes les compran (o no) su fuerza de trabajo. A ello se suma la producción de poseedores de medios de producción abocados a reproducir de forma constante y ampliada el capital, compitiendo sin fin entre sí (siendo los recursos naturales medios de esa competencia, lo que implica la

¹ Sobre las condiciones de que hablamos aquí hay una excelente explicación en Bhir (2006).

explotación incesante y creciente del medio físico o depredación del hábitat).

Estas condiciones originan determinados modelos de sociedad y de entender las relaciones humanas y las relaciones de los seres humanos con la vida; implican, de hecho, determinados tipos de seres humanos, determinada racionalidad social y formas de subjetividad y potencian las posibilidades de hegemonía de determinados tipos de pensamiento, filosofías e ideologías (expresadas en las distintas facetas de lo que se conoce como supraestructura social).

En suma, el movimiento del capital, su propio devenir, actúa en el sentido de apropiarse del conjunto de las condiciones sociales de existencia que le han precedido, para ponerlas al servicio de su reproducción, al tiempo que crea nuevas condiciones con el mismo objetivo. Esto significa su apropiación del conjunto de la praxis social.

Pero por eso mismo, a un tiempo que desata esos procesos suscita insalvablemente sus propias contradicciones (de manera mucho más virulenta y permanente que los modos de producción que le han precedido, dada la dinámica de su reproducción ampliada a costa de los medios físico y social en los que subsiste), sus crisis de acumulación y sus crisis sociales, y lo que puede ser más decisivo, aboca al antagonismo permanente (latente o explícito) a la parte de la humanidad que va siendo convertida en Trabajo (desposeída de otros medios de vida que no sea su propia fuerza de trabajo).

Por eso el capital debe también permanentemente intentar controlar los procesos de producción y reproducción de las relaciones de clase ², garantizar la subordinación de los subordinados.

Esto requiere de una agencialidad política, de una personificación que vele por el mantenimiento de las relaciones sociales del capital, o lo que es lo mismo, por la perpetuación del capital como relación social. O sea, precisa de un sujeto al menos relativamente coordinado. A esa parte agencial implicada de forma directa en la reproducción ampliada del capital (ya se

² La relación de clase es la que se produce cuando unos seres humanos se apropian de parte o la totalidad del hacer y de lo hecho por otros (quienes son expropiados de su hacer y de lo hecho, ya sea mediante la fuerza, la servidumbre aceptada o mediante un salario, por ejemplo). Es decir, media entre ellos un proceso de explotación.

trate de personas físicas, jurídicas, institucionales o colectivas) la llamaremos Capital, con mayúscula. Con tal denominación hacemos referencia a quienes viven de explotar el trabajo ajeno sin tener que autoexplotarse a sí mismos, principales beneficiarios del sistema capitalista y por tanto interesados en sustentarlo y reproducirlo. Propietarios privados de los medios de vida de la sociedad que se ven impelidos a una perenne competencia entre sí en torno a la tasa de ganancia ³, pero que se coaligan para la obtención de la plusvalía, es decir, contra el Trabajo.

Solamente esa parte agencial puede explicar el otro conjunto de condiciones necesarias para la hegemonía de la ley del valor del capital.

C. Condiciones de reproducción transmediatas, de agencialidad política.

Las condiciones inmediatas y mediatas precisan de un entramado de instituciones y dispositivos políticos capaces de procurar la sedimentación y continuidad adaptativa de aquellas circunstancias sociales. El capitalismo, como modo de producción, ha condensado tales instituciones y dispositivos en una expresión político-administrativa muy especial: el Estado. Dispositivo de gerencia del conjunto del modo de producción capitalista, que como tal no es exclusivo de la clase capitalista, sino reflejo de la composición de fuerzas sociales presentes en el mismo.

Sin embargo, instituciones de carácter transnacional y global han ido desbordando esa gerencialidad estatal según la dinámica de reproducción del capital se ha hecho universal, como veremos.

Pero en una u otra versión, estas condiciones patentizan que lo económico no puede existir sin lo político (de ahí que los clásicos siempre llamaran a la economía, economía política), lo que quiere decir que las relaciones sociales de producción no bastan por sí mismas para explicar el conjunto de procesos sociales y político-jurídicos, sino que, frente a todo economicismo, éstos explican a su vez las condiciones de posibilidad de aquéllas, en una interacción continua y un mutuo condicionamiento.

³ La relación de clase conlleva también una dimensión interna, intra-Capital, en torno a cuotas de explotación y subordinación de unos explotadores respecto a otros, dando como resultado que unos capitales eliminan de la competencia a otros, los menos "competitivos" (cuya menor productividad les relega por debajo de la media de la tasa de ganancia que se consigue en una determinada sociedad), produciéndose una tendencial dinámica de concentración y centralización del capital.

Es en virtud de todos estos procesos y condiciones que la dialéctica marxista (el materialismo dialéctico) propone que desarrollo tecno-económico, relaciones y prácticas productivas y sociales, así como estructuras e instituciones históricas específicas se constituyen mutuamente, y todas se retroalimentan con específicas construcciones ideológicas y concretas formas de conciencia y subjetividad.

Esto ha dado pie a todo un entramado teórico de interpretaciones sobre la estabilidad o no de unas u otras expresiones de explotación y de los modos de producción de las que son la base. Y en concreto, ha motivado los intentos de analizar los fundamentos de la hegemonía del Capital (una vez que Gramsci explicara en qué consiste) y la estabilidad de los diferentes órdenes generados históricamente dentro del modo de producción capitalista.

De ahí los esfuerzos teóricos por distinguir estadios o fases del devenir del capitalismo histórico en virtud de cómo se organiza económico-social y políticamente su acumulación, pero asimismo según las formas en que se ha basado la hegemonía (porque en el fondo es de lo que se trata, aunque no siempre se especifique así).

Dos principales escuelas han desarrollado a su manera aquellos presupuestos marxistas

1. La escuela regulacionista.
2. La escuela de las Estructuras Sociales de Acumulación.

La escuela o escuelas regulacionistas (desarrolladas principalmente en Francia) intentan explicar la paradoja de por qué el capitalismo tiene tendencias hacia la crisis, el cambio y la inestabilidad, que son contrarrestadas por su habilidad adaptativa a las mismas, a través de un dúctil entramado institucional-normativo-ideológico-subjetivo. Su teoría se basa en dos conceptos clave: los regímenes de acumulación o formas de organizar la producción y el consumo (fordismo, posfordismo, etc.) y los modos de regulación, que se refieren a las instancias sociopolíticas, jurídicas e ideológicas que se retroalimentan con ese régimen de acumulación. La combinación de un régimen de acumulación y un modo de regulación da como resultado un modelo de desarrollo, que aquí llamaremos modelo de crecimiento, para remarcar la distancia que supone el crecimiento capitalista respecto de la concepción integral del desarrollo.

De acuerdo con las teorías de la regulación, todo régimen de acumulación alcanzará un punto de crisis en el cual el modo de regulación no podrá sostenerse, y las elites estarán forzadas a encontrar nuevas reglas y normas, pergeñando un nuevo régimen de acumulación, que estará vigente hasta que desarrolle su propia crisis, y así sucesivamente.

La ciencia social estadounidense desarrolló su propia versión al respecto, intentando dar concreción al entramado institucional capaz de posibilitar la recuperación primero y el sostenimiento después de la acumulación capitalista. Se trata de la Teoría de las Estructuras Sociales de Acumulación (ESA).

Ciertamente, una y otra expresión teórica tienen su origen en Marx, quien ya señalara la interpenetración del conjunto de políticas, intervenciones públicas, formas institucionales y de pensamiento, normas, dispositivos de socialización y medios de construcción de la realidad y de legitimación, hábitos de comportamiento y el conjunto de subjetividades generadas que acompañan a los distintos periodos de acumulación capitalista. No obstante, lo substancial del esfuerzo que, a nuestro juicio, pretendió realizar el materialismo dialéctico, consistió precisamente en que todo ese entramado, a pesar de su aparente solidez, está sujeto a continuas fracturas, contradicciones y contraconstrucciones internas. Por ello ese ensamblaje de factores (que, además, en gran parte es no-consciente) constituye a lo sumo un intento de regulación, que se halla en constante tensión “desreguladora” provocada por los numerosos agentes, a menudo antagónicos, que le dan vida.

De hecho, una de las líneas de investigación sobre el devenir del modo de producción capitalista es la que ha registrado sus dificultades para mantener la acumulación, por su propia tendencia a la crisis, que ya enunciara Marx. Si bien su hincapié es más estructural que agencial, esto es, más basado en supuestas condiciones “objetivas” de la propia dinámica capitalista que en la intervención consciente de los sujetos, su aportación, combinada con las otras que hemos mencionado al respecto, puede ser de interés para sentar las coordenadas de la acción de clase.

De este último esfuerzo analítico se deriva la recurrencia a las ondas largas, que hacen referencia a periodos de ascendencia de la acumulación capitalista, de unos 25 años (fase A Kondratiev), tras los cuales se ralentiza e incluso comienza a descender esa acumulación (fase B Kondratiev), hasta que un determinado modelo de crecimiento entra en crisis y es sustituido por otro que ya presentaba rasgos latentes en el anterior, sin que ello quiera decir

que las formas del modelo en crisis tengan que desaparecer del todo en el nuevo modelo, pues están presentes en él aunque no de manera hegemónica.

Las ondas largas son concebidas como resultado de una tendencia endógena del capital y del sistema que origina, el capitalismo, a que la composición orgánica del capital (la creciente ratio a favor de su componente técnico frente al humano) sea de manera periódica, y a pesar de diversos factores contratendenciales, decisiva a la hora de provocar una caída de la tasa de ganancia. Caída que arrastra un conjunto de consecuencias y procesos que dan como resultado ciertas “crisis”, que pueden ir desde la desaceleración a la recesión y, en consecuencia, desde meros ajustes económicos y sociopolíticos, a profundas reestructuraciones en unos y otros ámbitos. Son estas últimas las que han conducido a numerosos autores marxistas a aceptar ondas largas en el desarrollo capitalista. No obstante, el periodo en el que se fundan la mayor parte de los estudios, desde el capitalismo industrial, puede que no implique tiempo suficiente como para tener seguridades históricas, y en la práctica no resulta convincente el conjunto de atribuciones que se hacen a esas ‘ondas’. Lo que sí parece constatado, en cambio, es la tendencia a las “crisis” de acumulación que contiene intrínsecamente el sistema capitalista; o por decirlo de otra forma, éste es el único sistema histórico en el que la riqueza constituye un problema. Cómo contrarrestar esa tendencia e iniciar nuevos ciclos de acumulación tras la “destrucción constructiva” de cada ciclo, ha sido desde el principio una obligación sistémica del Capital en cuanto que sujeto histórico.

Por lo que respecta a la influencia que las combinaciones de regulaciones y ondas largas pueden ejercer sobre las relaciones de Capital y Trabajo, las hipótesis de partida suelen proponer que en una fase u onda larga ascendente el Capital cuenta con suficientes recursos como para estar más abierto a, o incluso promover, el reformismo social y, en general, la integración del Trabajo, a través tanto de la cooptación como del consenso, merced a la secuencia virtuosa que es proclive a instaurar: incremento de la tasa de ganancia → aumento de los salarios reales (cuanto menos los indirectos y diferidos) → acentuación del consumo → complicidad de la población.

Se produce por tanto, en estas fases, la inclinación a una parcial desmercantilización de la fuerza de trabajo (una parte de su reproducción es asumida por medio de prestaciones y servicios por el “capitalista colectivo”, el Estado). Con ello y

paradójicamente, la mayor integración del Trabajo se compagina con el acrecentamiento de su poder social de negociación ⁴, y por ende con un tendencial mayor reparto de la plusvalía total generada.

En las subsecuentes fases descendentes se desata un mayor descontento, pero a un tiempo disminución del poder social de negociación del Trabajo, pareja al aumento de su sustituibilidad por parte del Capital, que suelen ir de la mano de mayores niveles de represión y conflicto según se concentra igualmente la riqueza social. Se incrementa la mercantilización de la fuerza de trabajo.

Esa mayor mercantilización y deterioro de la condición salarial provoca la descomposición y por consiguiente resistencia de las capas del Trabajo que se habían acomodado en la fase anterior (suscitando una conflictividad que se ha llamado de tipo polanyano, en pos del mantenimiento de las posiciones logradas, aun a costa de otros sectores del Trabajo) ⁵. Sin embargo, simultáneamente se produce la formación y por tanto la insurgencia de nuevas capas proletarizadas o que han experimentado drásticos cambios en su condición de asalariación, lo que implica nuevas agencias y nodos de conflicto, nuevas reivindicaciones y formas de lucha (que se ha denominado conflictividad de tipo marxiano) (Silver, 2005: 31-33).

En definitiva, las hipótesis centrales que se han manejado hasta hoy tienden a concordar en que en las fases de ascenso se acentúa de modo paulatino, junto con su relativamente menor posibilidad de reemplazo, la organización y fortaleza del Trabajo, pero de forma integrada (reformista). En las fases de crisis o de

⁴ Ésta es igual a la capacidad, debido a su posición de fuerza, de hacer valer sus intereses frente al Capital. Esa posición de fuerza se puede adquirir por medio de la menor posibilidad para el Capital de reemplazar la fuerza de trabajo (ver al respecto el capítulo V) o de debilitarla, y también a través de la organización y las luchas colectivas. Los altos niveles de empleo y el macrocorporatismo del Trabajo en la fase keynesiana, aumentaron significativamente ese poder social de negociación.

⁵ Esto es así, se postula, porque según enunciara Karl Polanyi, cuando disminuye la mercantilización de la fuerza de trabajo crece el poder general de negociación del Trabajo, pero igualmente la tendencia a la división entre el mismo, mediante identificaciones o identidades (de estatus o de “competencia” profesional) fuera de la identidad de clase, que resultan mecanismos de autoprotección o distinción de las capas más altas o acomodadas del Trabajo. Estas identificaciones se hacen valer a menudo después, en las fases descendentes, como blindaje contra los sectores más precarizados de la fuerza de trabajo, para preservar ciertas garantías de aquellos estratos más altos.

ralentización del crecimiento de la ganancia, disminuye la posición objetiva del Trabajo para influir de manera protagonista en el curso del sistema capitalista, acentuándose por el contrario la dinámica de pugna intraCapital como motor de los cambios y, en definitiva, como agencia conductora del sistema (ver al respecto, por ejemplo, las obras de Robert Brenner —en especial Brenner, 2003, 2009—). Pero por contra y aun así, las expresiones más desarrolladas o concienciadas del Trabajo (vanguardias) se vuelven más rupturistas, preparando la posterior agudización de la lucha de clase, que encuentra más nutrientes según se deterioran las condiciones del conjunto del Trabajo, y con ellas, las de legitimidad general del Sistema, pues en su búsqueda de salidas a sus crisis, el Capital debe congeniar el aumento de la tasa de plusvalía con la acentuación de la tasa de explotación y el consiguiente deterioro de las condiciones laborales y de distribución de la riqueza social, como ocurre en la actualidad.

Aun así, tales procesos no son ineluctables; estas tendencias quedan vinculadas a todo un conjunto de factores:

a. La capacidad de sustitución del Trabajo se relaciona estrechamente con el poder social de negociación del mismo y, por ende, con su menor o mayor acceso al conjunto de la riqueza social producida dentro de una determinada formación social.

b. Esta última condición tiene que ver, a su vez, íntimamente, con la mayor o menor fortaleza de la demanda, esto es, con el poder adquisitivo de la mayor parte de la población [lo cual a su vez condiciona el aumento o la disminución de las posibilidades de realización del capital, vale decir, de convertir la plusvalía obtenida en la producción, en ganancia mediante la venta].

c. Sin embargo, no hay que olvidar que esa fortaleza de la demanda está también en función, primeramente, de la riqueza total generada, la cual depende del desarrollo de las fuerzas productivas y en concreto del producto interno bruto (PIB) per cápita alcanzado (donde la productividad es un factor importante aunque no exclusivo). Las fases de ascenso de la acumulación o de desaceleración de la misma, ejercen asimismo una notable influencia en la predisposición y los límites del Capital para la distribución.

d. Todas estas condiciones repercuten en la capacidad de reformismo existente en una formación social dada (ver capítulo V) a través de cierta distribución de la riqueza y desmercantilización de la fuerza de trabajo, y se hallan imbricadas en las condiciones

inmediatas y mediatas de reproducción del capital, aun cuando éstas siempre sean participadas por la política (o sea, por las condiciones transmediatas).

Ahora bien, existen otros factores que están más explícita y singularmente vinculados a las condiciones transmediatas de reproducción del capital. Se trata de:

e. La fortaleza organizativa e ideológica conseguida por el Trabajo en un determinado momento histórico (que es la que posee potencialidad de realizar su fuerza intrínseca en fuerza explícita transformadora ⁶), en especial dentro de cada formación social de referencia, pero asimismo a escala regional y global. Esto puede traducirse también, de alguna manera, por su grado de madurez histórica [o capacidad de empujar las condiciones objetivas que actúan sobre la necesidad de superar su subordinación].

f. La capacidad de debilitamiento del Trabajo [o de contrarrestar su fuerza intrínseca] que, por el contrario, ejerce el Capital. Aquí entran tanto dispositivos políticos como policíaco-militares e ideológico-culturales. Además, como en bucle de retroalimentación con las condiciones inmediatas y mediatas, las medidas (políticas) económicas estratégicas destinadas a debilitar la fuerza del Trabajo y a perpetuar la propia reproducción inmediata y mediata del capital.

Las medidas económicas estratégicas destinadas a debilitar el poder social de negociación del Trabajo y asegurar elevadas tasas de explotación, pasan principalmente por cuatro tipos de desplazamiento (ver Silver, 2005):

1. desplazamiento espacial y temporal del capital;
2. desplazamiento tecnológico-organizativo del capital;
3. desplazamiento del capital hacia nuevas líneas de producción e industrias más rentables, con nuevas formas o elementos dominantes de producción; y por fin,
4. desplazamiento del capital fuera de la producción.

⁶ El Capital depende del Trabajo para ser Capital, sin él, sin explotación, no existiría. En cambio, el Trabajo consigue su emancipación dejando de ser Trabajo, precisamente sin la existencia del capital y su valor en proceso. El Capital siempre tiene que vencer la resistencia intrínseca de la Vida a ser negada, a ser convertida en Trabajo. Esta es la gran debilidad de aquél y el vector de fuerza intrínseco de éste, como ya Hegel apuntara al respecto de la "dependencia" del amo sobre su esclavo. Ver sobre esto nota 55 en el apartado final.

En realidad, con ello no estamos hablando sino de la permanente y creciente movilidad del capital, que se puede manifestar espacial (y temporalmente ⁷) en el primer caso, así como a través de la innovación-planificación, en el segundo; o bien como neoproducción, en el tercero. La cuarta posibilidad es la que hace crecer el peso de la vertiente financiera del capital en la economía.

Los factores e y f descritos tienen que ver con la constitución del Capital y del Trabajo como sujetos transnacionales y como sujetos históricos ⁸, y se entrelazan dialécticamente con los anteriores, si bien añaden a las posibilidades de reformismo la variable de la transformación social a favor del Trabajo, de modo especial cuando:

A. hay un relativo agotamiento de la capacidad de sustitución del Trabajo paralelo al aumento de su fortaleza explícita, pero no se ha producido una respuesta reformista por parte del Capital, o si se produjo, se ha terminado por degradar abruptamente (ha sido propio de formaciones sociales semiperiféricas y periféricas); y

B. ha habido un alto nivel de reformismo parejo al agotamiento de la capacidad de sustitución del Trabajo y al incremento del poder

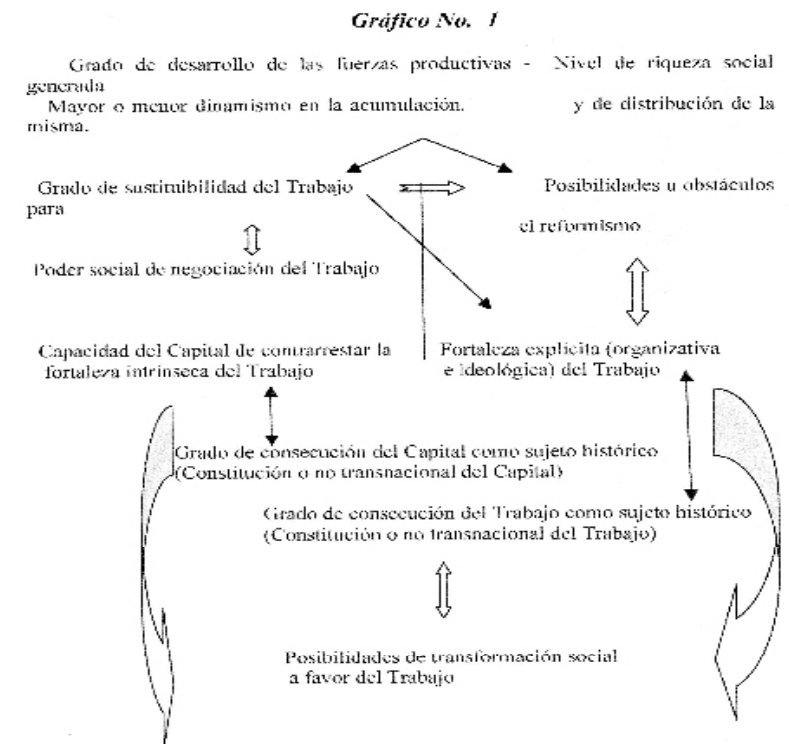
⁷ La posibilidad del desplazamiento temporal del capital excedente también es siempre recurrida, por supuesto, y consiste en que los flujos de capital se alejen del terreno de la producción y el consumo inmediatos (circuito primario de la economía), para invertir en infraestructura productiva a ser rentabilizada en un futuro más o menos lejano (circuito secundario de la economía: instalaciones, capacidad de generación de nueva energía, nuevas vías para el traslado de mercancías y fuerza de trabajo, etc.), o bien en gasto social que favorezca la investigación y el desarrollo y, en general, la cualificación de la fuerza de trabajo en el porvenir (circuito terciario de la economía). No obstante, la inmediatez y el cortoplacismo del "interés" de los diferentes capitalistas, nunca les permitió terminar de apostar de forma abierta por este desplazamiento temporal de la ganancia, por lo que tuvieron que recibir el "empujón" de la lucha de clase que posibilitó que el Estado (como "capital colectivo") asumiera esas tareas con muy diverso entusiasmo en unas y otras sociedades. Hoy, dados los crecientes problemas de rentabilidad y la escasa dimensión de esta lucha en tantos lugares, el Capital se inclina en proporción decreciente por esta salida (enflaqueciendo las posibilidades del Estado en este sentido) (ver Naredo, 2006). Sobre estos tipos de movilidad del capital y sus co-implicaciones, remitimos al capítulo siguiente.

⁸ Sujeto histórico podríamos llamar a aquel que presenta conciencia y afán de historicidad, intencionalidad de crear sus propias coordenadas sociales. Por lo tanto, poseedor de un proyecto social omniabarcador.

social de negociación de éste (Estado Social, socialdemocracia avanzada), pero el Capital no puede por más tiempo mantener esa opción debido a su declive degenerativo en el desarrollo de fuerzas productivas y en la tasa media de ganancia (seguir capítulo V al respecto). Se produce entonces una situación de trance entre la recuperación de la sustituibilidad del Trabajo y su debilitamiento por parte del Capital y la propia reacción del Trabajo (incumbe esto a las sociedades centrales).

Las circunstancias descritas en A y B son proclives de conducir a situaciones: a) preinsurreccionales, o b) de descontento, protesta y desafección general al sistema. Dependerá de cómo se equilibren o desequilibren a su vez e y f para que de esas situaciones de impasse las fuerzas del Trabajo puedan o no pasar a las de transformación social.

El conjunto de interrelaciones dialécticas de condicionamiento están expresadas en el Gráfico No. 1.



1.2. El Trabajo

Trabajo, con mayúscula, comprende a quienes no detentan capital ni medios de producción (al menos no suficientes como para depender de sí mismos para vivir) y por tanto tienen que enajenar su fuerza de trabajo de sí mismos y ponerla al servicio de otros, o bien autoexplotarse⁹, como único o principal medio de garantizar su subsistencia; abandonan, generalmente a cambio de una remuneración o ganancia subordinada, todo derecho sobre el producto de su trabajo; dependen para trabajar —esto es, para poderse procurar la vida— de las decisiones de quienes tienen los medios de producción en gran escala¹⁰.

Con el concepto de Trabajo no tratamos de simplificar la heterogeneidad de las clases subordinadas, ni aparentar una similitud de sus condiciones de vida, ni mucho menos, sino de dar un sentido terminológico universal a su común relación de explotad@s-autoexplotad@s o explotables en cuanto que ya están proletarizados, es decir, desprovistos de medios de producción para asegurarse la supervivencia por sí mismos o bien para no tener necesidad de autoexplotarse¹¹.

⁹ Debido a la imposición de un índice de ganancia diferenciado, resultante de un intercambio desigual (afecta entre otros a buena parte de la categoría de “autónomos”, asimismo pequeños comerciantes, cuentapropistas del mercado informal, agricultores...).

¹⁰ Pueden seguirse aquí parte de las atribuciones que Boltanski y Chiapello (2002) hacen para el salariado en general.

¹¹ El concepto de Trabajo que aquí se utiliza como sujeto trasciende lo meramente productivo (la “esfera económica” en que el capitalismo confinó la producción de las condiciones de la Vida, en un sentido amplio). Está hecho para designar a quienes crean la riqueza, pero sin querer con ello decir que debemos ser designados nada más como productores. Sin trabajo no existiríamos, sin embargo el Trabajo como sujeto antagónico del Capital se realiza y responde a muchas otras facetas del ciclo de la vida (interacción humana, ayuda mutua, tiempo para sí, relaciones personales, placer, intercambio, creación, entre muchas otras), y aspira en sus versiones emancipadoras a negarse a sí mismo como agente imposibilitado del hacer para sí (es decir, pretende negarse como trabajo alienado, y en consecuencia como Trabajo en general), a través del trabajo libre, creativo, y capaz por ende de construir otras condiciones de Vida, otra vida. El término Trabajo es escogido por entenderse que contiene un mayor espectro explicativo, tanto por lo que respecta a la presente vinculación de los seres humanos al capital (estén o no explotados de modo directo por él), como por la potencialidad que quiere señalar en ellos para la construcción consciente de sus vías de emancipación, a pesar o a partir de esa misma vinculación. Con todo, es obvio que la designación se encuentra abierta al debate en la búsqueda de otras mejores.

Pero esa circunstancia común no indica unas semejantes condiciones de vida, sobre todo si se toma como referencia el conjunto del planeta. Acerca de la fragmentación interna del Trabajo a escala de unas y otras formaciones sociales, son bien conocidas las aportaciones de autores en la línea del auto-denominado “marxismo analítico”, cuya expresión menos adscrita al individualismo metodológico y, por ende, más relacionada con nuestros objetivos, está encarnada a nuestro juicio por Olin Wright. Apunta este autor dos tipos de divisiones estructurales dentro de la población asalariada: a) posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase, y b) posiciones de privilegio dentro de las relaciones de explotación.

Las posiciones de privilegio implican un grado de apropiación mayor de la plusvalía generada (o de menor explotación propia), ya sea debido a la posesión de cualificaciones o destrezas no muy distribuidas en el conjunto de la población asalariada (expertos, trabajadores cualificados...); o bien por la posición más cercana que se tiene en relación a la autoridad o jerarquía y el control en los procesos productivos (‘managers’, supervisores...).

Posiciones contradictorias, por su parte, serían las de aquellos que poseen medios de producción pero no con suficiente importancia como para comprar fuerza de trabajo, o lo hacen solo en pequeña medida u ocasionalmente, teniendo a menudo que trabajar también ellos mismos (el pequeño patrón como figura diferenciada del capitalista; algunas veces el trabajador autónomo que emplea otros trabajadores); o incluso trabajar ya sea ocasionalmente o con frecuencia para otros (propietarios agrícolas que a un tiempo son jornaleros o asalariados en general, por ejemplo)¹².

Estos dos conjuntos de divisiones estructurales afectan verticalmente al Trabajo, jerarquizándolo internamente [plano vertical].

A ellas hay que añadir la estructuración de desigualdad que acompaña a la división mundial del trabajo y que provoca posiciones de privilegio de la fuerza de trabajo de las formaciones centrales, tomada en su conjunto, frente a la fuerza de trabajo de las formaciones periféricas [plano espacial].

¹² Las posiciones contradictorias se complican aún más si tenemos en cuenta las posiciones de clase mediadas, esto es, aquellas que vienen dadas por los grupos básicos en los que se establece la identidad de clase o la ubicación general en la sociedad: las familias. Ocurre que con frecuencia la posición de clase personal y la familiar pueden ser distintas, afectando contradictoriamente la autoadscripción de cada individuo. Para un buen y necesario análisis de todos estos puntos, Wright (1994 y 1997).

Apuntamos, además, que si bien la relación de clase o de explotación tiene su expresión en la división social del trabajo, hay otras divisiones del trabajo que la complejizan y son susceptibles de constituir igualmente formas o expresiones (complementarias) de la relación de clase: se trata, por ejemplo, de la división sexual y la división étnica o cultural del trabajo.

En ocasiones podrían coincidir con la relación de clase fundamental capitalista, siempre que la apropiación y consecuente división social del trabajo se hiciera exclusivamente a partir de criterios de género o étnicos. No obstante en las formaciones sociales capitalistas, género y etnia constituyen expresiones transversales a la relación de clase capitalista, a la que “abren” al afectarla en ambos lados de la misma, tanto vertical (Capital/Trabajo), como horizontalmente (Capital/Capital y Trabajo/Trabajo) [plano transversal].

Posibilitan, por consiguiente, siguiendo ahora la vía que abrió Weber, el acaparamiento de oportunidades de vida también entre el Trabajo a través del diverso acceso de unas u otras personas que integran este lado del binomio de clase a los recursos, a los medios e instrumentos de producción de pequeña escala o a la posición dentro de una división social del trabajo dada ¹³. Todo lo cual determina unas relaciones de privilegio estructurales, que se traducen en una cierta usurpación de oportunidades de vida.

Las relaciones de privilegio que obedecen a los patrones de género y étnicos, son hoy las más fuertemente arraigadas al presentar una base sociohistórica naturalizada.

El gran “éxito” del capital para convertirse en modo de producción es que ha supeditado todas las demás líneas de fractura de los seres humanos a su dinámica de explotación (de extracción de valor), que por eso se ha constituido en hegemónica, sustentadora de un sistema social hoy planetario. Eso transcurre paralelamente a su logro para difuminar la relación de clase vertical Capital/Trabajo, visibilizando y multiplicando en cambio, las diferencias horizontales Trabajo/Trabajo (de estatus, género, identitarias, etc.).

¹³ Roemer (1995) habla de diferente acceso a los recursos, al prestigio social y al poder. Referencias pertinentes, a nuestro juicio, siempre que consideremos ese poder —los poderes— con minúsculas, sustentadores del Poder sistémico (veremos en el apartado 4 el desarrollo de estos puntos, así como de los tres planos aquí tratados).

Por eso mismo, o contra eso mismo, es que elegimos la designación de Trabajo para englobar todas esas divisiones ¹⁴.

Desde la Primera Revolución Industrial determinados sectores del Trabajo han presentado una agencialidad intencional en orden a integrar todo aquel conjunto de divisiones y establecer mejoras universales de su situación, llegando a generar sujetos colectivos con afán de historicidad, o sea, de alternatividad sistémica al orden dado de las cosas. El movimiento obrero ha sido la expresión más consciente del mismo, la resultante más madura del acopio de conciencia de la humanidad sobre su propia explotación y alienación.

El concepto Trabajo es, por tanto, una idea-fuerza (intencionalidad ideológico-política fundamentada en la capacidad transformadora del conocimiento constructivo, de la propia ciencia, sobre la realidad), y como tal señala la posibilidad de establecer vías de encuentro de intereses, de coincidir en objetivos y realizar posibles coaliciones identitario-políticas entre la población que tiene a su fuerza de trabajo como principal medio de vida. Para ello cuenta con la conciencia política, en sus distintos grados, como imprescindible (aunque inestable) ¹⁵ argamasa. Podemos hablar así, en consecuencia, de Trabajo más o menos cualificado, con mayor o menor estatus, Trabajo generizado, Trabajo etnificado, etc.

Únicamente así pueden concebirse vías de transformación social en favor de las grandes mayorías.

¹⁴ Las hasta hoy cada vez más logradas cotas de hegemonía (como resultado de la combinación de las condiciones inmediatas, mediatas y transmediatas del capital —estas últimas ligadas al perfeccionamiento de los dispositivos de control y represión—) política, cultural e ideológica del Capital sobre las poblaciones, junto a las transformaciones económico-sociales producidas, han tendido a que los sujetos políticos populares o del Trabajo se hayan ido detrayendo en “agentes” sociales, y estos últimos vayan reduciéndose a meras “categorías sociales”, tan estimadas por la ciencia social positivista en cuanto que categorías estadísticas, descriptivas, que hacen referencia a grupos de personas que comparten alguna propiedad específica, sin que dicha propiedad o característica se constituya ya en fuente de identidad colectiva ni por tanto le aúne para accionar colectivamente o establecer formas de organización bajo objetivos compartidos.

Esto nos advierte sobre el hecho de que las posibilidades de subdividir a la población hasta su delincuencia agencial son prácticamente ilimitadas, y es por eso que las propias definiciones y clasificaciones sociales se sitúan en el centro de las pugnas por la construcción social de la realidad.

¹⁵ Veremos en el apartado 4, y especialmente en la nota 57, la alta indeterminación del factor conciencia. Ver también para más detalles, la introducción de Piqueras (2009).

Eso no es óbice para que, sea cual sea la opción ideológica que se elija, tengamos presente que la intencionalidad proyectiva de la ciencia nunca puede descuidar los planos de la realidad social construida con la que interactúa. Por eso, en nuestro caso, resulta imprescindible conocer las enormes dificultades de la intervención colectiva del Trabajo, vale decir, de su agencialidad común; los obstáculos de la acción transformadora de clase, qué es lo que la dificulta o reduce a veces al límite. Pero asimismo cuáles son sus coadyuvantes, sus potencialidades, qué y de dónde puede verse fortalecida para desafiar incluso las propias posibilidades de “regulación” del Sistema. Pues, recordamos, la tendencia de las fuerzas productivas a desarrollarse en todos los aspectos, también en el de la conciencia y la organización, puede ser el más potente factor en la desestabilización de las relaciones sociales de producción, incluso más que la combinación de elementos supraestructurales y estructurales en su estabilización.

De ahí que el lado fuerte del marxismo que aquí queremos resaltar es precisamente el que hace hincapié en la capacidad antirreguladora (transformadora) de las luchas del Trabajo. Por eso mismo, en cambio, cualquier salida hacia delante de cada fase de crisis capitalista requiere una seria reestructuración de las relaciones Capital-Trabajo, en una intervención respecto a la lucha de clases (en realidad luchas de clase ¹⁶) que ha ido realizándose

¹⁶ Luchas en torno a la relación de clase (ver nota 2). Esas luchas pueden ser por una mayor o menor distribución de la plusvalía generada en la explotación (luchas de clase cuantitativas), o contra la propia explotación de unos seres humanos por otros, es decir, por la eliminación de la relación de clase (luchas de clase cualitativas). Las primeras pueden ser latentes (debidas a la fricción implícita que genera e implica la sujeción y ejecución práctica del trabajo abstracto, y pueden traducirse en “escamoteos”, “negligencias”, “desórdenes”, “perezas”, “absentismos”, “mal trabajo”, “libertinajes”, “vaguería”, “ingraticudes” o “infidelidades...”), o explícitas (precisan cuanto menos de un determinado grado de conciencia del antagonismo de clase, y por ende pretenden la proyectividad colectiva de las acciones recién mencionadas o de otras más dirigidas).

La lucha de clase cualitativa requiere necesariamente que ocurran parciales transformaciones del Trabajo como objeto de explotación, como mercancía, al Trabajo como sujeto de desalienación (que intenta recuperar la totalidad de su tiempo de vida para sí). Vale decir, que hay partes del Trabajo que se transforman de meros agentes inmersos en coordenadas dadas, en sujetos que procuran establecer sus propias dinámicas de vida y adquieren autonomía ideológica. Las clases no luchan como sujetos coordinados, si bien sectores más conscientes de ellas pueden devenir sujetos colectivos susceptibles de otorgar niveles de agencialidad más consciente al conjunto de la clase social. Ver para profundizar en todos los elementos que se señalan en esta introducción, Piqueras (2002, 2009).

de forma cada vez más planificada por parte del Capital, y que obliga al Trabajo a asumir el enorme reto de ponerse a su altura estratégica para tener en adelante alguna oportunidad de emancipación.

2. Antecedentes

El despegue de la segunda posguerra de las principales sociedades centrales de Europa, al igual que en el caso japonés, se asentó sobre una fuerza de trabajo que recibía salarios extremadamente bajos en relación con su cualificación. Circunstancia posible por el alto ejército de reserva industrial que se había creado en ellas, amén de la tasa de reposición de la fuerza de trabajo que garantizaba el sector agrícola (Alemania, por ejemplo), que aseguró la presión a la baja de los salarios al menos hasta la década de los años sesenta. Ello fue posible, o tuvo su punto de arranque, en la derrota de las rebeliones obreras de posguerra y la subsiguiente conformación de un sindicalismo integrado ¹⁷, atento a las necesidades de acumulación de capital.

En las formaciones centrales el movimiento obrero, como la parte más consciente y organizada del Trabajo, era en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporatista (organización de intereses a escala nacional a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasectoriales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes —Alonso, 1999—). Lo que significa que el movimiento obrero incidirá en la estructura política en gran medida como un grupo de interés organizado, en dinámicas de negociación y conciliación de intereses contrapuestos. Se sitúa, de esta manera, en el ámbito general del macrocorporatismo, propio de las formaciones centrales de esta

¹⁷ Brenner (2009: 161) habla de que el boom de la posguerra, principalmente en Alemania y Japón, “se basó más en la derrota del movimiento obrero que en su reconocimiento, más en su subordinación explícita que en la consolidación de un hipotético ‘acuerdo capital-trabajo’”.

fase, en la lucha por un mejor reparto de la plusvalía ¹⁸, pero ya no contra la apropiación privada de la plusvalía.

A cambio los Estados capitalistas emprendieron una creciente inversión y gasto público, que junto a la expansión del sector estatal, incidieron espectacularmente en la demanda y propiciaron, de la mano de la previa combatividad del Trabajo, una nueva generación de derechos, los socioeconómicos, que sumados a los civiles y al mejoramiento de los políticos, enriquecieron de modo considerable la ciudadanía y constituyeron la base del Estado Social, caracterizador de estas formaciones sociales. Esto entrañó la entrada del capitalismo monopolista de Estado en su subfase keynesiana ¹⁹ con la integración del Trabajo en el orden capitalista y la consiguiente institucionalización del conflicto.

La mejor correlación de fuerzas a escala internacional, con la pujanza del Segundo Mundo o Bloque Socialista como sujeto internacional, tuvo también su papel en todo ello ²⁰.

¹⁸ Aunque siempre vigilando que las alzas salariales no excedieran los de la productividad. Su punto de vista “estratégico” se asienta en la consideración de que en una economía capitalista todos los sectores de la sociedad dependen en un grado u otro de la inversión privada para el crecimiento económico, el empleo y la recaudación de impuestos para el gasto público. Si la tasa de ganancia de las empresas capitalistas locales desciende (si la correlación salarios/ganancia es demasiado perjudicial para el Capital) tenderá a desinvertir en el lugar y por consiguiente los salarios y las conquistas obreras perderían lo logrado hasta el momento.

¹⁹ Las diversas fases en que secuenciamos el capitalismo histórico son: liberal competitivo, monopolista privado, monopolista de Estado (subfase autoritaria), monopolista de Estado (subfase keynesiana), monopolista transnacional. A esta última es a la que llamamos aquí también capitalismo tardío (a diferencia de Mandel que ya había aplicado este término al capitalismo monopolista de Estado —CME— en su subfase II). Entendemos además el capitalismo tardío como capitalismo declinante, en especial desde los primeros cortocircuitos de la globalización en los años noventa, conforme se explicará más tarde (ver Anexo II del Apéndice).

Si bien el término CME fue rechazado por el propio Mandel (1986), por entender, entre otras cuestiones, que tras él se escondía una visión regulacionista acentuada tendente a apuntar que el capitalismo había encontrado el modo de superar sus contradicciones estructurales y tendencias cíclicas a la crisis, no se quiere aquí conferirle tal poder al término, sino apenas denotar la entrada en juego del Estado como agente protagónico en el capitalismo monopolista, haciendo de él un tipo de “capitalismo organizado” (siguiendo de manera parcial la vía abierta por el modelo de economía planificada, estatal-burocrático, de la URSS), entre otras consecuencias. Para Uno y Sekine tal circunstancia supuso, precisamente, el principio de la larga transición hacia el “ex-capitalismo” (puede seguirse una buena explicación de la periodización de estos autores en Bell —2009—)

²⁰ Esa influencia mundial favoreció igualmente que en las formaciones periféricas las burguesías nacionalistas, a veces coaligadas con las luchas populares, intentaran mediante el proceso de Bandung una vía “autóctona” de capitalismo, dando paso

A finales de la década de los sesenta del siglo XX y muy especialmente a partir de la quiebra económico-energética de 1973, se evidenciaría, sin embargo, el cierre de este modelo de crecimiento, que en las sociedades centrales vendría de la mano de un conjunto de circunstancias coincidentes.

Por un lado, la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que se supone inherente a la acumulación capitalista (y que conlleva la permanente mudanza de las condiciones de vida en cualquier formación social), tiende a la mayor utilización de, e innovación en tecnologías intensivas en capital. Estas últimas entrañan una significativa menor utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido, lo que además de provocar una tendencia hacia la eliminación de empleos ²¹ implica una consecuencia realmente grave para el funcionamiento capitalista, que es la sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar (según aumenta la composición del capital fijo sobre el variable en la composición orgánica del capital, menor ganancia se es capaz de generar en proporción) ²² y una feroz batalla asimismo en torno al I+D, que deviene cada vez más oneroso.

Como quiera que la Tercera Revolución Tecnológica se había generalizado, pasó de ser una fuente de beneficios de las empresas vanguardistas a una causa de aumento generalizado de la competencia y de sobreacumulación de capital por falta de

con ello a expresiones del Estado inclinadas a una tímida mayor distribución de la riqueza social. Diríase que la fase de la poscolonización en Asia y África pretendía ponerse al paso de las formas de Estado popular o cuanto menos populista, que tiempo atrás habían brotado en América Latina y el Caribe.

²¹ Esto da como resultado exigencias crecientes de incremento del PIB para asegurar la creación de empleos (lo que sustenta de igual modo la tendencia a que en cada recesión capitalista se eliminen más empleos de los que en el remonte posterior se puedan recuperar). Ver para estos puntos, Katz, (2010).

²² Digamos que al reducirse la masa de valor representada por la fuerza de trabajo, se restringen cada vez más los impactos de los aumentos de la productividad en la elevación de la tasa de plusvalía, y se limita también la conversión de plusvalía extraordinaria en ganancia extraordinaria, que es el objetivo básico de la inversión capitalista. Además, la eliminación de fuerza de trabajo de los procesos productivos (desempleo estructural), originada de manera decisiva por la automatización y respaldada por el desplazamiento espacial del capital, se une a estos factores en la significación del incremento de la composición orgánica del capital y la correspondiente caída relativa de la tasa de ganancia.

eliminación del capital menos competitivo ²³. La consiguiente falta de rentabilidad desincentivaría la producción.

Aunque con otro grado de causalidad hay que contar igualmente con el relativo incremento del poder social de negociación del Trabajo y de su fortaleza organizativa, y con ellos su capacidad para obtener más parte del total de la plusvalía generada (aunque fuera en salarios indirectos y diferidos). Asimismo incidía su mayor capacidad de frenar la intensidad en el trabajo (menor jornada, mejores condiciones laborales, menor intensidad laboral).

Se sumaba a esto el hecho de que el incremento de la renta de los asalariados y la diversificación profesional exigían del mismo modo una mayor diversificación del consumo, debilitando el rígido esquema fordista de producción.

Los tradicionales mecanismos anticíclicos keynesianos impidieron la crisis mediante la expansión del endeudamiento público y privado (acompañado de estímulos fiscales y un crédito cada vez más barato). Con todo, ese subsidio a la demanda (y por ende al consumo) tuvo el efecto paradójico de perpetuar el exceso de capacidad y producción en el sector industrial, evitando la depuración de los capitales menos rentables. Esto es, llegó un punto en que las medidas keynesianas tradicionales salvaron el estallido de la crisis a costa de hacerla permanente (al poner freno a la rentabilidad y perpetuar el escaso dinamismo de la economía).

Cuando esto se hizo insostenible, a finales de la década de los años setenta, las formaciones sociales centrales optarían justamente por medidas antitéticas de las keynesianas, de tipo monetarista, reduciendo el gasto público para tratar de equilibrar el presupuesto al tiempo que endurecerían el crédito ²⁴. En general, se preparó el camino de intervención política y económica que daría lugar a una nueva fase del capital. De esta forma si,

²³ Como es imposible detenerse aquí en la explicación de estos procesos, remito a la excelente y exhaustiva explicación de Brenner (2009, especialmente el capítulo 2). En este mismo volumen puede seguirse en el capítulo V cómo la velocidad de innovación a que empuja la competencia es incapaz de rentabilizar en ganancia lo invertido.

²⁴ Sin duda contribuyeron a depurar el capital obsoleto y a la sobriedad presupuestaria de las empresas, pero con ello se desincentivó, por otra parte, la expansión de la inversión a otros sectores, dadas las mayores dificultades institucionales para las empresas y el escaso crédito al que podían acceder (ver de nuevo Brenner, 2009).

como señalan nuestros economistas (Albarracín y Montes, 1996), durante el (pseudo)keynesianismo el crecimiento salarial fortalecía la demanda, desde entonces interferiría en los beneficios; si antes la acumulación expandía el empleo, a la sazón había que reestructurar el aparato productivo a costa de las plantillas y facilitar la “flexibilidad” contratadora; si antes los gastos del Estado habían ayudado a contar con una demanda relativamente fuerte (con aceptable poder de compra), en esos momentos debían reorientarse para favorecer la inversión y acrecentar la tasa de ganancia capitalista, reduciendo sus propios gastos también por medio del recorte de impuestos sobre el excedente. Todo lo cual abriría la puerta a las iniciativas de represión de la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas recesivas y de control del déficit y de la inflación, que presidirán en adelante por doquier las estrategias de gobierno del Capital.

Esto se unía al hecho de que los Estados estaban perdiendo su capacidad de ofrecer un marco propicio para el desarrollo del capital monopolista, el cual tendía a buscar para su reproducción ampliada el espacio global, sin que ello fuera en menoscabo de su necesidad del Estado, que se decanta cada vez más como garante de la oferta. El capital monopolista que daba el paso a su dimensión transnacional iba a precisar crecientemente también de la potenciación de instituciones globales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de las Naciones Unidas, Unión Europea, Grupo de los 8, Organización Mundial del Comercio, etc.) capaces de asegurar, junto a los Estados individuales, las condiciones generales de reproducción ampliada del capital.

De lo que se trataría en lo sucesivo es de reducir los costes de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo existente en cada parcela (Estado) del Sistema, a un tiempo que se preparan las condiciones de debilitamiento general de las fuerzas del trabajo.

La reconfiguración universal de la relación Capital/Trabajo, en detrimento de este último, implicará una reestructuración de la dominación capitalista, pero de igual modo profundos cambios en la composición interna de poder dentro del propio Capital como sujeto histórico, que resultará a favor, entre otras consideraciones, de sus sectores más transnacionalizados. También, en gran medida, de los más parasitarios.

3. Razones de la debilitación de los sujetos, organizaciones y movimientos del Trabajo en el capitalismo monopolista transnacional

En la actual fase degenerativa del capitalismo (poskeynesiano), o capitalismo tardío, transnacional, la clase capitalista global combina la totalidad de políticas económicas tendentes a socavar la fortaleza del Trabajo y a acrecentar su explotación (ver introducción). El nuevo modelo de acumulación incorpora a la vez un

- desplazamiento espacial del capital (hacia las periferias dentro de cada Estado y hacia las periferias del Sistema, allá donde existan más posibilidades de rentabilizar inversiones, en un movimiento incesante hacia las localizaciones menos conflictivas, con una fuerza de trabajo más dócil —con menor poder social de negociación—);
- desplazamiento técnico-organizativo (que se encuentra en la base de una especie de fordismo disperso o “toyotismo cicatero” —Silver, 2005—, que a diferencia del toyotismo clásico ya no ofrece garantía del puesto de trabajo a cambio de la entrega a la empresa);
- desplazamiento interno en la producción hacia el ‘software’ y una nueva línea productiva de servicios (terciarios, cuaternarios y quinarios);
- desplazamiento masivo fuera de la producción hacia las finanzas.

Lo que viene a continuación es una síntesis histórico-sistémica de cómo se ha producido la articulación de estas ofensivas estratégicas en los diversos ámbitos para debilitar a las fuerzas del Trabajo y reducir su significancia como sujeto histórico.

3.1. La “coacción sorda” de los procesos inmediatos y mediatos de reproducción del capital

A partir de los años setenta y hasta el último decenio del siglo XX, la acumulación capitalista se desenvuelve a través de las siguientes circunstancias sistémicas:

- El conjunto de innovaciones producido en la microelectrónica, la informática, la biogenética y la robótica posibilita y sustenta la cuarta revolución industrial-tecnológica del modo de producción capitalista, la cual permitirá

—por una parte, acelerar enormemente en las economías y los sectores más avanzados los tiempos de rotación del capital ²⁵, así como la producción y el control del trabajo a distancia (dado el alto desarrollo de las tecnologías de la información, la comunicación y los transportes);

—y por otra, la creciente sustitución del trabajo vivo (seres humanos) por trabajo muerto (máquinas —cada vez más “inteligentes”—). Este último incorpora el saber social y científico de la fuerza de trabajo y afianza la tendencia hacia la desvalorización real de cada vez más mercancías (dado que el tiempo empleado en su producción tenderá a ser menor), incluida en principio la propia fuerza de trabajo.

- Esta base físico-técnica permite también emprender la dimensión transnacional del capital, la cual se expresará en su inicio principalmente en un incremento de la exportación de capitales excedentes de los centros a las periferias del Sistema, con vistas a posibilitar en estas últimas una valorización o rentabilidad de la que se veían imposibilitados en las primeras. La otra vertiente de la expansión mundial y mundializadora del capital es política: el desplazamiento (o “deslocalización”) global del capital busca debilitar por doquier el poder social de negociación de la fuerza de trabajo, lo mismo que abaratar su costo, mediante la búsqueda y entrada en competencia de mano de obra más barata.

- El carácter primero transnacional y finalmente global del Capital como sujeto histórico (esto es, la universalización de la clase capitalista) termina de completarse con el fin del bloque-Segundo Mundo como sujeto internacional entre la penúltima y la última década del siglo XX (caída de la URSS y sus países dependientes). Este es un hecho total, pues

²⁵ Esto es, acortar el tiempo entre la producción y la venta de mercancías. Lo que permite una más pronta realización de la plusvalía en ganancia, así como producir más veces en un mismo periodo de tiempo, multiplicando a la vez las mercancías de corta vida y las posibilidades de ganancia. Esto da una gran ventaja competitiva a aquellos capitales y economías que logran esa aceleración de los tiempos de rotación.

marcará además una divisoria dramática en el propio devenir capitalista, facilitando por medio del debilitamiento general de las fuerzas del Trabajo una nueva onda de acumulación hasta entonces obstaculizada. Ese nuevo despegue acumulativo se realizaría mediante la prolongación de la degeneración financiera del sistema capitalista, y llevó consigo la derrota del proyecto modernizador de las burguesías del nacionalismo desarrollista de las Periferias nacido en Bandung y el ataque frontal a las versiones popular e incluso populista del Estado. Ha significado igualmente el paulatino desmantelamiento de la socialdemocracia en las sociedades centrales.

- La incorporación de aquella última frontera, es decir, la población y los recursos del Segundo Mundo (en especial China, además de la URSS y otros países del Este europeo, pero asimismo de otras zonas de Asia, antes solo parcialmente incorporadas, así como ciertas de África) terminará de completar la universalización de la ley del valor del capital. Hecho que se verá también favorecido con la creciente absorción de la fuerza de trabajo femenina y campesina mundial no incorporada con anterioridad (sobre todo de las periferias del Sistema). Toda esa nueva fuerza de trabajo comparte un limitado (por falta de logros), o degenerado (por derrota), alcance de conquistas sociales históricas que pudiera permitir atenuar su extra-explotación, y por tanto presenta un bajo o muy bajo nivel de aceptación laboral ²⁶, lo cual hace que pueda ser incorporada con reducción de derechos sociales y laborales e incluso, a menudo, al margen de la ciudadanía.

- La presión a la baja que esas poblaciones ejercen en los mercados laborales conlleva la pérdida de poder social de negociación del resto de la fuerza de trabajo mundial y por ende, el refuerzo de la capacidad de dominación de la misma por parte del Capital. Circunstancias que coadyuvan decisivamente al incremento general de la plusvalía a través del aumento de todo tipo de formas de explotación y sobreexplotación.

- Los procesos descritos arrojan como resultado el que se haya conseguido hacer de la humanidad una (única) fuerza de trabajo mundial. Fuerza de trabajo que sin embargo permanece

²⁶ El nivel de aceptación de las condiciones de trabajo es una relación política, y está en función del poder social de negociación que tengan unos y otros sectores de la población activa (según la posición que se ocupa en el sistema de reproducción social, tanto por adscripción familiar como individualmente en la estructura de clases).

dividida en el plano geográfico (ya sea a escala estatal o incluso regional y local), tanto como cultural-identitariamente ²⁷, con diferentes grados de organización y adquisición de conciencia político-histórica, con muy disímiles niveles de vida y derechos, y en contextos de civilidad (o de construcción de lo social ²⁸) enormemente dispares.

- A la par que se dan esas acusadas diferencias entre la fuerza de trabajo mundial, el capital experimenta una hipermovilidad que se manifiesta en la creciente espacialización de su dinámica productivo-reproductiva (agudización o globalización de su dispersión espacial).

- Por eso mismo y por contra, la fuerza de trabajo mundial presenta una movilidad altamente restringida y encauzada

²⁷ No debemos pasar por alto que la identidad ha fungido como elemento de control o fijación de poblaciones a determinadas versiones proyectadas desde los distintos poderes económicos y territoriales. La identidad como identidad fija, o más bien fijada, desprovee a sus supuestos portadores de gran parte de su capacidad de gestación y participación real en ella. Antes al contrario, deben adaptarse a ella para no verse relegados en, o de, un determinado medio social. Se favorecen así hábitos no permeables a la autorreflexión, y en la medida que la identidad es vista como un referente ideal al que amoldarse (ajeno a la vida real de las personas), genera individuos frágiles, con menos posibilidades a su alcance para identificar los procesos en que están envueltos, y en consecuencia más fácilmente manejables. Las pretensiones de fijación (mediadas por la relación de clase) a una sola expresión (hegemónica) del “nosotros” (y por tanto también de cada “yo”), sacrifica todas las demás posibilidades de individuos y colectivos, y entorpece las potencialidades de continua renovación y cambio que encierran sus vidas cotidianas. La identidad se erige de esta manera en un potente dispositivo de domino, disimulando con su apariencia presumidamente inmutable, las relaciones sociales que subyacen a la misma: los diferentes procesos de producción cultural de las gentes y las múltiples luchas por identificar el mundo al interior de cada sociedad (sobre esto último, Holloway, 2002).

Cerrar filas en torno a una única definición identitaria-cultural, anclando a los individuos a ella, contribuye asimismo a inmovilizar el orden social que la subyace. Cuanto más frágiles son aquéllos más se les sobrepone de identidad (nacional, religiosa, étnica...) (Alba Rico, 1995), y a menudo por ende, más la anhelan o persiguen, respondiendo a (o definiéndose primordialmente según) esa supuesta identidad cuando se les interpela; mostrando con ello su propia expropiación.

Ver, en apartado 4 (nota 57), en cambio, para contraponer a esta vía heterónoma de constituir la identidad, la construcción de identidades “autónomas”, reflexivas, y por consiguiente, políticas.

²⁸ Lo social es el nuevo ámbito que se crea con la constitución del Trabajo y el Capital como sujetos que se reconocen mutuamente e interaccionan de forma enfrentada pero hasta cierto punto regulada, en la administración de las cosas. Es por tanto un espacio reconocido de interacción, negociación y representación, en el que llevar a cabo la acción e intervención de los agentes sociales.

(según necesidades de exportación o importación de mano de obra de las distintas formaciones sociales en el sistema capitalista mundial). Eso quiere decir que al contrario que el capital y la clase capitalista, la fuerza de trabajo es obligada a permanecer en gran medida inmovilizada y anclada a entidades socioespaciales e identitarias locales (globalizadas pero no universales o cosmopolitas), aunque en modo creciente en disponibilidad de migrar, o sea, de ejercer como "ejército de reserva global".

Todas estas circunstancias garantizan un alto grado de sustituibilidad global de la fuerza de trabajo (ya se abundó en el capítulo V sobre los significados y las explicaciones de todo ello).

Este conjunto de circunstancias —sumadas a los desplazamientos del capital que se han descrito (o la amenaza de ellos)— permite acrecentar la subordinación del Trabajo, poniéndole a competir entre sí mundialmente por medio del diferente valor que adquiere como mercancía (vale decir, como mano de obra).

3.2. El componente transmediato: la infaltable intervención estatal

Al conjunto de procesos vistos hasta ahora se vendrá a sumar la guerra de clase estratégica que desata el Capital contra el Trabajo mediante órganos e instituciones de poder y regulación social, tejiendo todo un entramado de políticas antisociales que se extenderán a la casi totalidad del planeta (con su piedra de toque en la ofensiva bi-imperial anglosajona que tomó cuerpo en la figura de los presidentes Ronald Reagan-Margaret Thatcher). Se configuraban, así, unos parecidísimos patrones de intervención del Estado tardocapitalista, a través de medidas:

- Fiscales: reducción de los aportes patronales a la seguridad social; reformas tributarias regresivas que suponen el tendencial aumento de los impuestos al salariado, disminución del salario real (por congelación o disminución de los salarios nominales respecto a la inflación)²⁹.

²⁹ Según la Comisión Europea, en sus países asociados las rentas del capital, medidas en comparación con el PIB, soportan la mitad de la carga fiscal que las rentas del trabajo. En 2008 era de 8,6% para el capital y de 16,7% para el trabajo. Casi

- Financieras: eliminación de los controles directos sobre el sector bancario; liberalización de las tasas de interés; planes de salvamento del sistema financiero privado; reducción de las competencias de los Bancos Centrales.
- Laborales: restricciones de la intermediación sindical, y en general de las organizaciones obreras, en la relación laboral; legalización de trabajos precarizados y descenso de los salarios públicos; marginación del mecanismo keynesiano de indexación de salarios ligado a la productividad; creciente sustitución de la productividad por la competitividad (como indicador de la efectividad de la dominación y explotación capitalistas en los procesos productivos)³⁰; menguamiento de los dispositivos de regulación laboral social recogidos en los estatutos del trabajo o desregulación social de los mercados laborales pareja a la flexibilización de los procesos productivos³¹. Prolongación del ciclo de la vida laboral; confiscación de derechos laborales universales.
- Públicas: Favorecimiento de las oportunidades de inversión del capital excedente a través de privatizaciones masivas o la apropiación privada de la riqueza social; intervenciones estratégicas con miras a recomponer el poder de clase. Significativo descenso del salario real³² y de los salarios

idéntica proporción que 11 años antes, que era de 8,1 y 16,2% respectivamente (Público, 15.08.10.).

³⁰ Entre 1981 y 2000 el aumento del salario real en la UE-15 en el promedio de cada año resultó un 0,9% inferior al aumento de la productividad (Schweiger y Rodríguez, 2007).

³¹ Algunos datos para el caso español son bastante significativos: para los años 1999 y 2002, de acuerdo con el CIS, un 46,4% de los trabajadores prolonga su jornada laboral más allá de la jornada nominal, la quinta parte del conjunto de la población asalariada (un 22,3%) sin compensación económica. Los asalariados a tiempo completo, según Eurostat, trabajan un promedio de 8,5 horas extra a la semana, de las cuales 4,7 horas no son pagadas (lo que quiere decir que más del 10% de la jornada laboral regular acordada por convenio se le regala a la patronal) (Schweiger y Rodríguez, 2007). Otros datos, como los de temporalidad (25,4% para España, 13,5% para la media de la UE en 2010, 2º trimestre) y desempleo (10% para la media de la UE y 20,3% para España en 2010, segundo trimestre), terminan de dar cuenta de la situación creada por una ofensiva que se ha cronificado.

³² Tomando de nuevo el ejemplo de España, la participación depurada de los salarios bajó de casi el 75% al 61% del PIB, calculado según costes de factores, entre 1967 y 2007, lo que es congruente con el hecho de que el salario promedio real esté prácticamente estancado desde 1980, según Schweiger y Rodríguez (2007), que además de la explicación de esos datos, ofrecen referencias de aquel descenso para diversos países de la UE y los EE. UU. Para el Colectivo IOE (2008: 124), el poder adquisitivo de los salarios ha perdido 2,4 puntos entre 1994 y 2006, en España.

indirectos y diferidos, coadyuvante del continuado aumento de la pobreza relativa (y absoluta). Descenso de los gastos en protección social³³.

- De seguridad social: reemplazo del sistema único y solidario por el ahorro individual por medio de organizaciones financieras y bancos privados. Paso del sistema universal de atención a un sistema sectorializado y fragmentado.

La presión de esas medidas actuó en el sentido de compeler al conjunto de capitales mundiales a ir adoptándolas so pena de perder “competitividad” frente a quienes más destrozos de la condición laboral (y por tanto, mayor capacidad de explotación) habían logrado con ellas³⁴.

Pero, además, tales disposiciones se complementaron con intervenciones militares y policíacas que intensificaron la lucha de clase estratégica emprendida por el Capital en su vertiente más represiva, buscando la supresión de la capacidad antagónica del Trabajo o su dilución como sujeto histórico. Con ello intentaba despejarse el camino de obstáculos para emprender su era neoliberal.

3.2.1. La vertiente policíaco-militar

En efecto, la (pasajera) derrota mundial de las fuerzas del Trabajo no se consiguió apenas con intervenciones de tipo económico, político o social, como las descritas, sino complementaria e incluso previamente a través de un pulso militar que exterminó, dobló o marginalizó³⁵ las fuerzas más conscientes, organizadas

³³ Ya antes de la crisis de finales del primer decenio de los 2000, si miramos los datos de España en protección social, entre 1994 y 2005 redujo esos gastos del 22,8 al 20,8% del PIB (Colectivo IOE, 2008: 232); aún más, del 23,4% en 1993 al 19,7% en 2002, si seguimos los datos de Navarro (2009: 43). En la UE, como promedio, igualmente descendieron esos gastos: entre 1993 y 2002 pasaron del 27,4 al 26,9% del PIB (Navarro, 2009: 43).

³⁴ Competitividad significa, en términos de capital transnacional, los costos unitarios de las mercancías producidas en una formación socioespacial frente a los de otras formaciones (lo cual se viene a traducir frecuentemente por el grado de explotación de la fuerza de trabajo que se consigue en cada una de ellas).

³⁵ Esa marginalización sería completada a través de la ofensiva y victoria ideológica del Capital (ver más abajo) para atribuir a sus distintas modalidades de

y combativas del Trabajo, incluido con el tiempo, de modo muy especial, el propio Segundo Mundo; preparando de esa manera el terreno para la puesta en marcha de aquellas medidas con la menor oposición posible. Se imponía así también el marco dado de las cosas (“fuera del Sistema no hay nada”), a partir del cual en adelante cabrían hacerse las composiciones de lugar y el horizonte de posibilidades de los distintos sujetos sociales.

Esas intervenciones tuvieron dos vertientes especiales: la ofensiva antisindical y antipolítica en todas las formaciones sociales, y la lucha contra las organizaciones políticas y político-armadas del Trabajo principalmente, aunque no solo, en las sociedades periféricas y a veces semiperiféricas.

Cuadro No. 1

Algunos hitos de la ofensiva general contra los sujetos antagónicos

Las sociedades capitalistas centrales, apiñadas en torno al liderazgo político-militar de los EE. UU. (más decisivo a partir del mandato de Reagan), emprenden una gran ofensiva política, militar e ideológica no solamente para combatir las vías de intervención de los sujetos organizados del Trabajo, sino también la búsqueda de caminos político-económicos autóctonos por las formaciones sociales periféricas. Lo que se tradujo en un gran número de intervenciones. Entre las más destacadas³⁶:

violencia (desde un principio compañera inseparable de la acumulación capitalista: desposesión, colonización, esclavización, neocolonización, proletarianización, apropiación militar de los recursos...) la única legitimidad, haciendo prevalecer el estigma terrorista para todas las expresiones de resistencia social popular, e incluso poniendo bajo sospecha o estigmatización la mayoría de las formas de lucha.

³⁶ El relevo de Jimmy Carter por Reagan en la presidencia de los EE. UU. supuso en tres años el incremento de más del doble del presupuesto de “Defensa” (de 108 000 millones de dólares en 1978 a 220 000 en 1981). Los gobiernos socialdemócratas o con pretensiones de serlo, que hasta entonces habían mantenido una buena relación con la Administración Carter, fueron puestos en la mira de la nueva estrategia estadounidense. Curiosamente, a finales de 1980 se caía el avión del presidente del gobierno portugués, Sa Carneiro (socialdemócrata), y su sucesor dimitía al año siguiente. En mayo de 1981 sucedía lo mismo con el avión del presidente de Ecuador, Jaime Roldós (socialdemócrata); y en agosto siguiente se estrellaba el del líder militar panameño, Omar Torrijos. En Brasil dimitía el general que lideraba el paso para el fin de la dictadura, Golbery do Couto e Silva, mientras en España, en 1981, se producía la amenaza de golpe de Estado contra la ya de por sí controlada transición posfranquista (ver para todo esto Garcés, 1996).

América Latina

- Golpe de Estado en Chile para imponer la dictadura militar.
- Colaboración con los golpes de Estado y apoyo a las dictaduras de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil ³⁷.
- Bloqueo y agresión permanente a la Revolución Cubana.
- Acoso al Panamá nacionalista de Omar Torrijos.
- Apoyo a la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua, y posterior guerra sucia contra la Revolución Sandinista.
- Protección y colaboración con gobiernos que practican el genocidio indígena y la guerra sucia en El Salvador y Guatemala.
- Invasiones de Grenada y Panamá.

África

- Ofensivas a los “países del frente”, en África del Sur, que se habían unido contra el apartheid y el subimperialismo de la Sudáfrica racista: Zimbabue, Zambia, Namibia, Angola y Mozambique. Contra estos dos últimos países se emprenden sendas “guerras sucias”, contrarrevolucionarias (de sabotaje, destrozo de la producción, asesinatos de la población...), al intentar tras su independencia de Portugal emprender vías no capitalistas de desarrollo.
- Apoyo a dictadores de especial trayectoria sanguinaria, como Idi Amin (Uganda), Mobutu Sese Seko (Congo).
- Derrocamiento o eliminación física de líderes africanos independentistas, nacionalistas o socialistas: Kwame Nkrumah (Ghana), Sekou Touré (Guinea Conakry), Chivambo Mondlane y Samora Machel (Mozambique), Amílcar Cabral (Cabo Verde), Patrice Lumumba (Congo), son algunos de los más importantes. El último en esta línea ha sido hasta la fecha Tomas Sankara (Burkina Faso), como artífice de una gran transformación igualitaria en su país.

Asia

- Guerra contra Vietnam (como antes contra Corea del Norte).
- Golpe de Estado a Sukarno en Indonesia, con la imposición de la dictadura del general Suharno.
- Guerra a la sublevación iraní contra la dictadura del Sha (apoyado por los EE. UU.), a través de Irak.

³⁷ Previamente se había perpetrado el derrocamiento de los proyectos nacionalistas de Jacobo Arbenz en Guatemala, Getúlio Vargas en Brasil, Juan Bosch en República Dominicana y Velasco Alvarado en Perú. Solo en el siglo XX, los EE. UU. invadieron de forma directa en decenas de ocasiones América Latina y el Caribe. Para profundizar en la estrategia intervencionista estadounidense en esta región, ver por ejemplo, Suárez (2001).

- Apoyo a las opciones integristas en los países de religión oficial musulmana, contra las alternativas políticas de izquierda. Su máximo exponente es el sostenimiento de los talibanes en Afganistán contra el gobierno civil primero, y contra la ocupación soviética después. Igualmente el impulso para la creación del partido Hamas en Palestina.
- Apoyo incondicional a Israel como guardián de los intereses “occidentales” en el oeste de Asia.
- Golpe de Estado en Tailandia (el bastión estadounidense en el sureste asiático).

Fuente: elaboración propia

Tamaño ofensiva llevaba implícita una estrategia que pasaba por conseguir el cerramiento de filas de las sociedades centrales en torno a los EE. UU. (lo que reforzaba su dependencia estratégica y militar respecto del coloso americano) ³⁸ en un esfuerzo común por contrarrestar el poder de los países periféricos y arrinconar de una vez las luchas alternativas de sus poblaciones. La “comunidad de países desarrollados” vendría a acometer lo que la “comunidad atlántica” había dejado inconcluso en su intento de establecer un gobierno mundial. En su lugar se optará por una gobernanza global de los asuntos del mundo ³⁹ que persigue la estabilidad general del Sistema a pesar de la acusada modificación en los patrones de dominación y explotación; lo cual pasa necesariamente por la acentuación de la vigilancia y reducción de la participación popular, así como por la creciente represión de aquella que sea susceptible de alterar las nuevas relaciones de clase.

La gobernanza se complementaría con la restauración del patrón colonial de crecimiento (ahora globocolonial).

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), como estructura subalterna del Ejército de los EE. UU., asumía

³⁸ La estrategia geopolítica de este país infiere la necesidad de un Global Political Planning, a realizar a través de dos vertientes: a) la interna, mediante la creación de una subsecretaría de “asuntos globales”; b) la externa, por medio de un esquema de cooperación internacional que rompe con la doctrina de la “comunidad atlántica”, para sustituirla por una “comunidad de países desarrollados” (y “desarrolladores”) (Mattelart, 2002). Éstos habían creado el mayor dispositivo de intervención y control de otras sociedades que podría imaginarse: el desarrollo y la cooperación aneja a él (ver Piqueras, 2008).

³⁹ Sin que ello elimine la pugna intercapitalista basada en el Estado, o lo que es lo mismo, sin que sea óbice para que los distintos Estados centrales o agrupaciones de ellos, busquen situación de ventaja entre sí y frente a los demás.

el mando táctico del poderío militar necesario para llevar a cabo este proyecto (mientras la Organización de las Naciones Unidas —ONU— quedaba subordinada o a remolque del mismo), dejando claro desde el principio que la globalización no iría desligada de una militarización complejamente entramada ⁴⁰.

Para encastar todo ello de forma más o menos coherente, había que afianzar un nuevo modelo de crecimiento que significara una ruptura de los pactos de clase en las sociedades centrales y se resguardara intentando cobrar carta de legitimidad bajo una nueva doctrina políticoeconómica con decisivas repercusiones sociales. Esa doctrina, más que teoría, sería el neoliberalismo. Vendría a suponer, como ha dicho más de un autor, el discurso triunfalista de la degeneración financiera, parasitaria, del capitalismo keynesiano. Promotor y justificador de las medidas antes mencionadas ⁴¹.

Como epítome y personificación de la versión económica del neoliberalismo no se puede dejar de señalar a los teóricos de la escuela monetarista de Chicago, quienes acudirían pronto a asesorar a los nuevos dictadores, como Suharto y Augusto Pinochet (este último merecedor de la intervención personal del Premio Nobel de Economía, Milton Friedman, uno de los más importantes cerebros de la ofensiva neoliberal —de ahí los premios—), y más tarde se convertirían en los principales ideólogos de las políticas de Thatcher y Reagan. Parece que con su apoyo explícito a diversas dictaduras, aquellos economistas eran conscientes desde un principio de que sus tan propagadas y desde entonces ensalzadas premisas político-económicas, difícilmente podrían aplicarse sin recurrir al masivo uso de la fuerza y represión por parte del poder estatal (para el que sí requerían su intervención en este plano), e

⁴⁰ En la fase de globocolonización, por una parte, el Capital precisa de nuevo, cada vez más, de la presencia militar directa, como en los más oscuros tiempos de las colonizaciones. Jarquín y Dierckxsens (2009) ofrecen una pormenorizada explicación con datos del incremento de bases militares de los EE. UU. en el planeta y del aumento del gasto militar estadounidense (de algo más de 300 000 millones de dólares en 1998 a 650 000 millones diez años después, en precios de 2007), así como de su comparación con el del resto del mundo. Ver también aquí capítulo IV.

⁴¹ Una vez mostrado su fracaso histórico, sin embargo, esta nueva irrupción del liberalismo no podía calcar las bases, políticas y estrategias del Capital anteriores a la constitución del Trabajo como sujeto histórico y a la regulación económica por parte del Estado. Aprovecharía más bien el remanente del Estado keynesiano de-generado, junto a la mundialización de la ley del valor del capital, para favorecer ante todo el lado de la oferta, despreocupándose de las hipotéticas condiciones sociales de libertad en que se sostuvo el liberalismo clásico.

incluso sin la imposición generalizada del terror allá donde hiciera falta, dada la resistencia popular a adecuarse a tales “teorías”.

El conjunto de medidas aplicadas por doquier a partir de la penúltima década del siglo XX, también como afianzamiento del nuevo dominio de las formaciones sociales centrales sobre las periféricas, se ampararon en lo que fue conocido como Consenso de Washington (Cuadro No. 2).

Cuadro No. 2

Elementos principales del Consenso de Washington

- Dado que se parte de que el sector privado gestiona mejor los recursos que el público, los gobiernos deben reducir el peso del Estado y dejar buena parte de los servicios (aunque sean “universales”) en manos del sector privado. El Estado debe ser un mero facilitador de este sector (función de estabilidad), a un tiempo que un regulador ocasional de sus excesos (con programas de alivio de la pobreza, por ejemplo), así como garante de la paz social (gobernanza).
- Como quiera que se propugna que la globalización es beneficiosa para todos los países, la extravención (y extranjerización) de las economías periféricas, lejos de ser un problema, garantizará su capitalización y la incorporación de tecnología.
- La existencia de “polos de desarrollo” mundiales desencadenará un proceso de “cascada de riqueza”, que derramará al conjunto de la población y las sociedades (antiguo apotegma de la “Escuela de Chicago”).

Fuente: Ramos (2003).

Por eso, sea en su vertiente económica, política, policíaco-militar o ideológico-cultural, el neoliberalismo como doctrina intrínseca al capital monopolista transnacional ha venido actuando a través de los Estados y las instituciones de regulación interestatal para modificar de modo duradero las relaciones de fuerza entre las clases, y de institucionalizar esa modificación a favor del Capital. La acción estratégica contra las conquistas del Trabajo en todos los frentes evidencia un claro componente de venganza de clase (más allá de la mera rentabilidad económica) respecto de las conquistas que el Trabajo fue arrancando históricamente al Capital: para prevenir que éste nunca más pueda advenir sujeto con capacidad de poner trabas estratégicas a la acumulación capitalista.

3.2.2. La vertiente ideológico-cultural

La consecución de la expansión ideológica del credo neoliberal fue posibilitada por el monopolio de los dispositivos de socialización formal y un control mediático sin precedentes reforzado por los procesos de oligopolización de los media ⁴².

Tal dominio de los medios de socialización y de difusión masivos se unió a la pérdida de referente alternativo (fin de la URSS y su equiparación al “fin del comunismo”) y a la cooptación y represión de buen parte de las estructuras sindicales y políticas del Trabajo para posibilitar la también derrota ideológica de éste. Lo que quiere decir que la desarticulación de las expresiones más conscientes y organizadas del Trabajo características de la etapa “fordista-keynesiana” de acumulación capitalista, se dio en los órdenes social, militar y político, pero igualmente en el cultural e ideológico.

El resultado más decisivo fue la profunda crisis de credibilidad en la posibilidad de transformar la sociedad capitalista, a la cual se sumaba la aceptada integración o colaboración subordinada en la acumulación de capital ya prevaleciente en las sociedades centrales durante el esplendor keynesiano.

Dado que la credibilidad se había centrado en los “sistemas estructurales” (ideología, partido político, liderazgo, bloque soviético, etc.) más bien que en los sujetos sociales de carne y hueso, la desarticulación de aquéllos provocó en éstos una virtual crisis de fe, e incluso de identidad, que terminó por desembocar en un segundo gran desbande (Salazar, 2003: 81s).

La derrota ideológica llevaba implícito el debilitamiento de las formas orgánicas de circulación de la “cultura política” del Trabajo, lo que ha contribuido palmariamente a acrecentar su subordinación, o lo que es lo mismo, la autonegación de las

⁴² Se trata de la fusión entre macroempresas de la producción y de la información, generalmente por absorción de las últimas por las primeras. Lo que significa la fusión por primera vez del ‘software’ y el ‘hardware’, y la consiguiente hiperconcentración de los medios de difusión masiva y, en general (dada la generación y creciente absorción de industrias culturales y grupos multimedia) de socialización no reglada. La anexión de las industrias informativas por las empresas industriales reduce tanto la pluralidad informativa, como el poder independiente de los media, muy distante de ese proclamado “cuarto poder”.

potencialidades de la praxis política y de la misma identidad social como sujetos constituidos y constituyentes (Massardo, 2003: 123).

La mortífera combinación de represión física y derrota ideológica traería sus correspondientes secuelas en forma de:

- Extensión del miedo social a significarse como sujetos, a hacer patente la lucha e incluso a plantear la inconformidad con el marco dado de las cosas.
- Eliminación o negación de la memoria de las propias luchas y conquistas.
- Dilución de la conciencia e identidad de clase.
- Consecuente des-socialización de la política y su continua reducción hacia el ámbito de la administración o gestión de lo dado.
- Pérdida de riqueza de lo social ⁴³.

Por añadidura, la recuperación, si bien modesta, de las tasas de ganancia durante parte de la década de los ochenta y a partir de la segunda mitad de los años noventa, así como del crecimiento del PIB, ligó de nuevo la acumulación capitalista a la capacidad de compra —aunque fuera por medio del crédito— y a cierta elevación de los niveles de vida de amplios sectores de las poblaciones centrales, extendiendo el consumo también a otras capas de las periféricas, lo que ejerció de fuente o modelo de atracción para todo el mundo, consiguiéndose un generalizado compromiso con el Sistema. Compromiso que se reforzaría, especialmente en las formaciones centrales, al quedar ligada la suerte de un creciente porcentaje de la población a la de la buena marcha de la acumulación capitalista, a través de endeudamientos y participaciones en activos, bolsa, etc.

Estas últimas circunstancias son más fáciles de entender si se tiene en cuenta que con la ley del valor se expandió asimismo la cultura capitalista como cultura transversal mundial que penetra el conjunto de dotaciones culturales heredadas en las distintas formaciones sociales. Esto hizo que las diferentes culturas dejaran de ser totalidades autorreferentes y autocentradas.

Digámoslo de otra manera, el entramado de procesos anejos a esta fase tardía del capitalismo afecta de modo decisivo a las relaciones sociales de producción de todas las formaciones so-

⁴³ Para profundizar en todos estos puntos, lo mismo que en el conjunto de consecuencias sociales y políticas que propicia el capitalismo monopolista transnacional, ver Piqueras (2002).

ciales, y con ellas al conjunto de relaciones humanas, a las múltiples formas de interpretar el mundo y, en consecuencia, a los procesos de formación de subjetividades que nutren a unas y otras. Esto es, se trastoca radical y globalmente el ámbito de las culturas.

Los muy variados procesos de subsunción formal o real de las diversas sociedades a la dinámica capitalista, implican una gran diversidad de formas de extracción de plusvalía, al igual que de subordinación o dominio social. Y lo que es más importante para nuestro caso, también la subsunción a las relaciones capitalistas ha hecho que cada vez más formaciones sociales hayan perdido el control sobre sus condiciones de reproducción social y cultural y se hayan visto sobrepasadas como totalidades socioeconómicas y políticas (ver Zizek, 1998), incluyéndose de forma subordinada en un nuevo y más amplio sistema totalizador: el capitalismo ⁴⁴.

Es precisamente en este interfaz entre la universalidad de las relaciones sociales de producción capitalistas y la particularidad de sus manifestaciones en distintas formaciones sociales y contextos sociohistóricos (que entraña la particular interpenetración de las relaciones capitalistas con las provenientes de anteriores modos de producción y dotaciones culturales en cada caso), donde se define el proceso de formación y reproducción de clase (y de las clases) a escala global. En las diferentes formas de extracción de plusvalía y subordinación residen además las principales claves de conformación de las (nuevas) identidades y actores sociales en las diversas formaciones sociales del mundo actual.

Entonces, para resumir este apartado podríamos decir que la debilidad del Trabajo se expresa al menos en una quintuple vertiente:

⁴⁴ Parece que es aquí donde cobra sentido la referencia de Wallerstein (1996) a la cultura como caballo de batalla del Sistema: en realidad la cultura es, cada vez más, el Sistema, aun cuando éste produzca su propia dinámica de diversidad, e incluso la ensalce en el ámbito supraestructural. Esto último precisamente para garantizar el irreconocimiento mutuo de sus partes y dificultar la conciencia conjunta del Todo.

En este sentido, y para ser más exactos, habría que decir que el Sistema, además de crear sus propias desigualdades, potencia y se sustenta en muchas de las tradicionales (de orden "racial", generacional, étnico, religioso, etc.), que son justamente las que "experimentar" de manera más directa los seres humanos, y, por ende, las que les motivan a intervenir de una u otra forma o a enfrentarse-coaligarse entre sí, formando sus identidades y conciencia primarias. Ver Piqueras (2007, cap. 6) para mayor extensión de estos puntos.

- Expansión universal de la ley del valor del capital, con la consiguiente posibilidad de dispersión del proceso de producción a escala mundial.
- La clase capitalista se hace global, con capacidad de agencialidad y coordinación universal contra el Trabajo.
- Constitución de una sola fuerza de trabajo mundial que es puesta en competencia entre sí a través de la hipermovilidad del capital y de su propia competitividad.
- Creación de cada vez más poderosas instituciones de regulación global, que si no disminuyen la competencia intercapitalista, sí son siempre más capaces de coordinar decisiones e intervenciones de clase a escala global.
- Subordinación ideológica (y cultural-identitaria) del conjunto de poblaciones que se manifiesta en una marcada pérdida de conciencia de clase y trayectoria de lucha.

La acentuación de la supeditación estratégica del conjunto del Trabajo (único factor agencial capaz de introducir razonabilidad en la dinámica autodestructiva del Capital), se correlaciona con la penetración del capital en todos los aspectos de la Vida social y privada, con lo que el conjunto de los seres humanos se convierte en fuente de valor productivo y reproductivo. Lo que es igual que decir que, aun cuando no sea directamente explotada, el conjunto de la humanidad es transformada en Trabajo (y la totalidad de la Vida en valor). Esto significa también que se difumina la distinción entre las esferas Productiva y Reproductiva, obteniendo el Capital valor de todo el ciclo de la vida de los individuos (aprovechando todas sus capacidades, además de todas sus potencialidades, todas sus posibilidades de ser).

Todo parecía indicar, por consiguiente, que esa (primera) fase de la globalización, como globalización ascendente o "feliz" para el Capital (ver Fernández Durán, 2003), se podría prolongar indefinidamente.

No obstante, desde que se produce la ofensiva "neoliberal" del Capital contra el Trabajo, cuanto más grande ha sido la victoria de aquél en orden a acrecentar la explotación y el disciplinamiento de éste, más objetivamente constatable resulta el deterioro progresivo del rendimiento del capital en las economías centrales, la pérdida de impulso de su tasa de ganancia, ciclo tras ciclo, desde la finalización de los años sesenta del siglo XX. El largo declive ha permanecido inalterado, salvo muy breves repuntes, a pesar de los grandes remedios ensayados por el Capital a lo largo de todo

este tiempo (remitimos aquí al Apéndice, Anexo II, para una breve lectura de cómo se ha debatido esa decadencia con las medidas anticíclicas puestas en marcha por el Capital. Es conveniente consultar ese Anexo también para seguir mejor el apartado 4 a continuación).

4. Dificultades y posibilidades en que se mueve la reconstitución del Trabajo como sujeto histórico en el tardocapitalismo

Si atendemos a los factores dados en la introducción resumidos en el gráfico No. 1, vemos que estamos enfrentados a uno de los peores escenarios posibles para el Trabajo en su perpetuo antagonismo con el Capital. La recuperación del espacio económico capitalista que se había perdido tras la constitución del Segundo Mundo, junto al aumento de la proletarianización (desposesión) sin vínculo de asalarización de más partes de la humanidad, ha originado una sustituibilidad global gigantesca de la fuerza de trabajo incluida dentro de la relación salarial, con el consiguiente dramático descenso del poder social de negociación de la misma.

A ello se añade el entramado de medidas político-económicas anejas a las diferentes modalidades de desplazamiento del capital, que han redundado en el mismo fin.

Por su parte, las medidas transmediatas de reproducción del capital (estatales, policíaco-militares y cultural-ideológicas) han disminuido a niveles sin precedentes desde su constitución como sujeto, la fortaleza organizativa e ideológica del Trabajo a escala global (algo que igualmente debe mucho a la propia desaparición del Segundo Mundo).

Todo lo cual se ha aunado para provocar una decadencia del ciclo de luchas del Trabajo (que en gran parte del sistema mundial, y en este momento histórico, pasa cuanto mucho a la defensiva de algunas de sus conquistas).

En las formaciones sociales centrales la combatividad del Trabajo como clase obrera desciende de manera significativa desde el fin de la primera mitad de los años ochenta del siglo XX. En las periferias y semiperiferias esa combatividad, expresada en conflictos laborales, aún se mantendría hasta el fin de ese decenio. Después, paradójicamente, el capitalismo tardío declinante

parece haber logrado por doquier un feroz disciplinamiento del Trabajo⁴⁵.

Disminuye con ello la influencia del antagonismo vertical Trabajo/Capital en el decurso de la economía capitalista globalizada, o lo que es lo mismo, la capacidad de incidencia del Trabajo en la dirección que toma ella. Uno de los elementos que más directamente refleja esa debilidad es la permanente pérdida del salario real y del salario-producto en las formaciones sociales centrales.

Así por ejemplo, si nos atenemos al aumento porcentual anual de la retribución real por empleado en el sector privado, ésta no hizo sino descender de 5,8 entre 1960-69 a 0,4 en 2001-05 para los Euro-12; bajó para esas mismas fechas en Japón de 7,5 a 0; y en los EE. UU. de 2,7 (1961-69) a 1,7 (2001-05)⁴⁶.

En los centros del sistema capitalista, durante el capitalismo monopolista de Estado, el “pacto keynesiano”, la integración institucional del conflicto, el incremento del componente social del Estado y la extensión de la contratación indefinida, consiguieron una retención y fidelización de la fuerza de trabajo, tanto a la empresa como al orden capitalista en su conjunto, que pudo hacer gala de disponer de una mano de obra adecuada, cualificada y disciplinada en alza. Esto creó asimismo, por el lado del Trabajo,

⁴⁵ Si bien el lado de la oferta se halla sujeto a la racionalidad “anárquica” de las decisiones individuales y la competencia a menudo suicida capitalista, el lado de la demanda depende de la distribución del excedente, que a su vez está sujeto a las luchas y decisiones sociopolíticas (cayendo más en el terreno de la regulación). Estas luchas siempre fueron discontinuas, con picos altos y caídas de combatividad, propias de una permanente batalla desigual entre los pocos (upstairs) más homogéneos, con poder político-económico y recursos, al igual que mayor autoconciencia de sus intereses (conciencia de clase), y los muchos (downstairs), mucho más heterogéneos, con muy pocos recursos y sin apenas conciencia unitaria (Hurtado, 2010).

En Silver (2005) se pueden seguir diagramas de esa conflictividad medida por conflictos laborales. Para una explicación de la misma, ver también Brenner (2009) y Fernández Durán (2010). Si tomamos como indicador de tal conflictividad el número de huelgas, este medio de reivindicación ha disminuido en todas las economías centrales desde los años setenta del siglo XX, cuando adquirió su auge. Por ejemplo, en Italia entre 1970 y 1979 se perdieron 1041 días laborales por cada mil empleados a causa de las huelgas; entre 2000 y 2008 únicamente fueron 62,9 días. Para esos mismos períodos la cantidad de huelgas disminuyó de 192 paros por cada millón de trabajadores, a 31,5 (Diagonal No. 133, pág. 5 del suplemento especial).

⁴⁶ En todos esos países, excepto Japón, había experimentado un único repunte entre 1991-2000 (Brenner, 2009: 469).

una vivencia o experimentación de trayectorias de clase como prácticas acumulativas que culminan un ciclo de vida laboral asentado en la jubilación y basado en el legado intergeneracional de conquistas, así como en el sostén que las viejas generaciones encuentran en las nuevas. Conjunto de circunstancias que permiten prevenir el porvenir individual en el colectivo, y por lo mismo, empujan al individuo a comprometerse con el común. Se trataba de un tiempo de clase caracterizado por la previsibilidad, posibilitador de compromisos de largo plazo, en un futuro por el cual es factible luchar y que concede palpables frutos de esa lucha (es decir, existe certeza de que las luchas presentes tendrán sus resultados en el tiempo).

El Trabajo integrado del capitalismo maduro keynesiano en las formaciones sociales centrales y propio también de ciertos ámbitos laborales de muchas de las periféricas, se presenta como

...un sujeto condensado, portador de una temporalidad social específica y de una potencia narrativa de clase de largo aliento sobre las cuales, precisamente, se levantarán las acciones autoafirmativas de clase más importantes (García Linera, 2008: 278).

La sindicación y la asociación por centros de trabajo forman parte del entramado de fidelidades presente frecuentemente en la trayectoria de clase de los individuos⁴⁷.

La sedentarización obrera fue una condición objetiva más de la producción capitalista. Permitió asimismo la fusión de los derechos ciudadanos con los laborales mediante esa "forma singular de presencia histórica llamada 'movimiento obrero'" y sus organizaciones sindicales (cada vez menos las políticas), lo mismo que su estructura cultural de filiación compartida (sentido de una historia imaginada como compartida).

Todo ese entramado fue desmontado sistemáticamente en el tardocapitalismo por sus modificaciones técnico-organizativas, político-económicas y estratégico-institucionales.

Si bien el salariado ha crecido en todo el planeta, se encuentra en general estructuralmente fragmentado, con formas de contrato

⁴⁷ Con una narrativa de continuidad de clase, en la que el aprendiz reconoce su devenir en el maestro de oficio, y en que los derechos conseguidos serán también los suyos, como "acumulación en el seno de la clase". Estas reflexiones son deudoras del análisis que García Linera (2008) desarrolla para Bolivia, porque estimamos que pueden ser extrapolables a buena parte del Trabajo sujeto a relación salarial para el tiempo indicado.

eventualizadas, temporales, sujeto a la movilidad absoluta y relativa (ver capítulo siguiente), laboral y espacial que le traza el Capital en busca de su sustituibilidad, así como constreñido por mecanismos de estabilización o ascenso cimentados en la estricta competencia entre sí; siempre más inerme ante la desinstitucionalización de los contratos y la gran flexibilización de los mercados laborales; con organizaciones sindicales a menudo imbricadas en las propias instituciones de "gobernanza", cuando no directamente verticalizadas por el Capital.

Todo ello ha erosionado de forma significativa la identidad colectiva. El nuevo nomadismo laboral no es precisamente propicio para forjar fidelidades a largo plazo. Se producen, en cambio, ciertos "híbridos" entre la identidad de clase y las "identidades contingentes" del mundo del trabajo, según actividad, oficios o estatus laborales. Híbridos más y más penetrados también por ámbitos de adscripción propios del no-trabajo, de la ciudadanía individualizada. La seguridad de una trayectoria de clase compartida, con el conocimiento de las etapas de paso o estratificación interna, es sustituida por la polivalencia, la rotación del personal y el ascenso por "mérito" y competencia, con sus secuelas de imprevisibilidad del medio plazo, ausencia de narrativa colectiva, fatalismo ante el destino (García Linera, 2008), entre otras. Ante estas circunstancias, las modalidades anteriores de organización y lucha pierden eficacia, tanto como capacidad de convocatoria y adscripción.

A veces en las formaciones periféricas esta falencia ha propiciado la vuelta a formas de organización social, de lucha e identidad tradicionales, como la comunidad y lo étnico u otras formas de estructurar la vida en las formaciones sociales precapitalistas⁴⁸.

Pero en general, mientras no se perfilan otras expresiones capaces de estructurar fidelidades, adscripciones y compromisos a largo plazo, o de propiciar sujetos cohesionados, las formas de

⁴⁸ La otra cara de esa recuperación ha pasado por la encumbración de lo cultural (entendido como algo esencial, inmune a las cambiantes condiciones de vida de las gentes) y la elevación de la "identidad" a desideratum. De hecho, pasan a ser los factores movilizados aparentes más eficaces (tras los que subyacen, no obstante, muchos otros procesos).

Astillamientos étnicos e integristas religiosos como forma de agarrarse a un pasado en el que se vuelven a buscar las respuestas, o la protección y oportunidades de vida que la Modernidad occidental-capitalista les niega (para profundizar sobre ello, Piqueras, 2007, capítulo 6).

irrupción del Trabajo en el tardocapitalismo declinante adolecen crecientemente de consistencia organizativa y perdurabilidad. En ello tiene su parte de responsabilidad la desorientación intergeneracional en cuanto a identificación y trayectoria de clase, la cual se percibe cada vez menos como compartida y más como exclusiva de cada individuo, que desconoce en proporción inversa su compromiso con lo colectivo.

En todo el planeta, el debilitamiento cuando no desaparición de las organizaciones políticas y sociales del Trabajo, conlleva la pérdida de las redes de protección secundaria que la población había ido construyendo tras la destrucción de las redes primarias causada por la penetración de las relaciones sociales de producción capitalistas ⁴⁹. Tiene lugar un reflujo de los referentes políticos construidos a lo largo de los dos últimos siglos (como el de clase o género), nuevamente a los de sociedad civil. Se ha agrandado, en consecuencia, la amorfización y a un tiempo atomización de los agentes sociales, cada vez más (auto)confinados en formas asociativas u organizativas más pequeñas. Se reclama otra vez la prioridad del individuo-ciudadano, desasociado (justo cuando “la ciudadanía” queda fuera del alcance de más sectores del Trabajo).

⁴⁹ Para Robert Castel (1997) éste es un proceso que se produce de manera paralela al desarrollo del capitalismo, el cual fue destruyendo o suplantando la protección de las redes de sociabilidad primaria (familia extensa, comunidad, vecinazgo, gremio...), para ir siendo incorporadas a un Estado cada vez más “social” (sobre todo en las sociedades centrales, como es obvio). Posteriormente, sin embargo, éste de igual modo debilitó o adelgazó en extremo las redes de protección secundaria (política) con las que los sujetos se habían dotado para defenderse del Nuevo Orden (sindicatos, organizaciones obreras, vecinales, partidos de clase...). Castel traza así la secuencia de individuación: los ciudadanos de la Modernidad pasaron de la agregación de la *communitas* al individualismo negativo de los albores de la Primera Revolución Industrial. Su reacción contra esas circunstancias originó una suerte de individualismo positivo de masas con vinculación a identidades abstractas (políticas) y logro de universalización de los derechos (individualismo independiente y a la vez autónomo): es la fase de formación y organización de la clase obrera y el posterior keynesianismo. Hoy, con la destrucción de organizaciones, se produce un nuevo salto al individualismo negativo, sin apoyos, y por consiguiente consecuencia y causa de privaciones: los agentes sociales se reencuentran convertidos en individuos por defecto, porque se ven excluidos de los colectivos protectores, o porque simplemente éstos desaparecieron.

Consecuentemente con todo ello, se produce asimismo en todo el planeta la recuperación del protagonismo social de las diferentes Iglesias y sus organizaciones, amén de otras formas asociativas de carácter asistencial, paliativo o caritativo.

En conjunto, las expresiones organizativas y asociativas de la “nueva sociedad civil” son fruto de la fragmentación o dilución de los anteriores grandes sujetos sociales, por lo que presentan mucha menor dimensión y escasa amplitud de sus propuestas e intervenciones. Se han transformado en microsujetos, de un radio de acción mucho más limitado y reducido en general a la esfera privada colectiva, o sea, a las reivindicaciones de asuntos cercanos e inmediatos de ciertos sectores de población (testimonio de una generalizada pérdida de universalidad de las luchas).

Suelen ser intervenciones hechas menos como “Trabajo” que bajo la etiqueta de ciudadanos. Realizadas más como consumidores que como productores; llevadas a cabo a menudo por aquellos segmentos de población apartados de la relación salarial, o bien por los sectores medios o cualificados del Trabajo, pero en unos u otros casos con muy escasa capacidad de incidencia en la economía productiva.

También en su aspecto organizacional las formas de lucha adquieren expresiones congruentes con el capitalismo tardío (“informativo”) en el que nacen, cobrando vida a través de formas organizativas virtuales, reticulares (tras la descomposición de las formas físicas de reunión y organización tradicionales). De ahí la prevalencia actual de los “arcoiris”, “rizomas”, “redes”, “webs”... formas de organización muy blanda, muy flexible, con relativamente escasa operatividad y constancia, por el momento ⁵⁰.

En general, la hasta ahora menguante capacidad del Trabajo para afectar la producción capitalista hace que con frecuencia los esfuerzos de resistencia hayan venido realizándose en la esfera de la Vida desgajada de la producción, en pos de valores de uso (tierra, vivienda, agua, infraestructuras, hábitat saludable, etc.); o más específicamente, en la esfera circulatoria, contra la realización de la plusvalía (cortes de rutas, ‘puebladas’, plantones en las ciudades, etc.), ya que no contra la generación de ella. Estas intervenciones están orientadas además a trabar el orden dado de las cosas (bloqueo de cumbres o reuniones del Capital, actos de disidencia, desobediencia, protesta, de visibilización de injusticias, de puesta de relieve de las consecuencias depredadoras del capital...), donde los agentes sociales tienden a expresarse como multitud.

⁵⁰ Para una explicación de estos puntos y su vinculación a los nuevos-nuevos movimientos sociales, ver Piqueras (2002).

Con todo, a diferencia de lo que plantean los autores que hacen referencia a ella ⁵¹, ni su irrupción en escena está garantizada, ni es necesariamente provisoria para la emancipación del Trabajo. Antes bien, muy a menudo puede ser reflejo de su propia implosión como sujeto.

Quedan, en cualquier caso, por responder algunas preguntas clave. ¿Qué ha sido de las luchas en la esfera de la producción, las protagonizadas por el salariado que afectan a la generación de la plusvalía, a la relación de clase por excelencia del sistema capitalista? ¿Puede darse hoy una articulación de los diferentes sujetos que intervienen en unas y otras esferas del mundo social?

4.1. Algunas tendencias y contratendencias

Resultaría previsible que merced a los sucesivos desplazamientos espaciales o espaciotemporales de capital, los conflictos laborales de igual modo se desplacen a los nuevos centros de

⁵¹ Paradójicamente, cuanto más se hacen añicos los grandes sujetos colectivos del Trabajo, más insisten algunos autores en ver su “fuerza” a través de una pretendida unidad de acción y conciencia (que parece querer conducir a la versión del “proletariado” como sujeto unificado y dado per se, propia del marxismo más rigidificado). La línea interpretativa que se ha dado en llamar “marxismo abierto”, deudora en este sentido de Negri, ha querido ver en la forma multitud, arquetípica de gran parte de las movilizaciones presentes, la promesa de un nuevo sujeto, la urdimbre organizativa propia de la sociedad subalterna del capitalismo declinante, como ese “conjunto de todos los explotados y subyugados”, sin mediaciones entre ellos y el Poder (léase Imperio en la terminología de Hardt y Negri, 2001). Su propia fortaleza radicaría para estos autores en su unión, ya que se supone como hecho dado el que compartan mismos objetivos e intereses. Además, esa unión se realiza apropiándose de los procesos de trabajo mediante la cooperación intrínseca entre sí, igual que se apropian del espacio por medio de su propio circular como multitud (veremos en el siguiente capítulo a qué conduce la segunda parte de esta osada visión).

Hay autores de esta línea que, como García Linera (2008), han querido definir un poco más seriamente la multitud, a diferencia de la muchedumbre, como agregación de sujetos colectivos, asociación de asociaciones, albergadora de un “capital militante” basado en el propio compromiso y en la posibilidad de integrar, más allá de la pertenencia formal a determinados tipos de organizaciones con sus reglas filiativas, a una polimórfica variedad de individuos. Con todo, no parece que el paso de muchedumbre a multitud, que no se antoja fácil y mucho menos indefectible a priori, esté precisamente muy estudiado, como tampoco están descritas sus posibilidades y vías.

industrialización, como ocurrió en el pasado (Silver, 2005) ⁵², acuñando nuevas formas de enfrentamiento y probablemente también, de organización. Hasta ahora, además, la irrupción de nuevos sectores estratégicos en la producción ha otorgado renovada importancia estratégica a nacientes sectores del Trabajo o a otros ya consolidados. ¿Ocurrirá lo mismo con las nuevas expresiones industriales o “posindustriales” de la economía en las sociedades centrales?, ¿se inaugurará una nueva ola de conflictos en la transición de hegemonías que depara el Sistema Mundial capitalista? ⁵³

⁵² Las estrategias de debilitamiento del poder social de negociación del Trabajo en la esfera de la producción, hace que ni siquiera los desplazamientos espaciales hacia las periferias de las más importantes industrias, como la automotriz, emblema de la producción capitalista en el siglo XX, hayan conseguido hasta la fecha igualar en esas formaciones periféricas los niveles de conflictividad habidos en las economías centrales, donde después entraron en franca decadencia.

⁵³ Arrighi y Silver (1999) señalan que el incremento de la proletarianización mundial, de la feminización, la cambiante configuración espacial y étnica de las fuerzas de trabajo y la imposibilidad de combinar la satisfacción de sus demandas en los centros y las periferias del Sistema, el abandono de los intentos por ampliar las bases sociales de la hegemonía en todo el mundo, el crecimiento grotesco de la polarización en la concentración de las oportunidades de vida y el descarte de los pactos desarrollistas Capital/Trabajo a escala planetaria, son proclives a provocar una irrupción del Trabajo más virulenta que en los anteriores cambios de hegemonía.

Silver (2005) ha apuntado igualmente, en su secuenciación del desplazamiento organizativo del núcleo duro de las luchas del Trabajo, que en un principio fueron los artesanos y obreros especializados los que resultaron desplazados por trabajadores descualificados industriales que protagonizaron reivindicaciones de clase (“combatividad marxista”) frente a las aspiraciones corporativistas de los primeros (“combatividad polanyana”) (ver introducción). Más tarde fue el “obrero-masa” de la cadena de montaje fordista-keynesiana quien dio paso por arriba a profesionales con una amplia banda de cualificaciones (ciertos sectores de los cuales reaccionaron contra las consecuencias más negativas del productivismo-consumismo capitalista en la esfera de la circulación, dando vida a los “nuevos movimientos sociales”), mientras por abajo aquel prototipo del Trabajo se vio desbordado por una nueva ola de proletarianización sin regulación keynesiana en las sociedades centrales y por una fuerza de trabajo migrante global en permanente disponibilidad, proveniente de la extensión de los procesos de proletarianización de las periferias (en ambos casos, afectando en mayor medida a las mujeres). Estas nuevas modalidades de proletarianización provocaron de nuevo reacciones “defensivas” de tipo corporativo-identitario en el salariado con regulación laboral, en tanto no han provocado todavía en el seno de ellas (debido justo a su sustituibilidad y debilidad estructurales) reacciones reivindicativas de clase similares a las de fases anteriores del capitalismo. Su creciente importancia para la acumulación capitalista, sin embargo, junto a la asimismo creciente proletarianización de los profesionales cualificados, abre claves para empezar a desentrañar las posibilidades de nuevas irrupciones del Trabajo en la esfera productiva del tardocapitalismo. Claves que

Sirva de consideración en la reflexión sobre estas preguntas el ciclo de decadencia en el cual se mueve el capital (ver Anexo II del Apéndice), cada vez más impedido de desarrollar las fuerzas productivas debido a sus propias relaciones sociales de producción. Como apuntamos en el Anexo II, la apropiación privada de los medios de producción del conjunto de la sociedad y la tiranía de la tasa de ganancia obligan a frenar el libre desarrollo de las fuerzas productivas y a depender crecientemente de fuerzas destructivas, en forma de caducidad programada de las mercancías así como de los propios medios de producción; en forma de destrucción permanente de activos económicos y de recursos energéticos, también de biomasa en general; y en forma de destrucción física y humana, a menudo mediante armas de destrucción masiva. Esto último se co-implica con una militarización en ascenso de la economía, que conlleva a su vez el incremento exponencial del componente improductivo de ésta (ver capítulos II y III).

Todo ello es lógicamente susceptible de multiplicar y agudizar los antagonismos en la totalidad del Sistema. Mientras el deterioro social de la mayor parte de sus formaciones periféricas se hace más patente, en las formaciones centrales la integración o "paz social" por medio del consumo a crédito del tardocapitalismo evidencia claros límites.

Por otro lado, la contradicción clásica se acentúa. Vale decir, la tendencia creciente a la socialización de la producción (más y más fuerza de trabajo implicada de manera organizada en la producción capitalista), junto al desarrollo de las fuerzas productivas (incluido el de la propia fuerza de trabajo como general intellect u "obrero social"), provoca mayor contradicción con la apropiación privada de los medios de producción.

Tal contradicción y antagonismos, con tendencia a agudizarse, sientan las bases objetivas de una posible transformación social, pero a diferencia de la interpretación ortodoxa del materialismo histórico, de ahí no se deriva necesariamente tal transformación. Para eso hace falta una acción intencional y coordinada de clase que, como hemos visto, se encuentra hoy profundamente obstaculizada.

En términos amplios podríamos decir, como sostiene Wright (1992), que se requiere una teoría general de la agencia revolucionaria, que no puede ser derivada de forma mecánica

difícilmente podremos entender sin conocer las nuevas composiciones tecnológico-organizativas de las relaciones de dominación de clase.

del nivel de contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y su obstrucción por las relaciones sociales de producción (RSP) vigentes (ni aun contando con la agudización del deterioro social)⁵⁴. Tampoco deviene automáticamente de la posible contradicción entre el grado de sustituibilidad de la fuerza de trabajo y el mayor o menor avance del reformismo.

Esto es, para que la obstaculización del reformismo, su estancamiento o su involución (capítulo V), para que el entorpecimiento de las fuerzas productivas o la reproducción ampliada de la crisis conduzcan a situaciones de transformación social, es necesario que concurren otros factores, como el de la maduración del Trabajo en cuanto que sujeto histórico (ver gráfico No. 1 en la introducción, y también Anexo III del Apéndice).

Necesitamos urgentemente, por eso mismo, enriquecer la teoría sobre la motivación revolucionaria y sus posibilidades, sobre la capacidad de una clase subordinada para hacer prevalecer sus intereses.

Un punto de arranque bien podría ser la reflexión que dejara Cohen (1978) pendiente de resolución. Proponía este autor que cuando hay un interés objetivo como clase en trascender las estructuras económicas que entorpecen un mejor desarrollo de las fuerzas productivas, el requisito de la capacidad de la clase para transformar las RSP es más fácil de obtenerse. En ese mismo sentido, las clases dominantes van dejando de ser dirigentes (es decir, van perdiendo legitimación y por tanto hegemonía) en su empeño por bloquear el desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, las clases ascendentes, capaces de liberar esas fuerzas productivas de las relaciones sociales de producción que las entorpecen, son proclives a ir sumando sinergias y alianzas. Cuanto más aguda es la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, entre socialización de la producción y apropiación privada de ésta, más potencialmente aumenta la capacidad agencial de clase.

⁵⁴ Una simple consideración nos puede servir de ejemplo. La mayor parte de la fuerza de trabajo podría calibrar que en un modo de producción socialista sus oportunidades de vida mejorarían de manera sustancial, no obstante eso no implicaría necesariamente que estuviese interesada en sufrir los costos inmediatos de luchar contra el capitalismo, o que la balanza entre las (más o menos escasas) posibilidades de éxito que percibe y el esfuerzo a hacer la movieran a la acción, o que ésta se impusiera sobre la satisfacción del estatus logrado, entre otros muchos considerandos (ver Therborn, 1987, para este tipo de planteamientos; y nuestra explicación en Piqueras, 1997).

La pregunta es saber si es la ultraheterogénea clase que vive del trabajo (aquella que no detenta medios de producción ni de organización-supervisión) la que se perfila como nueva clase emergente. O dicho de otro modo, si podrá llegar a estar suficientemente organizada y a adquirir un grado suficiente de conciencia e identidad de clase como para actuar, aunque sea de forma parcial, como un cuerpo colectivo, como clase para sí, aprovechando la acentuación de aquellas contradicciones. Actuando, precisamente, contra la relación de clase.

Es cierto que conforme penetra la dominación del capital en todos los órdenes de la Vida, más se amplían las posibilidades de socialización del antagonismo de clase. La realización del trabajo, o sea, la conversión del trabajo abstracto (la capacidad de tener seres humanos a disposición para el beneficio propio) en trabajo concreto (el hecho de que esos seres humanos trabajen o se supediten efectivamente y de la manera más eficaz posible para quien dispone de ellos), supone siempre una fricción constante. Para el Capital implica la superación continua de una resistencia ⁵⁵, como se dijo en la introducción. Cuanto más se amplía la penetración del capital en el conjunto de la Vida de los seres humanos, más susceptible de generalizarse (o socializarse) ese antagonismo, por más que éste no adquiera necesariamente un carácter manifiesto (ya vimos en la introducción que el antagonismo latente se expresa ante todo en forma de lucha de clase cuantitativa —nota 16—).

No obstante, no basta con enunciar tal proceso, hay que ver cuál es la potencialidad constitutiva del Trabajo, para que su fortaleza intrínseca se haga fuerza transformadora en medio de las condiciones mediatas y transmediatas en que se desenvuelve la reproducción de un determinado orden existente.

⁵⁵ La fuerza de trabajo es una mercancía inseparable de su forma-vida. Cualquier obstaculización a su realización humana tiene la potencialidad de provocar lucha, esto es, movimiento: intento de prevalencia de la vida sobre la mercancía. Y por ende también posibilidad de desalienación.

El Trabajo en movimiento es a la vez productor y producto de esta contradicción, como negación de la Vida a ser negada. En su praxis lleva su propia desalienación. Por eso, el Capital tiende a evitar siempre que puede al Trabajo, para no tener que enfrentarse a él y su capacidad de negación. De ahí sus perpetuas contradicción y debilidad internas. De ahí igualmente la fuerza potencial del Trabajo (que los llamados “marxistas abiertos”, y ese es su gran error, han tomado como efectiva o dada, sin considerar la histórica combinación de factores capaces de llevar a cabo su realización o, por el contrario, su abortamiento).

Vale decir, hay que rastrear cómo las contradicciones de la dinámica inmediata, mediata y transmediata de la reproducción del capital proclives a reforzar la potencialidad de las fuerzas del Trabajo, se combinan, sin embargo, con las debilidades y los obstáculos que experimenta el mismo para protagonizar luchas de clase cualitativas, esto es, para actuar como sujeto antagonico consciente.

Vamos a enumerar, apuntando a ese objetivo, algunas tendencias y contratendencias que conducen hacia posibilidades hasta cierto punto ambiguas o paradójicas.

Tendencia 1. Es evidente que la transnacionalización del capital conlleva la de las relaciones de clase. El capitalismo monopolista transnacional ha conseguido convertir a la casi totalidad de la humanidad en Trabajo (una sola fuerza de trabajo mundial); pero con ello ha hecho de la Humanidad como Trabajo una entidad de clase (objetivamente) transnacional.

Esto significa asimismo que los medios que el Capital despliega para integrar sus procesos de trabajo pone en mayor relación y comunicación a la fuerza de trabajo. Es decir, que la interrelación técnica de los procesos de trabajo integrados autoritariamente mediante la estructura y planificación de la empresa capitalista, va uniendo segmentos mayores de la fuerza de trabajo mundial. Cuanto más articulen sus fuerzas y luchas esos segmentos más allá de las fronteras estatales, más posibilidades de que refuercen el proceso fundamental de formación de clase en la economía-mundo (ver al respecto Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

Contratendencia 1. Sin embargo, no cabe duda de que hasta ahora las posibilidades objetivas que estas circunstancias abren han sido frenadas por la alta disparidad en el desarrollo de fuerzas productivas, capacidad de organización y grado de conciencia propia, o de clase, del Trabajo en unas formaciones sociales y otras, y también dentro de una misma formación social. Esto se co-implica con la ultrafragmentación del Trabajo y usurpación de oportunidades de vida al interior del mismo (en virtud de claves de estatus, género, cualificación, etnia, ubicación en la división internacional del trabajo, etc., consecuente, entre otros factores, con la segmentación interna e internacional de la mano de obra y su muy diferente valor. Estas disparidades llevan aparejadas sus correspondientes divisiones identitarias (especialmente virulentas a la hora de marcar la separación entre “nacionales” y “extranjeros”, o lo que es lo mismo, entre la fuerza de trabajo local y la importada o inmigrante).

Tendencia 2. La pérdida de capacidad de reproducción de la fuerza de trabajo en más y más sectores de las periferias, y en general la incapacidad del capital de extender la subsunción real del Trabajo, pueden combinarse de forma explosiva con el relativamente veloz deterioro de las condiciones de vida de las poblaciones en las sociedades centrales, donde cabe presumir que se acortarán los espacios entre las distintas capas del Trabajo según se acentúe la degeneración capitalista ⁵⁶. Es aquí donde puede albergarse el potencial desestabilizador que implica la confluencia de situaciones pre-insurreccionales en las formaciones sociales periféricas con las que devienen del deterioro del reformismo en las centrales (capítulo V). Facilitándose de manera universal la visibilidad del antagonismo de clase y de la lucha en torno a éste.

Esa coincidencia del Trabajo en movimiento sería más probable de darse en principio como multitud reactiva, aun así es susceptible, en función de la recuperación ideológica y organizativa del Trabajo, de ir formando sujetos transnacionales proactivos (o sea, con programas propios e incluso propuestas alternativas de sociedad —ver Anexo III—).

Contratendencia 2. No obstante, el logro de la práctica universalización de la proletarianización se combina en el capitalismo tardío con menguantes garantías de asalarización. Esto significa que una parte creciente del trabajo vivo se torna fuerza de trabajo superflua, desechada como no explotada y a menudo no explotable. Vale decir, crece la proletarianización de la población mundial sin que esto signifique pasar por la relación formal de asalarización (incapacidad del capital de universalizar la subsunción real). Con ello se da además una generación masiva de “personas superfluas” o la desestimación de cada vez más seres humanos para los procesos productivos capitalistas, como “masa” de reserva del a su vez ejército de reserva mundial, tendente por un lado a fungir como (astronómico) “lumpemproletariado” o a reeditar las versiones más crueles de la competencia por la supervivencia, en vez de integrar el movimiento universal del Trabajo (si bien, por otro lado, esa población es susceptible de integrar formas de constituirse autónomas, que nos devuelven a la tendencia 2).

⁵⁶ Circunstancia que tiende a que las formaciones centrales dejen asimismo de hacer de factor de atracción y legitimidad del conjunto del Sistema, capaz hasta ahora de compensar el empobrecimiento de sus periferias, gracias a su “efecto demostración” (es decir, de lo que aquél puede lograr o en él puede lograrse).

Tendencia 3. Crece la visibilidad de la acción de clase y del componente de clase capitalista unilateral del Estado (menos intercedido por las otras clases) y del aparato jurídico y sus disposiciones legales, lo que facilita asimismo el descrédito de la política institucional y del Derecho. El recurrente uso descarnado de la fuerza, las leyes con cada vez más marcado carácter de clase, las sucesivas reformas estructurales de los mercados laborales a favor del Capital, la pérdida general de calidad de vida que va unida ya de forma siempre más inseparable a la acumulación capitalista, se aúnan también para el descrédito general del Sistema en más formaciones sociales (y no ya apenas las periféricas).

Contratendencia 3. Sin embargo, las posibilidades de que esas potencialidades y esos antagonismos se expliciten y se retroalimenten positivamente con (nuevas) formas de conciencia antagónica más o menos universalizables, se ven frenadas por la falta de sujetos y construcciones ideológicas capaces de desarrollar al máximo la conciencia posible (Goldmann, 1962) en y de este momento histórico (caracterizado por la globalización de las fuerzas productivas y de la ley del valor del capital) ⁵⁷. De

⁵⁷ En cualquier caso, la conciencia siempre plantea un serio interrogante como posibilidad de la constitución del Trabajo en fuerza transformadora.

Efectivamente, la supuesta unidad dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo atribuida a Marx (o sea, lo segundo como resultante necesario de lo primero) no podría enunciarse sino como tendencia, nunca indefectible. Una tendencia que requiere de una concreta formación de la conciencia. Pero si la conciencia (que la ciencia social en los últimos tiempos ha tendido a entender también como reflexividad) de las partes (los seres humanos) no puede nunca abarcar el todo (léase en este caso, el conjunto de la biosfera, ecosfera, sociosfera y noosfera en que se encuentran inmersos) y si cada intervención consciente ocasiona consecuencias no previstas y/o no queridas y además procesos inconscientes, ya no es apenas que la conciencia sea ciega a su propio inconsciente, sino es inconsciente de muchos de los niveles sistémicos que afectan al ser humano. Entonces la pregunta sería si la conciencia permitiría a las sociedades humanas autoprogramarse y escapar así a “las azarosas alteraciones de estado características del resto de sistemas complejos autoorganizadores” (García, 1995).

Este elemento tan volátil cuenta, sin embargo, con el inestimable apoyo de otro escurridizo factor, igualmente arduo de conseguir, aunque mucho más resistente como cohesionador de la acción colectiva: la identidad.

Puede que la identidad no sea sino la “performatividad” de una multiplicidad heterogénea, que da lugar a una serie de especificidades inestables. En el rastreo de sus procesos formativos podemos ver reflejados las distintas narraciones, espacios y tiempos que concurren en ella, los mecanismos de identificación que marcan el co-hacerse de los diferentes agentes que la dan vida, y que a un tiempo la tensionan (ver para esto Mendiola, 2000). Pero a la vez la identidad es elemento coheren-

manera que la visibilidad del antagonismo central en el sistema es opacada por los diversos misticismos y fetichismos que éste recrea u origina a escala local, sustentados a menudo en adscripciones o ideologías propias de fases de desarrollo anteriores de la humanidad, con frecuencia incluso mediadas por claves místico-religiosas (ver nota 48).

La resolución de estos haces de fuerza que confluyen y se contraponen varía para unos u otros momentos históricos y depende, en buena medida, del decurso de otras contradicciones sistémicas con las que son susceptibles de reforzarse o debilitarse.

No obstante, hay un punto de partida probablemente ineludible. En este momento en que las formas de proletarización sin asalarización se combinan con formas de explotación precapitalistas y otras industriales tardías y postindustriales de servicios derivados, que originan en consecuencia muy diferentes formas de ser "proletario", las posibilidades del Trabajo de volver a ser un sujeto histórico pasan por la articulación estratégica de las luchas latentes y explícitas (cuantitativas y cualitativas) que en unos y otros tipos de proletarización se suscitan. Esto implica, además, integrar las luchas del Trabajo como productor con las

ciador de esa heteróclita multiplicidad, que permite en gran medida nuestro hacer (colectivo) sobre lo que nos hace.

No habría de sorprendernos, en ese caso, que la identidad pueda erigirse así también en una fuerza capaz de desorganizar relaciones y posiciones sociales, de cuestionar realidades dadas, sobre todo cuanto más asuma su ficticialidad, vale decir, en la medida en que adquiriera una mayor y más consciente dimensión Política (reflexiva), tanto respecto de sus propios procesos de constitución como acerca del trasfondo de relaciones de poder y coalición que constituyen en cada coordenada espacio-temporal el mundo. Lo cual nos habla de la potencialidad de los individuos para replantearse las "comunidades" dadas (naturalizadas) a las que se habían fijado (de aldea, linaje, de estatus, sexo, edad, etnia, raza, nación, Estado...), para dar el paso desde la conciencia de comunidad (esto es, de la identidad como sentido de pertenencia y exclusión ontológicas) aneja a aquel tipo de entidades, a la formación de comunidades de conciencia, potencialmente más abiertas al auto-cuestionamiento y a la aceptación de la heterogeneidad constitutiva, y por tanto también, más proclives a su permanente redefinición y reproyección social. Ver Piqueras (1997, 2002 y 2007) para una mayor explicación de estos argumentos, así como para algunas de las explicaciones de los autores que siguen la línea teórica del enmarcamiento y de los "marcos cognitivos".

La conciencia hoy, en cada formación social, puede beneficiarse y nutrirse del desarrollo de las fuerzas productivas, de la acumulación histórica de conciencia, que se da a escala mundial.

del Trabajo como reproductor y como Vida en general (esto es, fundir las luchas en la producción con las de la circulación, por los valores de uso y por la Vida en todos los aspectos). Posibilidad favorecida por el hecho de que el propio capital, como vimos, ha acabado con tal separación artificial, fundiendo esas esferas en la actualidad.

Pero se requiere, además, resolver positivamente hacia la acumulación de fuerzas propia la problemática de las posiciones contradictorias de clase y la de las posiciones de privilegio al interior del Trabajo (ver introducción). A continuación se detallan un poco más esos planos de intervención.

4.2. Los planos de intervención

La resolución de las líneas de fuerza descritas pasa por los tres planos de fractura del Trabajo que vimos en la introducción, con sus respectivos requisitos.

4.2.1. Plano vertical

Requisitos:

- Atajar las divisiones entre la fuerza de trabajo que ha adquirido o va adquiriendo privilegio de estatus y conquistado determinados derechos (segmento primario del mercado laboral) y la fuerza de trabajo que va siendo incorporada en peores condiciones en el mercado laboral (segmento secundario: jóvenes, más y más mujeres, migrantes y en general, nuevo proletariado). Esto implica que la Política (y la identidad política) adquiriera predominancia frente al estatus y la identidad corporativa. Tal posibilidad únicamente puede tener resolución positiva a través de la construcción y difusión de organizaciones de clase, promovedoras de conciencia de clase. Pero aun así, para que cobrase carta de estabilidad necesitaría retroalimentarse con el logro de estructuras sociales tendentes a la igualdad de condiciones de vida.
- Conseguir que el Trabajo cualificado se perciba como parte del Trabajo, tendente a confluir en unos mismos intereses objetivos.

Diferentes procedimientos para ganarse la afección de los profesionales cualificados se han teorizado al respecto, como

la sustitución de incentivos materiales individuales por incentivos sociales o colectivos. Este paso no tiene, sin embargo, una dificultad menor, pues la eliminación de la adscripción de estatus, poder y prestigio no puede realizarse colectivamente sin una paulatina eliminación de la desigualdad de acceso a los medios de cualificación. Y no se olvide, en este sentido, que para el materialismo histórico esa desigualdad prevalecería aun en la sociedad socialista⁵⁸.

Cuestiones como el propio deterioro de la situación del Trabajo cualificado o su creciente asalarización a la baja podrían ser más “motivadoras” en este sentido. Igualmente, otros retrocesos en la calidad de vida para los que este sector suele ser más sensible, como el deterioro de las condiciones ambientales, la degradación de la vida urbana, la mercantilización de los bienes culturales, entre otros.

- Buscar alianzas con quienes están a cargo de la organización y gestión en el sistema capitalista. Es decir, inclinar del lado del Trabajo a quienes detentan los “bienes de organización”.

Cabe señalar en este sentido que dado que ni el mercado ni el capital pueden reproducirse sin organización, la dirección de esta se vuelve tan indispensable como valiosa. No obstante, la supervisión resulta más asalarizada, o sea, más ajena a la propia clase capitalista que deroga esas funciones en asalariados (haciendo que su condición sea cada vez más parasitaria). La supervisión queda asimismo más distanciada de la forma social transitoria que predomina en el presente sobre los procesos productivos: la apropiación privada burguesa de los medios de producción. De manera que el sector de dirección asalarizado podría tener sus propios intereses objetivos para la superación de la explotación capitalista (en cuanto que podría convertirse en la nueva clase dirigente). De hecho, Bidet y Duménil (2007), siguiendo la estela de Wright y otros marxistas analíticos, llegan a proponer que el control sobre los medios o bienes de organización de la sociedad en general y de los procesos productivos en particular, constituiría la base de la explotación y el dominio en una sociedad de cuadrismo burocrático o estatalista (sin propiedad privada de los medios de producción, pero bajo el control burocrático de quienes usufructan los medios de

⁵⁸ Ver para la problemática de la transición hacia el socialismo y bibliografía al respecto, Piqueras (2000).

organización-dirección). Tal tipo de formación social podría suceder al capitalismo cuando las categorías de propiedad privada y mercado se vean históricamente superadas por la organización racional planificada, como ya ha acontecido en los intentos de ultrapasar el capitalismo en el siglo XX (ver también al respecto Roemer —1995— y sobre todo Wright —1994—).

Sin embargo, para que aquellas posibilidades puedan tener una resolución favorable para las grandes mayorías debe darse un proceso de lucha en dos frentes: como una alianza del Trabajo con los cuadros frente al Capital y a un tiempo como una lucha de clase en el seno de la propia alianza, frente a un encuadramiento “que se autoproclama el ‘representante’ de las asalariados y tiende, mediante su práctica, a constituirse en clase” (Bidet y Duménil, 2007: 231)⁵⁹, combatiendo su preeminencia y dominio. La lucha desde el principio contra esa tendencia es la única posibilidad de esquivarla. Y lo que está en juego es la realización fáctica de la democracia⁶⁰: eso quiere decir que la lucha por la democracia es igualmente una lucha de clase.

4.2.2. Plano transversal

Requisitos:

- La confluencia de las diferentes identidades formadas antes del capitalismo (étnico-indígenas, por ejemplo) y las que han irrumpido históricamente de las fracturas dentro del propio Trabajo (como las de género), en un reforzamiento mutuo con las identidades de clase.
- Esto supondría, más allá de la propia relación de clase, la supresión de las relaciones de privilegio “innatas” que

⁵⁹ El paso de la propiedad privada a la propiedad social de los medios de producción tiene el paso intermedio del usufructo de la propiedad colectivizada o estatalizada por los cuadros, que tienden a constituirse en una nueva clase, y a usurpar por ende la democracia.

⁶⁰ Este es el desafío que siempre entrañó el marxismo —como sostienen los autores citados, Bidet y Duménil—, a diferencia del liberalismo, que se funda en la referencia a la libertad y no en la propia libertad, que en la realidad se da convertida en su contrario: la dependencia (lo cual es así porque la desposesión o no libertad de quienes no tienen para vivir nada más que su fuerza de trabajo, no puede conducir ni a la autonomía individual ni por consiguiente a la democracia social).

fracturan internamente al Trabajo; lo que comportaría un cambio civilizatorio, que sin embargo sería imposible, a su vez, dejando al margen la relación de clase ⁶¹. Significaría, en segundo término, como se dijo, engarzar las luchas en la esfera de la reproducción y circulación con las luchas en la esfera de la producción.

4.2.3. Plano espacial

El devenir-mundo del capital implica dos dinámicas: la de clase —retroalimentada con la división social del trabajo—, y la imperialista (de sometimiento y explotación de unas formaciones sociales sobre otras), que se refuerza mutuamente con la división internacional del trabajo (DIT). Combinar las resistencias a esas dos dinámicas ha sido desde el principio un dolor de cabeza para las praxis emancipadoras. El marxismo clásico lidió muy mal con tal problemática, en la que al menos hay que considerar los puntos que se detallan a continuación.

Por una parte, el conjunto de clases de las sociedades centrales están necesariamente implicadas (aunque no lo quieran) en las relaciones imperialistas entre formaciones sociales.

Por otro lado, las luchas de buena parte de las poblaciones de las formaciones sociales periféricas por sacudirse la dominación imperialista no han sido coincidentes con las luchas de clase, al reproducirlas muy a menudo con creces en su interior durante y después de su lucha. Esas luchas se dieron como pueblo (multiétnico y multinacional, si se quiere, y asimismo policlasista), o sea, como (parte de la) población que ha adquirido conciencia de esa subordinación y actúa para superarla⁶². Esta clave fue prioritaria frente a las contradicciones de clase, y lo más probable es que permanecerá así mientras no se descomponga la DIT, la

cual está comandada desde las formaciones centrales ⁶³. Tal descomposición podría venir más probablemente por luchas internas en los propios centros del Sistema, además de por el agotamiento de las posibilidades de expansión físico-geográfica de la ley del valor del capital, en una implosión de su “sistema-mundo” que desemboque en la obstrucción de la expansión de su frontera.

Con el fin, o al menos el substancial debilitamiento, de la DIT, el antiimperialismo dejaría de ser la referencialidad principal en las formaciones sociales periféricas y las luchas políticas tendrían más probabilidades de centrarse en las fracturas internas de clase ⁶⁴.

Hay que considerar además la dislocación de la propia DIT con la irrupción de las periferias en los centros del Sistema y la implantación de núcleos o fragmentos centrales en las formaciones sociales periféricas; así como el surgimiento de nuevos centros potenciales. Para tener en cuenta solo uno de estos aspectos, el hecho de que parte de la fuerza de trabajo periférica se incruste en las formaciones sociales centrales aumenta las posibilidades objetivas de interconexión del Trabajo, aun cuando el Capital alce proporcionalmente barreras subjetivas para contrarrestarlo, como vimos (ver capítulo siguiente al respecto).

Esas posibilidades podrían potenciar a su vez la coincidencia entre las nuevas formas de insubordinación desencadenadas por el despojo o la desposesión (sobre todo en las periferias) (Harvey, 2007), con las que suscita la sobreexplotación de los

⁶¹ Dada la complejidad de la teorización y la profusa bibliografía al respecto, no queda más remedio que remitir aquí a la línea de investigación del feminismo político en cuanto a la clave de género, así como a la línea del autonomismo no occidentalcentrado, por lo que respecta a las claves étnicas.

⁶² También se puede luchar como pueblo étnico y/o nacional (policlasista) frente a la subordinación identitario-cultural dentro de un mismo Estado o de varios Estados.

⁶³ La superación del capitalismo en las formaciones sociales dependientes es enormemente más difícil, y los logros encaminados a ello presentan una mayor tendencia a ser pasajeros y reversibles, debido al propio desarrollo de las fuerzas productivas. Ver al respecto, Wright (1994, especialmente cuadro 4.1 y su explicación en página 129 y siguientes).

⁶⁴ ¿Quiere esto decir que se estaría más cerca de actuar como pueblo-mundo, policlasista, frente a un pretendido Estado-mundo capitalista, como proponen Bidet y Duménil (2007)? Poca verosimilitud tiene tal Estado, a nuestro juicio, dado que una de las grandes contradicciones del capitalismo global radica en su necesidad y a la vez su imposibilidad (derivada de la competencia intrínseca entre sus partes) de conseguir un ente regulador universal de su acumulación planetaria, una suerte de Estado global capaz de encauzar la creciente rivalidad intercapitalista. Por otra parte, la posibilidad de coordinación transnacional del Trabajo no implica la plausibilidad de un “pueblo-mundo”.

sectores más vulnerables del Trabajo (también en los centros, debido a su “periferización” y a la incorporación de fuerza de trabajo periférica en ellos).

El marxismo ha sido una construcción práxica empeñada justamente en dar trabazón y sustento a las pretensiones de coaligación que afectan a todos estos planos señalados. Se trata de un envite histórico en pro de la posibilidad de establecer coaliciones entre seres humanos de otra forma inermes ante las circunstancias; para generar identidades políticas crecientemente inclusivas, todo lo ficticias que se quiera, pero capaces de otorgar a individuos atomizados o adscritos a identidades heteronomizadas, las posibilidades de intervenir de manera colectiva, como sujetos, en su realidad (Piqueras, 2007).

Se trata además de que esas ya de por sí arduas vías de coaligación intra-Trabajo se intenten hacer extensibles, como “alianzas”, con las posiciones contradictorias de clase (ver introducción). Pero este segundo paso solamente sería válido desde el punto de vista del Trabajo siempre y cuando éste se constituyera en sujeto social hegemónico (para no quedar subordinado a esas otras posiciones de clase, como ha ocurrido históricamente).

El reto es hoy todavía mayor si pensamos que todo esto no podría entenderse tampoco sin la transformación de las relaciones de explotación exosomáticas, de la biosfera. Lo cual implicaría que la recuperación del desarrollo de las fuerzas productivas (entorpecido ya por el capitalismo declinante) se diera como un desarrollo de calidad de vida con la utilización decreciente de recursos, vale decir, sin crecimiento (ver capítulo V y en general los trabajos del Observatorio Internacional de la Crisis al respecto).

Los pasos concretos a darse dependen de estrategias que no pueden ser dictadas desde la teoría, sino solo adquieren posibilidad desde la misma praxis, esto es, tienen que resultar de la aplicación de la teoría por las propias expresiones organizadas del Trabajo en cuanto que sujeto alternativo a la realidad-mundo fabricada por el capital. Eso quiere decir también, entre otras cosas, que la ni la política ni el asalto al poder con minúsculas bastan, en cuanto que política meramente institucional y en cuanto que poder gestor estatal-gubernamental. Recordemos que las condiciones inmediatas, mediatas y transmediatas del movimiento del capital para su propia valorización, generan todo un metabolismo social en el que la vida de los seres humanos queda empotrada (Mészáros, 2003), con su entramado de poderes sobre los que se

yergue el auténtico Poder de clase del capital. Para ser efectiva, por tanto, la Política tiene que hacerse también en mayúsculas, interviniendo y afectando todos los planos en que se realiza la dinámica del capital (ver capítulo VIII).

Es probable que, con las miras puestas en tan complejo horizonte, una de las contrastadas fortalezas de la que se parta sea la propia debilidad o decadencia que ha comenzado a manifestar tal dinámica capitalista. Hay que considerar además que en su intento de perpetuar su acumulación el Capital, como sujeto, ha estado siempre urgido por una delicada y difícil compensación entre las crisis de rentabilidad y las de legitimidad, debiendo enfrentar constantemente las fuentes del poder del Trabajo como productor (como clase trabajadora) y como reproductor social, en un permanente intento de debilitarlas.

La Gran Depresión que se inicia con el siglo XXI agota las posibilidades de congeniar ambos factores de tensión, e incluso de lograr cualquiera por separado⁶⁵.

¿Quiere esto decir que se agotan igualmente las posibilidades de integración socialdemócrata del Trabajo?, o lo que es lo mismo, ¿estamos ante el fin del ciclo de la opción socialdemócrata como articuladora de las relaciones entre el Capital y el Trabajo? ¿Se multiplicarán, entonces, las condiciones preinsurreccionales? (en el Anexo III del Apéndice se presentan algunas consideraciones al respecto, que recogen puntos presentados en los capítulos V y VI).

En cualquiera de los escenarios en que se van a perfilar las nuevas relaciones de dominación el gran problema que enfrenta el Trabajo, como hemos visto líneas más arriba, estriba en la dificultad de articular la enorme heterogeneidad de situaciones e intereses que comprende tal condición tanto a escala intraestatal como, aún más, interestatal. A ello se suma el enorme y puede que creciente desfase en su organización y coordinación respecto al capital mundializado. Resulta imprescindible en este último sentido al menos, para que las fuerzas del Trabajo puedan tener algún

⁶⁵ El previsible colapso energético-económico abre insospechadas oportunidades a través de la radical modificación de las formas de vida y los profundos cambios en la organización del espacio, la producción, la distribución y el consumo en el capitalismo degenerativo (ver Fernández Durán, en prensa), donde la hasta ahora creciente socialización de la producción se verá forzada necesariamente a combinarse con formas de cooperación humana en todos esos ámbitos para lograr la supervivencia, dejando atrás por inútil el individualismo posesivo atado a la aparente autonomía y autosuficiencia individual que proporciona el salario.

protagonismo en el futuro inmediato, idear nuevas estrategias y proyecciones organizativas a escala del capital transnacional ⁶⁶.

En términos planetarios, el gran déficit o carencia de los esfuerzos de la Humanidad como Trabajo por irrumpir ofensivamente en el orden del Capital es la ausencia de expresiones organizadas que coordinen o (re)construyan sujetos con estrategias y proyectos de sociedad propios (con capacidad proactiva más allá de la forma reactiva —de protesta— que hasta ahora ha caracterizado de modo mayoritario a la forma multitud). Y con ello es patente además la carencia de direccionalidad de las luchas, congruente con la ausencia de alternativas sólidas, creíbles, de carácter universal. Pesa como una losa para las posibilidades de transformación social la orfandad de una (re)construcción proyectiva como la que inspiró el socialismo.

La redefinición o reconstrucción de ese proyecto se convierte, por consiguiente, en elemento clave para los sujetos y las instancias con mayor desarrollo de conciencia política del Trabajo en la actualidad.

Los plazos para realizarlo, sin embargo, no parecen ni mucho menos largos. En especial porque los terribles retos que enfrenta la Vida como Humanidad combinan factores ecológicos, energéticos, demográficos, económicos, sociales, culturales e incluso psicológicos muy difícilmente regulables e igualmente arduos de encajar al unísono en estrategias programáticas que proyecten un posible acontecer poscapitalista. Cualquier intento de incidir como clase transnacional es hacerlo hoy en cuanto que Vida, y para que se fortalezca con la enorme diversidad de sujetos colectivos que la componen, supone arrancar de nuevas concepciones y consensos en cuestiones como decrecimiento, distribución, regulación demográfica, horizontalidad democrática, democracia económica, eliminación de la construcción de género y de la división sexual del trabajo, solidaridad intergeneracional e intercomunitaria, compromiso colectivo, responsabilidad con la vida, igualdad..., a las cuales hasta ahora se han dado muy

⁶⁶ Como dice Tilly (1995), si el mundo del trabajo quiere conseguir nuevos derechos colectivos o al menos mantener los que fueron conquistados, debe dejar de referirse o autolimitarse a la dimensión estatal, toda vez que el Estado ya no es el agente regulador básico. Este nuevo orden de dominación, además, ha vaciado al Estado como medio de constitución de ciudadanía y espacio de resolución de contradicciones interburguesas.

escasas respuestas tanto desde la teoría como de la intervención programática.

Quizás una de las más decisivas cuestiones que quedan pendientes, aun después de haber remontado todos los condicionantes y requisitos vistos en este apartado, es saber si la supuesta falta de preparación histórica de la clase que vive de su trabajo para asumir la dirección de la sociedad podría por fin ser superada, sin necesidad de aupar a una nueva clase dirigente ⁶⁷.

Lo que parece incontestable es que para empezar ese camino, para enfrentar el reto de la reconstitución en sujeto de partes cada vez más significativas del Trabajo, es imprescindible dejar de luchar (nada más) como capital variable, es decir, como mercancía en busca de su mayor valorización, y expresarse en cuanto que “negación de la vida a ser negada” (lucha de clase cualitativa), introduciendo la razonabilidad de esa vida frente a la suicida racionalidad capitalista (no hay que olvidar, en este sentido, que el Trabajo es la única fuerza capaz de limitar o subvertir la autodestructividad del capital).

Pero esto significa hoy ir más allá de la esfera del trabajo para igualmente dejar de ser Trabajo. En ese logro puede ir el envite de la propia especie en el siglo, cuya primera década ya dejamos atrás.

La expansión de la barbarización social, de todos contra todos, enquistada en cada vez más formaciones sociales, la universalización de un capitalismo mafioso que hace de la corrupción la forma de vida dominante, no parecen una verdadera opción a ese reto, sino más bien una no-alternativa, por probable que, sin embargo, sea.

Bibliografía (incluye Anexo II)

Alba Rico, Santiago (1995). *Las reglas del caos*. Barcelona, Anagrama.
Albarracín, Jesús y Montes, Pedro (1996). “El capitalismo tardío: la interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo”, en www.daniloalba.blogspot.com

⁶⁷ O si por el contrario el marxismo se equivocó de lleno al propugnar la organización y planificación sociales de la economía como vía de superación de la “anarquía capitalista”, dando paso, en realidad, insalvablemente, a una nueva clase de burócratas-gestores a cargo de esa planificación.

- Alonso, Luis Enrique (1999). Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial. Madrid, Trotta.
- Arrighi, Giovanni (1999). El largo siglo XX. Madrid, Akal.
- Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly (1999). Chaos and Governance in the Modern World System. Minnesota, University of Minnesota Press.
- Arrighi, Giovanni, Hopkins, Terence y Wallerstein, Immanuel (1999). Movimientos antisistémicos. Madrid, Akal.
- Bell, John R. (2009). Capitalism and the Dialectic. The Uno-Sekine Approach to Marxian Political Economy. Londres-Nueva York, Pluto Press.
- Berterretche, Juan Luis (2009). "De la gran quema de capital ficticio a la depresión", en: <http://correosemanal.blogspot.com/2009/02/de-la-gran-quema-de-capital-ficticio-la.html>
- Bidet y Duménil (2007). Altermarxismo. Otro marxismo para otro mundo. Barcelona, El Viejo Topo.
- Bihar, Alain (2006). La préhistoire du capital. Le devenir-monde du capitalisme. Lausanne, Page Deux.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). El nuevo espíritu del capitalismo. Madrid, Akal.
- Brenner, Robert (2003). La expansión económica y la burbuja bursátil. Madrid, Akal.
- Brenner, Robert (2009). La economía de la turbulencia global. Madrid, Akal.
- Chesnais, François (comp.) (2001). La mundialización financiera. Génesis, costo y desafíos. Buenos Aires, Losada.
- Chesnais, François (2008). "El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera", en: Herramienta (Buenos Aires) No. 37.
- Chingo, Juan (2007-2008). "Crisis y contradicciones del capitalismo del siglo XXI", en: Estrategia Internacional (Buenos Aires) No. 24, págs. 11-66.
- Cohen, Gerald (1978). Karl Marx's Theory of History: A Defence. Oxford - Princeton, Oxford University Press - Princeton University Press.
- Colectivo IOE (2008). Barómetro social de España. Análisis del periodo 1994-2006. Madrid, Traficantes de sueños.
- Dierckxsens, Wim (2003). El caso del capitalismo y la utopía reencontrada. Bogotá, DEI-Ediciones Desde Abajo.
- Fernández Durán, Ramón (2003). "El fin de la 'globalización feliz': cede el glamour, se extiende la guerra permanente", en: Mientras Tanto (Barcelona) No. 85, págs. 79-108.
- Fernández Durán, Ramón (en prensa). "Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Preparándose para el inicio del colapso de la Civilización Industrial".
- Garcés, Joan (1996). Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles. Madrid, Siglo XXI.
- García, Ernest (1995). El trampolín faustic. Alzira, Germania.
- Giussani, Paolo (2000). ¿Hay evidencia empírica de una tendencia hacia la globalización?, en: Joaquín Arriola y Diego Guerrero (eds.) La nueva economía política de la globalización. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Goldmann, Lucien (1962). Investigaciones dialécticas. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- GPM (2010). "Nueva fase de la crisis mundial", en: <http://www.nodo50.org/gpm/TasaGanancia/00.htm/crisis2010.htm>. Y también: "Causas que contrarrestan la tendencia descendente de la Tasa General de Ganancia Media", en: <http://www.nodo50.org/gpm/TasaGanancia/00.htm>
- Harman, Chris (2007). "La tasa de ganancia y el mundo actual", en: International Socialism No. 115 (<http://www.scribd.com/doc/13269299/Chris-Harman-La-tasa-de-ganancia-y-el-mundo-actual>).
- Harvey, David (2007). El nuevo imperialismo. Madrid, Akal.
- Holloway, John (2002). Change the World without Taking Power. Londres, Pluto Press.
- Hurtado, Jorge (2010). "Una visión alternativa de la crisis. Ciclos medios y ciclos de hegemonía", en: Sistema (Madrid) No. 218, págs. 59-83.
- Husson, Michel (2008). "La subida tendencial de la tasa de explotación", en: Viento Sur (Madrid) (<http://www.vientosur.info/documentos/Husson.pdf>).
- Jarquín, Antonio y Dierckxsens, Wim (2009). "La gran depresión del siglo XXI. La geopolítica y el lugar de América Latina y el Caribe", en: Observatorio Internacional de la Crisis, La gran depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas. San José, DEI.
- Katz, Claudio (2000). "Ernest Mandel y la teoría de las ondas largas", en: Revista de la Sociedade Brasileira de Economía Política (São Paulo) No. 7 (<http://www.ernestmandel.org/es/lavida/txt/katz.htm>).
- Katz, Claudio (2010). "Las tres dimensiones de la crisis", en: Argenpress info (<http://lahistoriadeldia.wordpress.com/2010/05/03/claudio-katz-las-tres-dimensiones-de-la-crisis/>).
- Lucas, Ricardo (2007) "La deuda de las familias españolas se sitúa ya en el techo europeo", en: Expansión.com, 30 de agosto.
- Mandel, Ernest (1979). El capitalismo tardío. México D. F., Ediciones Era.
- Mandel, Ernest (1986). Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista. Madrid, Siglo XXI.
- Martins, Carlos Eduardo (2009). "A teoria da conjuntura e a crise contemporânea", en: Polis (Santiago, Universidad Bolivariana) No. 24, págs. 385-401.
- Massardo, Jaime (2003). "A propósito de la 'fuerza expansiva' del pensamiento político de Antonio Gramsci", en: Actual Marx (Santiago) No. 1 (segundo semestre), págs. 109-125.
- Mattelart, Armand (2002). Historia de la sociedad de la información. Barcelona, Paidós.
- McDonough (1995). "Lenin, Imperialism, and the Stages of Capitalist Development", en: Science & Society (New York), Vol. 59, No. 3, págs. 339-367.

- Mendiola, Ignacio (2000). *Movimientos sociales y trayectos sociológicos*. Serie Tesis Doctorales. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Mészáros, István (2003). *El siglo XXI ¿socialismo o barbarie?* Buenos Aires, Herramienta.
- Naredo, Jose Manuel (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Madrid, Siglo XXI.
- Navarro, Vicenç (2009). *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*. Madrid, Diario Público.
- Observatorio Internacional de la Crisis (2009). *La gran depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. San José, DEI.
- O'Hara (2004). "A New Transnational Corporate Social Structure of Accumulation for Long-Wave Upswing in the World Economy?"; en: *Review of Radical Political Economics* (Sage Publications) No. 36, págs. 328-335.
- Piqueras, Andrés (1997). *Conciencia, sujetos colectivos y praxis transformadoras en el mundo*. Madrid, Sodepaz.
- Piqueras, Andrés (2000). "Del movimiento obrero a las ONGs: ¿el fin de una utopía colectiva?"; en: *Papeles de la FIM* (Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas) No. 15 (2ª época), págs. 103-127.
- Piqueras, Andrés (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Alzira, Germania.
- Piqueras, Andrés (2007). *Capital, migraciones e identidades*. Castelló, Universitat Jaume I.
- Piqueras, Andrés (2008). "De la colonización al desarrollo. Del paralelo devenir del Sistema Mundial, la desigualdad, el desarrollo y la cooperación"; en: Andrés Piqueras (coord.) *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico*. València, Tirant lo Blanch.
- Piqueras, Andrés (2009). "Acumulación, regulación, ondas y estrategias en las luchas del Trabajo"; en: *Polis* (Santiago, Universidad Bolivariana) No. 24, págs. 223-270.
- Ramos, Laura (2003). *El fracaso del Consenso de Washington. La caída de su mejor alumno: Argentina*. Barcelona, Icaria/Más Madera.
- Roemer, John E. (1995). *Un futuro para el socialismo*. Barcelona, Crítica.
- Salazar, Gabriel (2003). "Transformación del sujeto social revolucionario: desbandes y emergencias"; en: *Actuel Marx* (Santiago) No. 1 (segundo semestre), págs. 81-108.
- Schweiger, Hans y Rodríguez, Antonio (2007). "La participación de los salarios"; en *Taifa, seminari d'economia crítica* (Barcelona) No. 4.
- Silver, Beverly (2005). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid, Akal.
- Suárez, Luis (2001). *Los rostros de Abel. América Latina y El Caribe. Medio siglo de crimen e impunidad (1948-1988)*. Tafalla - La Habana, Editorial José Martí - Zambón Iberoamericana.
- Therborn, G. (1987). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Madrid, Siglo XXI.
- Tilly, Charles (1995). "Globalization Threatens Labor's Rights"; en: *Internacional Labor and Working-Class History* No. 47, págs. 1-23.
- Valle, Alejandro (2000). "Desarrollo desigual y competitividad"; en: Joaquín Arriola y Diego Guerrero (eds.) *La nueva economía política de la globalización*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Wallerstein, Immanuelle (1996). "Culture as the Ideological Battleground of the Modern World-System"; en: M. Featherstone, *Global Culture*. Londres, Sage Publication.
- Wright, E. Olin (1992). *Reconstructing Marxism. Essays on Explanation and the Theory of History*. Londres-New York, Verso.
- Wright, E. Olin (1994). *Clases*. Madrid, Siglo XXI.
- Wright, E. Olin (1997). *Class Counts*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Zizek, Slavoj (1998). "Multiculturalismo o lógica cultural del capitalismo multinacional"; en: F. Jameson y S. Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires, Paidós.

Capítulo VII

Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico. Una perspectiva marxista

Andrés Piqueras

Si la reproducción ampliada e incesante del capital es el proceso que da sentido al modo de producción capitalista, esa dinámica conlleva otros procesos coincidentes que tienen su común punto de arranque en el acaparamiento de los medios de producción-medios de vida, cuales son:

- La conversión del mayor tiempo posible de cada jornada de labor colectiva en tiempo de trabajo excedente convertido en plusvalor acumulado.

Lo cual conduce a:

- El control explotador sobre la máxima porción posible de trabajo vivo (es decir, de seres humanos).

Hecho que a su vez lleva a:

- La mayor apropiación y el mayor control posibles de su tiempo.
- El mayor control posible sobre su movilidad.

En torno a estos procesos se ha dado una constante e implacable batalla entre el Trabajo y el Capital a lo largo de la historia. Pero en este capítulo vamos a concentrarnos exclusivamente en el último de ellos a objeto de intentar aportar algunas consideraciones a la estrategia marxista de investigación al respecto.

Desde los mismos inicios del capital mercantil han sido constantes preocupaciones:

1. Cómo procurar fuerza de trabajo al menor coste posible para las principales actividades productivas.

2. Cómo retener o “fijar” a una mano de obra que era desligada poco a poco de los vínculos de vasallaje, esclavitud o servidumbre.

1) Con la expansión colonial europea al resto del planeta y la formación del sistema paneuropeo internacional (Arrighi, 1999) que en el siglo XX devendría un sistema mundial, se fue extendiendo y consolidando un mercado primero internacional y luego mundial de materias primas y valores de uso en general convertidos en mercancías; más tarde también de bienes de equipo y de capitales. Uno y otros serían complementados desde el principio por la construcción de un mercado internacional, luego mundial, de fuerza de trabajo.

El papel de la adquisición de trabajo vivo intra y entre continentes para garantizar primero la acumulación originaria de capital y la producción colonial (esclavización y otras formas de trabajo forzoso de las poblaciones locales, movilidad esclavizada africana, movilidad de servidumbre de población asiática —coolies—) y después la explotación específica capitalista (automovilidad proletaria en cuanto que salariado dependiente), tuvo su primigenia importancia en las primeras colonias y después periferias del sistema. Solamente con la revolución industrial las metrópolis o centros del sistema entrarían directamente en ese mercado internacional de fuerza de trabajo, con la exportación de millones de proletarios hacia las periferias. Un siglo después, mediado el siglo XX, por vez primera comenzarían a importar de manera masiva fuerza de trabajo de las periferias¹.

¹ La movilidad del trabajo vivo a los sectores estratégicos (economía extractiva de materiales preciosos, plantaciones de algodón para la industria textil y de pro-

La clave histórica ha sido disponer de, e incorporar permanentemente a la producción capitalista fuerza de trabajo exterior a la misma, esto es, no producida ni reproducida bajo condiciones capitalistas², como la modalidad más barata de incluir trabajo vivo al modo de producción capitalista. Esto ha implicado:

a) la destrucción de economías precapitalistas, con la consiguiente “liberación” de ingentes cantidades de población listas para ser “movilizadas”; y

b) la preservación artificial de formas no capitalistas de producción en el conjunto de las periferias (y durante mucho tiempo la utilización de éstas como gigantescos “bantustanes”) como lugares de producción y reproducción de fuerza de trabajo bajo condiciones no capitalistas, listos para absorberla de nuevo cuando no se la requiera para la explotación capitalista (lo cual, en contrapartida, nunca estuvo libre de gestar focos de resistencia étnico-popular, a menudo enquistada).

De ahí que el encauzamiento de la movilidad de la fuerza de trabajo y su manera de incorporación sean al menos tan importantes como la producción y realización de la plusvalía en las dinámicas de acumulación y desarrollo desigual capitalistas, ya que son condición imprescindible de las mismas.

En esa acumulación tan determinante es incorporar la mano de obra de forma directa mediante su movilidad espacial o sectorial, como integrarla ocupacionalmente en la división social e internacional del trabajo, utilizada a menudo como “materia prima” in situ, para ser aprovechada o importada después como “trabajo objetivado”.

ductos alimenticios para al asalariado europeo; infraestructuras ferroviarias, de transporte, producción minera e industrial en las metrópolis...) ha sido imprescindible para el desarrollo de las formaciones centrales del sistema, que eran las que controlaban tales dinámicas y la movilidad y utilización del trabajo vivo, con las modalidades antes descritas, que lejos de sucederse linealmente se han solapado en el tiempo y combinado a discreción.

² Por eso ha resultado siempre tan importante controlar la capacidad reproductiva de las mujeres, a un tiempo que la productiva (la pérdida de hombres a través de la movilidad migratoria forzada o “libre”, condujo a aumentar significativamente también su papel productivo). Aquel primer control fue objeto histórico de luchas de las mujeres, en forma de “huelgas de vientres”, para no parir seres humanos en condiciones de esclavitud, servidumbre o, en general, sobreexplotación. Los puntos hasta aquí tratados son desarrollados con amplitud en el excelente trabajo de Potts (1990).

2) La fijación o retención del trabajo vivo es un proceso menos visible o siquiera, menos percibido, por cuanto, paradójicamente, se dice que uno de los rasgos que otorgan al capitalismo su distintividad es la movilidad de la fuerza de trabajo. De hecho, la proclamada condición fundamental de ésta en el modo de producción capitalista es que debe de ser móvil, o sea, capaz de ocupar los puestos y ubicarse en los lugares que precisa el capital. Tal condición, como es obvio, encuentra su lógica a partir de dos circunstancias que diferencian al capitalismo de cualquier otro modo de producción anterior:

a) el proceso de desposesión de los medios de producción de los seres humanos, lo que les deja en disposición (“libertad”) de ser móviles; y

b) el hecho de que la fuerza de trabajo le pertenece al trabajador o trabajadora (vale decir, que es “dueño” o “dueña” inalienable de utilizarla).

Estas circunstancias constituyen condiciones necesarias para que la fuerza de trabajo sea una mercancía (factor alienado de los propios seres humanos y base de su alienación). A su vez, la movilidad de esa mercancía se predica como uno de los requisitos básicos de la génesis del capitalismo que remite a su propia razón de ser: la de la producción de productores desligados de medios de producción, sin sujeción estructural o económica a procesos productivos ni a lugares concretos de producción. Su conversión en proletarios supuso la movilidad primigenia capitalista (de poseedores de medios de producción a individuos desposeídos de ellos y por tanto disponibles para la asalarización o, en general, el trabajo dependiente). A ésta la llamamos también movilidad absoluta (De Gaudemar, 1979).

No obstante, esa renaciente movilidad tuvo que ser desde el principio o bien recortada en mayor o menor grado, o bien encauzada y en todo caso controlada para impedir la “salida” de los seres humanos de su condición de mercancía-fuerza de trabajo. Es decir, para asegurar y perpetuar su dependencia. Cuando esto no ha sido posible a través de la asalarización (con el siempre insuficiente salario)³, se ha recurrido históricamente a dos modalidades de sujeción:

³ La insuficiencia salarial fue complementada con la elevación del precio de los inmuebles y de los impuestos, a fin de imposibilitar la independización o establecimiento por cuenta propia de la mano de obra.

1. Absoluta (esclavismo y otras formas de trabajo forzado)

2. Relativa o embridada⁴. Entre sus formas más comunes hallamos el indeture o el engagement, la servidumbre, el peonaje, el trabajo de aprendizaje y las migraciones bajo contrato o religación al patrón.

Estas formas de impedimento de la movilidad se han venido imponiendo allí donde las relaciones sociales de producción capitalistas no consiguen suficiente grado de madurez como para desarrollar el campo de lo social con sus reconocimientos, intervenciones públicas y derechos en orden a permitir el trabajo dependiente asalariado como fuente de fijación eficaz por sí misma.

Con el desarrollo y la madurez de esas relaciones sociales de producción estas formas de impedimento irían perdiendo relevancia relativa a favor del trabajo dependiente asalariado (pero sin que aquéllas desaparecieran y siempre complementando a éste cuando y donde ha hecho falta); mientras, las referidas “formas de movilidad primitivas” exteriores a la reproducción del capital (la de seres humanos incorporados al proceso del valor del capital —ver De Gaudemar, 1981—), irían dejando paso a otras formas de movilidad internas al proceso de acumulación capitalista, que crecerían en importancia. Aunque por lo común al hablar de movilidad de la fuerza de trabajo se suele tener en cuenta únicamente la movilidad espacial, migratoria, lo cierto es que el Capital utiliza esa movilidad al menos en cuatro sentidos:

a. Como adaptación a los diversos requerimientos de la organización de los procesos de trabajo (distintas jornadas de trabajo, permutas en los puestos de trabajo o necesidades de la creciente división social y técnica del trabajo en general, en orden a incrementar la productividad o bien la plusvalía). Esto es, en pos del desplazamiento tecnológico-organizativo del Capital.

⁴ Embridado: siempre que obstáculos de hecho y/o de derecho se oponen a la movilidad de la mano de obra, ya sea geográfica, sectorial, profesional, social o política. El economista Moullet-Boutang (2006) ha desarrollado tan implacable como minuciosamente el proceso de embridamiento de esa fuerza de trabajo, o la manera en que el trabajo formalmente “libre” propio de la era capitalista (y ensalzado como tal por el ideario liberal), ha estado en realidad sujeto de modo permanente a constricciones, de ahí que su “libertad” es más la excepción que la norma. Tomamos aquí algunos de los puntos claves de su trabajo, aunque después discutiremos otros, como se verá.

b. Como acoplamiento de la fuerza de trabajo a las demandas de unas u otras esferas o ramas de actividad, según expectativas de rentabilidad del capital.

c. Como desplazamiento dentro-fuera del trabajo asalariado (empleo-desempleo; economía formal-informal, etc.)⁵.

d. Como subordinación de la fuerza de trabajo a la propia movilidad espacial del capital y, dentro de ello, a sus dinámicas de concentración y centralización.

Así pues, en su conjunto, la movilidad de la fuerza de trabajo ha tendido a ser encauzada y sujeta en orden a conseguir su ductilidad, flexibilidad o subordinación adaptativa a las exigencias de acumulación de capital. Condición que entendemos como movilidad relativa (De Gaudemar, 1979), la cual se iría sumando a la movilidad absoluta con el desenvolvimiento del capitalismo y la consiguiente subsunción real del Trabajo al Capital⁶. Es por eso que el estudio de la movilidad de la fuerza de trabajo no puede separarse del seguimiento de la puesta en práctica de las formas de trabajo y los cambios en los procesos organizativos del mismo, teniendo en cuenta que movilidad espacial y funcional se intersectan y combinan permanentemente en el modo de producción capitalista. De ahí que sea tan necesario, además, el estudio preciso de las formas de valorización del capital y sus consecuentes formas de movilidad del Trabajo en cada momento histórico, a la hora de dar un sentido completo a los análisis migratorios.

De ahí igualmente, en la otra cara de la moneda, la vital importancia del movimiento de la fuerza de trabajo o de los diferentes procedimientos de adquisición de la misma (dentro de los cuales el trabajo asalariado es apenas una modalidad más, combinada históricamente con otras modalidades forzadas o semiforzadas de trabajo), así como la incorporación concreta de ésta a los procesos de acumulación capitalista.

Las migraciones internacionales “libres” de mano de obra proletarizada, como parte de esos movimientos migratorios, están

⁵ Los dos primeros tipos de movilidad han significado, con frecuencia, despidos, rotación de turnos, cambios forzados de puestos de trabajo o de actividad y, en general, un elevado conjunto de penalidades relacionadas con la subsunción real del trabajo al capital. En cuanto al tercer tipo de movilidad, parece innecesario insistir en la miserabilización que provoca en los seres humanos.

⁶ Trabajo y Capital, en mayúscula, son entendidos como el “trabajador colectivo” y el “capitalista colectivo” de Marx. Por tanto, igualmente, como sujetos históricos antagónicos.

conectadas a todas las vertientes que acabamos de enumerar y entre otros resultados:

a) disminuyen el tiempo de rotación del capital (por la disminución del tiempo de producción con el aumento de la intensidad), y

b) permiten la persistencia de sectores de baja composición orgánica.

Procesos que coinciden en contrarrestar la caída tendencial de la tasa de ganancia.

De ahí que se haya enunciado que frente a la baja tendencial de la tasa de ganancia el Capital opone, entre otros dispositivos, la “ley de perfección tendencial de la movilidad del trabajo” (De Gaudemar, 1979: 236). Por eso es tan importante tener en cuenta los flujos migratorios en tanto que elementos de la producción de la mercancía fuerza de trabajo que se ha venido dando a través del tiempo en las distintas formaciones sociales, y no solo como componentes vitales de la circulación de tal mercancía. Cuanto más perfeccione o abarate los medios de transporte, más podrá beneficiarse el desarrollo capitalista del acceso a más y más fuerza de trabajo, en mercados cada vez más alejados. Especialmente si ese transporte y sus costes corren a cargo de esta peculiar mercancía, única capaz de desplazarse a sí misma o costearse su propia movilidad.

Pero es en el cuarto sentido, el de la movilidad del capital —el cual obliga a tomar en consideración el mercado global capitalista—, en el que las migraciones internacionales de mano de obra proletarizada (-asalariada) adquieren particular relevancia y visibilidad.

En el decurso del capitalismo histórico el materialismo dialéctico las ha entendido ante todo como un dispositivo global de suministración de fuerza de trabajo, así como de aportación de los elementos (étnicos, familiares, comunitarios, vecinales...) de reproducción de ella. De ahí que desde esa perspectiva las migraciones no puedan ser desligadas del análisis socioantropológico de cada formación social y de sus claves cultural-identitarias, ni sea posible obviar la especial significancia que en los procesos migratorios adquiere el componente de género, tanto como el factor comunitario (sea étnico, nacional, local, etc.), los cuales con frecuencia se refuerzan.

El aprovechamiento de la movilidad espacial de la fuerza de trabajo ha adquirido muchas modalidades en función de

la distinta posición de unas u otras formaciones sociales en la división internacional del trabajo. Se expresan a continuación algunas de las plasmaciones históricas más significativas:

1. La expansión del capital a nuevas áreas geográficas ha llevado consigo en ellas la conversión de productores de subsistencia en trabajadores asalariados. A menudo, aquella fue complementada con movimientos forzados de población de unas a otras formaciones periféricas y compaginada asimismo con la importación de fuerza de trabajo de las zonas de previo desarrollo capitalista (estos últimos como procesos migratorios de los centros a las periferias del Sistema Mundial).
2. La acumulación intensiva de capital en las sociedades centrales ha originado procesos inversos de migración mundial, de las periferias a los centros del Sistema⁷.

Se ha señalado que cuando la migración laboral se produce de lugares con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto también de la organización y conciencia del Trabajo, hacia lugares con menor desarrollo de estos factores, la tendencia histórica es que las migraciones de fuerza de trabajo favorezcan el incremento de la conciencia y organización de clase en los lugares de llegada. Cuando se producen en sentido contrario, la tendencia iría en detrimento del poder social de negociación de la fuerza de trabajo en su conjunto, tanto como de su agencialidad política.

3. Ulteriores niveles de acumulación capitalista en las periferias han activado migraciones interperiféricas, y de igual modo migración de cierto tipo de fuerza de trabajo (sobre todo altamente cualificada) de las sociedades centrales a las periféricas.
4. Por fin, la importación de fuerza de trabajo ha estado históricamente vinculada al fortalecimiento o a la reproducción

⁷ Estas dos primeras dinámicas estuvieron en la polémica entre Luxemburg y Bauer en cuanto a cuál de las dos era consustancial al imperialismo de las sociedades centrales. Pero las migraciones de fuerza de trabajo de las colonias o periferias a las metrópolis (como proceso de alimentación de la sobrepoblación relativa), y el flujo inverso (en pos de la inversión externa de capital), no son sino fenómenos coincidentes con la extensión del capitalismo y su articulación hegemónica con otros modos de producción. Uno u otro de esos fenómenos complementarios adquirirá mayor incidencia en distintos momentos según la dinámica del capital y la especialización prevaletentes en la economía mundial capitalista.

del dominio del Capital sobre el Trabajo en unas y otras formaciones sociales del Sistema, con particular significación en las centrales, mediante el aumento de la sustituibilidad de la mano de obra.

Si la condición asociada al desarrollo del capitalismo es la entrada de más población al trabajo asalariado, hay otra condición subsecuente que es la de rellenar constantemente la reserva de trabajo listo para ser asalariado, dado que el poder relativo del Capital sobre el Trabajo está mediado por la tasa de reemplazo de la mercancía fuerza de trabajo que aquél sea capaz de mantener. De hecho, algún autor ha llegado a precisar que el diferencial entre la tasa media de crecimiento del capital (g), y la tasa media de crecimiento de la fuerza de trabajo (n) determina si la economía capitalista tiende o no a extender sus fronteras. Si $(g-n)$ es superior a cero, el poder relativo del Trabajo dentro de unas determinadas fronteras de la economía capitalista tiende a crecer. Ese poder relativo ejerce a su vez presión sobre el capital para que "se fugue" o expanda más allá de dichas fronteras⁸.

Con todo, a estos puntos hay que añadir un quinto a menudo descuidado en los análisis sistémicos:

5. Hay un elemento de autonomía en casi todas las migraciones. Éstas pueden ser vistas asimismo como un elemento de ruptura o escapada de las relaciones de trabajo, de dependencia o subordinación, o, en general, como una "salida" de unas relaciones sociales en principio menos deseadas que las que se pretenden a través de la migración. Esto quiere decir que las migraciones contienen un componente de sabotaje a las relaciones Capital-Trabajo construidas en el sitio de partida. Pero entrañan además la posibilidad de inyectar "turbulencia" en las relaciones laborales del punto de llegada e incluso en la propia vinculación de flujos entre uno y otro lugar. Esta condición podría enunciarse también diciendo que siempre hay una parte no controlable en el fenómeno migratorio, que no responde a intereses más o menos sistémicos (lo cual no implica que no sea explicable dentro de claves sistémicas).

Esto significa que la debilitación del poder social de negociación del Trabajo que se produce tendencialmente en un primer

⁸ Marglin, citado por Gordon, Edwards y Reich (1994: 27).

momento en el caso 2, puede ser contrarrestada por la diferente experiencia de autonomía, reivindicativa y de organización previas que aportan las nuevas migraciones. Su potencialidad disruptiva viene ligada a su situación de no integración por permanecer al margen de los dispositivos de fidelización políticos y sociales de las sociedades de llegada (seguridad social, ciudadanía, derechos, relaciones laborales reguladas...), como luego veremos. Pero ahí radica igualmente su mayor debilidad estructural.

La línea de investigación que se ha acogido principalmente a ese quinto punto extrae una deducción que con frecuencia ha estado ausente de otros análisis: las migraciones por sí mismas no constituyen un “ejército de reserva” si a ellas no se le añade la condición de embridamiento (Moulier-Boutang, 2006), encaminada a debilitar la capacidad de respuesta de la fuerza de trabajo migrante.

Entender esto mejor exige que consideremos a esa fuerza de trabajo como un caso de trabajo exógeno.

A lo largo de la historia en las diversas entidades capitalistas hay que considerar invariablemente la interrelación entre una fuerza de trabajo endógena, con intercambios laborales regulares y estables, relativa libertad de movimientos y vinculada a mecanismos de integración social paralelos a la construcción de la propia ciudadanía, y una fuerza de trabajo exógena, incorporada “de fuera” y obligada a permanecer más allá de los márgenes de esa ciudadanía y de las condiciones de regulación laboral. Esta última es la que ha estado sujeta de manera crónica a restricción política de movimientos o embridamiento directo a falta de aquellos otros mecanismos de “sujeción”. En ella se incluyen las distintas formas de trabajo no asalariado, las reservas demográficas listas para ser incorporadas a éste mediante su previa proletarización o desposesión, las migraciones internas y también las interestatales, por ejemplo. Su presencia ha sido imprescindible para posibilitar los diferentes modos de regulación⁹.

El propio Estado se consolidó en cuanto que garante y regulador del aprovisionamiento de fuerza de trabajo, y como reproductor del carácter dependiente y exógeno de una parte variable de ésta. Aquí radica la razón de ser de las políticas migratorias.

⁹ De ahí que, como sostiene esta línea de análisis, el esclavismo y las numerosas formas de trabajo dependiente embridado hayan sido acompañantes estructurales permanentes de la acumulación capitalista, y no solamente propios de la acumulación originaria.

En efecto, el que la división internacional del trabajo capitalista haya venido estando ligada históricamente a la formación y consolidación de fronteras estatales, quiere decir que los Estados han desempeñado un papel determinante en la acumulación diferencial del capital a escala global.

Uno de los elementos que se han revelado necesarios para llegar a tal objetivo es el establecimiento de una desigual condición de la fuerza de trabajo. Para ello los Estados procurarán la diferenciación institucional de los procesos de mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo según orígenes, generando un subtipo de ella especialmente vulnerable o desposeído de poder social de negociación en virtud de la atribución del estatus de extranjera¹⁰.

Además, partiendo del hecho de que entre las particularidades del “mercado mundial capitalista” destaca que en él, en realidad, no se produce una movilidad total de mercancías (como tampoco el capital se distribuye “libremente” en todas partes del mundo con independencia del origen estatal de sus dueños), lo que resulta en verdad determinante en este peculiar mercado es que no existe movilidad “libre” de la fuerza de trabajo. Esto significa que mientras en una economía estatal todos los productores compran a precios uniformes sus insumos, incluida la fuerza de trabajo, en el mercado mundial esto no se cumple porque no existe movilidad libre de este factor, lo cual, junto a otras razones y consecuencias, permite que ni las tasas de plusvalía ni las de ganancia se uniformicen a escala mundial, pues están fragmentadas estatalmente¹¹.

La no libre circulación de fuerza de trabajo es básica para mantener distintos precios de ella, y por tanto la posibilidad de ganancia en las relaciones reales de intercambio de las formaciones sociales y entidades empresariales que dominan la división internacional del trabajo. Igual-

¹⁰ En su manifestación extrema, en palabras de Sassen, “border enforcement is a mechanism facilitating the extraction of cheap labor by assigning criminal status to a segment of the working class – illegal immigrants” (1990: 36s). Esto quiere decir, entre otras implicaciones, que la condición de nacional/extranjero se convierte en posición de clase que implica mayores o menores oportunidades de vida dentro del Trabajo y, por consiguiente se erige en factor clave de diferenciación interna del mismo.

¹¹ Efectivamente, si en un país hay productores que producen con más ineficiencia (con menos productividad) sus precios no serían competitivos y se verían pronto sancionados por el mercado. En cambio, en el mercado mundial pueden incluso tener mayores tasas medias de ganancia, dado que podrán aprovecharse, entre otros factores, del menor costo de la fuerza de trabajo, pues no existe un precio global de ella. (Para profundizar en los detalles económicos de esto, así como en sus consecuencias en la desigualdad y explotación entre países, ver Valle, 2000).

mente, es factor que explica la histórica preocupación del Capital por controlar a su conveniencia la importación y exportación de esa especial “mercancía” en unos u otros mercados laborales locales o regionales.

La ley del valor capitalista conduciría a precios uniformes de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo, en todo el mundo, si hubiera una nivelación mundial de la tasa de ganancia, la cual solamente sería factible si se diese una economía mundial capitalista homogeneizada, con un único Estado capitalista. La realidad, empero, es que existen diferentes mercados ensamblados en algo que hemos convenido en otorgarle las características tendenciales de “sistema”, y que deviene de la articulación de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y precapitalistas vinculadas entre sí por relaciones capitalistas de intercambio y dominadas por un mercado mundial capitalista.

1. De lo macroestructural a las explicaciones meso y microestructurales

Ese manto o substrato capitalista penetra y atraviesa el conjunto de formaciones sociales y culturas, trastocando posibilidades de autorreproducción sociocultural e impregnando racionalidades y voluntades. El diverso estadio en los procesos de subsunción real del trabajo al capital de unas y otras entidades socioculturales, los variados grados, condiciones y resistencias a esa subsunción, condicionan a su vez las oportunidades y opciones de vida de los agentes sociales individuales y colectivos.

Es por ende dentro y a partir de estas consideraciones macroestructurales que se posibilitan y pueden entenderse los meso y microanálisis de las migraciones, que afectan a aspectos como las redes migratorias, las cuales a su vez condicionan las opciones grupales o familiares, y todas en conjunto constituyen el abanico de posibilidades y constreñimientos económicos, políticos, culturales, sociales, psicológicos y asimismo ecológicos de dichas opciones (que con mucha dificultad podrían convertirse en “estratégicas”). Opciones que no tienen por qué ajustarse a las coordenadas de “decisión racional” establecidas desde la teoría neoclásica (recordemos, además, que la prelación y escala de valores y necesidades para establecer decisiones presenta una enorme variedad cultural); como tampoco unas y otras razones

tienen por qué ser complementarias o reforzarse mutuamente, sino pueden interferirse e incluso entrar en contradicción ¹².

Históricamente, a la par que se desenvolvía la lógica de acumulación del capital, la movilidad internacional de la fuerza de trabajo, componente sustancial de las migraciones de seres humanos en la época moderna, se ha expresado a menudo a través de la formación histórica de los que se han dado en llamar sistemas migratorios.

Más allá de las dudas sobre la consolidación teórica de tal concepto¹³, su construcción ha orientado el rastreamiento de los flujos migratorios humanos al menos de los dos últimos siglos, en cuanto que ha contribuido a esclarecer la formación de los mercados regionales de capital y fuerza de trabajo. Si bien, más tarde, la dimensión mundializadora del capital ha incidido drásticamente en las relaciones históricas que han originado migraciones entre países y en los flujos establecidos entre ellos. De hecho, la evolución concreta de las economías de unas y otras sociedades ha terminado por dar lugar a unos determinados mercados migratorios (susceptibles de integrarse en antiguos o generar nuevos “sistemas migratorios”), los cuales están en continua mutación al insertarse en el mercado global capitalista de fuerza de trabajo.

¹² Así por ejemplo, las redes pueden seguir fortaleciéndose y promoviendo la migración aun cuando unas determinadas condiciones políticas favorables (de demanda migratoria) hayan desaparecido.

Estudiar cómo y por qué se producen estos procesos, al igual que sus consecuencias en cada formación social, economía, zona o región, o incluso en cada localidad, cultura local, grupo étnico, grupo doméstico, etc., es tarea de unos u otros especialistas (historiadores, sociólogos, economistas, antropólogos, psicólogos sociales...), sin que la necesidad de concretar mediante los análisis particulares tenga que contradecir la escala explicativa fundamental (otra cosa es que se quiera disociar artificialmente lo cultural de lo económico, o valerse de lo étnico o el género, por ejemplo, como variables independientes para sus estudios y conclusiones).

Sobre las claves teóricas a partir de las cuales pueden dividirse los análisis sobre migraciones, tengo que remitir aquí por falta de espacio a Piqueras (2007).

¹³ Un sistema migratorio fue definido por Zlotnik (1992) a raíz de los trabajos de campo de Mabogunje acerca de las emigraciones rural-urbanas en África, como la asociación, dotada de cierta vocación de permanencia y acompañada de un denso tejido de interrelaciones de diversos órdenes, que se establece entre una región receptora de inmigración y un conjunto de países emisores de emigración (cada uno puede estar compuesto, por ende, por diferentes mercados migratorios). En el último cuarto del siglo XX habrían predominado cuatro sistemas migratorios: el estadounidense, el europeo, el de la península arábiga y el del sureste asiático.

Es decir, que el mercado global capitalista de fuerza de trabajo se puede descomponer en diferentes mercados migratorios, con sus claves y racionalidad particular aunque insertada en la lógica sistémica, a través de los cuales se exporta e importa fuerza de trabajo global ¹⁴ sobre todo como trabajo exógeno. Tal importación de fuerza de trabajo puede estar relacionada con la escasez de mano de obra o con su disminución en unas u otras ramas o sectores de actividad, o bien con la demanda de fuerza de trabajo especialmente cualificada para una determinada actividad o puesto de trabajo, o, en compendio, con la escasez de fuerza de trabajo lo suficientemente dúctil o subordinada y, mediante su embridamiento institucional, conseguir la consecuente extensión del ejército laboral de reserva.

En el terreno del microanálisis, puede decirse que la fuerte atracción laboral, social, psicológica y cultural que han ejercido históricamente los sistemas y mercados migratorios sobre la fuerza de trabajo tiende a crear disposiciones sociales y psicológicas que se van sedimentando incluso culturalmente, y que pueden sintetizarse o concebirse como síndromes migratorios (Martínez Veiga, 1997) en las sociedades de exportación de fuerza de trabajo ¹⁵. Tales disposiciones migratorias atentan en muchas ocasiones contra la racionalidad economicista o utilitarista de corto alcance (desafiando la cicatera cuenta de costos/beneficios). Otra cosa es precisar cómo las diferencias socioculturales y políticas tamizan en cada caso aquellas influencias estructurales.

Resumiendo, la paulatina conformación del capitalismo como Sistema Mundial origina en correspondencia una fuerza

¹⁴ Sassen (2001) se ha encargado de ejemplificar cómo las migraciones entre países responden por orígenes a estas circunstancias. Así por ejemplo, muestra que en Gran Bretaña el 60% de los extranjeros residentes a finales del siglo XX procedían de países asiáticos o africanos que fueron colonias o protectorados británicos. Tiene muy pocos inmigrantes europeos (3/4 partes de ellos son irlandeses). Apenas existe inmigración turca o yugoslava, por ejemplo. Mientras que Alemania (antigua RFA) absorbió más de 8 millones de personas con vinculación étnica "alemana". Otros 3 millones de la antigua RDA. Tiene el 86% de los inmigrantes griegos en Europa. Casi el 80% de los inmigrantes turcos. El 76% de los yugoslavos. Por su parte, Francia tiene a la mayor parte de los inmigrantes argelinos en Europa, 86% de los tunecinos, 61% de los marroquíes; casi todos los inmigrantes de "ultramar" que siguen bajo control francés; el 84% de los portugueses y españoles emigrantes en Europa.

¹⁵ Obviamente esos "síndromes" están mediados por muchos factores de tipo sociocultural, económico y político, que hacen al análisis concreto de cada caso (se ha insistido, sin embargo, como factor coadyuvante universal el de la "privación relativa"). En cualquier caso, los "síndromes migratorios" serían "autonomizados" por la ya mencionada línea interpretativa abierta por autores como Moulier-Boutang, como si se trataran de decisión soberana de los migrantes, en cuanto que "huida" de unas relaciones sociales adversas.

de trabajo mundial, una creciente fracción de la cual está en perenne "disponibilidad" para la migración, en principio según requerimientos de la acumulación capitalista (como un ilimitado ejército de reserva u "oferta inagotable" de trabajo, dispuesta a desplazarse bajo sus propios costos y riesgos): como fuerza de trabajo migrante global. Una fuerza de trabajo cuya movilidad se encuentra sometida al permanente intento de restricción, encauzamiento o dirección en virtud de aquellos requerimientos.

Esto no quiere decir, por un lado, que tales condiciones alcancen ni atañan al conjunto de población migrante por igual, y por otro, que ni mucho menos la fuerza de trabajo migrante global sea homogénea ni que represente una misma fracción de clase. Antes bien, está segmentada, y ésa es su mejor fuente de aprovechamiento, según origen, cualificación, género, generación, procesos de etnificación...; todo y que la posición en la división social del trabajo de la que sus integrantes parten en las sociedades de origen no coincida necesariamente con la que lleguen a ocupar en las de destino.

Dentro de las estrategias del Capital está conseguir que la importación-exportación de esa heteróclita, exogenizada y segmentada mano de obra devenga un factor acompañante de los recurrentes mecanismos de socavamiento del poder del Trabajo, pero para ello tendrá que combatir constantemente la vertiente desestabilizadora que acompaña a todo desplazamiento del trabajo vivo.

Lo que viene a continuación es un somero repaso de cómo se ha producido esto en el capitalismo histórico, a partir de la consideración de la movilidad espacial primero interestatal y después global, como partes de la movilidad absoluta y relativa del Trabajo en cuanto que mano de obra asalariada dependiente, esto es, como capital variable, cuando las metrópolis (centros del sistema) se incorporaron al mercado internacional (luego mundial) de fuerza de trabajo.

2. Apuntes sobre la inserción de las migraciones en el devenir del sistema capitalista desde la consideración de las formaciones sociales europeas

I

El proceso de industrialización europeo resultante de la conversión de la producción manufacturera en producción fabril

mecanizada, logró la independencia energética respecto del agua y significó por vez primera en la historia de la humanidad la utilización masiva de energía mecánica en lugar de la energía física humana o animal. Esta “revolución” productiva supuso, asimismo, sin embargo, la aceleración del proceso de proletarización (en el que prevalece la movilidad absoluta concomitante con la acumulación primitiva de capital).

La recién constituida fuerza de trabajo desposeída quedaba lista para convertirse en un ingente ejército de reserva industrial (mano de obra exogenizada) que permitiría generalizar las condiciones más duras de la explotación moderna (la de fuerza de trabajo dependiente asalariada, sin acceso a la ciudadanía). El último toque para conseguir esa conversión fue la agudización de la panoplia de dispositivos jurídico-políticos orientados a restringir la movilidad real de esa creciente población que se iba haciendo “libre”, vale decir, formalmente móvil a discreción. Del *Settlement Act* a las *Corn Laws* y *Poor Laws*, pasando por los *workhouses* rurales, en el que fuera país delantero en el proceso de industrialización, todo un conjunto de medidas policiales, censos, implantaciones de documentos de identidad, etc., se intensificaron en los albores de la revolución industrial, acompañadas de dispositivos como “cartillas obreras” (que reglamentaban en Francia la movilidad interna) o las *Combinations Laws* (prohibiendo la asociación para conseguir aumentos salariales)¹⁶.

La combinación de proletarización y restricción de movimientos conseguía mantener la externalidad de una vasta población en los mercados de trabajo de la incipiente industrialización capitalista. La masa constante de nuevos proletarios (que emigraban permanentemente a los núcleos urbano-industriales) permitía que el precio de la fuerza de trabajo quedara muy por debajo de su valor, y posibilitaba además descuidar la reproducción física de esa fuerza de trabajo (con altísimas tasas de mortalidad laboral y una esperanza de vida muy reducida).

Ese enorme contingente de campesinos devenidos en proletarios no pudo ser absorbido sino en parte por la incipiente industria, en condiciones de explotación extensiva que entrañaban una creciente extracción de plusvalía absoluta. Los no incorporados al empleo, la parte menos preparada o capacitada para asumir los cambios económicos, también aquellos sectores más débiles

¹⁶ Ver para un exhaustivo desarrollo histórico de estos puntos, retrotrayéndose al nacimiento del capital mercantil, Moulrier-Boutang (2006).

de la mano de obra exógena o recién incorporada, permanecieron como “fuerza de trabajo excedente”. La más “peligrosa”, por su inestabilidad y potencialidad desestabilizadora. Para ella estaban destinados los talleres de trabajo, hospitales, cárceles, en fin, el conjunto de “instituciones totales” que tan bien describiera Foucault.

Pero una considerable parte de ella se vio forzada a, o “prefirió”, buscar la vía de la emigración fuera del continente europeo. Entre 1820 y 1930 lo harían unos 60 millones de personas. Los principales países generadores de emigración fueron aquellos en los que se había producido antes la transición industrial, muy especialmente Gran Bretaña, seguida de los países escandinavos y de los Estados alemanes y del anterior Imperio Austro-Húngaro. Éstos son denominados Países de Vieja Emigración, y las características de la misma son su condición de definitiva, con tasas de retorno muy bajas, compuesta por familias enteras con tradición artesanal, que se insertará, sin embargo, en su mayoría, en el sector agrario de los países receptores (Sánchez Alonso, 2002).

En total, entre 1830 y 1900, 8 millones y medio de británicos, cerca de 4 millones trescientos mil alemanes, algo menos de ochocientos mil suecos y unos trescientos mil franceses siguen ese camino (Tortella, 1995).

La emigración de esa fuerza de trabajo “excedente” permitió aliviar en las sociedades europeas las enormes tensiones provocadas por la mencionada eclosión de la proletarización que acompañó al proceso de industrialización, mediante la reducción del contingente de fuerza de trabajo que quedó fuera del proceso salarial (una considerable parte de las denominadas “clases peligrosas”): es sabido que un exceso desproporcionado de ejército de reserva puede volverse inmanejable políticamente.

Así pues, la asalarización forzosa de la población europea, en condiciones de extrema explotación, primero extensiva y más tarde extensivo-intensiva, en lo que Marx llamó “fase orgiástica del capital”, fue acompañada de forma necesaria por esas migraciones.

Concomitante y complementariamente, conforme el trabajo esclavista disminuía en importancia¹⁷, las potencias coloniales de la época movilizaban de sus colonias asiáticas población

¹⁷ La inestabilidad política del esclavismo y el mayor riesgo sobre la inversión en mano de obra que entrañaba, eran razones que se sumaban a la principal: en un mundo de creciente economía monetarizada, una fuerza de trabajo esclava de grandes proporciones (sin retribución monetaria) obstaculizaba el desarrollo de los mercados internos.

neoproletarizada pero sin contrapartida salarial, por medio de migraciones forzadas o de servidumbre hacia sus colonias americanas y otras, para los trabajos de la agroindustria exportadora o la construcción de infraestructuras.

II

Desde 1875 se desata la primera gran crisis internacional capitalista, como consecuencia de un prolongado proceso de sobreacumulación y la consiguiente reducción de la tasa de ganancia a la sazón generalizada por vez primera merced a la internacionalización de la economía. Esto significa que se produce a escala interna de las sociedades centrales una destrucción de capitales no competitivos, que redundan en beneficio de las empresas mayores, las cuales se expanden a costa de aquéllos buscando las ventajas en las economías de escala, con el consiguiente incremento de la monopolización económica, de la que se servirán en adelante las principales empresas a través de acuerdos entre ellas, para frenar la caída de los precios mediante la limitación de la producción. También, por tanto, para imponer unas relaciones de intercambio desigual entre ellas y las economías semiperiféricas y periféricas, según se iba formando la división internacional del trabajo.

En el ámbito del sistema paneuropeo internacional tiene lugar la exportación de grandes cantidades de capitales de las sociedades centrales hacia las periféricas, donde la tasa de ganancia era a la sazón mayor. Esos capitales se destinaron en lo fundamental a modernizar el sector exportador de las colonias, profundamente imbricado en el propio desarrollo de las metrópolis.

Cuando se estuvo en condiciones de implantar de forma monopolista o casi monopolista la base industrial de bienes de equipo en los países periféricos, se empezó a poner los cimientos de la industrialización en cada vez más de ellos.

Detrás de los capitales se desplazaría la fuerza de trabajo europea: una nueva hornada emigratoria nutrida esta vez sobre todo por los Países de Nueva Emigración, los del Sur y algunos del Este de Europa.

Puede decirse que, en general, las sociedades europeas de vieja emigración siguieron una pauta similar de sostenida emigración continental en la década 1881-1890, para frenarse o descender algo en la siguiente y volver a despuntar a la vuelta de siglo (con la tradicional salvedad francesa y la particularidad excepcional

de Alemania para este periodo), llegando a su apogeo justo antes de la Primera Guerra Mundial. A esto le sucede un breve repunte en el periodo de entreguerras, para remitir drásticamente tras la Segunda Guerra Mundial según razones que enseguida veremos.

En cambio, los Países de Nueva Emigración, los de la Europa Mediterránea y del Este, comienzan su masiva expulsión de fuerza de trabajo a partir del penúltimo decenio del siglo XIX. Ésta es básicamente masculina, en su edad de mayor potencialidad laboral, con muy baja cualificación profesional y con relativos elevados porcentajes de retorno. Se insertará sobre todo en el sector industrial, urbano, de diferentes países americanos (Sánchez Alonso, 2002). Casi 3 millones de italianos, en torno a un millón cuatrocientos mil españoles y 706 000 portugueses, entre otros, dan vida a esa diáspora durante las dos últimas décadas del siglo XIX fundamentalmente (Tortella, 1995)¹⁸.

En conjunto, durante la segunda mitad del siglo XIX, la emigración exterior superó a la migración dentro de Europa occidental y central, donde la movilidad relativa industrial cobraba creciente relevancia (y donde Inglaterra y Alemania ejercían de principales focos de atracción). Esta reducción del ejército laboral de reserva

...contribuyó a crear unas condiciones favorables para el surgimiento de movimientos obreros de masas en las décadas de 1880 y 1890 (Mandel, 1986: 23).

Los principales flujos de emigración europea tenían como destino las excolonias americanas en general, aunque también destacan las entonces todavía colonias del norte de África y del sudeste asiático, amén del continente australiano. Así por ejemplo, los EE. UU. reciben desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, unos 38 millones de europeos; mientras que Canadá y Argentina acogen a 7 millones respectivamente. Debido a la diferencia de población, el peso relativo o la importancia de la emigración fue mucho mayor en estos últimos países. De manera que, por ejemplo, el mercado de trabajo argentino creció en un 80%.

Solo la gran depresión de comienzos de la década de los treinta hizo que las más importantes de aquellas economías frenaran por

¹⁸ Ver Sánchez Alonso (1995: 172) para seguir la evolución de las altas tasas medias anuales de emigración de diversos países europeos.

algún tiempo la importación de fuerza de trabajo europea. Su propio ejército laboral de reserva se había agrandado de pronto enormemente.

Mientras tanto, en Europa, la carencia de fuerza de trabajo empezó a notarse en una economía que emprendía su pujanza industrial, como Alemania, al igual que en aquella con un crónico déficit de ejército de reserva industrial, como Francia. Tal carencia se compensó, en parte, con la importación de fuerza de trabajo de otros países europeos limítrofes, la cual estuvo sujeta a durísimos controles de fijación laboral, aplicando políticas especiales para prevenir la "violación de contratos" (o sea, que los trabajadores buscaran un empleo mejor), con disposiciones forzosas de retorno de los trabajadores con sus empleadores, penas de prisión y deportación.

III

A la postre, el ciclo expansivo iniciado en la última década del siglo XIX, coincidente con la fase propiamente imperialista de la expansión europea, resultaría ser muy inestable conforme se acrecentaba la dimensión mundial y mundializadora del capital. La pugna por la repartición del mundo entre los grandes monopolios estatales convocó un acelerado incremento del armamentismo, es decir, de los gastos improductivos (desciende el capital fijo y los medios de consumo, provocando una dispar ralentización económica en ciertas economías centrales, que experimentaron, no obstante, un breve ascenso económico entre 1924-1929). La competencia interimperialista generaría una inestabilidad de unos 30 años (1914 a 1945) por la primacía en el (nuevo) sistema paneuropeo internacional y el consecuente dominio sobre la centralización del capital.

Los periodos bélicos conllevaron un freno en la movilidad de fuerza de trabajo intraeuropea (de nuevo con la excepción del caso francés que mantuvo la importación de mano de obra para intentar compensar su sempiterna carencia). De hecho, como es tendencial en toda fase de descenso de la dinámica de acumulación capitalista, la inmigración se ve frenada u obstaculizada y la separación entre fuerza de trabajo endógena y exógena es proclive a expresarse en forma de animadversión explícita de la primera hacia la segunda, traducida a menudo por diferentes maneras de rechazo cuando no directamente de racismo.

Tras la Primera Gran Guerra se producirá otra vez una significativa emigración laboral europea, en especial al continente

americano, pero no así después de la Segunda, a causa de la depresión generalizada. De hecho, en el cómputo global, en los momentos álgidos de aquellos cataclismos bélicos y en los lapsus que les antecedieron y sucedieron, las migraciones laborales reducirían su cuantía en favor de las migraciones "políticas" de refugiados y desplazados. Fueron de gran importancia las migraciones de huída de genocidios étnicos como el gitano o el judío y los desplazamientos masivos (y parcial exterminio) de pueblos como el armenio, el polaco o el palestino, entre los más sobresalientes.

Igualmente, el fascismo, o su amenaza, junto con la guerra y todo tipo de intervenciones patronales antiobreras, consiguieron eliminar gran parte de la fuerza de trabajo organizada reivindicativa en casi todas las formaciones sociales centrales, o cuanto menos lograron su dilución organizativa, haciendo disminuir de modo drástico el poder social de negociación del Trabajo (que había crecido de forma sustancial tras la Revolución Soviética). Todo lo cual dejaría sentir sus efectos negativos también en las periferias con alto porcentaje de proletarización y asalarización de su población, al otro lado del Atlántico.

IV

Después de las grandes conflagraciones interimperialistas, aprovechando su enorme "destrucción creativa" así como la alta inversión tecnológica acumulada, se inauguraría un nuevo modelo de desarrollo, de carácter intensivo, que llegó, con sus estertores, hasta el comienzo de la penúltima década del siglo XX y conllevó la mercantilización de la actividad científica y su incorporación al proceso productivo, desarrollando al máximo la especialización y el aprovechamiento de los tiempos (tylorismo). Se completaron además los procesos de monopolización de los mercados y de intervención del Estado en la regulación de la dinámica económico-social.

Mientras, el neocolonialismo sustituyó a la implantación in situ de los ejércitos y la apropiación directa de los recursos planetarios por parte de las potencias centrales, mediante el dominio económico-político mundial de éstas, asentado en una acabada división internacional del trabajo.

Pese a ello, el sistema capitalista había perdido extensión territorial con la desconexión de la URSS y sus países europeos de influencia, a los que más tarde se uniría el país más poblado

de la Tierra: China. La existencia de este “Segundo Mundo” sería determinante para la recomposición del poder social de negociación de la fuerza de trabajo en el conjunto de sociedades centrales.

En las formaciones sociales oeste europeas (con la excepción de España y Portugal, únicas que el inicio de la “Guerra Fría” condenó a permanecer con sendas dictaduras fascistas) la conquista de derechos socioeconómicos y los elementos regulatorios keynesianos que propiciaron un Estado Social, junto al círculo virtuoso de producción-consumo y cierta elevación de los salarios reales directos y sobre todo indirectos y diferidos, se concitaron igualmente para la integración del movimiento obrero y una generalizada implicación activa del Trabajo en el devenir capitalista.

El régimen de acumulación dominante que acompañara la formación del Estado Social fue el taylorista-fordista, el cual requería de la utilización de enormes insumos energéticos y naturales, así como del empleo intensivo de grandes cantidades de mano de obra. Unos y otros de esos “recursos” serían proporcionados en buena medida por las antiguas colonias, ahora cada vez más transformadas en “Periferias” del Sistema. Pero también las semiperiferias, como es el caso de los países mediterráneos occidentales, contribuyeron con la exportación masiva de fuerza de trabajo.

Un conjunto de factores coincidió en ese proceso:

- Por un lado, el agotamiento de las reservas de fuerza de trabajo en Europa occidental (incluida hasta cierto punto la femenina) desde el decenio de los sesenta, en función del alto nivel de producción-empleo, los servicios proporcionados por un creciente Estado Social y, en general, la terciarización de sus economías.

- Ello conduce a la elevación del nivel de aceptabilidad laboral de su fuerza de trabajo, que depende de su grado de cualificación y, en conjunto, de su poder social de negociación ¹⁹.

¹⁹ El nivel de aceptación de las condiciones de trabajo es una relación política, y está en función del poder social de negociación que tengan unos y otros sectores de la población activa (conforme la posición que se ocupa en el sistema de reproducción social, tanto por adscripción familiar como de manera individual en la estructura de clases), el cual a su vez es proporcional al menor grado de sustituibilidad de aquéllos. El nivel de aceptación indica el límite por debajo del cual determinados empleos o condiciones de empleo se consideran “socialmente inaceptables” (Cachón, 1995 y 2002). Las economías centrales habían hecho crecer de manera signi-

- Por otra parte, la ola de independencias formales de las antiguas colonias, pareja a la neocolonización, coincide con su incorporación al mercado de trabajo mundial que se correspondía con una economía mundial entonces caracterizada por la concentración de los flujos de inversión en las economías centrales y, en general, por la rápida aceleración de la concentración y centralización del capital en ellas.

La culminación de la penetración y dominación económica, financiera y comercial de las sociedades centrales sobre las periféricas se traducirá en adelante a menudo tanto en un dominio de las estructuras políticas de éstas por parte de aquéllas, como incluso en la subordinación social o pérdida de la capacidad de reproducción cultural de esas últimas. Dicho de otra manera, la subordinación económica entorpece o inhibe los mecanismos de reproducción autónoma de la cultura, como dispositivo inserto en unas determinadas relaciones de producción, lo que, entre otras muchas consecuencias, constituirá un factor de gran significación en la facilitación de los síndromes migratorios, que en realidad poco tienen de “libre” movimiento y que con frecuencia ponen en entredicho la propia utilidad de los mismos como “deserción” de unas condiciones sociales o laborales adversas hacia unas pretendidamente mejores, pues ese “salto” suele desafiar tal elemento de racionalidad de bienestar, del mismo modo que cuestiona la estrecha racionalidad economicista de los costos-beneficios.

Circunstancias éstas que se retroalimentarían con el conjunto de transformaciones estructurales que con diversos tiempos, extensión e intensidad se producirían en unas y otras formaciones periféricas, originando primero grandes migraciones internas en ellas y después, en menor medida pero en adelante con tendencia a cronificarse, externas o internacionales.

En resumen, que la totalidad de la población mundial, convertida más y más en fuerza de trabajo a través de su proceso de

ficativa la inversión pública en “capital humano”, lo que había hecho aumentar la cualificación de su fuerza de trabajo. Como se sabe, una fuerza de trabajo que ha realizado una inversión de tiempo y esfuerzo para lograr esa cualificación no es propensa después a aceptar trabajos para los que no se requiere cualificación o la exigencia de ésta es notablemente inferior a la conseguida. Tal predisposición negativa se ve reforzada si existe un poder social de negociación alto, como existía a la sazón dentro del marco del Estado keynesiano y sus elevados niveles de empleo.

proletarización universal, se movió hacia donde se concentraban y centralizaban las oportunidades de vida (dejaremos de lado por ahora la relevancia relativa de la “autonomía” en tales movimientos, para discutirla más adelante). A las migraciones campo-ciudad que se multiplicaron en el conjunto de las formaciones sociales periféricas como réplica de las que habían tenido lugar en las centrales, se sumó la emigración exterior. Lo que significa que por primera vez en la historia moderna se invertirían los flujos migratorios mayoritarios: ahora se producirán desde las sociedades periféricas a las centrales, fundamentalmente.

Una primera manifestación de esa inversión de flujos fue la que protagonizó la población trabajadora de las excolonias desplazándose a sus antiguas metrópolis de la Europa Central (amén de las migraciones de retorno europeo poscolonial). Pero de igual modo, como se ha dicho, un buen porcentaje de trabajadores de la Europa Periférica (mediterránea) les acompañaron en esos flujos hacia las economías europeas predominantes. Entre 1955 y 1974 cerca de 4 millones de italianos, 2 millones de españoles, un millón de portugueses, un millón de yugoslavos y casi otro millón de griegos emigraron hacia el centro y norte de Europa (Cachón, 2002)²⁰.

En esos momentos las nuevas economías centrales no europeas que habían emergido a caballo entre el siglo XIX y el XX continuaban en fase de expansión fordista con una alta demanda de fuerza de trabajo, especialmente de baja cualificación; mientras, las viejas economías centrales europeas, que estaban reconstruyéndose al tiempo que levantaban su Estado “Social”, desarrollarían asimismo una alta demanda de mano de obra que terminaría por agotar el ejército laboral de reserva propio, justo cuando subía también la cualificación general de su población trabajadora. Lo que implica que pronto generarían igualmente una demanda importadora de fuerza de trabajo, también sobre todo de baja cualificación.

Con miras a satisfacer esa demanda es que se instauraron medidas de procura de mano de obra por parte de aquellas economías, lo que se tradujo en una amplia facilitación de la inmigración en ellas. Entre estas medidas señalamos la captación en origen de la fuerza de trabajo, a menudo acompañada de distintos tipos de incentivos. Contribuyó a ello además la disposición de

²⁰ Ver también Cachón (1995 y 2002) para las “mutaciones” o fases del sistema migratorio europeo que aquí describimos.

condiciones muy especiales para la fuerza de trabajo proveniente de las antiguas colonias, a las que se sumaba el sistema histórico de vínculos y dependencias entrelazados entre aquéllas y sus metrópolis tradicionales.

Los países sin un pasado colonial arraigado, por su lado, tuvieron que recurrir con más intensidad a la captación en origen por parte del propio empresariado, por más que las condiciones de residencia cayeran bajo responsabilidad del Estado, como fue el caso de Suiza. La República Federal Alemana, con su política del *Gastarbeiter* u “obrero invitado” (de la que se harían eco países como Holanda), se basó en una acción estatal de captación de mano de obra que facilitó las condiciones de traslado, estancia y alojamiento de la población migrante. Población considerada como “invitada” para realizar labores productivas, y por tanto merecedora de los servicios de atención necesarios (con salarios que para ella eran comparativamente muy superiores a los de sus sociedades de origen), pero que no obstante se consideraba que su destino final no era la integración como parte de la población “nacional” (incorporándose a la ciudadanía), sino que, una vez finalizada “su aportación”, debía volver a sus países de procedencia.

Si bien éste fue el caso paradigmático, parecidas disposiciones y objetivos presidieron las políticas migratorias de las formaciones centrales europeas, que admitían la inmigración nada más con un permiso de trabajo por medio, por periodos restringidos y para determinados empleos y áreas solamente. Teniendo en cuenta que ese permiso laboral podía ser retirado por diferentes razones, la fuerza de trabajo quedaba bajo presión continua, incluso de la deportación. La distinción legal entre “extranjero” y “ciudadano” marcaba la linde de los derechos civiles y sociales de los que se podía disfrutar (Castles y Miller, 2003).

Paralelamente, los EE. UU., como el resto de las nuevas economías centrales, revisaron en profundidad sus leyes migratorias para permitirse el acceso a esa fuerza de trabajo mundial excedente (con anterioridad a 1965 únicamente favorecía la inmigración de población caucásica, de forma muy especial, europea; Canadá abriría sus puertas a la fuerza de trabajo periférica en 1966; por su parte, Australia —uno de los pocos países centrales que admitieron inmigrantes para asentamiento permanente—, tras dejar de lado en los años setenta sus criterios de aceptación de inmigración que priorizaban o seleccionaban el origen “occidental”, vio crecer el porcentaje de población inmigrante

proveniente de las periferias, pasando a suponer el 20% del total en el periodo 1970-1974, y llegando al 60% en 1990-1994 —IOM 2005—. Los EE. UU. realizaron esfuerzos semejantes al resto de economías centrales con la implicación directa de sus empresarios en la captación y el traslado de inmigrantes, lo que contó con cuantioso dinero público para “la importación de ciudadanos” (Malgesini, 1998: 49). En su caso y en ese momento histórico, tales esfuerzos se dirigieron a las poblaciones de las sociedades colindantes, sobre todo las caribeñas y muy en particular Puerto Rico. Aunque a diferencia del caso alemán, se abrieron más posibilidades para la nacionalización y residencia permanente de esa inmigración (que sin embargo iba siendo sustituida por otra con menos perspectivas de nacionalizarse cuando la primera asumía la ciudadanía). Las políticas de captación de las empresas privadas continuaron aun después del abandono estatal de esas políticas, como nos recuerda Malgesini (1998).

Así pues, las políticas migratorias del momento, encaminadas a importar fuerza de trabajo en gran escala, provocaron una considerable migración internacional de las periferias a los centros del Sistema, la cual hizo posible la reproducción del ejército de reserva laboral y con ello un respaldo considerable para la contención de los salarios a límites que permitieran compensar el descenso de la tasa de ganancia. Todo eso a pesar del proceso virtuoso de producción-consumo, desarrollo de los salarios indirectos y elevación general del poder social de negociación que se desarrollaban junto a una sostenida acumulación de capital en las sociedades centrales.

Sin embargo, estas migraciones laborales de la era keynesiana, que se han dado en llamar migraciones fordistas, se dieron en buena medida como flujos organizados de mano de obra fundamentalmente masculina, con frecuencia mediante acuerdos bilaterales, y que aun exogenizada se insertaba en mercados protegidos bajo la supervisión de los Estados y la protección sindical (Pedreño, 2005). Al enmarcarse dentro de la institucionalidad del trabajo regulado no tuvieron tanta repercusión, en primera instancia, sobre el poder social de negociación colectivo ni alteraron en gran medida la correlación de fuerzas Capital-Trabajo. Lo que sí hicieron fue dar una mayor posibilidad a los mercados laborales centrales para adaptarse al cambio de ciclo que se avecinaba, de expansivo a contractivo, en el que, a través de la ofensiva neoliberal, se modificaría también sustancialmente la regulación social en detrimento del Trabajo en la práctica totalidad de las sociedades.

Aquel contingente exógeno proporcionaría cierto margen de maniobra y ventaja al Capital para intervenir estratégicamente en la nueva coyuntura que se avecinaba en la economía mundializada.

3. El cambio de ciclo. Contracción de la acumulación capitalista o fin del ciclo de expansión keynesiano. Se profundiza la necesidad de generar fuerza de trabajo migrante global como fuerza de trabajo excedente universal exogenizada

Desde los últimos años sesenta del siglo XX, y en especial con la fractura de 1968-1973, se pone en evidencia el agotamiento del modelo de desarrollo keynesiano. Lo cual tiene que ver con las enormes inversiones realizadas en capital fijo a que obligaba la creciente competencia interempresarial, así como con la elevación de los gastos de capital variable consecuente con la fuerza y el aumento del poder social de negociación de las organizaciones del Trabajo. A ello se uniría la saturación nacional de la demanda, principalmente de bienes de consumo durables, que patentiza de nuevo la sempiterna pesadilla de la sobreproducción capitalista (con la consiguiente caída de la rentabilidad y, de modo paralelo, de la inversión). Tales contradicciones coincidieron, además, con la primera crisis energética de dimensiones mundiales.

La clase capitalista transnacional enfrentó esta conjunción de procesos desatando una ofensiva que buscaba a un tiempo la recuperación de la tasa de ganancia y la reestructuración de su poder de clase: la modificación duradera de la correlación de fuerzas entre el Capital y el Trabajo. Esta ofensiva se antojaba imprescindible para emprender la procura de un substancial incremento de la explotación de la fuerza de trabajo mediante la generación de mayor plusvalía absoluta. El alza del desempleo estructural para reducir los precios de la mano de obra por debajo de su valor acompañaría a aquella ofensiva de cara a contrapesar de manera parcial la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Es decir, que en adelante la acumulación capitalista presentará una mayor dependencia respecto de la extraexplotación de la fuerza de trabajo, lo que será a la vez testimonio de la fortaleza de la dominación de clase y la debilidad de sus fundamentos económicos, al sumirse en la contradicción de menoscabar seriamente la capacidad de consumo de las poblaciones.

Aquellos objetivos, con todo, no se podían conseguir dentro del marco keynesiano de regulación salarial, con un Trabajo fuerte, dada la institucionalidad de sus conquistas históricas.

Pese a que se había contrarrestado la escasez de la oferta de trabajo por medio de las políticas pro importación de la misma, cabía también ahora afectar las condiciones de su fortaleza, trastocando drásticamente los pilares de la estabilidad y seguridad laboral mediante la flexibilización e informalización de los mercados laborales y la puesta en marcha de nuevas formas de producción y nuevos ajustes tecnológico-organizativos tendentes a socavar la fortaleza del Trabajo en los procesos productivos.

Gran parte de esas medidas estuvieron conectadas directa o indirectamente con un desplazamiento espacial del capital (deslocalización) hacia los lugares de abundante fuerza de trabajo excedente, primero en diversos territorios de las propias sociedades centrales y semicentrales, y después en un amplio abanico de sociedades periféricas (donde su aprovechamiento se materializa como trabajo objetivado importado, más barato). Esto suscitó crecientes migraciones interperiféricas, hacia aquellos lugares que concentraban mayor inversión (ver los sistemas migratorios aludidos en nota 13).

En suma, parte significativa de la inversión productiva se trasladaba allí donde había reservas de fuerza de trabajo excedente, con bajo o muy bajo poder social de negociación y bajas expectativas de demanda. Esto es, una fuerza de trabajo orientada a medir más por lo bajo sus propias necesidades, con pretensiones menores (al menos a corto plazo) en cuanto a su nivel de vida, y que por ende se adapta mejor a peores condiciones laborales y salariales (bajo nivel de aceptación laboral).

Pero además, y para abundar en la depreciación del factor trabajo, ese desplazamiento espacial se combinaría con la importación de fuerza de trabajo excedente a casa (una fuerza de trabajo que se estaba haciendo cada vez más universal ²¹). Vale decir, que las reestructuraciones neoliberales de los mercados laborales en buena parte del planeta fueron acompañadas por nuevas disposiciones migratorias. Para la clase capitalista de las sociedades centrales se trataba, en primer lugar, de ampliar su acceso a la fuerza de trabajo mundial, especialmente la más

²¹ Al sobreabundar y hacerse incluso en parte innecesaria como ejército de reserva, iría arrojando el resultado de una fuerza de trabajo "excedente", entrañando la desechabilidad de cada vez más seres humanos.

dócil o de más bajo nivel de aceptación laboral, de manera que contribuyese a intensificar la subordinación de la fuerza de trabajo local.

La importación de fuerza de trabajo del resto del mundo estaba llamada a cumplir esos objetivos en general. En lo concreto, la fuerza de trabajo migrante global se incrustó en, y potenció, la movilidad relativa del Trabajo que se exacerbaba con los nuevos procesos productivos neoliberales basados en la flexibilidad, segmentación e informalización, así como en una fuerza de trabajo de "usar y tirar", itinerante y sujeta al modelo "just in time". Ciertamente fue más empleada en las empresas con escasos márgenes de beneficios, sujetas a los vaivenes de la demanda, reduciendo en general la presión para introducir nuevas técnicas de producción sobre los sectores menos competitivos merced al abaratamiento del capital variable. Pero asimismo los sectores punteros se beneficiaron de forma creciente de ella, al posibilitarles una mayor rotación de turnos y prolongación de horarios, permitiendo operar al capital a plena capacidad.

En general, puede decirse que el incremento de la economía informal, los mercados laborales desregulados y el crecimiento de sectores de producción degradados, se combinaron con la proliferación de servicios financieros e incluso de servicios a terceros propios de las clases medias, para erigirse en fuertes atractores de fuerza de trabajo migrante global (constituyendo el auténtico "efecto llamada" de ella), que facilitarían su importación selectiva.

Todo lo cual no se explicaría sin la construcción institucional de la vulnerabilidad de esa fuerza de trabajo, que quedará sin apenas lazos sociales y menos aún políticos, segregada de la fuerza de trabajo autóctona e inusualmente dependiente de sus propios patronos, más dificultada, por consiguiente, de sumarse a las luchas del Trabajo.

4. La economía política de la extranjerización se intensifica y generaliza

Si, haciendo una lectura específicamente dialéctica del marxismo, pensamos que las relaciones sociales de producción poseen un estatus de paridad respecto de las fuerzas productivas (o al menos no subordinado), podemos entender que las disposiciones políticas y jurídicas sean dispositivos internos a la dinámica de

acumulación capitalista, en cuanto que condición necesaria suya, antes que su mero reflejo.

Esta premisa es importante para entender el siguiente orden de explicación.

La forzada inversión del Capital en organización social es capaz de generar externalidades positivas que tienden a fijar al Trabajo frente a su desafección y deserción. Al aumentar la integración del conjunto de la economía (regulación social de los mercados, contratación indefinida, seguridad social, entre otros), la socialización de la producción y las inversiones previas a la producción (infraestructuras, “capital humano”...), se posibilita de igual manera la instauración de un modelo de transacción laboral con sueldos relativamente elevados, alta productividad y libertad de movimiento del salariado. Esto por su parte permite que la dominación sea visible, en todo caso, en la relación laboral, dejando parcelas de “libertad” en la vida cotidiana (ver al respecto Moulrier-Boutang, 2006).

Aun así, la existencia de estatutos diferentes de trabajo en los mercados internos de cada formación social gracias a la incorporación de una fuerza de trabajo exógena (en el caso de las sociedades centrales particularmente en cuanto que inmigrante, en la actualidad)²², deja fuera de tal modelo de integración o “retención” de la fuerza de trabajo al sector externalizado. Las tendenciales externalidades negativas resultantes, en forma de movimientos incontrolados por parte de este sector en busca de mejores situaciones, desestabilización contractual o inestabilidad laboral y social, entre otras, se intentan atajar por medio de la concatenación de políticas migratorias. Ellas suponen la producción de externalidades públicas (intervenciones políticas) como respuesta a las externalidades de torsión o “fuga” de los agentes. Es ésta una especificación particular del control de la fuerza de trabajo exógena, que pasa por su doble constricción temporal: restricción del plazo de residencia e imposibilidad de abandono de empleo o sector. Lo cual redundaría en la limitación de su poder social de negociación y, en última instancia, en su vulnerabilidad.

De modo que si a través del desarrollo de la ciudadanía y de los poderes públicos en forma de políticas sociales, se contrapesaba la

²² Esto generaliza a escala social lo que las empresas tienden a realizar a su nivel, que no es sino la continua externalización de una cierta fuerza de trabajo como exógena.

situación de dependencia del salariado endógeno, con el trabajo exógeno sucede al revés, esas políticas se activan en orden a minorizarlo.

Si el estatuto del trabajo exógeno es su temporalidad, toda la regulación reglamentaria se encamina en esa dirección: instauración de condiciones sociales discriminatorias en orden a repercutir sobre la incertidumbre de su contrato, elevar la subordinación en la relación laboral e incrementar el riesgo del desplazamiento, con el consiguiente aumento de la dependencia de la fuerza de trabajo migrante.

Por eso, en los mercados segmentados, discriminatorios, lo que se compra es la no movilidad social del trabajo asalariado dependiente.

La importación de trabajo exógeno se convierte en etnicización del mercado laboral, la cual conduce a su vez la constitución de minorías en el plano cívico y político (cuanto más respondan los migrantes reagrupándose, mayor será la tendencia a su conversión en minorías).

Pero todo este entramado tiende a desvirtuarse con la integración de la fuerza de trabajo migrante de larga duración, con las segundas y terceras generaciones y las luchas sociales y políticas de esta particular fuerza de trabajo. Por eso, y para contrarrestar tal tendencia a la endogenización del trabajo exógeno, es que la segmentación laboral resulta íntimamente unida a la discriminación social y ésta a la construcción política del racismo. Habría que hablar por tanto de una economía política del racismo en la que el viejo racismo de dominación se ha trasmutado hoy a menudo en un racismo de aversión (por eso pasamos también del apartheid a la segregación laboral y urbana)²³.

Sin embargo la movilidad relativa de la fuerza de trabajo ha sido una movilidad encauzada y restringida tanto en su vertiente espacial, ya sea intra o interestatal, como en su aspecto endógeno o inherente a la producción-circulación del capital. En referencia a la primera, las formaciones sociales importadoras de fuerza de trabajo no solamente fueron incrementando la velocidad de rotación y valorización del capital al aumentar, entre otros factores, la movilidad relativa del Trabajo (gracias en parte a aquella importación laboral), sino en adelante buscarían asimismo aumentar la propia rotación de la fuerza de trabajo, potenciando su vuelta al país de origen —temporal o definitiva— y su reemplazo por nuevas hornadas.

²³ Ver el desarrollo de estos puntos expuestos en Moulrier-Boutang (2006).

Con ello, los países importadores de esa fuerza de trabajo migrante global (exogenizada) conseguían todavía más ahorros en servicios sociales e infraestructuras a costa de aquella, y en general se desentendían de modo creciente de los costos de reproducción de ella, cada vez más externalizados (a sus propios grupos domésticos, comunidades, grupos étnicos o países de origen, según los casos). Lo cual tornaba asimismo más importante el papel de las mujeres en las migraciones laborales, pero también en las de reproducción del Trabajo, camufladas bajo el rótulo de “reagrupación familiar”.

Merced al conjunto de transformaciones “neoliberales”, así como a su particular crecimiento económico, es que a partir de los años ochenta y sobre todo de la segunda mitad de los noventa del siglo XX, por primera vez los países europeos mediterráneos, hasta entonces grandes exportadores netos de mano de obra, se vuelven receptores masivos de migraciones, haciendo de sus mercados laborales firmes mercados migratorios ²⁴. En general, en esas sociedades la inserción de la fuerza de trabajo devendrá más y más fundamentalmente precaria, “flexible”, fuera de la protección sindical y, cada vez con más frecuencia, al margen de la ciudadanía. Con lo que el encauzamiento o movilidad dirigida del propio trabajo endógeno se verá igualmente intensificado.

Estas circunstancias se irán haciendo extensibles, aunque con diferente intensidad o grado de importancia, al conjunto de sociedades centrales europeas.

5. Cambios en los patrones de importación de fuerza de trabajo y en la movilidad de la misma. Nuevas características migratorias

Tenemos, entonces, que si en el conjunto de sociedades centrales a mediados de los años ochenta del siglo XX se había logrado dejar de tener problemas en cuanto a la escasez de oferta de trabajo, en lo sucesivo haría falta completar tal medida con el hecho de que la inserción socio-laboral y política de aquella fuerza de trabajo importada se realizara en condiciones de mucha mayor precariedad que durante la fase keynesiana.

²⁴ Remito a Piqueras (2007) para el seguimiento de esa transformación en el caso español.

La consecución de este último objetivo se daría a través de medidas aparentemente contradictorias con esa política de importación: el cierre de fronteras y el endurecimiento de las disposiciones migratorias.

Veamos. Para la Europa llamada “Occidental”, y puede decirse que para el conjunto de las economías centrales, 1973 supone además del estallido de la crisis energética, el momento de inflexión o visibilidad de la decadencia de un régimen de acumulación y de su modelo de regulación social. La gran conmoción que ello supuso en los mercados de trabajo europeos tuvo como consecuencia inmediata el fin de las políticas de reclutamiento, y muy pronto el comienzo de las que estimularon el retorno de los “trabajadores invitados” a sus países de origen.

Una vez más en la bajada del ciclo de acumulación, y en un lapsus brevísimo (a mediados de los años setenta del siglo XX), se pasó de la captación de inmigrantes a diseñar fuertes medidas restrictivas sobre la inmigración ²⁵. Por vez primera en las formaciones sociales europeas, de forma intensa y generalizada, la preocupación expresada a través de múltiples dispositivos y leyes previniendo contra la emigración o “salida” de la fuerza de trabajo, sería sustituida en un lapsus brevísimo por la prevención contra la inmigración no querida, consideración que atañe tanto a la cantidad como sobre todo a la forma en que la fuerza de trabajo exógena se incorpora al mercado migratorio laboral.

Aquellas medidas restrictivas se entrelazarían en breve de manera coherente en los planos jurídico, político, económico, social e incluso cultural, en un continuum que ha pasado por el cierre de fronteras, la promulgación de leyes represivas y la construcción

²⁵ La secuenciación de esas medidas que se van unificando o coordinando para la Unión Europea, similares a las del resto de las sociedades centrales, puede seguirse en Piqueras (2007). Dentro del aumento de disposiciones de represión migratoria sobresalen en la actualidad las siempre más extendidas exigencias de “integración cultural” o los “contratos de integración” (que persiguen, entre otros objetivos, la desclasación de la fuerza de trabajo importada), sustentados en la racificación de la diferencia o la cosificación de la cultura. Asimismo cabe mencionar los sistemas de regularización permanente o los programas de permisos de trabajo, así como las propias campañas de repatriación. Actualmente incluso está sometida a debate parlamentario en la Unión Europea la discriminación sociolaboral por ley de la fuerza de trabajo inmigrante. Por su parte, la coordinación de las políticas migratorias a escala planetaria va consolidándose mediante la Iniciativa de Berna, de donde sale una Agenda Internacional sobre Migración Internacional; evidenciándose también en el rápido incremento de asociados de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

político-jurídica del ilegal (como inmigrante pobre e indocumentado que forma parte de la fuerza de trabajo que se costea su propia exportación, fuera de los flujos más o menos regulados), la extranjerización de porcentajes variables de la población residente en cada Estado, la construcción racial de la distancia cultural y la inasimilabilidad de la diferencia, la clandestinización y consiguiente desprotección de una parte considerable de la fuerza de trabajo, así como la etnificación jerárquica de la misma y la segmentación étnica (y “racial”) de los mercados laborales²⁶.

Esta paradójica complementariedad de procesos de cierre de fronteras e importación de fuerza de trabajo excedente mundial²⁷ es comprensible si entendemos que aquellas medidas no paralizaron los flujos, sino cambiaron su composición²⁸. Si antes se favorecía la inmigración legal y se posibilitaba hasta cierto punto la reagrupación familiar con la llegada de familiares de las personas ya instaladas en una sociedad, ahora se impondrá otro tipo de inmigración más apta para las nuevas circunstancias de endurecimiento de los mercados laborales, e incluso para la semiclandestinidad o clandestinidad en que tendrá que desenvolverse la nueva fuerza de trabajo (muy especialmente en las sociedades de nueva inmigración). En consecuencia, será también otro el tipo de personas que podrán emigrar. La autoselección de los migrantes, favoreciendo para el salto migratorio a los más aptos, los más fuertes, los más cualificados, es proporcional al endurecimiento de las fronteras: más se cierran éstas, más requieren de seres humanos motivados, mejor pertrechados y preparados.

²⁶ La extranjerización como construcción social necesaria para el funcionamiento de un mercado laboral exógeno, supone una gradación de cercanía/lejanía que se modifica históricamente, y que encuentra su más extrema expresión en la racificación y supuesta inasimilabilidad de la alteridad.

²⁷ Complementariedad que en el plano de las políticas de desarrollo tiene su correlato en la inflexión que con el cambio de circunstancias se hará en el codesarrollo, previo desmantelamiento de los dispositivos keynesianos de la cooperación y el fin del neocolonialismo (al comenzar la fase actual de recolonización o globocolonización del planeta). El neologismo codesarrollo describe el hecho de que la anterior praxis de la “cooperación” va siendo más y más condicionada por la posibilidad de negociar entre formaciones sociales centrales y periféricas mediante las migraciones.

²⁸ Como efecto paradójico de ese cierre migratorio de las sociedades centrales europeas, según ha sido advertido por numerosos autores, se obtuvo igualmente que se elevara el nivel de permanencia de los inmigrantes que ya residían en esos países, justo por temor a salir y que no se les permitiera volver a entrar en los mismos.

De esta forma, las políticas migratorias de los diversos Estados, siempre más uniformadas o coordinadas, se convierten en modelos de generación de exogeneidad más y más asociada a la irregularidad y vulnerabilidad²⁹.

En coyunturas como éstas es posible constatar la relevancia y relativa autonomía causal de la llamada “cultura migratoria” y las redes sociales, ya que la migración desde las Periferias se siguió imponiendo a los primeros diques estructurales puestos a la migración internacional desde los países centrales. Las redes se readaptaron al nuevo contexto y modificaron su composición social y formas de reclutamiento, determinando fuertemente las posibilidades de entrada de nuevos sectores de población candidatos a emigrar.

Esta importación interestatal crecientemente selectiva de fuerza de trabajo permitió que parte del tejido empresarial de las sociedades centrales no se deslocalizara, o incluso que se relocalizara, favoreciendo la preservación del empleo del sector endógeno (autóctono) de la fuerza de trabajo.

Hay que tener en cuenta que todo esto se produce a un tiempo que en las propias formaciones sociales centrales las transformaciones del capitalismo global están dando lugar a una reorientación de las intervenciones del Estado, con el empobrecimiento de las políticas sociales y la extensión de la exclusión social, no solamente de la fuerza de trabajo importada. Fruto de ello es la ampliación de las dificultades para la integración y cohesión social en el conjunto de esas formaciones sociales.

Por eso y por ejemplo, no es que la llegada de fuerza de trabajo migrante global hiciera descender necesaria y automáticamente los salarios en las sociedades de importación de fuerza de trabajo, sino que ese “ejército mundial de reserva”, movilizado o predispuesto para la migración a conveniencia, facilitó la implementación de las medidas de regulación unilateral por parte del Capital, tendentes a mantener a la baja el salario real de la población trabajadora, gracias a su creciente sustituibilidad.

²⁹ Esto, entre otras consecuencias, provoca incluso la contradicción o el choque con la proclama republicana que en su acepción paradigmática francesa propone la integración por “asimilación” (ver una interpretación al respecto en Miquel, 2007). Pues aun la asimilación queda fuera del alcance de esa nueva categoría de “semiciudadanos” o “no-ciudadanos” (nuevos “metecos”, según han apuntado diferentes autores) en que se ha convertido un creciente sector de la fuerza de trabajo importada.

Tampoco las migraciones posfordistas de fuerza de trabajo crecientemente irregular fueron “causa” de aquellas desregulaciones laborales, sino consecuencia de ellas. Primero se acondicionaron los mercados laborales (se dispuso su irregularización) conforme se rebajó la capacidad de oposición del Trabajo, para posibilitarse después (una vez que pasan a ejercer como mercados migratorios) la ascendente importación de mano de obra y su inserción laboral irregular con miras a abundar aún más en aquel debilitamiento general del Trabajo. Por eso, no habría que olvidar que el grado de vulnerabilidad de esta mercancía importada está vinculado de modo directo al descenso del poder social de negociación del conjunto de la fuerza de trabajo, que queda así vitalmente dañado. O lo que es lo mismo, las políticas ejercidas sobre la mano de obra exógena son utilizadas para afectar de forma trascendental al conjunto del mercado laboral³⁰.

Los cambios en los patrones de inversión global, con un creciente desplazamiento del capital excedente de las formaciones centrales a las periféricas y el mayor establecimiento en ellas de la manufactura industrial; el universal crecimiento de los sectores informales, la expansión de los trabajos a tiempo parcial, ocasionales; las condiciones de inseguridad en el empleo, la mayor diferenciación de la fuerza de trabajo en función del sexo, la edad, la etnicidad o incluso el origen, así como la enorme variedad de grados de cualificación-descualificación, explican que otra de las características de las migraciones posfordistas sea la alta diversidad y direccionalidad de los flujos migratorios y su amplia diversificación de tipos, tanta como formas de explotación se dan en el capitalismo global (ver Castles y Miller —2003—, para mayor profundización en las características migratorias del posfordismo).

Desde la mano de obra sin cualificación alguna y extra-barata, a la altamente cualificada (migraciones de científicos, directivos, empresarios...), o las migraciones de estudiantes (que a menudo se hacen definitivas); coinciden migraciones de asentamiento con flujos temporales y otros de “golondrina”; ciertos sectores migrantes que gozan de garantías jurídicas y otros que se hallan en la más estricta irregularidad o clandestinidad.

³⁰ Es por eso que la ruptura de la división endógena-exógena, o la solidaridad de la fuerza de trabajo autóctona con la importada, debería ser objetivo político principal de aquella primera, en su propio interés.

Dado el creciente número de estos últimos, parejo a las cada vez más extendidas circunstancias que provocan la irregularidad de los migrantes en las sociedades receptoras, el camino para la delincuencia o “mafiaización” de las redes migratorias queda claramente despejado. Éstas han sido aprovechadas para el traslado de una fuerza de trabajo migrante clandestinizada que tiene la cualidad de doble mercancía: como fuerza de trabajo explotable y como fuerza de trabajo que se transporta bajo su propio coste (esto es, una mercancía que paga por su transporte y mercantilización) o bien a cuenta de terceros por encargo, generalmente familiares ya asentados en las sociedades de recepción migratoria³¹. Se financia con ello también a los grandes grupos de poder político-económicos que controlan los circuitos mafiosos de tráfico humano entre fronteras.

Las redes migratorias no mafiosas, por su parte, también han fortalecido los flujos migratorios, a un tiempo que han evidenciado su utilidad estructural en la selección de la fuerza de trabajo en origen, al igual que en su control y disciplinamiento en el lugar de destino.

Se ha incrementado, además, el protagonismo migratorio femenino, según se deterioran o destruyen las formas de producción y reproducción precapitalistas o no capitalistas en unas y otras formaciones sociales, así como las relaciones domésticas insertas en ellas. La feminización de más y más actividades laborales en aquellas sociedades tanto como en las importadoras de fuerza de trabajo, la maternidad como cabeza de familia, añadidas a la complementariedad “reproductiva” de las migraciones femeninas respecto de la “productiva” masculina ocurrida con anterioridad, aumentaron significativamente el componente femenino de las migraciones como muestra de los cambios en la dinámica productiva y la reproducción de la fuerza de trabajo migrante.

En definitiva, las migraciones posfordistas albergan todos los niveles de fuerza de trabajo, con todas las condiciones, cualificaciones, habilidades y orígenes. Al enmarcarse en un contexto de políticas restrictivas de flujos y permanencias, han expandido y multiplicado la condición irregular de la fuerza de trabajo, siempre más sometida a controles de movilidad también en la sociedad de recepción, restricciones con frecuencia especificadas en las formas y modalidades de contrato, por lo que cada vez la

³¹ Un buen trabajo al respecto de estas circunstancias puede seguirse en Contreras (2007).

fuerza de trabajo migrante se asemeja más a una fuerza de trabajo cautiva.

De igual modo, los tradicionales mercados migratorios se desbordaron en parte para diversificar las procedencias y los lugares de destino de las migraciones, que se unen a la enorme heterogeneidad de la fuerza de trabajo migrante global dentro de este paroxismo migratorio ³², que corre parejo a la fase orgiástica de la movilidad con la imbricación instantánea de la movilidad absoluta en la relativa y el aumento acelerado de ambas.

Este paroxismo ha llevado a algunos autores a proclamar la “incontrolabilidad” de las migraciones o su “impredecibilidad” (Mezzadra, 2005), pues son vistas como “turbulencias” (Papastergiadis, 2000) del Sistema, más que como resultados de éste. Las migraciones serían para ellos más propias de la “autonomía” de los “individuos sin historia” (Mezzadra, 2005: 85), que de férreos procesos sistémicos.

Constatan un componente de “inconveniencia”, desestabilizador, en los procesos migratorios. De no “funcionalidad”. La clave, no obstante, reside en calibrar su importancia relativa frente al componente dirigido y “funcional”. Poner en aquel primero sin más el hincapié como fuente de transformación, sin ver que incluso puede ser un factor de mayor degradación social, es una apuesta más voluntarista que analítica.

Volveremos en seguida sobre esto, pero de momento advertimos que lo que hay que sopesar para calibrar el grado de autonomía de cualquier fracción del Trabajo, es en qué situación real queda la correlación de fuerzas y el poder social de negociación, la situación de comunicación y unidad de la fuerza de trabajo.

En este orden de cosas no hay que perder de vista que el climax de la integración de la población del planeta al mercado capitalista, y por consiguiente de su disponibilidad migratoria y del grado de sustituibilidad global del trabajo vivo, se alcanzaría con el derrumbe del Segundo Mundo y la incorporación de su población al mercado mundial capitalista que, con la previa apertura de China a la economía de mercado, se haría mundial. A él se incorporarían, pues, a partir de 1978 (viraje chino) y

³² No en tanto que emigre un apreciable mayor porcentaje de población, sino por el aumento de la disponibilidad migratoria (o de la propensión personal hacia la “salida”, según los autonomistas) en más y más sectores de la fuerza de trabajo mundial, que se manifiesta en la direccionalidad desde las periferias a los centros del Sistema y, cada vez más, entre periferias.

1989 (caída del Bloque del Este³³), cerca de dos mil millones de seres humanos, aunque con muy distinta relación respecto de la migración.

A todo esto habría que sumar el desarrollo del proceso de proletarización de la población mundial, asociado a la destrucción de las formas económicas no-capitalistas y a la disrupción de las estructuras de trabajo tradicionales. En su informe de 2007, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) señalaba que de 1993 a 2003 el número absoluto de asalariados en el mundo pasó de 1000 a 3000 millones. Constatava, además, para ese mismo año de 2007, 190 millones de desempleados y unos 1300 millones de subempleados (cifras que aumentarían con el nuevo estallido de la crisis de sobreacumulación de las sociedades centrales a partir de 2007-2008).

Las condiciones de deterioro de los mercados laborales que ese ejército contribuye a reforzar aumentan la importancia de distinciones como nacional/extranjero o autoctonía/heteroconía, y su conversión en formas de patente desigualdad en los mercados laborales y en el ámbito de lo social. Lo que afecta crecientemente a la división y jerarquización de esa fuerza de trabajo mundial.

La “importancia” de esas distinciones radica también, precisamente, en ocultar su carácter epifenoménico respecto de las fuentes de generación de desigualdad estructural encastadas en los mercados duales de trabajo (entre un componente laboral endógeno y otro exógeno), para pasar a ocupar una visibilidad descollante en el imaginario social y la propia subjetividad del Trabajo. De esta manera, tales clasificaciones se autonomizan más y más como fuentes propias de conflictos, a través de claves “culturales” o “étnico-raciales” a las que se les imputa a menudo factores religiosos o costumbristas.

Sin embargo, cuando parecía que el círculo de depreciación del factor trabajo quedaba completado, el neoliberalismo empezaría a

³³ Desde entonces, el desplazamiento de mano de obra del Este al Oeste de Europa, con frecuencia ya como movilidad espacial intra-Unión Europea, recuerda las viejas migraciones poscoloniales (de las periferias a los centros del Sistema). La enorme pérdida de fuerza de trabajo que ello está ocasionando en la Europa oriental hace que cada vez más países este-europeos hayan empezado a activar políticas de atracción de fuerza de trabajo de otras formaciones sociales, bien de la propia Europa del Este (de aquéllas que presentan mayor deterioro socioeconómico), bien de otras periferias mundiales. Eso mismo motiva que hayan desarrollado además políticas de retención o recuperación de su fuerza de trabajo emigrada, sin que hasta el momento parezcan fructíferos tales intentos dadas la amplitud y profundidad de su proceso de periferización o terciarización.

evidenciar sus límites como impulsor de la acumulación capitalista en sus esfuerzos por salir de la mayor crisis de sobreacumulación en la que había desembocado el Sistema, en los años setenta del siglo XX.

6. Fin del modo liberal degradado

(o “neoliberal”) de regulación.

Nuevas claves y perspectivas migratorias

El modo liberal degradado de regulación global que se instauró desde los años setenta, ve agotada su energía para garantizar la acumulación capitalista hacia la segunda mitad de los años noventa y al acabar el siglo XX el capital tropieza en forma ampliada con sus propios límites, al generar procesos de retroalimentación negativa cada vez más difíciles de superar.

Las consecuentes circunstancias de crisis son susceptibles de afectar a la creación de excedente de fuerza de trabajo mundial y a la intensidad y dirección de las migraciones. En las formaciones sociales centrales se concatenan diversos procesos para dar lugar a resultantes altamente determinantes:

- El estrechamiento de los mercados laborales a raíz del cortocircuito en el régimen de acumulación neoliberal (que no logra contrarrestar la sobreacumulación de capital).
- La fulgurante creación de un enorme ejército de reserva laboral autóctono.
- La drástica caída del poder social de negociación del Trabajo en casi la totalidad de las formaciones sociales, y de manera llamativa en las centrales.
- La consecuente acusada rebaja de los niveles de aceptabilidad laboral.

Tales circunstancias tornan cada vez menos necesaria en las sociedades centrales la importación masiva de fuerza de trabajo externa, y han redundado en la intensificación de los controles y cierres de fronteras, al igual que en la multiplicación por doquier de los esfuerzos puestos en las políticas de retorno de una creciente proporción de la población inmigrada.

Se requiere de manera creciente, por el contrario, la importación selectiva de fuerza de trabajo cualificada, pues por el momento la producción y las posibilidades de realizar la acu-

mulación capitalista a través de contratendencias a la caída de la tasa de ganancia, se ven socavadas paradójicamente por el progreso técnico-científico y la valorización de la fuerza de trabajo que le acompaña. Esto es así porque, a la larga, la automatización conlleva la reducción del trabajo en la producción directa, así como la reestructuración al alza de las cualificaciones necesarias de la fuerza de trabajo, pasando a elevarse el tiempo medio de su formación y aumentando también, consiguientemente, el valor de ésta (tendencia a largo plazo resultante del desarrollo de las fuerzas productivas).

Por eso mismo, el Capital necesita de modo creciente desvalorizar esa fuerza de trabajo, proporcionalmente más cuanto más cualificada. A tal objetivo responde la importación selectiva de fuerza de trabajo intelectual o altamente cualificada, a un precio menor que la local, para redundar en la disminución de su costo. En ese sentido, la imposición de la tarjeta azul para facilitar ese tipo de inmigración en la Unión Europea pretende ponerse al paso de la mayor economía importadora de fuerza de trabajo en cantidad y diversidad: la de los EE UU., donde reside y trabaja el 55% de la migración cualificada mundial³⁴.

Procesos que se refuerzan con la tendencia al alza de la estratificación étnica del valor social de la fuerza de trabajo por orígenes. Ésta va acompañada de la racificación de la diferencia, que no es sino la réplica en el ámbito cultural y social de la exogenización de la fuerza de trabajo en la esfera laboral, como se dijo.

³⁴ Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en 2001 más de la mitad de las admisiones migratorias en Australia, Canadá y Nueva Zelanda correspondieron a trabajadores de alta cualificación. Las formaciones sociales centrales ponen en marcha programas de atracción de esa fuerza de trabajo (por medio de exacciones fiscales, créditos, permisos especiales, apoyo a la integración y aprendizaje del idioma, aceleración de trámites de visado, entre otros), lo mismo que del estudiantado extranjero que se gradúa en su territorio. No hay que olvidar que gran parte de los expatriados de los propios países de la OCDE son profesionales cualificados. La mayor población de expatriados con estudios superiores correspondía a la antigua URSS (alrededor de 1,3 millones), seguida de India (un millón, aproximadamente). Por su parte, este proceso supone para las formaciones periféricas un creciente drenaje de fuerza de trabajo cualificada, cuyo principal destino es los EE. UU. (en muchos casos —como son los de los países centroamericanos, México, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Uruguay, además de numerosos africanos y algunos asiáticos—, allí van el 100% de sus profesionales cualificados que emigran a países de la OCDE). Ver para estos datos Abella (2006).

A ello se sumará probablemente la utilización de mayor mano de obra femenina (siempre más barata), conforme crezca el proceso de proletarización de las mujeres en las formaciones periféricas y la descomposición de las relaciones domésticas tradicionales.

Resulta altamente probable, además, dado el acelerado proceso de depreciación de la fuerza de trabajo, tanto más de la migrante, el aumento de las migraciones (en apariencia no laborales) relacionadas con la reproducción étnico-familiar de la fuerza de trabajo por fuera del mercado.

Es factible, en definitiva, que el deterioro de los mercados y la agudización de la crisis económica-ecológica conlleven en lo inmediato (mientras el Capital trata de reestructurar las bases productivas sin alterar en lo substancial el sistema de dominación) una saturación de la migración laboral hacia las sociedades centrales, que previsiblemente será compensada por migraciones laborales interperiféricas o entre periferias y economías con aspiraciones a dejar de serlo (como las BRICs). También aquellas migraciones laborales periferias-centros podrán ser más y más equilibradas en importancia por migraciones de refugio, sean de origen ecológico o bélico, que no son sino expresiones también de lo político.

La permanente o todavía inagotada movilidad absoluta se complementará con la miserabilización de la fuerza de trabajo mundial y el incremento e intensidad de las variantes de movilidad relativa (cuyas expresiones debieran constituir objetivo irrenunciable de análisis de la ciencia social). De facto, las continuas reestructuraciones de los mercados laborales y procesos productivos muestran que el capitalismo, en su avance, no ha hecho sino aumentar y profundizar en la movilidad forzada (inmediata o inducida ³⁵) de los seres humanos, constituyéndose ésta en una de sus principales características en cuanto que mano de obra.

³⁵ La movilidad inmediata refiere a las expulsiones de las tierras, conquistas y todo tipo de desplazamientos forzados de personas, así como a las formas de tráfico esclavista y ciertos tipos de “enganche” contractual. La movilidad mediata o inducida designa primordialmente la movilidad relativa y espacial de seres humanos como fuerza de trabajo y/o en general, como desposeídos.

7. Clandestinización: un paso más en la degradación de la fuerza de trabajo migrante global

Pero la oportunidad de la fuerza de trabajo exógena no ha terminado. Su “necesidad” radica no tanto en la rebaja de los costes salariales inmediatos como en su costo global como factor de producción a lo largo del tiempo, su probable mayor docilidad estructural y su mayor predisposición a la movilidad relativa horizontal y espacial, así como su contribución a amoldar o disciplinar el comportamiento social del trabajo vivo.

A cada crisis de los modos de regulación de la relación salarial, le sigue una reorganización de los espacios y tiempos productivos, modificaciones en las relaciones sociales y en los cauces y contenidos de la integración social, incluyendo la propia construcción y acceso a la ciudadanía ³⁶. Le corresponden igualmente nuevas formas de importación de fuerza de trabajo (Moulier-Boutang, Garson y Silverman —1986—).

Esas formas en la actualidad hacen cobrar un creciente protagonismo a los sistemas de exclusas. La obsesión de las políticas migratorias por intensificar la selectividad migratoria por estricto orden de conveniencia, está destinada a contrarrestar las “turbulencias” o la parte menos deseada de los procesos migratorios.

La misión principal de las exclusas es evitar unos u otros tipos de migración o de ajustar sus proporciones por orígenes, género, edad, adscripciones culturales y cualificaciones de la mano de obra, de acuerdo no solamente con los intereses empresariales sino con la estabilidad general del mercado laboral y el equilibrio del ejército de reserva (un “ejército de reserva” excesivo puede ser tan desestabilizador como peligroso para el Capital no contar con trabajo excedente). El objetivo determinante de esas exclusas radica, además, en clandestinizar a aquellas personas que las cruzan sin permiso, acentuando en grado máximo su vulnerabilidad. Ese es el último paso en su sujeción.

Su presencia contrarresta la integración de la fuerza de trabajo migrante de larga duración, la de las segundas generaciones y las

³⁶ Así por ejemplo, el incesante trastocamiento de las condiciones sociales de existencia que provoca el proceso de acumulación capitalista, desemboca en degradación de la ciudadanía como ciudadanía blindada para unas cada vez más reducidas minorías.

luchas sociales y políticas de esta particular fuerza de trabajo, posibilidades que ponen en riesgo todo el entramado dual de los mercados laborales. Por eso, la probable insubordinación de Trabajo endógeno o en vía de endogenización tiene que ser compensada constantemente con nueva fuerza de trabajo exógena, tanto mejor cuanto más vulnerable llegue, y qué mejor para ello que su clandestinización.

Al margen total de la ciudadanía, estas especiales mercancías que se desplazan a sí mismas se hacen no solamente no-visibles sino que su destino reservado es devenir no-personas. Las políticas migratorias de exclusas tratan de desposeerlas cada vez más de su condición de seres humanos en favor de su crudo y descarnado atributo de fuerza de trabajo; una fuerza de trabajo que se quiere indefensa y cautiva, cuya más o menos masiva presencia permite:

- Agudizar la segmentación de los mercados laborales.
- Fragilizar el conjunto de la fuerza de trabajo migrante.
- Reforzar la auto-alocación de la migración en los sectores más desprotegidos del mercado laboral, en cuanto que son conscientes de su práctica imposibilidad de aspirar al segmento primario de los mismos³⁷.

La clandestinización busca la máxima flexibilidad del trabajo, extremar su amoldamiento comportamental, sumándose a los nuevos cerramientos y extracciones de plusvalía absoluta y relativa, que se entrecruzan con dispositivos de control y lucha de y por la movilidad absoluta y relativa (Mezzadra, 2005: 149).

Esa lucha será la constante a enfrentar por el Capital, porque hay una obviedad que no puede descuidarse, y es que el trabajo vivo es también la única mercancía con la facultad de rebelarse (nunca es dominado completamente), y a veces expresa esa rebelión moviéndose más allá de los límites impuestos. De ahí el peligro del “enemigo de clase interno”: las nuevas clases peligrosas representadas hoy, y por ahora, ante todo, por el trabajo exógeno, temido por su potencialidad de contagio al resto del trabajo vivo degradado.

Es precisamente en esta potencialidad donde ha estado puesto el hincapié de los nuevos trabajos sobre la autonomía de

³⁷ A estas circunstancias apuntaba ya el trabajo de Moulier-Boutang, Garson y Silberman (1986) al comienzo del declive del modo de regulación keynesiano.

las migraciones³⁸. A la discusión con algunos de ellos dedicamos el último apartado.

8. Excurso sobre el autonomismo del Trabajo migrante

La perspectiva autonomista del Trabajo trasladado al campo de las migraciones se acoge asimismo a la inversión hegeliana de la dependencia: es el amo el que necesita del siervo, y es la libertad como movilidad unilateral de la fuerza de trabajo dependiente la variable estratégica para el salariado, mientras resulta la variable subordinada para el Capital.

Por ejemplo, Moulier-Boutang, a pesar de sus primeros trabajos sobre la clandestinización de la mano de obra, da el salto mortal para sostener que la pugna por la libertad de movimiento como constante es la que determina en primera instancia el propio movimiento del capital, su dinámica reproductiva (“antes de haber sido teorizada como una virtud del aparato productivo, la movilidad fue, sobre todo, una necesidad impuesta a la que los empleadores hubieron de adaptar la organización de la producción” —2006: 482—)³⁹.

Su mundo al revés puede ser entendido a partir de su tesis de partida:

...la transformación social se produce al menos tanto por un desprendimiento o desapego (décollement) continuo de las convenciones, de los contratos, de la lengua, que por la lucha representada, la gigantomachie mitológica, de la lucha de clases (2005: 57; traducción y énfasis nuestros).

³⁸ Las clases peligrosas siempre fueron asociadas a la fracción del trabajo vivo en movimiento. La mano de obra migrante posee una condición de nómada, aparentemente libre, que para algunos de los autores vistos es más que apariencia, pero que en cualquier caso suscita la inquietud de los poderes que intentan sedentarizar o fidelizar a su fuerza de trabajo.

³⁹ El punto de partida de este autor, perfectamente compartible, es que existe una pugna constante entre el vendedor de su fuerza de trabajo en busca siempre de su libertad (históricamente en forma de fuga hacia la ciudad, a través de la producción directa para el mercado, estableciéndose por cuenta propia, etc.) y la utopía autoritaria del trabajo dependiente totalmente reglamentado (en el que la acumulación de capital se ve libre de los movimientos del Trabajo, y la fuerza de trabajo como un coste fijado de manera definitiva en un mercado funcionando sin libertad). De ahí no se infiere, con todo, la conclusión expresada en el texto ni sus principales tesis sobre la autonomía migratoria.

La internalización del capital, la deslocalización, surgen como respuesta al problema de control del Trabajo. El movimiento que conforma el mundo de los países y el orden internacional desde los años sesenta es esencialmente un movimiento de huida, de defección, más que de resistencia frontal. Estos movimientos afectan el equilibrio del Sistema, su estabilidad, su beneficio (es decir, la esperanza estable o previsible de beneficio de toda inversión). Serían para Moulier-Boutang movimientos a-dialécticos, que rehúsan transformarse en oposición, como producto de movimientos de imitación, repetición, mimetismo, deformación o evitamiento.

De ahí que este autor vea a las migraciones más como estrategia, como un “movimiento social”⁴⁰, como un sabotaje, que como un movimiento forzado. Es el Capital el que responde con un movimiento condicionado por esa estrategia, en forma de movimiento secundario, táctico.

Ésta es la estela de Negri que han seguido también otros autores como Mezzadra y que, salvando las distancias, comenzó a apuntar tímidamente Papastergiadis.

Para este último autor, la consideración del inmigrante como una víctima yerra al no distinguir entre grados de movilidad, niveles de ligazón, acceso a recursos y “capital cultural” de unos y otros seres humanos (2000: 199). Siendo la habilidad para moverse la mayor expresión identitaria (2000: 52).

De ahí concluye además, que la impredecibilidad e incontabilidad de las “turbulencias” migratorias pueden poner en jaque todo el entramado de dominación.

Y eso que previamente, en el mismo trabajo, Papastergiadis se hace eco de las palabras de otro autor (John Berger) para decir:

...es preciso contemplar la resolución de emigrar de cualquier persona dentro del contexto del sistema económico mundial...
La intencionalidad del migrante está permeada por necesidades

⁴⁰ Obviamente, todas las dinámicas protagonizadas por numerosos seres humanos pueden leerse como “movimientos sociales”; pero entonces ahí podríamos incluir también el hecho de morir, comprar en supermercados, tener accidentes de carretera (todas esas circunstancias que Durkheim consideró “hechos sociales”, y que ahora estos autores quieren hacer pasar por “movimientos sociales”). Para nosotros, por el contrario, “movimiento social” implica algún grado de compromiso común entre sujetos sociales o políticos, para accionar de modo colectivo en orden a conseguir determinados objetivos igualmente colectivos, verbigracia la eliminación o al menos amortiguamiento de situaciones de explotación y opresión (ver Piqueras, 2002).

históricas de las cuales ni esa persona ni nadie con quien se cruza es consciente (2000: 21).

Y un poco más adelante el propio Papastergiadis sostiene: “Migrar nunca es un gesto espontáneo” (2000: 25). En sus conclusiones parece olvidar tales premisas.

Más fiel al “negrismo”, Mezzadra copiará a Moulier-Boutang la práctica totalidad de sus presupuestos. Su clave analítica bien podría radicar en el siguiente enunciado:

...el capitalismo está caracterizado por una tensión estructural entre el conjunto de las prácticas subjetivas en las que propiamente se expresa la movilidad del trabajo... y el intento de ejercitar un control despótico por parte del capital, a través de la mediación fundamental del Estado (2005: 143).

Lo cual podría ser fácilmente compartible sino fuera porque de ahí el autor extrae a la “huída” como elemento clave de desarticulación de dominaciones.

En definitiva, estos autores subrayan su predilección por la “salida”, incluso frente a la “voz” que propusiera Hirschman, a la hora de apuntar a las alternativas más firmes del Trabajo. Conduciéndonos al punto en que el Trabajo lleva la iniciativa por medio de su reacción más o menos imprevisible, su “salida” migratoria, “huída” o deserción de determinados entornos sociales y laborales. Esas reacciones pasarían a ser autonomía⁴¹.

La apuesta por la “huída”, como en otros ámbitos se ha hecho por el “grito” (Holloway) en cuanto que factor liberador, busca de manera deliberada ser ajena a la alienación intrínseca de la que parte y padece el Trabajo en cualquier sociedad de clases (ignorando todos los dispositivos de poder, subordinación y explotación con los que el amo contrarresta su necesidad del esclavo, tanto en el hacer como en la conciencia de éste), y en concreto, de la muy característica que produce la sociedad capitalista, cuyas relaciones de explotación son especialmente oscuras o difusas para el Trabajo en general, pero sobre todo en su expresión asalariada. Con ello se

⁴¹ No obstante la autonomía no es tanto decisión personal entre constricciones para elegir la menos mala (la “huída”, por ejemplo). Tiene que ver más bien con las posibilidades de acción eficaz de los sujetos, en un dominio considerado problemático por ellos, de cara a modificar la situación de partida. Todo lo cual requiere de manejo de recursos e información, lo mismo que de capacidad colectiva (social) de incidencia en las coordenadas comunes.

desconoce, al mismo tiempo, el hincapié marxista en la conciencia de clase (llamémosla si queremos, conciencia de lucha) como acompañante indispensable de la constitución de sujetos sociales, en tanto que agentes con mayor capacidad de realización de la potencialidad humana de protagonizar su propia emancipación respecto de unas u otras condiciones de dominación y alienación (percibiendo y enfrentando la explotación de que son objeto). Confunden asimismo estos autores la resistencia o 'lucha de clase' latente que es susceptible de producirse en todo ser humano ante cualquier forma de explotación-opresión (en forma de deserciones, huidas, sabotajes, escamoteos, negligencias, absentismos, abulias, etc., etc.), con la lucha de clase manifiesta o emancipadora a escala colectiva (ver Piqueras, 2002). Una cosa es tener capacidad de negar y otra ejercer la capacidad de liberar (-se) ⁴².

La idea de Mezzadra de ver el trabajo vivo más allá de la composición de clase nos abre a un posible sujeto de emancipación, tan ambiguo como impensado, que nos remite a la "multitud" de Negri⁴³. Así Mezzadra afirma que la actual desarticulación de las pertenencias que se produce en las distintas formaciones sociales transforma "de forma irreversible" al trabajo vivo en multitud (2005: 152).

Y no es que el Trabajo como trabajo vivo no pueda "desbordar" la composición de clase, lo que no podrá es quedar al margen de la relación de clase (salvo en una hipotética sociedad sin formas de explotación entre los seres humanos).

Pero hay algo más preocupante aún en los análisis de estos autores, y es que prefieren recurrir al ilusionismo de la multitud⁴⁴ antes que llevar a cabo el análisis de la degradación real de las condiciones de la fuerza de trabajo en la actualidad.

⁴² Tengo que remitir aquí a nuestra crítica del autonomismo en Piqueras (2005), donde se proporcionan además referencias de otras críticas al respecto.

⁴³ Parece increíble cómo este autor ha invertido todo el proceso que tanto le costara a Thompson trazar históricamente para explicar cómo de la protesta plebeya o multitud, esto es, de una lucha de clase sin clases, se fue pasando a la conciencia de clase y por consiguiente a la formación de las clases. Negri nos devuelve de una patada a nuestra condición de masa.

⁴⁴ ¿No tiene reminiscencias este referente de viejos idealismos más o menos milenaristas acerca de la transformación social?, ¿no se intenta con él rescatarlos de alguna manera o al menos mantener en la difusa penumbra de la indeterminación, la indefinición, la falta de concreción, a sujetos, alternativas reales y formas de organización facilitadores o entorpecedores en mayor o menor grado de emancipaciones?

Tal análisis se antoja imprescindible para juzgar qué de realidad hay en la "autonomía" de migrar frente a la "disponibilidad" para migrar que presentan cada vez más y más seres humanos según forzamientos estructurales (achicamiento de las posibilidades de reproducción social e individual de la fuerza de trabajo, degradación de condiciones sociales y laborales, pérdida substancial y estructural de oportunidades de vida...) y a menudo también en virtud de requerimientos de los mercados migratorios.

Si la autonomía tiende a ser proporcional al acceso y el manejo de recursos, la desposesión o proletarización, la debilitación del poder social de negociación, la vulnerabilidad social aceleradas en las últimas décadas no parecen ir a favor de tal potencialidad (a no ser que la circunscribamos a ciertos tipos de movimientos reactivos contra esas circunstancias y situaciones, pero entonces estaríamos definiendo una muy triste y pobre "autonomía"). Mejor se haría, por ende, en analizar cuáles son en realidad las condiciones de creciente sustituibilidad de la fuerza de trabajo y de empobrecimiento de su poder social de negociación, de profundización de la sumisión laboral, de desregulación social de los mercados laborales, de degradación de la ciudadanía y de los mecanismos de cohesión social, entre tantos otros factores que dejan hoy reducida la autonomía del Trabajo en la mayoría de los casos a decidir entre ser desechable o sobreexplotado en el propio mercado local o buscar alguna mejora social y de oportunidades de vida a costa de la sobreexplotación en el exterior; sin que esta última opción anule el riesgo de desechabilidad en el mercado global capitalista.

Únicamente mediante análisis rigurosos acerca de la realidad del Trabajo podremos calibrar cuáles son las posibilidades reales de su emancipación, una de cuyas claves pasa sin lugar a dudas por la ruptura de los procesos de endogenización y exogenización que están en la base de una de sus mayores divisiones o líneas de desigualdad.

Proponemos, además, que las posibilidades de hacer análisis más fructíferos pasan por seguir el curso de las relaciones Capital-Trabajo a escala global.

En ese sentido, los cambios habidos en la división internacional del trabajo, con cada vez mayor desplazamiento de la producción hacia ciertas periferias, así como la universalización de las dinámicas de importación y exportación de fuerza de trabajo, abren las puertas a las consecuentes recomposiciones de la relación

centros-periferias, así como del conflicto de clase a escala global, que puede verse también afectado por la permanente puesta en contacto de la fuerza de trabajo mundial. La multiplicación e intensificación de las relaciones y vinculaciones entre la fuerza de trabajo mundial, a través de su movilidad espacial, permite por primera vez de manera objetiva las posibilidades de comunicación y coordinación de aquélla entre sí.

Esta última circunstancia suscita de igual modo posibilidades de difusión y aprendizaje de experiencias de lucha, reivindicativas y organizativas, que pudieran desembocar en la formación de nuevos sujetos no apenas nacionales sino potencialmente incluso transnacionales. Permite, asimismo, prefigurar opciones de articulación organizacional del Trabajo de mayor alcance y dimensión, susceptibles de modificar la correlación de fuerzas entre las clases ⁴⁵.

Aquí radica a nuestro juicio el verdadero potencial disruptor de la fuerza de trabajo en movimiento, en la posibilidad de reconducir las circunstancias de su inmediata o inducida movilidad, ya sea absoluta o relativa, para conseguir una autonomía colectiva frente a ellas. Poco se avanza, por el contrario, buscando esa potencialidad en la “deserción”, pues ésta no es sino una forma de protesta blanda, que acompaña con frecuencia a la impotencia para actuar colectivamente de cara a transformar la situación en las formaciones sociales de expulsión de fuerza de trabajo.

Dado que las crecientes restricciones a la autonomía individual solamente pueden ser contrarrestadas a través de la autonomía colectiva, tal paso requiere en lugar preferente de la pugna conjunta de los diferentes sectores del Trabajo actuando como sujetos de clase por erradicar los dispositivos de exogenización

⁴⁵ Existe un factor desestabilizador en la propia cantidad de fuerza de trabajo a importar. Como quiera que ésta es la responsable de entre el 30 y el 50% del aumento poblacional en las formaciones sociales centrales, la cuestión es ¿cuánta se necesita, durante cuánto tiempo? En el año 2000, la Comisión Europea realizó un informe (22.11.00) que causó hondo impacto. Según el mismo, para que en 2050 en la Unión Europea hubiera la misma población que en 1998 se necesitarían 16 300 000 inmigrantes externos. Para que en 2050 se garantizara el mismo nivel de vida de la población en 1998 se precisarían 47 400 000 inmigrantes. Para que en aquel año hubiera la misma población activa que en 1998, habría que contar con 79 600 000 inmigrantes. Y para mantener la misma ratio activos/jubilados que en 1998, se requeriría de ¡123 millones de inmigrantes! Más allá de las posibilidades reales de realizarse esas formulaciones, lo que sí dejan claro es el constante y creciente desafío que para el Capital entraña manejar embrizada y disciplinariamente la previsible creciente necesidad de fuerza de trabajo exógena.

del trabajo vivo, eliminar la posición de clase diferencial o las distintas oportunidades de vida anejas a la división “nacional” (de autoctonía-heteroconía) del trabajo.

Esa pugna es constantemente socavada, sin embargo, por los dispositivos de extranjerización, por las separaciones identitarias y construcciones del nosotros-ellos que potencia o recrea el Capital también en el plano socio-cultural.

Por eso mismo, sin accionar explícito común, sin el logro de aglutinaciones de luchas y la posibilidad de sujetos coordinados, la multitud, cual hormiguero migratorio ⁴⁶, difícilmente podrá no ya transformar sino tan siquiera desbaratar las estructuras de poder o la dimensión del poder de clase a escala local, cuánto menos al nivel transnacional.

De hecho, la conjunción de factores hasta aquí referida ha conducido a la proletarianización de la mayor parte de la humanidad, y a mantener al proletariado del mundo en condición objetiva de competencia generalizada entre sí, gracias sobre todo a su creciente sustituibilidad, o a la capacidad de reemplazo que proporciona un vasto ejército de reserva de carácter mundial, con disponibilidad permanente para migrar. Todas las tendencias del tardocapitalismo declinante (con los previsible estertores del capitalismo transnacional) apuntan a que a falta de una contrarréplica agencial del Trabajo como sujeto histórico, lejos de disminuir pueden aumentar de manera sustancial las dificultades para que los seres humanos tracen por sí mismos su movilidad espacial, tengan una movilidad asumida con libertad (automovilidad), o incluso puedan elegir su inmovilidad (De Gaudemar, 1979 y 1981). Es por eso, precisamente, que la autonomía de movimientos se torna más y más un factor distintivo de clase (Bauman, 2001; Boltanski y Chiapello, 2002), en un mundo con cada vez menor libertad al respecto, en el que las personas han sido universalmente convertidas en esa especial mercancía llamada fuerza de trabajo, con diferente precio y por consiguiente lista para facilitar la acumulación desigual en unas u otras formaciones socioestatales en que hoy se halla dividida la humanidad.

Algo que no podría realizarse sin altas restricciones formales a su libre movilidad espacial transfronteriza, así como tampoco sin

⁴⁶ El previsible declive del sistema mundial capitalista, la Gran Depresión del siglo XXI y sus múltiples implicaciones, ofrecen perspectivas muy difíciles de anticipar, pero entre ellas, la de las “migraciones hormiga”, de movimientos más aleatorios, en todas direcciones, no parece descabellada.

la intervención de los Estados para asegurar su desigual estatus y condición sociopolítica.

Así se mantienen por ahora el valor desigual de la fuerza de trabajo mundial y su debilitamiento.

Bibliografía

- Abella, Manolo (2006). "Competencia global por trabajadores cualificados", en: C. Blanco (ed.) *Migraciones. Nuevas movilidades en un mundo en movimiento*. Barcelona, Anthropos.
- Arrighi, Giovanni (1999). *El largo siglo XX*. Madrid, Akal.
- Bauman, Zygmunt (2001). *La postmodernidad y sus descontentos*. Madrid, Akal.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.
- Cachón, Lorenzo (1995). "Marco institucional de la discriminación y tipos de inmigrantes en el mercado de trabajo en España", en: *Reis (Madrid)* No. 69, págs. 105-124.
- Cachón, Lorenzo (2002). "La formación de la España 'inmigrante': mercado y ciudadanía", en: *Reis (Madrid)* No. 97, págs. 95-126.
- Castles, Stephen y Miller, Mark (2003). *The Age of Migration. International Population Movements in the Modern World*. New York, Guilford Publications.
- Contreras, Ricardo (2007). *La mercancía migrante*. Eumed.net (Biblioteca virtual: <http://www.eumed.net/libros/2007b/294/index.htm>).
- De Gaudemar, Jean-Paul (1979). *Movilidad del trabajo y acumulación de capital*. México. D. F., Ediciones Era.
- De Gaudemar, Jean-Paul (1981). *La movilización general*. Madrid, La Piqueta.
- Gordon, David, Edwards, Richard y Reich, Michael (1994). "Long swings and stages of capitalism", en: D. Kotz, T. McDonough y M. Reich, *Social Structures of Accumulation*. Cambridge, Cambridge University Press.
- IOM (International Organization for Migration) (2005). *World Migration. Costs and Benefits of International Migration*. Genève.
- Malgesini, Graciela (comp.) (1998). *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema mundial*. Madrid, Fundación Hogar del Empleado.
- Mezzadra, Sandro (2005). *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid, Traficantes de sueños.
- Miquel, Alejandro (2007): "La negación de la ciudadanía: movimientos migratorios y extranjería", en: B. Riutort (coord.), *Indagaciones sobre la ciudadanía. Transformaciones en la era global*. Barcelona, Icaria.
- Moulier-Boutang, Yann (2005). "Économie Politique des Multitudes", en: *Revue du Collège International de Philosophie*, págs. 53-65.
- Moulier-Boutang, Yann (2006). *De la esclavitud al trabajo asalariado. Economía histórica del trabajo asalariado embridado*. Madrid, Akal.
- Moulier-Boutang, Yann, Garson, Jean P. y Silverman, Rosane (1986). *Economie politique des migrations clandestines de main-d'œuvre. Comparaisons internationales et exemple français*. Paris, Publisud.
- OIT (2007). *La igualdad en el trabajo: afrontar los retos que se plantean* (<http://www.google.es/search?hl=en&source=hp&q=informe+OIT+2007&aq=f&aqi=&aqj=&aqm=&aqoq=>).
- Papastergiadis, Nikos (2000). *The turbulence of Migration*. Cambridge-Oxford, Polity Press-Blackwell Publishers.
- Pedreño, Andrés (2005). "Sociedades etnofragmentadas", en: Andrés Pedreño y Manuel Hernández (coords.) *La condición inmigrante. Exploraciones e investigación desde la Región de Murcia*. Murcia, Universidad de Murcia.
- Piqueras, Andrés (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Alzira, Germania.
- Piqueras, Andrés (2005). "La mutua conformación del Capital y el Trabajo desde el capitalismo maduro al capitalismo senil, y las formas sociales a que da lugar", en: *Polis (Santiago, Universidad Bolivariana)* Vol. 4, No. 12, págs. 413-446.
- Piqueras, Andrés (2007). *Capital, migraciones e identidades*. Castellón, Universitat Jaume I.
- Potts, Lydia (1990). *The World Labour Market. A History of Migration*. Londres-New Jersey, Zed Books.
- Sánchez Alonso, Blanca (1995). *Las causas de la emigración española 1880-1930*. Madrid, Alianza Universidad.
- Sánchez Alonso, Blanca (2002). "La época de las grandes migraciones: desde mediados del siglo XIX a 1930", en: Manuel Pimentel (coord.) *Procesos migratorios, economías y personas. Mediterráneo Económico (Almería, Instituto de Estudios de Cajamar)* No. 1.
- Sassen, Saskia (1990). *The Mobility of Labour and Capital. A Study in International Investment and Labour Flows*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Sassen, Saskia (2001). *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*. Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- Tortella, Gabriel (1995). *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid, Alianza Universidad.
- Valle, Alejandro (2000). "Desarrollo desigual y competitividad", en: J. Arriola y D. Guerrero (eds.), *La nueva economía política de la globalización*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Zlotnik, Hania (1992). "Empirical Identification of International Migration Systems", en: M. Kritz, L. Lim y H. Zlotnik (eds.) *International Migration Systems. A Global Approach*. Oxford, Clarendon Press.

Capítulo VIII

Hegemonía del poder social difuso

Paulo Campanario

Introducción

Las actuales sociedades continúan causando miseria, desigualdad, injusticia, ineficiencia, violencia, crisis. Con el objetivo de crear una alternativa viable hacia una sociedad más justa, igualitaria y democrática, defendí en un ensayo reciente ¹ la idea de que, con todas sus variantes, tanto la propiedad esencialmente privada del capitalismo como la esencialmente estatal del so-

¹ "Hegemonía del valor de uso social avanzado: clave para superar las sociedades actuales", Observatorio Internacional de la Crisis (www.observatoriodelacrisis.org) con versiones en inglés, francés y portugués. También publicado como el Capítulo VII (Alternativas para superar las sociedades actuales: hegemonía del valor de uso social avanzado) en: La Gran Depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas (de Wim Diercksens, Antonio Jarquín et al, Colección Universitaria del DEI y Observatorio Internacional de la Crisis, San José, 2009) y, en italiano, como el Capítulo VII (Le alternative alle società attuali; Egeemonia del valore d'uso sociale avanzato) en: La grande depressione del XXI secolo; cause, carattere, prospettive (de Wim Diercksens, Antonio Jarquín et al, Fondazione Guido Piccini per i diritti dell'uomo onlus, Calvagese della Riviera, 2010).

cialismo, tienen una esencia en común que se encuentra en el origen de esos problemas: promueven la acumulación de valores² (dinero, capitales) en detrimento de la producción de valores de uso (sociales y avanzados). La manera de producir es o debería ser un problema del productor, pero qué cosa producir es o debería ser un problema de la mayoría trabajadora-consumidora, que jamás controla, ni siquiera de forma indirecta, los medios de producción. El énfasis progresivo en los valores de uso con respecto a los valores para invertir la hegemonía actual del valor sobre el valor de uso, es el camino propuesto para ascender a una nueva cumbre histórica. Según este punto de vista, lo fundamental para superar nuestras sociedades es que esa mayoría tenga la hegemonía del proceso productivo y no necesariamente la propiedad de los medios de producción. El poder, el Estado y la democracia, los temas del presente ensayo, se relacionan de manera estrecha con esas ideas y por eso se hará aquí uso frecuente de ellos.

Si el objetivo es implantar sistemas políticos que eliminen los problemas de las actuales sociedades, aquí se considera insuficiente la llegada pura y simple al poder del Estado, por medio de elecciones o cualquier vía que sea, sin tener la hegemonía del poder en la sociedad como un todo. Hay que conquistar esta hegemonía para, posterior y naturalmente, llegar al Estado de modo de tener la capacidad para cambiarlo en su esencia.

Es importante, pero no suficiente, criticar las sociedades actuales o simplemente recomendar algunas acciones amplias para superarlas, como se hizo en el referido artículo, porque es central, además, saber cómo construir este camino, lo que conduce, de nuevo, a la discusión del poder y, por ende, del Estado y la democracia.

Modificar la organización y las leyes del Estado para civilizar la sociedad, como lo proponen la socialdemocracia o el socialismo, puede eventualmente universalizar el acceso a ciertos servicios como la salud, las pensiones y otros, lo que es positivo, si bien nunca cambia ni nunca fue el objetivo de estas propuestas cambiar la hegemonía del valor sobre el valor de uso. La tesis central defendida aquí es que se necesita un cambio de ideología y de modelo teórico con respecto al Estado y la democracia y, a un tiempo, desarrollar un poder alternativo difuso para superar los problemas estructurales causados por las actuales sociedades.

² Por conveniencia de exposición, en este ensayo los conceptos de valor de uso y utilidad son considerados equivalentes, así como los de precio y valor.

Ya existen hoy ideologías y producción de mercancías y servicios en donde el valor de uso tiene prioridad sobre el valor, pero son ideologías y formas de producción embrionarias, no dominantes ni hegemónicas y, muchas veces, divergentes. Son algunos ejemplos el énfasis en el transporte colectivo en detrimento del individual, ya vigente en muchas ciudades; el uso progresivo de fuentes de energía renovables; los movimientos pacifistas, ecologistas, a favor de los derechos humanos, antineoliberales (Foro Social Mundial), además de los sistemas de salud y pensiones universales ya citados. Estas acciones e ideas son conquistas relativamente recientes. Casi todas ellas surgieron desde la segunda mitad del siglo XX y continúan imponiéndose con fuerza creciente en nuestros días. La condición necesaria para que éstas y otras mudanzas se amplifiquen, sean irreversibles y sostenibles, es que exista, además de una masa crítica de servicios y mercancías con valor de uso social avanzado, una correspondiente masa crítica de ideas coherentes, o sea, una ideología opuesta, claro está, a la hegemónica.

1. El concepto moderno de Estado

Maquiavelo (1469-1527) fue el creador de la idea de Estado moderno, también denominado Estado-nación. Puede ser definido, de forma similar a como lo hacen los manuales de ciencia política, como una fuerza organizada e institucionalizada, con poder soberano sobre determinada población y un territorio, que adopta medidas de autopreservación y fortalecimiento con respecto a otros Estados y que tiene la función de imponer monopólicamente, si fuese necesario, la coerción y/o fuerza para mantener el orden social y evitar la pérdida del territorio que controla. Este concepto, por él sistematizado e intuitivo (ya que este tipo de Estado era aún embrionario en su tiempo), sienta como un guante a los intereses de los que controlan los Estados-nación, surgidos a partir del capitalismo, tanto en Occidente como en Oriente. Perdura triunfante hasta hoy, pese a las tentativas fracasadas de superarlo de manera parcial o total, principalmente a través de la implantación de los soviets en la extinta Unión Soviética.

La forma que asume este Estado-nación moderno evoluciona y fue siendo perfeccionada y adaptada a diversas circunstancias y especificidades históricas. Absolutismo, federalismo, separación e

independencia de poderes, monarquía constitucional, democracia y otras modalidades son asimilables a su concepto sin que cambie su esencia, invariable desde que surgió. Fue adoptado en el siglo XX, sin grandes cambios, en los países de socialismo real con el nombre de república soviética, democrática y/o popular donde, paradójicamente, él se fortaleció todavía más, al contrario de lo que preveían la teoría y el deseo de sus idealizadores.

Una característica capital de este concepto es la exigencia de una supuesta separación tajante entre la razón, por un lado, y, por otro, la religión, la ideología, la cultura y cualquier otra manifestación del imaginario humano, incluyendo las emociones. El "príncipe", la encarnación de este Estado, tiene que ser "maquiavélico": frío y calculista, técnico, capaz de lidiar con los asuntos del Estado de forma amoral, libre de sentimientos, ideologías y religión pero, a un tiempo, ser lo suficientemente astuto para ser visto por el pueblo comandado como justo, bondadoso, comprensivo, sensible, religioso. Es de remarcar que este Estado siempre es idealizado y definido como una fuerza independiente y separada de la sociedad, planeando sobre ella, falsedad que será comentada más adelante.

Esta visión que osa separar razón y emoción se origina en el pensamiento griego, principalmente el de Aristóteles (384-322 a. C.), cuyo Principio de Identidad ("A es A") afirma que las cosas son en realidad separadas entre sí y deben ser vistas de este modo cuando son analizadas (descompuestas, separadas). El reciclamiento o actualización de este pensamiento originó la Ilustración del siglo XVIII y las bases de la ciencia moderna, por lo que Maquiavelo es precursor tanto del Siglo de las Luces como de las ciencias humanas, así como Galileo (1564-1642) lo fue de las ciencias exactas y físicas. Es tiempo de superarla pues esta misma ciencia, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, arribó a encrucijadas que ponen en jaque el determinismo implícito de sus principios fundadores: la física cuántica, la teoría de la relatividad, el subconsciente, la teoría del caos, la variedad de las culturas, las nuevas matemáticas con postulados considerados antes incongruentes, etc.

2. Hegel, Marx y la dialéctica

Pero se representa el ser de cierto modo con la imagen de la pura luz, como la claridad del ver no enturbiado, y la nada en cambio como la pura noche, y

se relaciona su diferencia a esta bien conocida diferencia sensible... La pura luz y la pura oscuridad son dos vacíos que son la misma cosa. Sólo en la luz determinada... y por lo tanto sólo en la luz enturbiada puede distinguirse algo; así como sólo en la oscuridad determinada... y por lo tanto en la oscuridad aclarada es posible distinguir algo, porque sólo la luz enturbiada y la oscuridad aclarada tienen en sí mismas la distinción y por lo tanto son un ser determinado, una existencia concreta
Hegel, Ciencia de la Lógica.

Hegel (1770-1831) fue un crítico contundente del concepto de Estado de Maquiavelo, lo mismo que de toda la filosofía dominante en su época. La primacía de la razón, el cogito ergo sum cartesiano, la escisión entre ciencia y religión, razón y sentimientos, esencia misma de la Ilustración, sumada al ambiente destructivo e individualista que muchos pensadores de su época ya atribuían a este pensamiento como, por ejemplo, la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, explican gran parte del criticismo hegeliano y el surgimiento del Romanticismo. Para superar esta lógica analítica y desmembradora, defendió la dialéctica como forma de conciliar o unir lo que los iluministas consideraban metodológica y lógicamente imposible. Esta nueva sistematización de la dialéctica fue hecha sobre todo con base en las ideas de Heráclito (hacia 535-484 a. C.) y Fichte (1762-1814). Su concepto central, la síntesis de los opuestos, puede ser así resumido:

- i. La realidad evoluciona principalmente por medio de oposiciones en el tiempo;
- ii. estas oposiciones son necesarias y no aleatorias o contingentes;
- iii. estas oposiciones se unen originando síntesis;
- iv. las oposiciones son siempre formadas por una tesis y una antítesis; y
- v. las cualidades de la tesis son ante todo plenamente desarrolladas y las de la antítesis son ante todo potenciales (no plenamente desarrolladas).

De lo anterior se infiere que las cosas e ideas:

- no son inmutables sino procesos;
- no son aisladas, pues se originan a partir de oposiciones;
- forman una totalidad, pues siempre se unen;
- evolucionan fundamentalmente por causas internas o inmanentes; y

- hay siempre y necesariamente un extrañamiento (enajenación), presente en la antítesis, que siempre intenta llevar a cabo sus cualidades potenciales; estas cualidades potenciales son, además, ideales, en el caso de los seres humanos, debido a su capacidad de pensar, sentir, intuir, preveer.

La dialéctica hegeliana implica una visión histórico-espacial, totalizadora, válida tanto para la naturaleza como para las ideas, ideologías, religiones, y cuyo motor principal es siempre interno. Hegel ve la sociedad como una secuencia de eventos evolutivos en conflicto necesario y perenne. Estos eventos poseen una dirección y finalidad en la cual el “espíritu absoluto”, un estado potencial de las cosas (una antítesis), acabará por predominar. Así, el Estado, las empresas, la cultura, la ideología, son partes de la sociedad, tienen relaciones de interdependencia mutua entre ellas y deben ser estudiadas en su dinámica histórica. Por eso, el Estado no es ni puede ser soberano en la sociedad como concibió Maquiavelo.

Esta visión de mundo fue adoptada casi integralmente por Marx (1818-1883). En el Posfacio a la segunda edición de El capital, este pensador se limitó a criticar el ropaje metafísico de la dialéctica hegeliana:

Esto fue lo que me decidió a declararme abiertamente discípulo de aquel gran pensador... El hecho de que la dialéctica sufra en manos de Hegel una mistificación, no obsta para que este filósofo fuese el primero que supo exponer de un modo amplio y consciente sus formas generales de movimiento. Lo que ocurre es que la dialéctica aparece en él invertida, puesta de cabeza. No hay más que darle vuelta, mejor dicho ponerla de pie, y en seguida se descubre bajo la corteza mística la semilla racional.

No todos pero muchos de los seguidores de Marx y sus inúmeros disidentes son los herederos de esta contra-corriente filosófica hasta hoy. Nuestro análisis intenta seguir estos pasos, de forma crítica, intentando siempre tomar en cuenta los enormes avances de ideas y las nuevas realidades sociales ocurridos a partir de la segunda mitad del siglo XIX, incluyendo ahí el desplome del socialismo realmente existente.

3. Política, trabajo e ideología

Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su

perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal (Marx, El capital, Libro I, Cap. V).

En resumen: las invenciones y conquistas humanas pueden ser ubicadas con anterioridad dentro de la mente o, más apropiadamente, a partir del imaginario de las personas.

Por imaginario se entiende aquí el conjunto de las facultades derivadas de nuestro cerebro, de modo especial nuestra enorme capacidad de memorizar junto con la capacidad altamente sofisticada de relacionar los elementos memorizados en ella de forma creativa y compleja, lo que, entre otras cosas, permite razonamientos, intuiciones, emociones, idealizaciones, capacidad de “ver” el futuro. Nada de lo que la humanidad creó nació por generación espontánea o por instinto; pasó antes por la mediación del cerebro. Todo lo que hacemos contraría la naturaleza porque la acción humana la niega, siendo siempre una tentativa de superarla para obtener cosas que ella no nos ofrece de manera espontánea. La cura de enfermedades; la fabricación de ropas, casas, medios de transporte; la domesticación y crianza de animales; la agricultura. En última instancia, se trata de la lucha sin fin para superar nuestra enajenación respecto a la naturaleza. Somos antítesis de ella y nuestras cualidades son ante todo potenciales, no desarrolladas en plenitud.

Debido a la infinita cantidad de ideas generadas por nuestro imaginario, nada más algunas pueden ser concretizadas. Tenemos que optar por un escenario, entre muchos, para intentar aplicarlo en la realidad, lo que equivale a afirmar que cualquier actividad humana posee una finalidad. Cabe aquí poner de relieve que no encuentra cabida el supuesto determinismo de la visión dialéctica y, por consecuencia, de la presunta inexistencia, en ella, del libre albedrío humano. Este existe a pesar de ser limitado por la misma infinitud de opciones existentes y, a un tiempo, por determinadas condiciones históricas e incluso aleatorias. Nos incumbe proponer lo que sea, desde que sea factible histórica y concretamente.

Nuestro cerebro está cargado de imágenes, ideas, razonamientos, sensaciones. Este almacenamiento es transmitido de persona a persona y de generación a generación, a través de lenguajes de diferentes tipos y es de carácter inequívocamente

social, pese a su base biológica. Esta transmisión es hecha desde la escuela, las tradiciones culturales orales y escritas, el arte, la familia, la arquitectura, y conforma sistemas teóricos, religiones, ideologías.

Bajo un punto de vista amplio o filosófico, la acción humana, aislada y pura, sin antes atravesar el imaginario, no existe, y, por otro lado, el imaginario aislado y puro, sin atravesar la acción, tampoco existe. No es la pura acción que cambia la realidad ni el puro imaginario, sino la síntesis necesaria entre ambos, aquí denominada praxis, de forma similar a como fue concebida por Lukacs (1885-1971). Consecuentemente, praxis, debido a esta capacidad transformadora, es sinónimo de fuerza o poder.

Pero lo que interesa aquí no es analizar la acción o el imaginario en términos filosóficos y generales ni en términos individuales o psicológicos sino en términos sociales. A partir de los conceptos de acción, imaginario y praxis, como síntesis de los dos primeros, se llega a los de Estado, democracia y poder. En términos sociales, acción es trabajo, imaginario es ideología y praxis es política. Si no, veamos. Bajo esta perspectiva lo que interesa son las acciones o actividades colectivas, y éstas son las que producen cosas para satisfacer las necesidades humanas de sobrevivencia y realización colectivas, sean ellas materiales, de servicios o de entretenimiento. Estas actividades o acciones colectivas, sociales, son aquí, todas, consideradas trabajo y su conjunto define el sistema económico, el cual ha de ser mínimamente coherente para poder funcionar a contento. De forma análoga, el imaginario, bajo el punto de vista social, es un conjunto de ideas mínimamente coherentes que constituyen un sistema, aquí denominado ideología. Parafraseando las afirmaciones del párrafo anterior: trabajo puro y aislado, sin antes atravesar la ideología, no existe, e ideología aislada y pura, sin atravesar antes el trabajo, tampoco existe. No es el puro trabajo que cambia la realidad ni la pura ideología, sino la síntesis necesaria entre ambos, aquí denominada política. Por ello política, en términos sociales, es sinónimo de poder, de capacidad de cambiar la realidad social y determinar la evolución de las sociedades, de modo análogo a la praxis en términos filosóficos, que es la capacidad de cambiar las cosas en general.

Según lo antes visto, el capitalismo, el socialismo o el feudalismo, por ejemplo, no son apenas diferentes sistemas económicos sino síntesis entre formas específicas de producción y formas ideológicas de pensar esta producción o, lo que es lo mismo, son sistemas de poder o, simplemente, sistemas políticos. La ideología

y la producción se sostienen con recíproca correspondencia. Vale acordar que la producción tiene aquí una acepción amplia e incluye cualquier tipo de bienes y servicios, incluso los del Estado (sistema judicial, defensa, poderes ejecutivo y legislativo y otros).

4. Gramsci y la hegemonía

Las conclusiones e ideas vistas hasta el momento son derivadas de la visión dialéctica, ya examinada arriba. No son asimilables al pensamiento de origen aristotélico y racionalista. Se puede afirmar asimismo que las mismas se coadunan con el concepto de hegemonía de Gramsci (1891-1937). Para él, el control del aparato estatal es apenas una de las instancias del poder, siendo otras el control del aparato educativo, del aparato productivo, de las religiones, los medios de comunicación y muchas más. Él defiende también la idea de que el bloque que tenga la hegemonía de estos procesos productivos e ideológicos es el que controla efectivamente el poder. Por eso el concepto maquiavélico de Estado moderno como una fuerza independiente, además de simplista, no cabe en la concepción de poder de Gramsci, que es la adoptada aquí.

Las sociedades modernas, sean capitalistas o socialistas, debido a sus enormes complejidades y a la herencia de formas de producción y pensamiento anteriores, mezclan diversas formas de producir y pensar y son muy heterogéneas. Los controladores de capitales de cualquier tipo, de tecnología y medios de comunicación; los sindicatos; las religiones, los movimientos sociales, las organizaciones no gubernamentales, los partidos políticos, etc., poseen su cuota de poder, grande o pequeña. La sociedad está embebida de poder y el Estado es apenas una de sus instancias. Por ello, cualquier organización social que produzca algo (como una industria o cooperativa) o difunda determinada ideología (como un partido político o periódico) tiene poder, aunque no necesariamente haga parte del bloque hegemónico.

Sin embargo, esta mezcla en apariencia anárquica de producciones e ideologías no significa que los sistemas políticos no sean organizados y carezcan de una estructura definida que los caracterice y mantenga. Lo que se plantea aquí es que la esencia de los sistemas políticos es la posibilidad de haber hegemonía, tanto de determinada forma de producir como de la ideología que sostiene esa forma, ya que hay siempre, en cualquier sistema

político, variadas formas alternativas, opuestas y no dominantes de producción y pensamiento, cada una de ellas con un objetivo diferente. Esto es válido en especial en las sociedades actuales, altamente complejas. Como la ideología y producción se sostienen con interdependencia, cuando hay hegemonía de determinado grupo o bloque hay necesariamente también hegemonía de una ideología, es decir, del conjunto de ideas de este grupo. Y además, si hay ideas, hay opciones y, necesariamente, habrá objetivos, como ya se ha planteado. Por eso los sistemas capitalistas o socialistas tienen una forma típica de producir, de pensar y un objetivo, sin los cuales esas sociedades serían anárquicas e incontrolables. El socialismo en la antigua Unión Soviética entró en bancarota en el momento en que llegó a un punto en el cual no tenía ya un amplio apoyo ideológico a su forma de producir, a pesar del gran aparato estatal y las grandes industrias, controlados de modo amplio y rígido por el Partido Comunista.

Alianzas, acuerdos políticos, bloque hegemónico..., son categorías implícitas en la idea de hegemonía, por lo que esta amplifica y sofisticada conceptos clásicos como los de Estado y clase social.

5. Poder concentrado en el Estado

Hay Estados-nación cuyos habitantes tienen mucha homogeneidad cultural, no obstante ser formados por distintos grupos étnicos (los EE. UU.), y los hay sin homogeneidad cultural y lingüística (Bélgica, Suiza, África del Sur), sin homogeneidad religiosa (India), etc.: el concepto de Estado no guarda relación con la etnia o la cultura de sus habitantes.

La Paz de Westfalia (1648) y la creación de Estados-nación subsiguientes muestran que los Estados son una invención relativamente reciente, con origen en el mercantilismo y atestan la necesidad histórica de su existencia para consolidar el naciente capitalismo. Comenzaron en Europa, los EE. UU. y Japón, y se expandieron por el mundo principalmente en los siglos XIX y XX. Territorios no consolidados aún como Estados-nación, como la India, fueron transformados en colonias, que brotaron en todos los continentes. Estas colonias fueron logrando su independencia conforme fuese suficientemente grande su fuerza política, siendo los países africanos los últimos a lograrla, en la segunda mitad del siglo XX. Los Estados-nación son hoy tan universales que su concepto se identifica, casi siempre, con el de nación o país.

El capitalismo, debido a sus avanzados procesos industriales y de servicios, necesita de un mercado grande donde actuar, para contar con un mercado consumidor garantizado, escala de producción y aumentar, debido a la competencia, la productividad, lo que equivale a disponer de una población grande y un territorio, que han de ser defendidos de los enemigos externos. Sin la existencia de los Estados-nación gran parte del mundo sería, probablemente, colonia de alguna potencia, Francia o Inglaterra, en Occidente, y Japón, en Asia. Ya en el siglo XX esto casi ocurrió con las tentativas de potencias de anexionar muchos países, en particular durante las dos guerras mundiales. Como los más débiles no tenían ni tienen cómo competir con la fuerza política de estos imperios, fueron y son obligados a adoptar un grado adecuado de proteccionismo y alianzas para sobrevivir, y el Estado-nación es una necesaria y eficaz respuesta a esta situación histórica.

Pero el Estado no existe apenas para evitar posibles y probables ataques externos ya que las sociedades capitalistas, debido a sus mismas contradicciones internas, pueden sufrir y sufren también ataques internos por parte de grupos o clases sociales insatisfechas. Necesita, entonces, de una cohesión y un control internos que son mantenidos especialmente por una ideología hegemónica y fuerzas represivas, leyes, sistema legislativo y ejecutivo, todos para la mantención del orden interno. Estas fuerzas requieren estar coordinadas para evitar la anarquía y por eso hacen parte del Estado. Esta necesidad de coordinación lleva a una concentración del poder hegemónico en el Estado.

En los países socialistas los Estados-nación son todavía más necesarios que en los capitalistas. Las fronteras, las industrias y los servicios necesitan ser protegidos para no ser destruidos por países, industrias y servicios extranjeros. Adicionalmente, la propiedad de los medios de producción, por ser en gran parte estatal, exige una enorme burocracia para controlar el sistema de forma centralizada y que gerentes no se transformen en propietarios de hecho o gerentes independientes de estos medios. Atesta lo afirmado la rapidísima transformación de gerentes y burócratas de empresas del Estado en propietarios de industrias, empresas de servicios, incluso financieros, después de la extinción del socialismo en los países de la Unión Soviética y del Este europeo, tras décadas de funcionamiento.

Numerosos organismos internacionales y empresas transnacionales modifican el peso relativo de los países en el escenario

mundial, si bien no los destruyen. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); organismos como las Naciones Unidas, con sus muchas divisiones; los bloques económicos como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA) o incluso la Unión Europea (UE), en realidad, apenas establecen reglas más claras de intercambio comercial, cooperación, defensa, derecho internacional, paz, ayuda y desarrollo económico y humanitario, derechos humanos y otros asuntos, entre países, pero sin anular las fronteras ni las siempre relativas autonomías de sus miembros. Muchos de estos organismos en realidad sirven para defender la integridad de estos Estados y, en la práctica, todos fueron creados con la anuencia de los países signatarios. Esto no impide que existan países más y menos fuertes y el ejemplo más claro de ello es los EE. UU., la potencia mundial hegemónica desde la Segunda Guerra Mundial. No impide tampoco el surgimiento de nuevos países y el desaparecimiento de otros. La ascensión reciente de China al escenario mundial es señal de que las hegemonías no duran eternamente. Por fin, las enormes y potentes empresas transnacionales y la llamada globalización disminuyen la autonomía relativa de los Estados-nación y acrecientan su interdependencia, aunque no logran acabar con ellos.

Tanto en el caso de regímenes capitalistas como socialistas, el control efectivo de las operaciones de producción de bienes y servicios, incluyendo las del Estado, es ejercido por una minoría de gerentes, propietarios o burócratas, y son ellos quienes definen e imponen la finalidad del proceso productivo. Estos intereses minoritarios provocan contradicciones con los intereses de la mayoría de la población, y éste es un motivo más que torna necesaria la concentración del poder en el Estado. En el artículo citado al inicio, se sostiene la idea de que estas sociedades se basan en una producción de bienes y servicios con elevada productividad y gran escala de producción y tienen un objetivo común, el de acumular valores dejando el valor de uso de lo producido en segundo plano, esto es, el criterio de producción básico es la tasa de ganancia de las unidades productivas de bienes y servicios:

...para controlar la ganancia y la producción, los medios de producción y los trabajadores y para imponer la finalidad de la producción como acumulación de valores se necesita de un estado burocratizado con una élite controlándolo firmemente. En otras palabras, este estado es altamente centralizado porque necesita defender las necesidades de una minoría y, por lo tanto, reprime los intereses de todas las otras minorías existentes

y por existir. Tanto el mercado perfecto o totalizado, como la planificación perfecta o totalizada son imperfectos y exigen, para mantenerse, de regímenes muy centralizadores .

El Estado-nación surge, entonces, debido a la necesidad de dar existencia real a burguesías nacientes en determinado territorio con determinada población trabajadora y consumidora y, simultáneamente, debido a la necesidad efectiva de protección y control de este territorio y esta población para mantener la estabilidad social, principalmente por el hecho de que el control efectivo de la sociedad es ejercido por una minoría y origina injusticias, desigualdades, improductividad al nivel global, problemas ambientales y éticos. Razonamiento similar se puede hacer con respecto a los Estados socialistas, surgidos con posterioridad, con la diferencia de que quién ostenta en este caso la hegemonía es la burocracia.

Del análisis precedente se concluye que si bien el poder se encuentra diluido, las sociedades modernas precisan de un poder muy concentrado representado en el Estado, con sus diversos sistemas organizados, que cumplen las diferentes funciones necesarias para la mantención y estabilidad del sistema en su totalidad, y la hegemonía de un poder cuyo objetivo es preservar la predominancia del valor en detrimento del valor de uso.

6. Ideología hegemónica y Estado

Los bienes y servicios producidos en nuestras sociedades vienen con el sello: "hecho bajo el signo del valor", pues sus valores de uso son apenas un subproducto de la acumulación de valores. Esa forma de producir impone procesos con elevada tecnología y gran concentración de capitales, incluso financieros, estando implícita en ella alta ganancia, el venerado criterio de eficiencia y el verdadero objetivo de la producción. De este objetivo se origina todo el sistema ideológico hegemónico de nuestras sociedades.

Como siempre existen y surgen nuevos conflictos en las sociedades, el poder hegemónico intenta eliminarlos, razón por la cual su ideología ha de ser internamente coherente y fuerte y como tal es constituida por innumerables juicios, de los más generales a los más particulares. El más general de todos es denominado aquí idea-madre. Resumiendo: la ganancia, que es el objetivo de la

producción moderna, genera una ideología coherente y adecuada a esa producción.

La búsqueda continua y necesaria de la ganancia hace que el valor pase a determinar o condicionar el valor de uso de los bienes y servicios, y eso lleva a los productores a la ilusión de que cuanto mayor la producción de valores mayor el bienestar de las personas, lo que condiciona la identificación entre valor y valor de uso. La idea-madre de las sociedades actuales, una falsedad, proviene de esta identificación y puede ser expresada en la frase valor de uso es precio. Ésta es una falsa idea pero que coaduna con los intereses de la minoría que tiene la hegemonía de la sociedad. Infelizmente, esa falsa idea penetra asimismo en la cabeza de los trabajadores porque ellos perciben un salario (o una renta) y, para sobrevivir, tienen que comprar mercancías y, por ello, sus deseos son los de comprarlas en la mayor cantidad posible. Pasa a ser su objetivo tener elevados salarios, lo que los conduce a la falsa conclusión de que con mayores salarios se obtienen mayores cantidades de valores de uso —un mayor bienestar—, vale decir, ¡valor de uso es precio! Por líneas torcidas, gracias a la omnipotente ganancia, productores y trabajadores llegan al mismo principio conductor. Consecuentemente, debido a su forma específica de producir, nuestras sociedades generan en las cabezas, incluidas ahí las de los dominados, una ideología que las justifica y legitima.

Cabe ahora analizar si esta ideología justifica y legitima también al Estado, que cumple, como se constató antes, funciones vitales para la buena salud de las sociedades modernas y requiere tener apoyo ideológico; de lo contrario ellas se desploman.

Ya vimos que la ideología y la producción se sostienen con recíproca correspondencia, y que el concepto de producción utilizado aquí es amplio e incluye todos los servicios del Estado. Si se acepta que “valor de uso es valor”, automáticamente todo lo que el Estado produce, por el simple hecho de tener un valor, tiene valor de uso o utilidad. Así, los poderes legislativo, judicial y ejecutivo, incluyendo a los ejércitos, son en principio considerados útiles, tienen valor de uso. Bombas atómicas, aviones militares y cohetes, por el solo hecho de costar millones de dólares, tendrían utilidad. La primera fuente de apoyo al Estado es, por lo tanto, el hecho de que él produce bienes y servicios y las personas identifican valor con valor de uso.

La otra idea que legitima y justifica el Estado es la de que él representa los intereses de todos los ciudadanos. El poder

hegemónico hace lo posible e imposible para que esta idea sea aceptada, siendo martillada incesantemente en la cabeza de las personas desde la niñez por el sistema educativo, los libros, los medios de comunicación. Si tal idea es aceptada por gran parte de la población, entonces el bloque hegemónico no necesita de la fuerza de la represión para mantenerse, por lo que ésta es una situación ideal para ese bloque. Cuando la mayoría de la población acepta el Estado como centro del poder y representante de los intereses legítimos de ella, se crea de manera automática un círculo vicioso que alimenta la ya comentada concentración del poder en ese mismo Estado. A pesar de ser una falsedad, pasa a ser una verdad a medias, una profecía que se autorrealiza; de ahí su importancia.

Sin este apoyo ideológico, la fuerza tiene que ser utilizada continuamente, como ocurre en muchas dictaduras. El poder oscila entre una ideología que lo justifica y la fuerza de la coerción. Entre estos dos extremos existen diversos sistemas políticos, adaptados a circunstancias específicas e históricas. Sin embargo, el Estado es siempre centralizador.

La democracia moderna se origina de la idea de que la alta burocracia que controla el aparato estatal es controlada, a su vez, directa o indirectamente, por los ciudadanos comunes a través de elecciones periódicas o alguna otra forma de alternancia de poder, o sea, en la idea de que los elegidos son los representantes de estos ciudadanos y que, si no lo son o frustran las expectativas, pueden ser sustituidos. La suposición de que el Estado es la única o principal fuente de poder está implícita en este concepto de democracia y, en realidad, esta falsedad es muy conveniente para el bloque que posee la hegemonía del poder. En primer lugar, porque las personas creen que el Estado les representa. En segundo, si por algún motivo los partidos que ganaron determinadas elecciones no satisfacen los intereses del bloque hegemónico, terminarán, día más, día menos, por ser desalojados. Y esto por medio de distintos mecanismos “democráticos”: fuertes presiones de los medios de comunicación ligados al bloque hegemónico para que esta coalición no imponga sus políticas; boicots de diferentes tipos; falsas acusaciones a los miembros del grupo que ganó las elecciones, etc. En última instancia, se crea el caos y se convocan elecciones anticipadas. En casos extremos hay golpe de Estado. Debe tomarse en cuenta que el bloque hegemónico tiene garantizada asimismo una hegemonía al nivel de la ideología, lo que dificulta cualquier transformación en el statu quo. Se puede

concluir que es falso que el sistema electivo sea un mecanismo de representación de los trabajadores en la sociedad. Mientras la mayoría de trabajadores no tenga hegemonía ideológica para sí y de producción para sí en la sociedad, las elecciones solo servirán a los intereses de la élite que hace parte del bloque hegemónico actual.

7. Ideología potencial y poder difuso

La ideología y la producción se sostienen mutuamente, en recíproca correspondencia; no hay ideología sin producción ni producción sin ideología. Pero ideología con producción es política y tiene, por ende, la capacidad de transformar la realidad, aún cuando ella no sea hegemónica. Hacer política opuesta a la hegemónica es la primera condición para superar nuestras sociedades. Un movimiento que logra persuadir la sociedad a producir electricidad eólica con aerogeneradores, pese a su costo más elevado que el de otras fuentes, está haciendo política de oposición al poder hegemónico, que considera esta fuente inútil y costosa.

Ya fue afirmado en la introducción que existen hoy ideologías y producción de mercancías y servicios donde el valor de uso tiene prioridad sobre el valor, pero son embrionarias, potenciales, no dominantes, no hegemónicas, como la electricidad eólica, y fueron citados otros ejemplos: desarrollo del transporte colectivo en detrimento del individual; uso progresivo de fuentes de energía renovables; movimientos pacifistas, ecologistas, antineoliberales; los defensores de los derechos humanos; los sistemas de salud y de pensiones universales. Con todo, al contrario de la ideología dominante, que ha de ser coherente para poder controlar y hacer funcionar la sociedad con eficacia, esas ideas, movimientos y producciones son divergentes entre sí, no forman un sistema de ideas coherente, una ideología, ni un sistema de producción unificado; son por consiguiente un poder difuso, al contrario del hegemónico, y son constantemente subsumidos por el poder hegemónico. La condición necesaria para que estas propuestas y mudanzas se amplifiquen, sean irreversibles, sostenibles y mantengan su identidad es que pase a existir, además de una masa crítica de servicios y mercancías con valor de uso social avanzado, una correspondiente masa crítica de ideas coherentes, es decir, una ideología. Aunque es importante, sería ingenuo defender

solamente una alianza entre estos movimientos, pues ellos representan diversos intereses, oriundos de la complejidad de las sociedades actuales. Pero cabe aquí la pregunta: ¿existe algún principio común capaz de unificar estos movimientos e ideas?

La ideología hegemónica, de origen filosófico en el pensamiento aristotélico y racionalista, juzga contradictorio e inaceptable que las mercancías y los servicios sean una síntesis de opuestos entre valor y valor de uso. Por eso, en la idea-madre de esta ideología los dos términos se equivalen (valor de uso es precio). Para el pensamiento dialéctico una doble dimensión es fundamental y necesaria. En él, valor y valor de uso son entidades diferentes y, además, opuestas, pero también son lo mismo porque hacen parte de una síntesis de contrarios. Admitir la existencia de esta unidad de contrarios permite afirmar que en las actuales sociedades domina el valor y no el valor de uso, puesto que son entidades diferentes, y permite igualmente proponer que el valor de uso pase a dominar, esto es, muestra un camino facilitador de transformaciones decisivas en la sociedad, en consonancia con los intereses de la mayoría trabajadora. En esa situación, el valor cumpliría la función de ser un parámetro de eficiencia productiva global, si bien subordinado al valor de uso. Está ahí la semilla de la idea-madre opuesta, potencial, y que será real en el futuro, pero ¿cuál es esa idea-madre?

El valor de uso social avanzado domina el precio, es la idea-madre potencial de hoy. Es opuesta a la idea hegemónica “valor de uso es precio”, puesto que en ella el dominio está con claridad en manos del valor de uso y la mercancía pasa a ser vista en su forma real, bidimensional. En ella los valores de uso son prioritariamente para la sociedad como un todo, lo que se expresa con ‘social’. En ella, debido a la dominación del valor de uso, el objetivo no es más producir valores y por ello éstos pasan a ser un medio de cambio para producir valores de uso. Por último, en ella, las condiciones tecnológicas son actuales y elevadas, lo que se expresa con ‘avanzado’.

“El valor de uso social avanzado domina el precio” surge por oposición a la idea-madre de la ideología dominante. Por tanto, a partir de esta idea-madre se derivan otras que son opuestas al conjunto de las que forman esta ideología dominante. En ella, entre otras características, los salarios dejarían de ser la principal reivindicación de las personas, ya que la producción sería prioritariamente social e independiente de salarios (sistemas universales de salud, transporte, pensión, etc.). Las personas

lucharían por mejores bienes y servicios sociales y no por mayores salarios y, como tendencia, el salario debería representar una proporción cada vez menor del producto interno bruto. Por otro lado, con la hegemonía de esa ideología, la burguesía y los funcionarios de empresas estatales y socialistas deberían actuar conforme decisiones democráticas y colectivas, vale decir, el capital se tornaría un medio para la producción prioritaria de valores de uso sociales, definidos por la mayoría de la población y no por ellos. Cuando la prioridad sea de bienes y servicios colectivos, el consumo pasará a ser colectivo y no individual como es hoy. Esto eliminaría el individualismo egoísta y disminuiría enormemente el trabajo individual, como se verá adelante.

Lo anterior no significa que el consumo individual deba desaparecer sino que, cuando sea posible y deseable, debería ser sustituido por el colectivo. La producción de bienes y servicios colectivos en condiciones tecnológicas avanzadas lleva implícito el respeto irrestricto a todo y cualquier grupo o minoría, sea ella social, de comportamiento, económica, etc. y, por consecuencia, el respeto irrestricto a las diferencias entre las personas que, por este motivo, deben contar con mayores posibilidades de desarrollar sus diferentes potencialidades. La sociedad futura debe ser diversa y tolerante tanto en el nivel de los individuos como en el de grupos y formas de producción, o sea, realmente democrática. Ésta es la base para una sociedad ética, más igualitaria y ecológica, y en la cual el trabajo deje de ser para otros y pase a ser para sí.

Otra cualidad de la ideología potencial es que ella debe, por definición, ser crítica con respecto a lo que se produce en nuestras sociedades. En ella es recurrente la pregunta: ¿eso tiene valor, pero su valor de uso es para quién? Un simple ejemplo muestra esto. La ideología hegemónica considera que poseer un auto es útil, pues todo lo que tiene valor tiene valor de uso y eso permite a la élite dominante la libertad de producir cualquier cosa que desee. Además, la suposición implícita de que el valor de uso los autos más caros es mayor que el de los simples, es más absurda aún. Los autos en realidad tienen valor porque fue utilizado trabajo en su fabricación. No obstante su valor de uso es limitado, individualizado e ineficaz bajo el punto de vista de los trabajadores, puesto que fue concebido para dar ganancia a unos pocos y no para el máximo de valor de uso colectivo. Con mucho menos trabajo social que el necesario para producir autos, se podría producir sistemas eficaces de transporte colectivo. Se debe tomar en cuenta, además, que por causa de los autos, las

ciudades son ineficaces y más extensas de lo que deberían ser, con alto grado de polución y otros problemas. Es decir, con menos trabajo (valor) se podría tener más valor de uso. Este plustrabajo socialmente inútil que hacemos para tener autos y no transportes colectivos, va para las manos de los controladores del proceso productivo. Y todo eso ¿para qué? Para producir más y más valores. Esto solo interesa a la minoría que controla el proceso productivo basado en la identificación entre valor y valor de uso. Un trabajador consciente de la idea-madre potencial, por ende, optaría por el transporte colectivo e impondría serias restricciones a la producción de autos.

Así como los autos,

...una serie innumerable de otras mercancías y de sus características son fabricadas apenas para generar ganancia y en función de ella, independientemente de sus valores de uso para la sociedad como un todo. En algunos casos, aun cuando no lo sean, las mercancías parecen ser útiles a los consumidores como los autos; en otros, son claramente inútiles como las armas. La localización de los centros comerciales y de los barrios residenciales; la durabilidad y las especificaciones de las mercancías; las armas atómicas y ofensivas; la pornografía; los programas mediocres de la televisión; los periódicos sensacionalistas; la publicidad, necesaria principalmente para crear "nuevas necesidades indispensables"; el consumo superfluo; el consumo de lujo y de ostentación, etc., son algunos ejemplos en que la ganancia puede estar dictando el tipo y la forma de la mercancía, sin tomar en cuenta los intereses de la población como un todo. El control de la cantidad, de las especificaciones, de la localización y de la durabilidad de las mercancías o, en casos extremos, su eliminación pura y simple, economizaría de tal manera el trabajo global que las personas podrían trabajar menos horas y, a pesar de ello, mejorarían su nivel de vida material y mental ya que se necesitaría menos dinero. Habría además la opción de aplicar estas horas de trabajo economizadas para mejorar la salud, aumentar el entretenimiento, las actividades culturales, etc. Todas estas decisiones deberían ser tomadas democráticamente, por la sociedad como un todo, y no aisladamente, por controladores minoritarios del proceso productivo.

Además de deber ser crítica con respecto a lo que se produce en nuestras sociedades, la ideología potencial tiene que ser crítica igualmente con respecto al Estado tal como se presenta hoy. Ya se concluyó que si se acepta que "valor de uso es valor",

automáticamente todo lo que el Estado produce, por el simple hecho de tener un valor, tiene que tener valor de uso o utilidad. En contraposición, si se acepta que “el valor de uso social avanzado domina el precio”, los poderes legislativo, judicial y ejecutivo, así como los ejércitos con sus bombas, aviones y cohetes, no son, automáticamente, considerados útiles. Primero hay que ver si son útiles socialmente, para la mayoría de los trabajadores; caso contrario deben ser descartados.

El Estado es un resultado del poder hegemónico y no la causa de ello, y es hecho a imagen y semejanza del bloque que ostenta ese poder. En efecto, el hecho de que determinada forma de producir y determinada forma de pensar sean hegemónicas y generalizadas en la sociedad, es lo que permite que él represente y defienda estas formas con uñas y dientes. Por eso los que intentan cambiar los fundamentos de la sociedad a través de la llegada al “poder del Estado”, sin tener hegemonía del poder en la sociedad como un todo, lo único que logran es cambiar las apariencias para nada cambiar; muchas veces, aun sin ser conscientes, están siguiendo el principio lampedusiano según el cual “si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”. La lucha por una nueva sociedad debe ser realizada en el seno de ésta y no en el seno del poder concentrado del Estado. Una visión crítica con respecto al Estado, por consiguiente, significa también que los poderes difusos deben intentar conquistar poco a poco sectores productivos y unificar ideas para generar una verdadera ideología que se contraponga como un todo a la ideología dominante; únicamente así se tendría la capacidad para cambiar realmente la sociedad.

Apéndice

Anexo I*

Los gastos militares y la transubstanciación de la riqueza

Mostramos a continuación cómo los gastos militares (y estamos pensando particularmente en los gastos de los EE. UU.), financiados por el incremento de la deuda pública, constituyen un importante mecanismo de conversión de riqueza (o capital) sustantiva en ficticia, en capital ficticio.

Inicialmente recordemos por un momento que la composición del valor de una determinada mercancía, al salir de la producción, se divide en tres partes: capital constante, capital variable y plusvalía:

$$w = c + v + p$$

Cualquier mercancía posee esa composición interna. Con todo, si pensamos en el destino final de las mercancías, un conjunto de ellas será destinado a reponer el capital constante consumido en el periodo anterior, otro conjunto atenderá las necesidades de

* Correspondiente al capítulo III.

supervivencia de los trabajadores y, finalmente, el último grupo constituye lo que se conoce como excedente producido y que corresponde a la plusvalía o plustrabajo. Este último conjunto se destinará, entre otras cosas, a las nuevas inversiones.

De esa manera, aunque el valor de cada mercancía de ese último conjunto esté formado por los tres mencionados elementos (capital constante, variable y plusvalía), hace parte, en verdad, del volumen "físico" ¹ producido como excedente, como plustrabajo; se destina a los usos del excedente.

¿Cuáles son los destinos del excedente?

El excedente económico corresponde no solo a la plusvalía producida, se debe añadir a ella el excedente-valor producido por el trabajo productivo no salarial. Su destino está constituido por el consumo de los trabajadores improductivos, por los falsos costos, por el consumo no solamente suntuario de los que reciben rentas, ganancias, dividendos, intereses, etc., por la inversión sustantiva (sea productiva o comercial). Todo eso en lo que se refiere al sector privado, al que hay que sumar impuestos, tasas (excepto aquellas que forman la contraparte de servicios productivos ofrecidos por el sector público) y contribuciones pagadas al sector público.

En este momento es indispensable insistir en que el sector público también realiza actividades productivas, lo que resulta igualmente en determinado volumen de excedente económico producido que se suma al del sector privado.

Veamos ahora la cuestión de los gastos militares.

Tanto los gastos suntuarios como los militares se refieren a los bienes y servicios contenidos en el excedente real y son "pagados" con la plusvalía (adicionada, obviamente, por el excedente-valor producido por el trabajo no salarial).

Para muchos, dentro de una perspectiva de la teoría marxista del valor, el trabajo de producción de materiales para los gastos militares no debería ser considerado trabajo productivo, y eso por una razón significativa: su resultado no tiene como consecuencia ni un mayor consumo de los que reciben rendimientos del capital ni la posibilidad de destinarse a la acumulación, esto es, elevar la inversión posterior.

Si esa perspectiva fuera correcta, tendríamos que aceptar que una parte del trabajo del sector I de la economía (medios de

producción), aquella parte que produce los insumos necesarios para la producción de guerra (siderurgia, metalurgia, combustibles, petroquímicos, construcción civil y muchos otros), todo ese trabajo sería también improductivo. De la misma manera, parte del trabajo del sector II (bienes de consumo de los trabajadores) y además parte de aquel destinado a la producción de sus insumos, debería ser considerado improductivo (sea el trabajo agrícola o industrial). Los que producen los alimentos, la vestimenta, toda la educación y la salud, destinados al consumo de los efectivos militares, y los que producen en el sector II para los gastos militares, deberían asimismo ser incluidos entre los trabajadores improductivos. Más absurdo todavía: todo el trabajo destinado a la producción directa o indirecta para trabajadores improductivos sería, dentro de esa visión, improductivo.

Ya tuvimos oportunidad de mostrar que la consideración de productivo o improductivo del trabajo, en la sociedad capitalista, no debe relacionarse con el destino del producto de ese trabajo. La perspectiva correcta no es preguntarse si el producto se destina al consumo suntuario o a la acumulación, sino verificar si efectivamente el trabajo, con independencia de su contenido material, produce valor y plusvalía (sea ella apropiada de modo directo o indirecto) (Carcanholo, 2007).

Observemos ahora el esquema de reproducción de los tres sectores abajo presentado. No es necesario especificar la notación utilizada por ser más que suficientemente conocida (W = valor):

$$\begin{array}{rcccccc}
 C_1 & + & V_1 & + & P_1 & = & W_1 \\
 C_2 & + & V_2 & + & P_2 & = & W_2 \\
 C_3 & + & V_3 & + & P_3 & = & W_3 \\
 \hline
 C_T & + & V_T & + & P_T & = & W_T
 \end{array}$$

Consideremos en este momento el asunto desde un punto de vista más concreto que el análisis realizado por Marx, de modo que las ganancias totales no se identifiquen con la plusvalía total. Así, la remuneración total del capital será igual a:

$$L_T = P_T + E_{xv} + V_{sEx} - I - G_{ip}$$

¹ La riqueza y el excedente capitalistas no están formados únicamente por bienes materiales. Debe ser incluida en ellos la amplísima variedad de las mercancías-servicios existentes.

Donde:

- L_T = ganancias totales (remuneración total del capital)
- P_T = Plusvalía total producida
- E_{xv} = Excedente valor producido bajo relaciones no salariales y apropiado por el capital
- V_{sEx} = resultado de la superexplotación
- I = Impuestos
- G_{ip} = Gastos improductivos

Para simplificar, llamemos la suma de las adiciones y de las deducciones a la plusvalía, que terminan constituyendo la remuneración total del capital, como $A \setminus D$ y, entonces los

$$L_T = P_T + A \setminus D$$

Incluimos ahora un sector específico de producción de equipamientos y bienes directamente destinados a los gastos militares (sector IV):

C_1	+	V_1	+	P_1	=	W_1
C_2	+	V_2	+	P_2	=	W_2
C_3	+	V_3	+	P_3	=	W_3
C_4	+	V_4	+	P_4	=	W_4
C_T	+	V_T	+	P_T	=	W_T

La producción de medios de producción destinados al sector IV continúa en su respectivo sector y no en el IV. El personal militar está constituido por trabajadores improductivos y consumen productos del sector III que, también, en la medida en que producen para el sector militar, recibe productos tanto del sector I como del II.

Luego, en nuestra interpretación, el sector IV que produce directamente para los gastos militares, produce valor y plusvalía. Lo mismo ocurre con los otros tres sectores, aun en la parte que indirectamente producen para los gastos militares. De esa forma, el valor total producido por la economía es igual a W_T y la plusvalía total es P_T .

Claro que para que lleguemos al volumen total de la remuneración del capital, como ya dijimos, debemos retirar los gastos improductivos, y eso tanto del sector privado como del público, financiado este último por los impuestos. Así, suponiendo que los gastos militares son todos del Estado y financiados con impuestos, de la plusvalía total sumada a sus adiciones, debemos retirar, entre otras cosas, el valor total producido por el sector IV para llegar a la ganancia total o la remuneración total del capital.

De esa manera, la idea es que el sector IV produce valor, produce plusvalía, pero uno y otra son destinados a una utilización improductiva, desaparecen con el uso militar y, por eso, no serán apropiados por el capital en forma de ganancia.

Insistamos en algo importante. No es únicamente la plusvalía del sector IV la que constituye una deducción de la plusvalía total que llega a convertirse en ganancia capitalista. Es el valor total producido por él. Más que eso, también los gastos con la remuneración del personal militar deben ser retirados. Eso significa que no solo la plusvalía, sino el valor total producido en la producción de los bienes de consumo de ese personal, además del valor total de los demás gastos militares. Todo ese valor constituye deducción de la ganancia capitalista.

Así, la riqueza capitalista neta producida (o valor nuevo) es:

- consumida (por lo tanto destruida) por los trabajadores (reproduciendo la fuerza de trabajo en propiedad del capital),
- destinada a los gastos improductivos del Estado (por lo tanto destruida), incluyéndose los gastos militares tanto con materiales como con las remuneraciones del personal,
- destinada a los gastos improductivos privados (incluyéndose los salarios de los trabajadores improductivos),
- destinada a los gastos, incluyendo especialmente los suntuarios de la burguesía,
- solamente entonces el valor que resta constituirá incremento del patrimonio y/o del capital de la burguesía.

La plusvalía total producida, si consideramos los gastos militares, debe ser mayor que antes de esos gastos. Sin embargo, una cosa es cierta, el volumen total de la plusvalía producida por el capital deberá sufrir una reducción por los impuestos necesarios para esos gastos. Por un lado, la industria militar produce plusvalía que se suma al excedente producido, pero éste es reducido (a la hora de saber cuánto será la apropiación del capital) por un valor

mayor, el valor total resultado de la producción de la industria militar destinada a los gastos del Estado.

Podemos decir que, para la burguesía, existe cierta similitud entre los gastos suntuarios y los militares. Mientras aquéllos atienden el disfrute, estos últimos atienden sus necesidades de seguridad y poder. Aquéllos son financiados con parte de la plusvalía que producen, éstos también. Ambos son deducciones de aquello que les queda para el aumento de su patrimonio y/o de su capital.

No obstante, atención a algo más que significativo. Hasta este momento nuestro análisis consideró que los gastos militares del Estado se hacían con base en un presupuesto originado en los impuestos cobrados del sector privado. La cosa es totalmente distinta si tales gastos son financiados no con impuestos, sino con la elevación de la deuda pública y la consecuente emisión de títulos de ella por parte del Gobierno. En este caso los gastos militares que atienden las necesidades de seguridad y poder del capital, no van a aparecer como reducción de la plusvalía producida y destinada a la apropiación por parte del capital. Incluso la plusvalía producida en el sector militar, que incrementa la plusvalía total producida en el sistema, estará disponible para su apropiación como ganancia. Las empresas que operan en el sector militar contabilizarán sus excedentes como verdadera ganancia, y eso es real: se trata de ganancia real desde el punto de vista de esos capitales y desde el del mercado. Aún más, la ganancia de esas empresas no encontrará contraparte de impuestos que reduzcan la apropiación de ganancia de otras empresas del sistema. ¿Cómo entender esta magia?

La magia reside en que los títulos públicos creados por los gastos militares no financiados por impuestos constituyen capital ficticio, y capital ficticio del tipo 2 (ver Carcanholo & Sabadini, 2008).

La magia consiste en crear, como contraparte de la destrucción de valor por parte de las actividades militares, deuda pública y, con eso, lo que aparece como ganancia es en verdad ganancia ficticia desde el punto de vista de la totalidad de la economía y aquello que aparece como capital adicional es capital ficticio, constituido por los títulos públicos emitidos.

Los títulos públicos que financian los gastos militares son vendidos al público. No en su totalidad por lo menos, y obviamente, para las empresas productoras de materiales militares. Incluso una parte de esos títulos son vendidos a no capitalistas, particulares

o fondos de distintos tipos. Las empresas que producen bienes militares son titulares de capital real y no ficticio, desde todo punto de vista, pero son reales nada más porque la riqueza real en las manos del público (personas o empresas) se convierte en riqueza ficticia.

Esa riqueza ficticia creada anualmente, igual al crecimiento de la deuda pública destinada a los gastos militares, y que en el caso estadounidense asume proporciones gigantescas, aparece como forma de existencia del patrimonio público. Cuando es propiedad de una empresa figura como verdadero capital y como patrimonio de asalariados cuando ellos se tornan propietarios de títulos de fondos de pensión o fondos de inversión. Y atención, la parte del incremento de la deuda pública correspondiente a la plusvalía producida por el sector IV (militar) se presenta como si fuera un verdadero incremento de la riqueza social, sin embargo no es sino riqueza ficticia.

El capital ficticio creado como consecuencia de los gastos militares tiene características del todo distintas de aquel cuyo origen es el incremento de la deuda pública en razón del pago de intereses de deuda anterior, deuda ésa que el Estado no consigue pagar por insuficiente superávit primario. Aquel capital ficticio se origina en una riqueza real producida y que fue destruida más tarde. Es un capital ficticio diferente, pero ficticio de todas maneras. Nace de una plusvalía realmente existente y que podría convertirse en capital real, si bien se transforma en ficticio debido al destino militar. Lo que podría ser capital real se convierte en capital ficticio.

Insistamos aquí en un aspecto: los gastos con las remuneraciones de los militares, del mismo modo que las demás remuneraciones de trabajadores improductivos, sean del sector privado o del público, constituyen deducciones de la ganancia de los capitales. No obstante, todo el valor producido por el sector I, II o III y consumido directa o indirectamente por los militares, siendo financiados con aumento de la deuda pública, se convierte de riqueza real en riqueza ficticia, de capital sustantivo potencial en capital ficticio.

Como en nuestra interpretación de la etapa especulativa y parasitaria del capitalismo y en nuestra caracterización de la actual crisis desempeña un papel central el capital ficticio, la política estadounidense de elevadísimos gastos militares financiados por crecimiento de la deuda pública no puede ser menospreciada.

Anexo II**

Contradicciones sistémicas en el capitalismo tardío y medidas contratendenciales

Al llegar el capital tardío al punto álgido de dominio de la Vida, comienza, paradójicamente, a tropezar en forma ampliada con sus propios límites al generar, al parecer insalvablemente, procesos de retroalimentación negativa que ponen en cuestión tanto la valorización como la realización capitalistas.

1. Crisis de valorización

La composición orgánica del capital ha seguido aumentando a pesar del recurso a la explotación extensiva de (nueva) fuerza de trabajo y a la plusvalía absoluta. El incremento de la proporción de maquinaria en relación a la mano de obra ha tenido lugar en todos los sectores vinculados a la actividad de las empresas

** Correspondiente al capítulo VI.

transnacionales. Especialmente responsable de ello ha sido la informatización de los procesos productivos ¹.

El continuo desarrollo de las fuerzas productivas significa un constante ahorro en trabajo para producir la misma masa de productos, pero debido a ese mismo tipo de ahorro, no se consigue la misma masa de valor. Entonces, tal desarrollo de fuerzas productivas lleva a la sobreproducción de capital en cuanto que sobreproducción de mercancías como medios de producción, dado que el valor producido por el capital invertido no se incrementa lo suficiente o incluso llega a ser menor que el producido antes de la inversión. La consecuente desinversión contrae asimismo la compraventa entre empresas capitalistas (los pedidos que unas se hacen a otras), rompe la cadena de cobros y pagos que se resuelve normalmente en la quiebra y cierre de empresas, crecimiento de la desocupación y depreciación del capital en funciones, incluido el capital variable, esto es, los salarios (ver capítulo V, así como una buena explicación de esto en GPM, 2010). Todo ello arroja una creciente cantidad de “capitales excedentes” que, entre otras opciones, buscan su valorización en otros territorios o bien adquieren la forma de activos financieros en procura de mayor rentabilidad.

En la primera opción la competencia por atraer aquellos capitales excedentes se transforma en competitividad de los más exitosos, como resultado de explotar en mayor grado a su fuerza de trabajo. De manera que si en una formación social sube la tasa de explotación, se prevé que en principio suba también su capacidad para atraer flujos internacionales de capitales productivos (y financieros). Tal suposición empieza a tener menos probabilidades de realizarse, sin embargo, cuando todas las formaciones sociales “compiten” por lo mismo en los mismos términos.

Además, la inversión externa directa de capitales tiende a trasladar parecidos problemas de sobreacumulación a zonas periféricas que hasta entonces se hallaban fuera de esa contradicción. Más adelante veremos a qué conduce la segunda opción, la financiera.

Digamos, por ahora, que la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que es inherente a la acumulación capitalista (y que conlleva la permanente

¹ La “revolución informática” estuvo en la base de la que se conoció como nueva economía, la cual supuestamente iniciaría un ciclo virtuoso de crecimiento, que sin embargo acabó al final de los años noventa en el cataclismo bursátil de las empresas “punto.com”.

mudanza de las condiciones de vida en cualquier formación social), presenta dos grandes procesos contradictorios.

1. Por una parte y en general, la automatización tiende a reducir el trabajo en la producción directa y a reestructurar las cualificaciones de la fuerza de trabajo. Proceso que lleva implícita la desvalorización de la fuerza de trabajo, sustituyendo el saber obrero por la máquina ². Pero al reducir significativamente el trabajo manual, la automatización redefine las demandas sociales del trabajo en dirección al trabajo intelectual, vinculando la productividad al aumento del valor de la fuerza de trabajo, que pasa a depender del aumento del tiempo de formación del trabajador. Esta contradicción tiende a ser resuelta por el Capital mediante la sobre-explotación de la fuerza de trabajo, mediante el desempleo estructural, para reducir los precios de tal fuerza por debajo de su valor (de este modo, el valor de la fuerza de trabajo, lo que es capaz de producir, quedará muy por encima de su precio, es decir, el salario que recibe a cambio de lo que produce). Dentro de ese proceso, el esfuerzo presente del Capital se encamina a disminuir el precio de la fuerza de trabajo intelectual a través de la reestructuración educativa que se lleva a cabo en todo el planeta, y que en el espacio europeo cobra cuerpo en el denominado “proceso de Bolonia”.

2. La otra contradicción de la automatización es que al reducir la masa de valor representada por la fuerza de trabajo, restringe cada vez más los impactos de los aumentos de la productividad en la elevación de la tasa de plusvalía, y limita igualmente la conversión de plusvalía extraordinaria en ganancia extraordinaria, que es el objetivo básico de la inversión capitalista. Además, la eliminación de fuerza de trabajo de los procesos productivos (desempleo masivo estructural), generada de manera decisiva por la automatización y respaldada por algunos desplazamientos del capital, se une a estos factores en la significación del aumento de la composición orgánica del capital y la correspondiente caída relativa de la tasa de ganancia ³.

² La ciencia va más allá del trabajo colectivo para establecer el trabajo universal, que se acumula infinitamente a través de generaciones, configurando un stock de conocimiento gratuito que interviene de modo creciente en la producción (ver Martins, 2009).

³ La tasa de beneficio industrial en el Grupo de los 7 (G-7), entre 1970 y 1990, fue en promedio alrededor del 40% más baja que entre 1950 y 1970. En 1990 aún se hallaba un 27% por debajo de su nivel de 1973 y en torno al 45% por debajo de su

2. Crisis de realización

Como consecuencia de esa crisis de sobreacumulación y de las medidas tomadas en el capitalismo tardío, se generó un modelo de desarrollo fundado en la depresión de la demanda o deterioro del poder adquisitivo de las poblaciones (reducción de los salarios reales —y a menudo nominales—, enorme crecimiento de la precariedad laboral, expansión del desempleo, fuerte incremento de la concentración de capital a escala intraestatal con su correlato de exacerbación de la pobreza o pérdida de la capacidad de reproducción de una creciente proporción de la fuerza de trabajo). Tal modelo no puede conducir sino a serios problemas de realización de la plusvalía en ganancia. O sea, una sobreproducción de mercancías que no pueden ser vendidas.

De hecho, la competencia universal por reducir los costos salariales ha profundizado a brecha entre el incremento de la producción y la capacidad de consumo en la mayor parte de formaciones sociales. Con ello se evidencia como falsa la salida a través de la competitividad en la exportación de mercancías y, además, se acentúan los motivos de desinversión capitalistas, originando una masa mayor de capitales excedentes que buscan algunos de los desplazamientos apuntados al principio del capítulo (espacial, temporal, técnico-organizativo, de sector de inversión, fuera de la producción).

En la búsqueda de valorización los consiguientes desplazamientos de capital acrecentarán notablemente la competencia intercapitalista. La disolución de las fronteras económicas arrojará a la mutua competencia a capitales antes confinados en los límites estatales, o bien hasta entonces ocupados en un solo sector. Esta circunstancia ha sido también el más importante contrapeso durante la globalización ascendente al carácter agencial colectivo (transnacional) de la propia clase capitalista.

máximo en 1965. Estos datos en Brenner (2009), cuya tesis central es que la disminución de la rentabilidad total se ha debido no a una presión vertical autónoma del Trabajo sobre el Capital, sino al exceso de capacidad y producción motivado por la competencia horizontal entre capitalistas. Esta competencia, a escala interna de cada Estado, tuvo su correlato internacional entre las principales economías capitalistas (los EE. UU. frente a Japón y Alemania), provocando un exceso de capacidad y producción al nivel mundial que se agravó con la entrada en juego de las economías del sureste asiático y su competencia tecnológico-industrial.

Con todo, pese a tales obstáculos estructurales esa propia clase capitalista transnacional ha dado considerables pasos en su articulación como sujeto coordinado en su acción de clase ⁴, consiguiendo imponer medidas contratendenciales de relativa eficacia, en cuanto que respuestas insertas en la reordenación de la producción y el consumo.

Todo un conjunto de dispositivos económicos y extra-económicos para relanzar la tasa de ganancia superando la crisis de realización ha sido, así, puesto en juego:

- Intensificación de la utilización decreciente de las mercancías como bienes de consumo. Obsolescencia física programada y acortamiento artificial de la vida media de productos básicos (a través, por ejemplo, de las “fechas de vencimiento” arbitrarias de ciertos productos, como los alimenticios). A lo que se unía la obsolescencia psicológica de otros, por medio de la publicidad, las modas y la constante creación de necesidades derivadas de ellas. Esto ha suscitado pautas de consumo compulsivo capaces de extender e intensificar el consumismo propio de la fase keynesiana y que, en definitiva, se compadecen con la aceleración de la precocidad en el desecho de los productos previamente a haber agotado su vida útil.

⁴ Quizás una de las circunstancias que más hay que tener en cuenta a la hora de referir el carácter contradictorio del Capital como clase, es que actúa cada vez más de manera coordinada a escala planetaria por lo que se refiere a la extracción de plusvalía (vale decir, en cuanto a su acción de clase frente al Trabajo), mientras entra en feroz competencia entre sí por lo que toca a la obtención de ganancia. Esa competencia se manifiesta no solo entre capitales de un mismo tipo, sino que adquiere una expresión decisiva en la manera en que se reparte la plusvalía generada: beneficio, interés y renta. Cuando se habla de “capitalismo financiero”, en realidad habría que explicar que en el capitalismo tardío el capital que se constituye con base en el interés (bancario-financiero) le gana más y más terreno al capital productivo en ese reparto (estimulando además las rentas especulativas). Esto no implica que sea el capital financiero el determinante de la acumulación y el funcionamiento general del sistema, pues es a través del capital productivo que se consigue la plusvalía y por tanto, lo que a la postre podrán apropiarse unos u otros capitalistas, unos u otros tipos de capital, como nos muestra patéticamente el derrumbe de un capital financiero que había jugado a inflarse a sí mismo, al margen de la “economía real”, esto es, del capital productivo (y más al margen aún de la “economía real-real”: la infraestructura natural de la vida). Justo sobre ese hecho Arrighi (1999) advierte que cada vez que sucede tal prevalencia del capital financiero sobre el productivo y el mercantil en el reparto de la plusvalía quiere decir que un determinado modelo de crecimiento y la potencia que se ha hecho hegemónica en el mismo, entran en su fase decadente.

- Crece igualmente el porcentaje de subutilización crónica y el acortamiento artificial del ciclo de amortización de las maquinarias e instalaciones ⁵. Se estimula la fiebre de la “innovación” y consiguiente “renovación tecnológica”, atendiendo a los requerimientos de la competencia en el mercado, por encima de las necesidades reales de la población.

- Aumento del crédito y del consiguiente endeudamiento del salariado a corto y largo término, como sustitutivo del deterioro de los ingresos ⁶. Lo cual, además de prolongar la integración del Trabajo mediante el consumo, refuerza su disciplinamiento (un trabajador endeudado está debilitado en su capacidad antagónica, más fácilmente dominable o más tendente al auto-disciplinamiento).

- Canalización del ahorro de las capas altas y una creciente parte de las medias hacia las inversiones en bonos o acciones, activos cuyos precios terminan influyendo decisivamente sobre las posibilidades de consumo ⁷.

- Orientación de una mayor parte de la producción hacia el consumo sofisticado, o lo que es lo mismo, potenciación del consumo de las capas con medio-alto y alto poder adquisitivo de las sociedades centrales, al igual que de las tradicionales

⁵ En los años veinte del siglo XX la vida media de las edificaciones era de 50 años para las fábricas y de 100 para las granjas, mientras la de la maquinaria era de unos 30 años. Ya a mitad de ese siglo (1965) la vida media de las fábricas había bajado a 30 años y la de la maquinaria industrial a 17. Entre 1987 y 1999 la vida media del capital fijo, incluyendo edificios, se acorta en los EE. UU. de 14 a 7 años, y en Japón de 11 a 5. Eso significa que, entre otras graves consecuencias (como el despilfarro energético y la sobreexplotación de recursos), cualquier posible ganancia en la productividad del trabajo conseguida por la innovación tecnológica se ve contrarrestada por el creciente costo de sustitución de la propia tecnología (ver para estos datos Mandel, 1972; Dierckxsens, 2003, también aquí capítulo V).

⁶ En el caso español el sobreendeudamiento de los propietarios de inmuebles ha significado que su deuda pase del 75% de sus ingresos en 1995, al 133% en 2006. El pasivo de los hogares españoles con las entidades financieras ascendía en 2007 a 814 406 millones de euros, el 83,4% del producto interno bruto (PIB). En Dinamarca ese pasivo representaba el 121%, en Gran Bretaña el 104%, en Irlanda el 84,6%, en Holanda el 83,8%. De igual modo, hasta la crisis de 2007-2008 el importe de los créditos al consumo experimentó un notable crecimiento, que en julio de 2007 subió un 14,6% respecto al mes de julio de 2006, hasta 98 341 millones, debido a la mayor dificultad de las familias para hacer frente a los pagos habituales por la pérdida de poder adquisitivo acumulada. Estos préstamos aumentaron un 3% en Francia, por ejemplo, donde sumaron 151 743 millones (Lucas, 2007).

⁷ En 2002, en los EE. UU. el 50% de las familias poseían acciones. En Francia algo menos del 30% (Schweiger y Rodríguez, 2007).

élites compradoras de las sociedades periféricas. Medidas que se complementan con la gestación de nuevos sectores consumistas de las periferias “emergentes”, de manera que el estancamiento local de la demanda pueda ser compensado durante un tiempo por la demanda transnacional de alto poder adquisitivo.

- Expansión del complejo industrial-militar para sustraer cada vez más producción del mercado (el Estado es en este punto un comprador seguro), lo que además de ser una fuente de continua inflación, termina realizando la identificación del consumo (de la mercancía producida) con la destrucción (ver Mandel, 1979; para resultados actuales de esos procesos, Jarquín y Dierckxsens, 2009).

En cuanto a la crisis de valorización, el Capital:

- Ha acrecentado significativamente la tasa de explotación de la fuerza de trabajo ⁸, haciendo de la difusión generalizada de la sobreexplotación un instrumento de elevación de la tasa de plusvalía.

- Consiguió abaratar el coste de las materias primas (mediante la incorporación de alta composición de capital para su obtención, fabricación sintética, apropiación directa de ellas, ya sea mediante implantación de las transnacionales o a través de invasiones militares...)⁹.

- Ha efectuado una desvalorización, si bien insuficiente, de capitales obsoletos por medio de bancarrotas, anexiones y fusiones, no obstante el salvamiento estatal de grandes empresas no competitivas (o la inyección de dinero público para reflotarlas). A diferencia de anteriores crisis, se asiste en la actualidad a la

⁸ La tasa de plusvalor del conjunto de la economía creció de 1,71 en 1975, a 2,22 en 1987 (en datos de Moseley, citado por Harman, 2007). Este proceso puede apreciarse también fácilmente a través del seguimiento de la participación salarial en el PIB de unas y otras formaciones sociales. En especial si se tiene en cuenta la parte salarial ajustada (ver para su explicación Husson, 2008). Así por ejemplo, en la Unión Europea (UE) entre 1982 y 2006 el porcentaje del PIB perteneciente a los salarios disminuyó en 8,6 puntos: de más del 65% aproximadamente, a cerca del 57%, según Husson (2008) quien toma datos de Dew-Becker.

⁹ El precio general de las materias primas fue descendente, pese a ciertas excepciones y algunos breves repuntes, desde los años ochenta del siglo XX hasta comienzo de los años 2000. No obstante, esa tendencia se invirtió desde entonces con la importancia de los agrocombustibles y el agotamiento de los recursos fósiles. Todo parece indicar que la tendencia de muchas de esas materias primas será en abierta alza en adelante.

estatización y readecuación de empresas antes de ser nuevamente privatizadas, de manera que la mediación estatal asegura la valorización-revalorización del capital.

- Ha abaratado el empleo de capital constante:

- a) aumentando el volumen de producción (por ejemplo a través de la prolongación del tiempo de trabajo, con turnos ininterrumpidos, horas extras...);

- b) utilizando más racionalmente materias primas y energía, o ahorrando en medidas de protección laboral (seguridad social, condiciones de seguridad laboral...)

- Ha reducido en sus sectores más avanzados el tiempo de rotación del capital y de su renovación, acortando eficazmente el tiempo entre la producción y la venta.

- Los capitales excedentes han buscado de modo creciente su valorización en localizaciones (por lo general periféricas) donde la composición orgánica del capital es todavía menor (incorporando mayor trabajo humano); o bien por medio de la penetración final de sectores aún no organizados plenamente de forma capitalista¹⁰.

- A todo ello se ha sumado el intento de “inmaterialización” de la economía.

En resumen, que conforme se agota la capacidad del capitalismo de desarrollar fuerzas productivas y comienza la balanza a decantarse a favor de la promoción de fuerzas destructivas, se acentúan los siguientes procesos concomitantes:

- Uso intensivo de la naturaleza. Creciente depredación de recursos.

¹⁰ La inversión extranjera directa (IED) si bien creció en el capitalismo transnacional con respecto a su fase anterior, lo hizo hasta el final del siglo XX sobre todo entre o hacia la Tríada [la relación media entre entradas y salidas de IED entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico — OCDE— fue de 1,5 en la década de los setenta, y de 1,2 en la siguiente. En 1994 casi el 90% de la IED francesa se dirigía a la OCDE, el 73,32% de la japonesa, el 67,67% de la estadounidense, el 84,50% de la británica y el 85,30% de la alemana tenían el mismo destino (Giussani, 2000)]. Esa tendencia empezó a cambiar desde entonces cuando los límites de valorización en las economías centrales se hicieron patentes. De este modo, la IED hacia otras economías ha aumentado en los primeros años del siglo XXI.

- Uso intensivo de capital en procesos de creación destructiva, acortando la vida de los bienes de consumo y los bienes de equipo.

- Expansión del valor de cambio, siempre más contradictorio con los valores de uso (o sea, con las necesidades humanas).

- Creciente proporción de seres humanos sobrantes o desechados¹¹.

Los dos últimos procesos descritos antes (exportación de capitales excedentes y búsqueda de la inmaterialización de la economía) están empezando a alterar, además, la división internacional del trabajo.

Efectivamente, por un lado, la meta de rebajar la composición orgánica del capital (del capital fijo, en este caso) ha motivado que se introduzca la sofwtización como elemento punta de la industria en las sociedades centrales más poderosas, a un tiempo que se da un desplazamiento productivo a las formaciones periféricas (a las que se lleva las fases productivas que requieren menor incorporación tecnológica), con la consiguiente reestructuración de las relaciones centros-periferias¹².

Por otra parte, si la incorporación del Segundo Mundo al Sistema Mundial originó por primera vez un único espacio de valor mundial, éste ha devenido una extremadamente delicada madeja de interconexiones de capitales financieros y productivos entre las economías centrales y las periféricas de alta capacidad productiva, que está reestructurando todo el Sistema y deja una incógnita muy alta sobre sus vías de continuidad en el siglo XXI¹³.

¹¹ Ver sobre estos puntos Berterretche (2009). No parece necesario abundar en el hecho de que el freno al potencial productivo (a la generación de valores de uso) se antoja racional en un sistema cuya razón de ser no consiste en satisfacer las necesidades de la población, o sea, ofrecer valores de uso a quienes no pueden comprar, sino en vender valores de cambio (mercancías) a quienes los pueden comprar, bajo el objetivo supremo de la ganancia.

¹² Algunas de las sociedades periféricas, aplicando políticas contrarias a lo estipulado por los cánones desarrollistas y aprovechando la reestructuración de la división internacional del trabajo, han logrado convertirse en economías productivas de gran significación. Cuando cuentan con dimensión territorial continental o pseudocontinental, como es el caso de China, o en menor medida India o Brasil, son vistas como rivales de consideración para las sociedades centrales.

¹³ De momento, las sociedades centrales se ven forzadas a rehacer la división internacional del trabajo mediante la recomposición de sus sectores industriales sobre otras bases, utilizando en casa la fuerza de trabajo formada en las periferias o incorporando a éstas en esferas regionales de influencia (de lo que la UE consti-

Hasta ahora, la inclinación “post-industrial” o “pos-material” de buena parte de las sociedades centrales ha conseguido sacar ventaja también de la plusvalía físicamente producida en las periferias, mediante el aprovechamiento de la brecha en el costo de producción proveniente de una fuerza de trabajo más barata, las economías de escala y el control de la tecnología de punta (lo que permite al capital transferido allí vender más barato que los competidores y, a la vez, extraer alta plusvalía; plusvalía que asimismo es “captada” tanto de los centros como de las periferias a través del dominio de la infraestructura financiera internacional). Se incrementa así el carácter parasitario de esas sociedades, parejo a la simultánea aceleración y redistribución de las fuerzas productivas globales ¹⁴.

Circunstancia que va de la mano del desmantelamiento de los mecanismos neocoloniales, incluida la cooperación al desarrollo (que pierde relevancia en favor de la “ayuda de emergencia” y, en general, de la ayuda ocasional condicionada), en orden a recuperar viejas formas de dominación directa y de penetración empresarial ligada a la “cooperación” (ver para explicación de estos puntos, Piqueras, 2008).

Pero donde el Capital vio una de sus más valiosas vías de salida frente a la tendencial caída de la tasa de ganancia, fue por medio de su “huida” del ámbito productivo y su decantación por la esfera financiera, dando paso a la “segunda fase de financiarización universal” (Arrighi, 1999) ¹⁵.

tuye un destacado ejemplo), aunque esto solamente se pueda realizar a través de más proteccionismo interno y expansionismo transnacional.

¹⁴ Vale decir, que en buena parte el capital financiero(-especulativo) de las sociedades centrales “parasita” al capital productivo cada vez más trasladado a las periferias del Sistema. Pero a un tiempo, las principales economías productivas periféricas, en razón de su escasa demanda interna resultante de su crecimiento tremendamente desigual, dependen sobremanera de la exportación (la ratio exportaciones/PIB en China excede el 30%, por ejemplo), por lo que deben insuflar dinero al sistema financiero de las sociedades centrales (en particular a los EE. UU.) para que les puedan seguir comprando.

¹⁵ En 1979 las operaciones con divisas eran de 17,5 billones de dólares (11 veces el valor total del comercio mundial). En 1984 eran de 35 billones (20 veces el valor total del comercio mundial). En 1982 las inversiones mundiales fueron de 2,9 billones de \$. En 2004 ascendieron a 9 billones \$ (+ 5,3%). Los activos financieros mundiales en 1982 eran 13,9 billones de \$. En 2004 ascendieron a 148,6 billones (+11,45%). El PIB mundial era en 1982 de 11,1 billones de \$. En 2004 fue de 40,9 billones \$ (3,7 veces menos que activos financieros) (+6,1%). En 2010 se mueven al día en el mundo, solamente en los mercados cambiarios, 4 billones de dólares.

Para liberar esa “salida” había que dismantelar primero los mecanismos de control financiero o las instituciones financieras keynesianas y des-reprimir al capital ficticio para posibilitar la base especulativo-rentista que caracterizaría al capitalismo tardío. Conviene repasar por tanto, aunque sea de forma esquemática, la impronta de los pasos que se fueron dando hasta conformar una madeja más o menos estratégica:

- En 1971, los EE. UU. pusieron fin al sistema de Bretton Woods, que había regido los cambios fijos de las monedas internacionales.

- En 1974, a instancias de las otras potencias centrales, los EE. UU. abolieron también los controles monetarios internacionales para los movimientos de capital, permitiéndoles así mayor “libertad” en sus inversiones especulativas.

- A lo largo de los años setenta se crean en los países periféricos centros financieros internacionales, los cuales serían después más conocidos como paraísos fiscales.

- En ese mismo período se desarrollan los productos derivados financieros (especulaciones sobre posibilidades de futuro de divisas y valores) activados por las nuevas fluctuaciones creadas por la liberalización de los controles financieros.

- Al final de la década de los setenta los EE. UU. suben de modo drástico y unilateral los tipos de interés con los siguientes objetivos: atraer las inversiones del resto del mundo; cubrir su deuda pública y financiar su programa armamentista contra el Segundo Mundo con los capitales de todo el planeta.

- Se da una fuerte centralización del ahorro colectivo canalizado a través de nuevas instituciones financieras, como los fondos de pensiones y de inversión, con lo que aquél se transforma en capital financiero. Todo ello posibilitado por la privatización de los sistemas públicos de pensiones (lo que cínicamente se llamó “capitalismo popular”), la venta de empresas estatales, la desregulación de los mercados financieros, la desintermediación bancaria (por la que los bancos dejaban de cumplir un papel central en la financiación de la actividad productiva, a favor de los mercados financieros, que se convierten también de manera ascendente en centros de actividad especulativa). Los mercados financieros se erigen así en el elemento central de la actividad productiva, y en la clave de la actividad especulativa que irá en alza en el tardocapitalismo.

- Para contrarrestar esa pérdida, la banca privada reconvierte su actividad hacia la gestión de los patrimonios privados y la organización de las fusiones y adquisiciones de las grandes empresas. Igualmente hacia el mercado hipotecario, el cual experimenta un proceso de enorme auge gracias a la desregulación del sector inmobiliario.

- Tiene lugar una creciente independencia de los Bancos Centrales respecto del poder político estatal, paralela a la creciente dependencia de los Estados respecto de los mercados financieros para su financiación.

- Los Estados pasan a emitir títulos de deuda en los mercados financieros mundiales (en lugar de recurrir a sus Bancos Centrales), con lo cual entran en el "rating internacional de riesgo", dictaminado por agencias privadas, obligándose a sí mismos a llevar a cabo políticas ortodoxas monetarias y fiscales. Lo que quiere decir que la política en cada Estado pasa a estar fuertemente condicionada por el funcionamiento e intereses del capital financiero internacional.

- La fiscalidad experimenta una aguda contrarreforma regresiva a favor de las rentas más altas y en detrimento del gasto social. Gran parte de las prestaciones dejan de ser un derecho para otorgarse a cambio de contraprestaciones en trabajo o como "asistencia" pública.

- Ocurre una brutal desregulación social de los mercados laborales, facilitando el incremento de la plusvalía empresarial.

- Hay un creciente bombeo de la renta hacia los mercados financieros, agrandado la importancia de éstos, así como, en consecuencia, las cotizaciones bursátiles.

- Se genera una ingente masa de capital ficticio ¹⁶.

Los ámbitos de la especulación en que se materializó todo el proceso de financiarización económica o de hinchazón de los mercados financieros, fueron diversificándose y cambiando según se desinflaban las posibilidades de obtener ganancia en los que les habían precedido. Primero fueron los NIC y nuevos NIC. Siguiendo esa brecha abierta se volcaron las esperanzas especulativas en la "nueva economía" o economía inmaterial a través de la "revolución de internet" y la búsqueda de una nueva frontera de expansión

¹⁶ Puede seguirse la explicación de muchos de estos puntos en, entre otros, Fernández Durán (2003), Chesnais, 2001, 2008). Sobre el capital ficticio ver capítulo III en este volumen.

del valor, esta vez virtual. Cuando esa "nueva economía" se derrumbó a comienzo de los años 2000, la especulación financiera se hiperconcentró en el sector inmobiliario, hasta que hizo estallar la burbuja generada en torno a acciones y precios inflados muy por encima del valor real, empezando a manifestarse el desajuste en 2007 para provocar la crisis subsecuente de los años siguientes. Sin embargo, los agentes financieros mejor posicionados ya estaban derivando inversiones hacia los sectores energético y alimenticio (agroindustria y agrocombustibles), refugios seguros, como el inmobiliario, por su grado de imprescindibilidad. De esta manera hicieron subir rápidamente los precios en ambos sectores, a la espera de un nuevo y mayor desajuste, sin haber corregido todavía el inmobiliario, que permanece larvado.

3. Persistencia de los límites

A pesar de todos esos esfuerzos, el Capital sin embargo no ha logrado evadirse de sus extraordinarias contradicciones.

La naturaleza no planificada, no coordinada y competitiva de la producción capitalista (la incapacidad de los inversionistas individuales para tener en cuenta los efectos de su propia búsqueda de beneficios sobre la rentabilidad del conjunto de la economía), provoca una incapacidad del Sistema para llevar a cabo reducciones y reubicaciones de su capacidad productiva.

La sobreacumulación inherente a este modo de producción y a su especial desarrollo de las fuerzas productivas, ha dado lugar a diferentes concatenaciones de procesos que conducen al capitalismo a un nuevo atolladero histórico.

Además, las contradicciones de la economía capitalista se agrandan al combinarse, por primera vez en la historia, con el desmoronamiento de la base infraestructural del Sistema: agotamiento de recursos fósiles energéticos, fin de la era de la energía barata, acentuación de la escasez general de materias primas, drástica disminución de la biosfera, saturación de sumideros, efectos de deterioro y contaminación general del hábitat planetario, derivados del actual modelo civilizatorio, entre los más importantes.

Con ello se acentúa la necesidad de competencia también por los cada vez más escasos recursos, a un tiempo que la lógica de esa competencia capitalista evidencia la imposibilidad de coordinar acciones estratégicas eficaces a escala global contra sus efectos.

Todo eso trae como consecuencia la presión por recuperar patrones pre-neocoloniales de dominio mundial por parte de las sociedades centrales y muy especialmente los EE. UU., en competencia con las formaciones sociales emergentes, ante todo China, por aquellos recursos. Lo que da como resultado la entrada en una fase en la que el recurso a la guerra (guerra indefinida e infinita) se perfila como elemento regulativo y sustentador del Sistema.

No obstante, tal estado de cosas no parece evitar que el eje geopolítico de crecimiento de la economía mundial se disloque hacia Asia oriental, mientras la tasa de ganancia se vuelve siempre más dependiente de la difusión de la sobre-explotación del trabajo desde las periferias hacia los centros decadentes del sistema. Con ello de igual modo se difunden hacia éstos las políticas de Ajuste Estructural, hasta ahora destinadas a las formaciones sociales periféricas, en particular en su variante de Ajuste Distributivo, en detrimento del Trabajo. Las economías son intervenidas de manera creciente desde los núcleos de poder financiero, convirtiendo paulatinamente la política en una forma de administración o gestión social a cargo de especialistas, y reduciendo la democracia a una expresión de refrendo electoralista.

En suma, la persistencia de los límites estructurales parece indicar que, como se ha apuntado desde la ciencia social crítica, el resultado de la perenne pugna contra la crisis de sobreacumulación que ha venido protagonizando el Capital a través de su expresión dogmática político-económica, el neoliberalismo, ha sido dar unos años más de salida relativamente ficticia a la acumulación, mediante la financiarización económica, el capital ficticio y la extraexplotación del Trabajo (con una consecuente depresión de la demanda que al crédito por sí solo le cuesta cada vez más compensar).

De hecho, las tasas de ganancia industrial de las economías capitalistas más avanzadas, que habían caído desde finales de los años sesenta del siglo XX, se recuperaron de modo parcial a partir de los años ochenta (en los setenta los salarios reales ya estaban cayendo), pero apenas alcanzaron el nivel medio de aquella tasa previa a la caída y experimentaron recaídas a final de ese decenio, que remontaron hacia mediados del de los noventa. Si la tasa de ganancia cayó un 5,4% entre 1966 y 1979, para repuntar a 3,6% entre 1979 y 1997, en este último año era solamente la mitad de su

valor en 1948 y entre el 60 y el 75% de su valor promedio para la década 1956-65¹⁷.

La reestructuración o restauración pseudoliberal tampoco pudo aumentar los indicadores de crecimiento.

En los años sesenta del siglo XX el crecimiento fue de 3,5 puntos, y de 2,5 en los setenta con políticas keynesianas, En los ochenta fue de 1,4 y en los noventa de 1,1, con políticas neoliberales (Chesnais, 2008). De hecho, en plena ofensiva neoliberal de los años ochenta las economías centrales que más crecieron fueron las menos neoliberales, véase, Alemania y Japón.

Y es que las principales contradicciones seguían presentes. Así por ejemplo, con el desplazamiento espacial y la transnacionalización se agravó la sobreacumulación, creando nuevos centros de manufactura y mecanización mundiales que añadieron un enorme volumen de capacidad productiva al mundo, deprimiendo precios pero también beneficios. Es bien indicativo de ello el que las tasas de beneficio de las 500 empresas más importantes de la lista Fortune decrecieran de 7,15 de promedio en los años sesenta, a 2,29 en los noventa del siglo XX, siendo para los primeros años del siglo XXI (2000 a 2002) de 1,32 (Chesnais, 2008). En general, las tasas de beneficio ajustadas por fechas de las 500 primeras transnacionales estadounidenses descendieron de 7,71 del último lustro de los años cincuenta del siglo XX, a 7,15 en la década de los sesenta, 6,30 en los setenta, 5,30 en los ochenta, 4,02 en los noventa y 3,30 entre 2000 y 2002 (O'Hara, 2004: 331).

Por otra parte, como han apuntado diversos autores, la incorporación del Segundo Mundo, además de la consecución de un único espacio de valor mundial, duplicó la oferta de trabajo mundial, deprimiendo salarios, pero igualmente precios y perspectivas de ganancia. Las recurrentes políticas monetaristas del tardocapitalismo, dirigidas a contener la inflación, eliminar capital obsoleto y a frenar los salarios, no hicieron sino disminuir la actividad económica y reducir aún más la capacidad de compra de la fuerza de trabajo.

Todo ello se uniría al estrechamiento de las posibilidades de seguir huyendo hacia delante del capital ficticio, dadas las burbujas cada vez mayores que genera, de más graves

¹⁷ Datos en Harman (2007). Por ejemplo, la tasa de ganancia industrial en Japón pasó de 31,6 entre 1955-59, a 14,5 en 1991-2000; en Alemania cayó de 30,3 (1949-59) a ¡5,2 en 1991-2000!; mientras en los EE. UU. bajó de 25 a 17,7 para esas mismas fechas (Brenner, 2009: 468).

consecuencias potenciales para el conjunto de la economía. Esto habla de las serias dificultades del capitalismo tardío degenerativo para sostener la acumulación más allá de dimensiones temporales siempre más breves.

4. ¿El capitalismo tardío como capitalismo senil?

Algunos autores han propuesto por ello que se hable del tardocapitalismo como de la fase declinante o degenerativa del capitalismo, que evidencia un empantanamiento o cuasiestancamiento en sus formaciones centrales, con una vitalidad menor en cada ciclo económico desde los años setenta del siglo XX, salvo algunos repuntes insuficientes en todo caso para activar una nueva onda de acumulación.

La velocidad de innovación y sustitución tecnológica incapaz de obtener valorización y el resultante exceso de capacidad (sobrecapitalización de capital), disminuyó drásticamente el aumento real del stock de capital en el sector privado no residencial de las formaciones sociales centrales (de 12,5 en 1965-1969 a 2,4 en 2001-2005 en Japón; de 8,4 en 1960-69 en la República Federal Alemana, a 1,4 en 2001-2005 en la Alemania unificada; de 4,5 a 2,1 en los EE. UU. para esas mismas fechas, por ejemplo).

Con ello disminuyó asimismo la tasa de aumento de la inversión: entre 2001 y 2007 en las economías de capitalismo avanzado, incluidas las recién industrializadas y los “tigres” asiáticos, fue la más baja desde 1945.

En consecuencia descendió, de forma imparable, la productividad del trabajo (de 8,6 en 1961-70 a 1,9 en 2001-05 en Japón; de 4,2 a 0,9 en República Federal-Alemania; de 5,1 a 0,8 en Euro-12 para las mismas fechas, descendiendo sin excepción en todas las décadas. Solo los EE. UU. constituyeron una parcial salvedad al bajar de 2,3 en la década 1961-70 a 1,7 en 1991-2000 (descendiendo también en las anteriores décadas), para ascender a 2,4 en 2001-2005¹⁸.

Aun así, no faltan autores que ven la irrupción de un nuevo ciclo Kondratiev ascendente a partir de la segunda mitad del decenio de los noventa del siglo XX, tomando como referencia la

tasa de crecimiento del producto interno bruto per cápita que da Maddison (2002) con base en indicadores de la OCDE, de 2,6% entre 1994 y 2006, frente a la de 1,2% de la fase B Kondratiev entre 1974-93. Datos apoyados por el hecho de que la parte de la ganancia de las corporaciones no financieras estadounidenses obtenida en el exterior se elevó al 17% entre 1994-2007, llegando al 23% en las crisis de 2001 y 2008 (Martins, 2009), lo que habla a las claras de una deslocalización de la acumulación hacia las periferias.

En lo que parece haber más acuerdo es en que lo significativo de este momento histórico viene del hecho de que el escaso incremento de las tasas de ganancia en determinadas formaciones centrales durante algunos picos de los años ochenta, noventa y 2000 no se ha correspondido con un acrecentamiento de la acumulación (dada la no reinversión productiva de buena parte de la ganancia), a diferencia de cualquier otra fase del capitalismo. Será por eso que tamaña ausencia de un proceso de acumulación sostenido en el capitalismo tardío es congruente con la también recurrente tendencia a la sobreproducción de capital en los escasos nichos de valorización que éste encuentra a nivel mundial, especialmente en ciertas formaciones que parecen querer desprenderse de su condición de “periféricas” (ver, por ejemplo, para detalles al respecto, Chingo, 2007-2008). Además, la propia preponderancia exportadora de la economía en las formaciones sociales llamadas “emergentes”, junto a su incapacidad hasta el momento para contrarrestar la centralización de capital, arroja serias dudas acerca de su posibilidad de desacoplarse respecto de las economías centrales y su tendencia degenerativa.

Este atolladero puede asimismo formularse a la manera como lo ha hecho Husson (2008): en las formaciones centrales la elevación de la tasa de explotación es prácticamente la única responsable del incremento de la tasa de ganancia media, dado que tal “punción” sobre los salarios no ha sido utilizada para invertir más, sino para acrecentar las rentas financieras. Es por eso también por lo que en esta fase de decadencia del capital productivo, desempleo creciente y financiarización, van de la mano.

Para las sociedades emergentes, en cambio, desprovistas de un sólido mercado interno, las posibilidades de seguir creciendo pasan por su sector exportador, el cual depende a su vez de la marcha de las economías centrales.

En estas circunstancias, ¿se puede apuntar realmente a la existencia de un nuevo ciclo A Kondratiev? O para ir más lejos,

¹⁸ Todos estos datos en Brenner (2009)

¿resulta pertinente seguir hablando hoy de ciclos u ondas para la evolución histórica del sistema capitalista?

La discusión vigente entre los científicos sociales críticos conduce al interrogante crucial de si estamos en un nuevo modelo de crecimiento capitalista, o simplemente ante el fracaso del neoliberal, sin reemplazo del mismo a la vista.

Tal debate pasa principalmente por dos posturas clave: o negar la validez de la teoría de las ondas largas y ciclos por falta de sustentación empírica e incluso teórica, o aceptar su validez relativa en cuanto que modelo abierto que si bien contribuye a explicar los auges y las decadencias en la acumulación capitalista, no implica una determinación a priori de la duración de unos y otras ¹⁹.

Una tercera opción ha consistido en hablar de etapas del capitalismo, con sus respectivos círculos virtuosos y viciosos que explicarían la elevación y el retroceso de la acumulación capitalista, y que serían susceptibles de solaparse más o menos laxamente con las ondas largas del capitalismo.

Esta misma polémica tendría su réplica en la teoría de la Estructura Social de Acumulación (ESA) (ver introducción), donde algunos de sus más destacados autores se han preguntado sobre la pertinencia de considerar al conjunto de instituciones remodeladas o puestas en juego por el neoliberalismo como una

¹⁹ A esta polémica es a la que se apuntaba líneas atrás: ¿estamos todavía en fase recesiva desde los años setenta, como sostienen numerosos autores, haciendo inservibles los propios análisis de ondas largas?, ¿o continuamos, por el contrario, ascendiendo desde la mitad de los años noventa del siglo XX sin haber entrado aún en una fase descendente a escala mundial?

La primera perspectiva se abre cada vez más espacio y es defendida, entre bastantes otros, por Jorge Benstein en anteriores trabajos del Observatorio Internacional de la Crisis. Una subdivisión de esta perspectiva considera que si bien las ondas largas pudieron tener relevancia en el capitalismo histórico, en la actualidad se han visto anuladas por la oligopolización universal del capital, de la misma manera que el capitalismo monopolista de Estado (con su economía mixta y la parcial desmercantilización del dinero y la fuerza de trabajo) acabó con la validez de los ciclos Juglar (Bell, 2009, capítulo 9).

La segunda opción, a la que se apuntan economistas como Theotino Dos Santos o Carlos Eduardo Martins, contempla que la acumulación apenas se ha detenido en las formaciones centrales, pero que de momento sigue su curso en las periféricas por unos años más, y será cuando se frene ahí cuando comience verdaderamente el ciclo B Kondratiev, esta vez con una recesión mundial a escala global.

Albarracín ofrece una contextualización actualizada de este debate, hoy, mientras Katz (2000) lo ha tratado anteriormente en profundidad. Sobre etapas capitalistas y regulación, que se nombran después, es recomendable McDonough (1995).

nueva ESA, o si por el contrario se trata únicamente, dado su relativo “fracaso” en potenciar la acumulación capitalista, de un simple desmantelamiento de las ESA keynesianas.

Pendiente todavía de precisarse esa respuesta, lo que sí puede decirse es que, en cualquier caso, el conjunto de límites que evidenció el capitalismo monopolista transnacional hizo que a lo largo de los años noventa del siglo XX se resquebrajara el propagado espejismo de la “mundialización feliz”, dándose paso a su reacomodo.

Efectivamente, en la segunda mitad de los años noventa del siglo XX el Consenso de Washington conocerá cierta marcha atrás, consecuente con la rectificación del curso ultraneoliberal (en forma de reacomodo liberal-keynesiano) que se produce desde entonces y que se corresponde además con la decadencia económico-política del hegemon de la segunda mitad del siglo XX: los EE. UU. (este último factor introducirá en adelante también mayor incertidumbre en la dinámica de acumulación capitalista a escala planetaria, la cual durante medio siglo se había visto libre de conflictos interimperialistas).

Tal “rectificación” (o globalización reacomodada) sin todavía perestroika capitalista (es decir, sin cuestionamiento de los fundamentos en que se basa su acumulación —Jarquín y Dierckxens, 2009—), se produce, como se ha venido indicando, en medio de sucesivas crisis estructurales:

- Crisis energética-ecológica. La cual fija unos inobviables límites infraestructurales a la dinámica de reproducción ampliada del capital y en lo inmediato conlleva, entre otras muchas drásticas consecuencias, el profundo cuestionamiento del crecimiento como posibilidad, como leit motiv y paradigma del Sistema, junto a la creciente certeza de que en adelante la acumulación tendrá que efectuarse cada vez más exclusiva y excluyentemente y su “efecto riqueza” repercutir en exiguas minorías.

- Crisis de la división internacional del trabajo; incremento de la inestabilidad mundial (nueva carrera armamentística nuclear, creciente militarización de las relaciones internacionales, desafío de la hegemonía estadounidense).

- Muy frecuentes cortocircuitos de sobreacumulación, que combinados con el aumento de la “economía ficticia”, apuntan a serios obstáculos en la propia dinámica interna de acumulación y obligan a plantearse la crisis civilizacional como probable

sumatoria de todas las crisis, reforzando la hipótesis de senilidad del capitalismo histórico.

• Parejo a todo ello, se abre paso el interrogante acerca de si ese entramado de crisis siempre más frecuentes y de mayores dimensiones en que se desenvuelve el capitalismo tardío conducirá también a una crisis supraestructural o de pérdida general de legitimidad del Sistema, de su capacidad de imponer al planeta una ideosfera²⁰.

De ahí la pregunta vital para nosotros: ¿en qué medida puede el Trabajo recobrar su agencialidad antagónica consciente y convertirse, por ende, en un factor decisivo en la propia decadencia del sistema capitalista?

Hasta el momento se ha dado como incontrovertible el hecho de que aun en su posible fase senil el Capital juega con una única gran ventaja frente a su propia decadencia, y es haber logrado a través de las ofensivas, las estrategias y los procesos descritos en el capítulo VI, la hipersubsunción del Trabajo, esto es, la supeditación plena del conjunto de su vida —producción, consumo y reproducción— al Capital. Lo cual implica extremar su subordinación ideológica, que ha conseguido en gran medida reducir la heterogeneidad del Trabajo a meras categorías sociales, subdivididas según cualificaciones, jerarquías laborales, orígenes o estatus, entre otras, hecho que contribuye a generar formas de accionar predominantemente basadas en intereses inmediatos, y por consiguiente sin proyección colectiva ni alternativa al orden dado de las cosas.

Todo esto ha conllevado la eliminación (por ahora) del Trabajo como sujeto antagónico con capacidad real de oposición. Circunstancia que permite al Capital un margen de maniobra y de ensayo-error ante su actual etapa degenerativa del que en otros momentos históricos no gozó.

Pero esa hipersubsunción, como nada en la Historia, es irreversible. El propio capital origina en mayor escala las condiciones para ser superado, y de sus crecientes contradicciones se renuevan sin cesar los sujetos antagónicos. A sus posibilidades se dedica el apartado 4 del capítulo VI.

²⁰ Mirado desde la teoría de la regulación cabe preguntarse si las regulaciones parciales que acompañaron a las diferentes fases de acumulación capitalistas, pueden verse interrumpidas en esta coyuntura de creciente incertidumbre e imprevisión que ya tiende a cronificarse.

Anexo III***

¿Fin de la opción reformista?

La opción reformista, que bien pudiéramos llamar socialdemócrata, como forma de regulación de las relaciones Capital/Trabajo, fue común, con diversos grados de desarrollo, a las formaciones sociales centrales. Sus posibilidades de aplicación en las periféricas han estado en función del grado de acoplamiento de éstas al sistema mundial, el particular desarrollo de sus fuerzas productivas y la tasa de asalarización de su población (a los altos registros en estos indicadores los llamaremos niveles PR: proclives al reformismo —ver capítulos V y VI—).

Con el brutal incremento de la concentración de capital y la Gran Depresión afectando de lleno a las formaciones sociales centrales, con miras a extenderse a las periféricas a medio plazo debido a su acoplamiento, tenemos los siguientes escenarios de posibilidades:

Formaciones centrales	Formaciones periféricas
	Plazo inmediato
	Plano material
Deterioro socioeconómico / involución reformista	Profundización del deterioro Fracaso del Desarrollo / Modernidad
	En las periferias con mayores niveles de PR podría crecer la posibilidad de reformismo. También en algunas otras con altos niveles de rentismo e ingresos oligárquicos.
	Plano de la conciencia/agencia
Autoidentificación como privilegiados. Añoranza de la opción socialdemócrata propia (no universalizable).	Frustración creciente
Salidas individuales, insolidarias.	Se incrementa la posibilidad de irrupciones reactivas, violentas.
	Medio plazo
	Plano material
Se incrementa la separación entre la acumulación capitalista y el nivel de vida de la población.	Se incrementan las dificultades del reformismo debido a la extensión de la depresión al conjunto del Sistema
	Plano de la conciencia/agencia
	Pérdida universal de legitimidad del Sistema
	Escenarios
	Escenario 1: Irrupciones sociales generalizadas
A) Reactivas	B) Proactivas
Como multitud desorganizada	Como sujetos de clase — como Trabajo organizado

Escenario 2: * Barbarización social generalizada

* Formaciones sociales de capitalismo autoritario con crecientes grados de desacoplamiento entre sí

Escenario 3: Modo de producción postcapitalista, sin determinar aún.

El escenario 2 podría ser compatible con el escenario 1A.

La estrategia política-policíaco-militar de la ofensiva neoliberal vista en el capítulo VI estuvo destinada desde el principio a evitar el escenario 1B. Este escenario es proclive a conducir al escenario 3.

La recuperación de determinadas formas de fascismo podría ser la opción de partida del escenario 2, si bien muy pasajera en cuanto es altamente inestable. El fascismo se ideó a objeto de enfrentar la fortaleza de las organizaciones del Trabajo y el crecimiento de su agencialidad histórica (ayudadas ambas por la Revolución Bolchevique) al comenzar el siglo XX, como resultado del acopio de un siglo de luchas. Pero la opción fascista implica una intervención de choque tendente a provocar crisis en los circuitos normales de la circulación o realización del valor. En cambio, un capitalismo de consumo necesita democratizar en alguna medida la esfera social de la circulación. Si ésta permanece "sujetada" es muy difícil que aquél pueda perpetuarse. Y si la decadencia del consumo es sostenida en el tiempo, pelagra la propia reproducción capitalista.

Esto significa que tras la intervención fascista el sistema precisaría activar otra vez el consumo en al menos algunos de sus núcleos, lo que iría de la mano de ciertos niveles de democratización y distribución de la riqueza para extender el poder adquisitivo. O sea, implicaría un nuevo reformismo parcial cuanto menos en algunas de sus partes.

La crisis ecológico-energética en ciernes deja poco margen para desarrollar unos y otros de esos procesos.

Habría más posibilidades, por contra, para modos de producción co-implicados con algún tipo de colectivización de los medios de producción, basados en modos de vida apegados a lo local y con recuperación o reelaboración de lo comunitario. Esta es una opción nada descartable en el escenario 3. Depende de las luchas del Trabajo que ese escenario se decante hacia al socialismo.

Sobre el Observatorio Internacional de la Crisis

Objetivos

1. Se busca analizar e informar sobre esta crisis de la civilización en sus diferentes dimensiones, con el objetivo de buscar en esta oportunidades para construir en la práctica y la teoría un poscapitalismo, es decir, formas nuevas de reorganización social, sobre la base de las experiencias positivas y negativas del siglo XX, que articulen de forma seria los contenidos de conceptos como democracia, libertad, equidad, justicia, seguridad común, paz, ciudadanía real... con el uso sostenible de los recursos naturales y su apropiación social, el alto al derroche de tales recursos, la predominancia del valor de uso —esto es, las respuestas a las necesidades de la gente— sobre el valor de cambio, —o sea, la necesidad de acumulación de dinero—, la democracia generalizada a todas las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales, de género, y la multiculturalidad, de modo que se permita a todas las culturas, saberes, filosofías y religiones dar su aporte propio a la reconstrucción social de una nueva sociedad en equilibrio entre sí, con el ambiente y las capacidades del planeta.

2. Se busca analizar cómo la crisis actual también brinda nuevas oportunidades a los seres humanos para las resistencias al sistema vigente en los distintos sectores: campesinos, obreros,

pueblos indígenas, afrodescendientes, migrantes, mujeres, jóvenes, viejos, profesionales y ciudadanos a todos los niveles, que demandan un mundo más justo y equitativo, en paz y armonía con la naturaleza. Son procesos diversos, con actores múltiples que se enfrentan a oposiciones radicales de elites minoritarias en función de intereses de clases o de grupos dominantes, cuyo objetivo solo es la acumulación de dinero, riqueza y poder, por encima de otras consideraciones humanas. Estos procesos encuentran en la crisis —como en todos los procesos sociales— nuevas dificultades de organización, culturales, éticas e ideológicas, pero asimismo nuevas oportunidades. Son procesos dialécticos que exigen determinación, realismo, estrategias concretas, pero sobre todo claridad de visión e información.

3. Se busca analizar cómo la crisis brinda oportunidades para la construcción de nuevas institucionalidades o para la profundización de procesos de integración en marcha, como hoy ocurre en América Latina y el Caribe. El mundo está necesitado de salidas multinacionales y multiculturales, constructivas, que aseguren la equidad, el bien y la seguridad comunes, el progreso, la paz, la libertad y la democracia integrales, cosas que no podrán surgir de quienes han llevado a la humanidad al borde de su propio autoexterminio.

4. Se busca que este Observatorio trascienda el marco académico y sea un instrumento de información y alerta documentada para los pueblos en sus luchas, para la construcción de alternativas y hacer propuestas en los distintos espacios y regiones del mundo.

5. Se desea que este Observatorio sea un sitio de intercambio mundial para socializar las ideas desde una perspectiva multidisciplinaria constructiva e interregional. En esta medida puede llegar a ser un instrumento de construcción, intercambio y unificación de criterios para concertar y hacer propuestas a escala nacional, regional y mundial.

6. Finalmente, el siglo XXI se nos presenta como una época que puede ser el fin de la historia o el principio de una nueva historia; vale decir, un período para que la humanidad se reconstruya como raza humana, para las futuras generaciones y su continuación, aprendiendo y construyendo a partir de los errores y aciertos del pasado. Ése es el reto para la humanidad: construir la alternativa o la transición hacia algo superior en función de la máxima creación a que podemos aspirar, el ser humano integral en armonía consigo mismo y con la naturaleza.

Comité organizador

Wim Dierckxsens, holandés, doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Nimega, Holanda, con posgrado en demografía de la Sorbonne, París. Actualmente es investigador del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) en Costa Rica, forma parte del Foro Mundial de Alternativas (FMA) y coordina el Observatorio Internacional de la Crisis.

Andrés Piqueras, español, doctor en Sociología, Antropólogo Social. Actualmente es Profesor titular de la Universidad Jaime I de Castellón. Fundador del Observatorio Permanente de la Inmigración, coordinador del área de investigación sobre Mundialización, nuevas identidades y sujetos colectivos en Europa, América Latina y África.

Reinaldo A. Carcanholo, brasileño, doctor en Economía, Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es vicepresidente de la Junta Directiva de la Sociedad Latinoamericana de Economía Política (SEPLA), profesor de Economía en la Universidad Federal do Espírito Santo (UFES) y colaborador del "Movimento dos Trabalhadores Sem-Terra (MST).

Rémy Herrera, francés, doctor en Economía (Desarrollo) de la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne. Actualmente es investigador en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) y encargado de cursos en la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne.

Paulo Campanario, brasileño, doctor en Demografía, Universidad de Montreal. Actualmente es consultor en Población y Desarrollo, e investigador y profesor visitante en el Centro Latinoamericano de Demografía, Cepal-ONU.

José Antonio Jarquín Toledo, nicaragüense, médico con especialización en la Universidad de Londres y un posgrado en la Universidad de Viena; sociólogo, Universidad de Costa Rica. Actualmente es miembro de Académicos Internacionales y Red de Universidades de la Paz (Transcendt) y vicepresidente de Médicos Internacionales para la Prevención de la Guerra Nuclear (IPPNW).

Paulo Nakatani, brasileño, doctor en Ciencias Económicas, Universidad de Picardie, Francia, posdoctorado en la Universidad Paris XIII y posdoctorado de la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor asociado II de la Universidad Federal do Espírito Santo y presidente de la Sociedad de Economía Política de Brasil (SEP).